This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Stanford University Libraries
3 6105 126 584 361

LELAND STANFORD JUNIOR UNIVERSITY
ORGANIZED 1891
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES

610

R ea

LA VIDA ÍNTIMA

LA ESPAÑA EDITORIAL.—MADRID
OFICINAS: MENDIZÁBAL, 34
Apartado de Correos núm. 144.

OBRAS DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS

	Pesetas
Hija, esposa y madre, dos tomos	8
El ángel del hogar, dos tomos	7
El alma enferma, dos tomos	7
Una herencia trágica, un tomo	4
La dama elegante, un tomo	4
Narraciones del hogar, dos tomos	7
Dramas de familia, dos tomos	7'50
Verdades dulces y amargas, un tomo	3'50
Un libro para las jóvenes, un tomo	4
Combates de la vida, un tomo	4
Isabel, un tomo	3'50
La vida real, un tomo	4
Mujeres ilustres, tres tomos	9
Cómo aman las mujeres, un tomo	3'50
Morir sola, con el retrato de la autora	6

DE TEXTO

La Ley de Dios, un tomo	1'50
A la luz de una lámpara, un tomo	1

En breve se pondrán á la venta nuevas, elegantes y económicas ediciones de las obras de la misma autora LA ABUELA y LA SENDA DE LA GLORIA.

OBRAS COMPLETAS DE MARIA DEL PILAR SINUÉS de Marco

LA VIDA ÍNTIMA

CORRESPONDENCIA DE DOS FAMILIAS DEL GRAN MUNDO

EN LA CULPA VA EL CASTIGO

NOVELA ORIGINAL

TERCERA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE J. A. GARCÍA
Calle de Campomanes, núm. 6.

1891

PQ6567
S5V5
1891

Esta obra es propiedad de la autora; queda hecho el depósito que ordena la ley.

Todos los ejemplares llevan su contraseña reservada.

PARTE PRIMERA

I

La Marquesa de Valflores á Pablo de Hinestrosa

Castillo de Valflores, Enero de 1865.

¿Que vaya á Madrid, hijo mío? ¿Y para qué deseas al lado tuyo á tu anciana abuela, que sería para tu vida de soltero un embarazo perpetuo? No quiero ocasionarte esas mil sujeciones que una señora de edad avanzada impone siempre á un joven gallardo y preferido de las damas, como lo eres tú.

Y esto, Pablo mio, no es decirte que no esté bien cierta de tu amor; yo sé que me quieres con todo tu corazón, y que por esta madre inútil y anciana darías tu vida sin esfuerzo. ¡Oh, hijo mío! ¡no en vano os he educado y os he amado desde vuestra infancia más tierna, á tu hermana y á tí! ¡No en vano os he mirado, pobres huérfanos míos, como un depósito sagrado y querido que Dios confiaba á mi celo y á mi ternura! ¡Cuán bien habéis pagado mi amor! ¡Cómo me lo habéis probado siempre! Eufemia, menos expansiva, ó mejor dicho, más tímida que tú, no era tan cariñosa ni tan ve-

hemente en sus manifestaciones, y mis ojos maternales han tenido que adivinar lo que ella no me expresaba; pero tú no has perdonado medio alguno de hacerme comprender toda tu terneza y gratitud.

Sólo contabas ocho años cuando quedaste sin padre, y tu hermana acababa de nacer; vuestra madre le siguió pocos meses después al sepulcro; y yo os miré y acogí como un legado inestimable que mi infeliz hijo me hacía.

¡Para vosotros he vivido, y sólo por vosotros! Ya anciana, me sentí rejuvenecer con vuestros gorjeos infantiles; hice de vosotros el único objeto de mi solitaria existencia, y os amé y os cuidé como lo hubieran hecho vuestros padres.

Todo lo que yo sabía os lo enseñé, y vosotros habéis pagado con usura mis desvelos.

¡Qué orgullosa estoy de vosotros, hijos míos!

Las más bellas dotes del alma y del cuerpo os adornan: mi corazon responde á los vuestros con ecos unísonos, y jamás vuestra anciana abuela llamará á ellos en vano.

Pero, Pablo, la tarea de educaros, aunque tan grata, había agotado mis fuerzas, ya cansadas por grandes dolores: cuando te ví mayor de edad y con tu carrera terminada, confié á tus cuidados á tu hermana y quise gustar la paz del retiro y hallarme sola con Dios y con la naturaleza.

No creas, hijo mío, que aquí vivo aislada y triste, temor que me manifiestas en todas tus car-

tas, durante el año que hace que me separé de vosotros; aquí me acompañan pocos, pero buenos amigos, algunos de los cuales tú conoces, pues á mi instalación en este que Eufemia y tú llamáis *un nido de águilas*, pasaste un mes en mi compañía con tu hermana.

Ya sabes que este castillo se eleva en medio de un pintoresco valle, á cuya falda hay una risueña aldea: el valle y el pueblecillo llevan el mismo nombre de nuestra familia, y todas las tierras que les circundan son de nuestra pertenencia; y bien, ¿crees tú que estoy sola entre nuestros fieles colonos que tanto me aman?

El señor cura de Valflores, el médico y el alcalde, cada uno de estos dos con su respectiva esposa, vienen á hacerme la tertulia por la noche, y jugamos al tresillo hasta las diez, hora en que todos se van á buscar la cena: además, hijo mío, he abierto en el piso bajo del castillo una especie de escuela para los niños de la aldea, pues no la había, y he traído para regentarla á una pobre joven, hija de uno de mis mayordomos, que quedó huérfana y sin recursos, por efecto de la honradez con que su difunto padre cuidó de mis intereses: la pobre Modesta vive á mi lado, y le doy un gabinete cuya ventana cae sobre el valle, un cubierto en mi mesa y doce duros cada mes, para que enseñe á mis queridas niñas á coser en blanco, á hacer calceta y á escribir; yo les enseño á leer el catecismo y las cuatro reglas simples, para que

puedan, cuando se casen, echar sus cuentas en su casa.

El señor cura ha querido tomar parte en esta buena obra, y las tardes de los jueves viene á la escuela y explica á las niñas durante una hora algún punto de religión, con la sencillez y ternura que estas inteligencias infantiles necesitan.

Ya ves, hijo mío, cómo tengo en qué entretenerme: además, soy la camarera de la Virgen que está en el altar mayor de la iglesia, y yo misma hago los mantos y vestidos de la SEÑORA, y tengo el inestimable honor de vestirla y cuidar su guardarropa.

A pesar de mis sesenta y cinco años, aun veo á bordar y á hacer encajes de aguja para los paños de altar.

No pases, pues, pena por mí, hijo mío: yo iría á veros durante un mes; pero, te lo repito, una señora de mi edad, y ya achacosa, os embarazaría bastante á Eufemia y á tí; porque yo necesito acostarme temprano, comer á ciertas horas y no dejar mi regla para nada.

Ya sé yo que vosotros os sujetaríais en todo á mi gusto; pero yo no quiero violentaros; y además, te lo confieso, á pesar de mis deseos de veros, me costaría mucho trabajo dejar mi querida soledad.

El alma, que es siempre joven y entusiasta, se halla aquí más cerca de su Dios que en las grandes poblaciones: estos inmensos campos; este cielo sin límites, que se despliega á mis ojos como el

pabellón que corona al trono del Señor; estos árboles centenarios que han visto deslizar á su sombra los pasos de mis padres, los míos y los del vuestro; este río, á cuyas orillas soñé tantas veces con el amor y la felicidad; la humilde iglesia de la aldea, donde hice mi primera comunión y donde os traje á Eufemia y á tí para que hiciérais la vuestra; este risueño cementerio, donde duermen mi esposo y vuestros padres, es decir, todo lo que amé en la tierra, y donde tengo preparado mi último lecho; todo esto, hijo mío, habla á mi corazón, todo esto me acompaña y á la vez me acerca al cielo.

Deja, hijo mío, á la caduca encina que viva lo que pueda al abrigo de los antiguos torreones, sus compañeros y amigos: tú eres el joven arbolillo aun cubierto de flores y de aromas: cuida de tu hermana y da tu sombra á esa tierna y delicada planta: si quieres probarme tu cariño, sé para ella á la vez padre y hermano, y haz que la cerquen el amor, la paz y la felicidad.

No terminaré esta carta sin encargarte mucho me hables extensamente del carácter de vuestra tía, de la que he oído hablar bastante, pero á la cual no conozco: vuestra madre era un ángel; pero su hermana, en otro tiempo, no se le parecía; sin ser mala, era coqueta, frívola y algo dominante: así lo decian las personas que la habían tratado en Italia, donde residió durante algunos años con su marido.

He aprobado de todas veras el que haya ido á vivir con vosotros: escasa de bienes de fortuna, tú has debido tenderla una mano protectora; y recibiéndola á vuestro lado, das á Eufemia una compañera digna y muy precisa á su edad: con vuestra tía podrá tu hermana ir al teatro, visitar y salir siempre que le sea necesario, dejándote á tí la conveniente libertad.

Así, pues, te lo repito: has hecho una acción noble acogiendo á esa pobre Baronesa, tan romántica y tan desgraciada, positiva é idealmente; pero vigila con cuidado á tu hermana, y observa si su carácter y maneras sufren alguna variación, debida al ejemplo é ideas de su tía; y si algo te choca ó te lastima, comunícamelo al instante.

Creo que tu tía se llamaba Águeda; pero ella quiso idealizar su nombre para escribir versos, y empezó á firmarse Galatea en los pésimos que hacía: ¿cómo se llama hoy? Ha sido muy bonita y muy coqueta: yo deseo que no sea ya ni lo uno ni lo otro, y que ahora sea lo que sus años exigen.

Adiós, hijo mío; dí á Eufemía que espero con impaciencia carta suya; dale un abrazo por mí, y recibe otro para tí, de tu madre

ANA.

II

Eufemia de Hinestrosa á la Marquesa de Valflores.

Madrid, Enero de 1865.

De muchas cosas tengo que hablarte, mi querida abuelita, y si he tardado algunos días en escribirte, ha sido porque quería hacerlo largamente, y no me dejaban sosiego para ello el cuidado de la casa y los nuevos quehaceres que me ha ocasionado la instalación de mi tía á nuestro lado.

¡Mi tía! ¡Cualquiera diría que me cuesta trabajo el mirar como cosa *mía* á esta señora que tiene ideas tan extrañas y tan extraño modo de ver todas las cosas!

La Baronesa es amable, casi con exceso; me colma de caricias y de halagos; pero ¡ay, abuelita mía, estas caricias dejan frío mi corazón! Son tan afectadas, tan repetidas (atendido á que nunca hasta ahora me ha tratado), son, por decirlo así, tan rebuscadas, que yo no sé corresponder á ellas, y permanezco confusa, callada y como atónita en presencia de sus extremos.

Voy á ver si puedo retratarte á la pluma, y aunque sea á grandes rasgos, á mi tía Galatea, según quiere que se la llame.

Figúrate una mujer de maneras distinguidas naturalmente, pero más que un poco teatrales por la afectación que les impone.

Su estatura alta y delgada parece sostenida con trabajo por dos piés muy pequeños y muy bonitos, que ella, á pesar de las exageradas colas de sus vestidos, tiene muy buen cuidado de lucir.

Mi hermano dice que la Baronesa está muy cerca de los cincuenta años, según lo que ha oido asegurar á algunos amigos de la familia; pero yo le he oído afirmar á ella dos ó tres veces, con una serenidad pasmosa, que acaba de cumplir treinta y cinco; y á la verdad, vestida, pintada como ella sabe hacerlo, empolvada y recurriendo á todos los engaños del arte del tocador, en el que me parece muy maestra, no aparenta ni siquiera la edad que confiesa.

Su nariz es un tanto larga, pero no fea; sus ojos, negros y lánguidos, no son hermosos, pero ella los maneja con tal arte y se pinta tan bien en sus ángulos una rayita negra, que parecen llenos de la luz de la juventud y del talento; lleva asimismo pintado el cutis de blanco y rosa, los labios de encarnado, y tiene una dentadura preciosa y blanca, que completan tres dientes postizos; éstos los ví ayer sobre su mesa de tocador, pues tuve la imprudencia de entrar cuando se estaba lavando, sin llamar antes á la puerta.

Su cabello, negro y escaso, se halla adicionado con algunos añadidos perfectamente dispuestos,

y además se lo riza todas las noches con una paciencia que yo no podría tener.

Su guardarropa es muy reducido, pero está dispuesto con tal arte é inteligencia, que mi tía parece la mujer más elegante del mundo, y, en efecto, lo es; tanto que dos veces que hemos salido juntas ha llamado la atención de todos.

Un día fuimos á paseo.

Anoche asistimos al teatro.

Para la primera de estas dos salidas se puso un traje negro, ya usado, pero cortado y hecho con la más perfecta elegancia.

Anoche llevaba un vestido de gro de color claro, un cuellecito de encaje con mangas iguales, y un aderezo muy sencillo de oro y perlas, compuesto de alfiler y pendientes.

Pero ¿cómo explicarte, abuelita mia, lo que aparenta este modesto atavío puesto en mi tía!

Imposible es: sólo viéndola se comprende la suprema elegancia que puede encerrar tan sencillo equipo; esa elegancia que consiste sobre todo en los detalles, en la postura, en el aire del cuerpo, en la distinción de los movimientos, en la calidad exquisita y la frescura del guante, en el suave perfume del pañuelo, en el corte del vestido y en la disposición de los cabellos.

Todos los gemelos se dirigían á la Baronesa, y yo oí á algunas personas preguntar á otras:

—¿Quién es esa encantadora mujer?

La Duquesa de B..., que se hallaba con sus

hijas en el palco inmediato al nuestro, dijo que era un modelo de elegancia y distinción; la Duquesa es amiga tuya, y sabes lo que vale su parecer en esta parte.

En fin, abuelita mia, tu pobre Eufemia parecía una señora mayor, y su tía la diosa de la hermosura.

Al salir del teatro habia en el peristilo varios jóvenes viendo pasar á las damas que iban á buscar sus carruajes; pasamos nosotras, y uno de ellos dijo, cuando ya creyó que no le podríamos oir:

—Ya no le faltaba á la pobre Eufemia, que es tan desgarbada, otra cosa que la vecindad de esa adorable mujer: ¡vaya un talento que ha tenido Pablo Hinestrosa al elegir para su hermana esa dama de compañía! ¡Ahora sí que es peregrino el contraste!

—Debe ser extranjera, dijo otro de los presentes; sólo las francesas saben vestirse así.

—Y pintarse así, añadió un tercero.

—¡Eh! ¿qué importa que vaya pintada? observó el primero que había hablado; ¿no nos gusta que una mujer se ponga un lazo de cinta y se ondule el cabello? Pues la pintura es también una parte de adorno, y á la mujer debe perdonársele, con tal que se presente bella; ese es su deber.

Pasamos y no oí más.

Pero quiero confesarte, abuelita de mi alma, que casi lloré al oir que se burlaban de mi tan

descaradamente, y que tanto ponderaban las gracias de mi tía.

Esta me parece que sólo posee las perfecciones del tocador, porque su conversación no puede ser más superficial ni más tonta; sólo me habla de los países que ha recorrido y de lo feliz que fué en su matrimonio, pues aseguran que su marido la adoró siempre con locura; no lo dudo, si tenía la cabeza tan vacía como ella. Por lo demás, parece activa, servicial y dispuesta á agradecer y á recompensar con mil pequeños servicios la hospitalidad que Pablo le ha concedido; se levanta algo tarde, es verdad, pero en seguida ella misma arregla su cuarto con tanta prontitud, que no sé cómo lo deja tan bonito y adornado con tal coquetería.

Después da vuelta por toda la casa, y ya quita el polvo á una mesa, ya arregla los pliegues de una cortina, ya entorna las maderas de un balcón; todo tiene ahora otro aire que antes, y parece que hay en la casa más limpieza, más elegancia, más *confort*, en una palabra.

Además de sus dos vestidos de seda, uno negro y otro de color claro, de que ya te he hablado, he visto que tiene otro de lana gris, con el que se viste en casa, y una bata para levantarse; á esto debe estar reducido todo su guardarropa.

Lo que me admira es ese constante deseo de ocuparse de sí misma, ese alto aprecio y culto que dedica á su persona: yo, á los diez y ocho años, no hallo ninguna noche un momento propicio

para rizarme el cabello, y voy peinada lo mismo que nuestra cocinera; tengo frío con un vestido ajustado, y paso el día envuelta en una bata de lana y además en un pañolón: ¿qué haré cuando tenga su edad? Me pondré un hábito de estameña y no me lo quitaré, no sólo por devoción, sino por comodidad.

¿Conque no quieres venir á pasar algún tiempo con nosotros? ¡Si vieras cuánto he llorado al leerme Pablo la carta que contiene tu negativa! ¡Dices que le quitarás á él su libertad! ¡Vaya una excusa! ¿Y yo, y yo, abuelita mía, que tanto te amo, que daría un año de mi vida por vivir á tu lado un mes? Pues bien; ¡si no vienes, me iré yo contigo! Sólo tú comprendes lo que vale tu hija... aquí mi hermano no me halla tal como desearía que fuese... él me quisiera coqueta, alegre, elegante... él me quisiera como es la Baronesa, y es imposible que se le asemeje tu

EUFEMIA.

III

Pablo de Hinestrosa á la Marquesa de Valflores.

Madrid, Enero de 1865.

A la verdad, abuelita de mi alma, ó mejor dicho, mi adorada madre, que me encuentro más inquieto y más intranquilo que nunca; sí, tu nieto

con su gran estatura, sus grandes bigotes y su *partido* con las damas, se halla tan perplejo y casi tan afligido como un niño de diez años.

Señora, madre y bienhechora mía, yo te llamaba y te llamo aún para poder depositar en tu noble pecho la amargura que va invadiendo el mío en locas y precipitadas olas: ¿por qué no vienes á nuestro lado? Negras sombras empiezan á envolver el horizonte de mi vida, y necesito de tu bondad, de tu talento, de tu fe cristiana, como el arbolillo sacudido por el huracán necesita el arrimo de la robusta encina.

¡Oh, mi venerada abuela! ¡oh, madre mía! ¿por qué no son tus cabellos siempre rubios y hermosos como aun los conocí yo de niño? ¿Por qué en lugar de envejecer tú, no envejecemos Eufemia y yo, débiles é inútiles criaturas? ¡Yo quisiera, al besar tus venerables canas, trasladarlas á mi soñadora y calenturienta cabeza! ¡La tuya, donde reside tan augusta inteligencia, debía llevar eternamente la corona de la juventud!

¡Desde que te alejaste, mi valor huyó contigo, y en este año de fatal ausencia, las fuerzas de mi alma me han ido abandonando y cada dia se ha ido nublando el sol de mi porvenir! ¡Yo quisiera que tú fueras á la vez mi madre, mi hermana, mi esposa! ¡Yo quisiera resumir en tí todos los santos amores de la existencia, porque tú eres lo más noble, lo más digno, lo más bueno que conozco!

El hielo del hastío invade todo mi sér; el pa-

ladar está cansado, y también el corazón lo está de fáciles intrigas; no hay amistad ni hay amor; mi mejor amigo me ha vendido, robándome el corazón de la mujer á quien amaba; ¡y esta mujer me ha abandonado porque mi amigo era más rico que yo! El juego me tiene casi arruinado: ¿por qué ocultártelo á tí? ¡á tí, mi madre y mi único amor en la tierra! Abuela mía, sólo queda en mi alma un rinconcito sereno, como en el cielo tempestuoso sólo queda á veces un pedacito azul, donde riela una estrella única; pues bien, madre mía, tu recuerdo es la estrella que habita el pedacito azul de mi alma.

Algunas veces pienso en casarme, y me pregunto en seguida:

—¿Pero con quién? No conozco á una sola mujer á quien pueda ó quiera dar mi corazón y mi nombre: yo no amo ya, y veo personificada á la mujer en los dos tipos que tengo á la vista y que viven ó, más bien, vegetan á mi lado.

Mi tía, la extravagante Baronesa Galatea, es la personificación de esas mujeres del gran mundo que trato y que, según dicen mis amigos, *me adoran*; pero ¡qué mujeres! todas, te lo repito, todas están cortadas por el mismo patrón que lo está mi tía: frívolas, coquetas, entregadas completamente á los cuidados del tocador, á pintarse, á hacerse cuerpo y rostro artificiales; ¡así pudieran tambien hacerse artificial el alma, que se ve en toda su espantosa pobreza!

Esas mujeres que empiezan pintándose á los diez y seis años, llegan, pintándose cada dia más, á los cincuenta ó sesenta, y á esta edad aun se coronan de flores y se llenan de arrebol, y se visten de gasa, y van á danzar á los salones; ¡horror! ¿Hay algo más repugnante que la vejez disfrazada de juventud y de belleza?

Esta ha sido la vida de mi tia, y hoy existe esclava de sus dientes, de sus cabellos postizos, de su corsé y de su colorete; asi existirá aún algunos años, y cuando llegue para ella la última hora, se hundirá en la tumba sin dejar tras de sí ni una sola afección grave y tierna, ni una lágrima, ni una plegaria.

Pero si me repugnan estas mujeres, todas engaño, tan insoportables ó más me son las que se asemejan á Eufemia: ¡oh madre mia! uno de mis mayores dolores es ver á mi hermana tan descuidada de su persona, *tan casera*, tan entregada á la prosa de la vida: está visto, la mujer ha de ser antipática ó disipada; no puede reunir la virtud á la belleza; la elegancia á la modestia y al decoro; la instrucción á la bondad; la gracia al candor: es preciso que sea insolentemente coqueta ó completamente insociable; que gaste un caudal, ó que viva para no presentarse delante de nadie.

Tú sola, mi buena madre, eres el ideal sublime de la mujer; mi sér rebelde echa de ménos el dulce yugo de tu presencia, de tu ternura... ¿y me dices que serás para mí un embarazo perpe-

tuo? ¡Para mí, que miraría como la más grande de las dichas pasarme la velada sentado á tus piés, viendo cómo trabajan tus venerables manos las gruesas medias que dedicas á los pobres!

Pues bien, si no quieres venir, yo iré contigo: ¡madre mía, yo te necesito! En el desaliento que invade mi alma, yo quiero orar algunas veces, y la oración no acude á mis labios; yo hallo el vacío al derredor de mí; he agotado en tres años todos los placeres que una crecida fortuna y un nombre ilustre brindan á un joven de mi edad; el hastío conduce al desprecio de la vida, y la mía me cansa.

Como ciervo joven y bravío, he recorrido las florestas de la vida y he agotado todos sus perfumes; pero detrás de las pomposas ramas hallé las punzantes espinas; bajo la azulada superficie de los manantiales hallé mucho cieno, y ahora me pregunto: «¿Qué es verdad? ¿Qué es mentira?»

Preciso es, pues, ó que tú vengas á derramar un poco de bálsamo sobre las heridas de mi alma, ó que yo vaya á respirar el aire embalsamado de ese valle, á sentarme á la orilla de ese caudaloso río, á oir el canto de las palomas á la falda del monte, y el tañido de la campana que llama á la oración; preciso es que vaya á arrodillarme á los piés del altar donde tomé por la primera vez el sagrado pan; preciso es que tu bendición refresque esta frente enardecida por el torbellino del mundo, y que pidas al cielo por mí!

Madre mía, ¿me parezco á mi padre? Yo no sé qué triste y negra historia es la suya; tú no me la has contado jamás, pero yo he oído palabras terribles, rumores sordos y siniestros, sobre todo desde que mi tía ha llegado.

Ayer mismo Eufemia le preguntaba si nuestra madre era hermosa.

—¡Como la luz del dia! respondió en su lenguaje enfático; sin embargo, mi pobre hermana fué muy desgraciada con su esposo; valía más que éste hubiera hecho antes lo que hizo después.

¿Y qué hizo? exclamó Eufemia, en tanto que yo escuchaba mudo y aterrado.

—¿Qué hizo? ¡Se mató!...

—¡Mi padre! ¡se mató mi padre!... grité yo.

—¡Ah! ¿no lo sabíais? repuso mi tía. Entonces será que yo estoy mal informada: me hallaba en el extranjero... ¿Pero cómo habíais vosotros de ignorarlo si fuera verdad?... ¡No lo creo... no lo creo, ni lo creáis tampoco!

Era tarde: ya sabemos que nuestro padre fué un suicida; yo estoy seguro de ello, y sólo dejaré de creerlo cuando tú, madre mia, me digas que no es verdad.

¿Estaré yo también predestinado para ese fin fatal? No, no: ¡es imposible! ¡yo te amo más que te amó mi padre, porque él tenía esposa é hijos y yo no tengo más que á tí!... ¡y tú morirías de pena si yo muriera!

Vamos, es, pues, necesario que yo te vea, que

te oiga, que te hable; tu Pablo quiere arrodillarse delante de tí y confesarte todas sus locuras, y que le absuelvas y le dejes besar esas manos que se ocupan en enseñar á leer á las pobres niñas de la aldea.

El mejor de mis amigos me dijo anoche:

—Estás malo y no lo sabes: véte al campo y pasa allí un mes al lado de esa santa señora que es dos veces tu madre.

Sólo aguarda que le quites la esperanza de tu venida para ir á abrazarte, tu hijo

PABLO.

IV

La Marquesa de Valflores á la Condesa de Wallestein, canonesa del capítulo de damas nobles de Francfort.

Madrid, Enero de 1865.

Al recibir tu última carta, mi inolvidable amiga, si no dichosa, vivía yo tranquila, porque creía dichosos también á mis hijos, único amor que me liga á la tierra, así como es la tuya mi única amistad; pero ¡ay de mí! el pesar me abruma, y preciso será que, según mi costumbre, te dé una parte de él, como te la he dado siempre de mis escasas alegrías.

¡Oh, mi Gertrudis! en vano me he afanado por

sembrar en el alma de mis huérfanos las semillas que, según yo creía, habían de producirles la tranquilidad y la dicha. ¡Esta tierra fértil parece destinada sólo á producir dolores, y, te lo repito, en vano quiero separar de ellos el fatal destino que presidió á la vida de mi pobre hijo, de su desventurado padre!

Pablo tiene un talento tan extraordinario, una imaginación tan fogosa, un corazón tan grande, que la superabundancia misma de estas dotes le extravía y le hace andar errante por los ásperos senderos de una juventud disipada é inútil.

¡Todavía no tiene veinticinco años, y ya es un hombre gastado que va siendo escéptico á pasos de gigante! Su colosal inteligencia (que, no obstante, es tan pequeña ante la eterna sabiduría), su orgullo, herencia en los hombres de su temple del ángel caído, se rebelan contra los misterios de la religión: duda, y bien pronto negará lo que no puede comprender; hé aquí al ateo, y, en mi hijo, al ateo seguirá el suicida!

¡Tal fué la fatal carrera de su padre; viuda yo desde muy joven, no me fué posible dulcificar y sostener aquella ardorosa y demasiado exuberante naturaleza; la sociedad, con su impuro aliento, deshacía mi obra de cada día, y cada noche dejaba León en el gran mundo los jirones del sagrado velo de la fe, con que yo pretendía envolver delicadamente su alma!

Mis cuidados fueron inútiles; el hielo del has-

tío, la duda acerca de cuanto hay santo y grande, los desengaños, los malos ejemplos, todo esto disgustó á mi infeliz hijo de una existencia que ya no podía estimar, y muchas veces le oía exclamar con amargura:

—¡Qué penoso es vivir!

Cuando tomaba un periódico, en el que se veían partes de defunción, señalaba las cruces negras y me decía:

—¡Madre mía, mira los que ya descansan!

El amor hubiera podido salvarle, pero él no conoció el amor noble; toda la ternura de su alma la agotó en una pasión fatal: amó á una mujer indigna de él é indigna de los homenajes que le rendía la sociedad: era una de esas criaturas que tienen rostro de ángel y corazón de cieno; por olvidarla, mi pobre hijo se casó; hizo á su esposa muy desgraciada, y se mató á los siete años de su matrimonio.

¿Qué hará Pablo, rama enferma de un tronco herido? ¡Ah Gertrudis! tú tan buena, tan santa, tan irreprensible; tú que reunes el augusto carácter de la madre al sagrado de la religiosa; tú que has llegado á una dilatada ancianidad llevando aún en los labios una sonrisa de paz y de dicha, ofrécele á Dios el sacrificio de mi vida en cambio de la de mi Pablo! ¡Pídele que me envie los más terribles dolores físicos, los sufrimientos más agudos, y que libre á mi hijo del desastroso fin que temo!

En cuanta á Eufemia, si no preveo para ella

el negro destino que amenaza á su hermano, tampoco espero que tenga una suerte más dichosa; esta niña carece tan por completo de talento, de poesía y de las gracias que cautivan, que, á pesar de su belleza, es imposible que pueda llegar á inspirar jamás un amor profundo y verdadero, porque la belleza del rostro supone poco en la vida íntima, y son otras las cualidades que afianzan la dicha conyugal.

Su olvido de toda coquetería es extremado, y en este siglo una mujer necesita ante todo ser agradable: cuando nosotras éramos jóvenes, querida Gertrudis, nos bastaba ser humildes, modestas y aseadas: no se nos enseñaba la música, ni el francés, ni el dibujo, ni debíamos desplegar los labios cuando se nos llamaba á una visita; hoy la civilización exige más, y la educación de las jóvenes ha variado á medida que han crecido las aspiraciones de los padres; hoy una joven necesita ser, más que bonita, agraciada, y tener ante todo el *talento de la vida*, que es el que falta por completo á mi pobre nieta; hoy no basta con saber coser, planchar y asear la casa, y aunque esto es acaso más necesario que antes, la pobre esposa de la clase media debe hacerlo á hurtadillas de su esposo, para que éste no pierda *todas sus ilusiones* al verla con el plumero en la mano, cuando antes el mejor galardón que alcanzaba la mujer puramente casera, eran las alabanzas y la aprobación de su esposo.

Pero ¿acaso podemos quejarnos de esto? A falta del siglo de oro, tenemos el siglo de *doublé*, y sólo debemos aspirar á que no se vuelva esta época la edad de hierro para nuestros hijos.

En vano me he afanado por inspirar á mi nieta las ideas de nuestros días: ella ha nacido con cincuenta años de atraso, y prefiere á todo la economía y su comodidad propia; su belleza, que es muy notable, apenas se apercibe con su peinado liso y antiguo, cuando todas las jóvenes de su edad y todas las mujeres con pretensiones de juventud le llevan rizado y batido; jamás permite que se reforme la hechura de un traje, aunque sea antigua; jamás gasta nada en lo superfluo; riñe á su hermano, á los criados y todas las personas que viven á su lado, porque no imitan su rígido sistema, y esta virtud se hace insoportable por estar revestida de tan ásperas y poco agradables formas.

Dime, si es que lo sabes, Gertrudis, ¿de qué modo quitaré yo á Pablo un poco de su poesía, para dársela á Eufemia? ¿De qué modo podrá un poco del positivismo de ésta pasar á su hermano? ¿De qué modo las humildes creencias de mi nieta podrían vivir en el alma rebelde de Pablo? Tú que has sido madre feliz de dos hermosas hijas y de un hijo modelo, dime, ¿cómo podré corregir á estos dos jóvenes, demasiado superior el uno, demasiado vulgar la otra?

Tú has sido siempre para mí madre y amiga á la vez: algunos años mayor que yo, y dotada ade-

más de un talento y de un juicio que no han tenido igual, tú has sido siempre mi hermana, mi consejera y mi apoyo: ¿por qué no lo serás ahora también? Más envejecida que tú por las penas, mi corazón está falto de fuerzas para sufrir de nuevo: la pérdida de mi hijo es la herida que sangra siempre en mi alma, y hubiera pedido á Dios la muerte como un beneficio, á no desear vivir para mis dos pobres huérfanos que tanto me aman, y á los que aun puedo servir de apoyo y de consuelo.

¡Oh funesta riqueza!... ¿Por qué has sido dada á mi nieto por herencia? Si hubiera nacido pobre, el trabajo hubiera llenado su vida, y sus portentosas facultades le hubieran abierto un porvenir de gloria en las ciencias y en las artes; pero la fortuna que se ha encontrado al nacer le ha arrojado en los brazos de la ociosidad y del desorden. La carrera que ha seguido y terminado, ha sido para él un juego y para nada le sirve, porque no tiene necesidad de ejercerla.

Adiós, Gertrudis: en esos extensos jardines de tu vieja Alemania eleva al cielo los ojos y el corazón, y pide al Supremo Consolador algún alivio para tu desgraciada amiga

ANA.

V

La Marquesa á Eufemia.

Castillejo de Valflores, Enero de 1865.

Casi al mismo tiempo, hija mía, he recibido tu carta y otra de tu hermano: su espíritu está en peor estado que el tuyo; pero tú eres la parte más débil, y á tí acude mi corazón de madre con justa preferencia.

Tu carta me ha hecho reir, y no te negaré que también me ha entristecido: la descripción de tu tia es animada y verdadera: la reconozco; reconozco á la Baronesa Galatea, sin haberla visto jamás, por el retrato que de ella me hizo años há un amigo mío de gran talento.

Sí, Galatea debe ser esclava de sus cabellos y de sus dientes postizos, de su colorete y de su corsé; pero, hija mía, estas son debilidades y no crímenes que provoquen tu odio, ni siquiera faltas que deban despertar tu antipatía.

Seamos indulgentes, como aconseja el dulce y benigno San Francisco de Sales; busquemos el grano de oro, por pequeño que sea, bajo la corteza áspera, y muchas veces podrida, de nuestros semejantes; porque el talento y la superioridad deben emplearse, ante todo, en compadecer á los que nos son inferiores.

Mucho dolor me ha causado el segundo párrafo de tu carta.—*¡Mi tía!*—escribes:—cualquiera diría que me cuesta trabajo el mirar como *mía* á esta señora que tiene ideas tan extrañas.—

Y bien, Eufemia, *tuya*, es, y, como *tuya* debes mirar á la hermana de tu madre; *tuya* es por los lazos de la sangre; *tuya* es por lo que os ama á Pablo y á tí: á los dos, cuando era rica, os colmaba de juguetes y regalos que os enviaba del extranjero y que yo he admirado muchas veces; *tuya* es, pues, por la sangre, por el cariño, y, sobre todo, es *tuya* porque le dáis asilo y mesa en tu casa; la caridad nos obliga á las almas cristianas á considerar y á amar á los desgraciados á quienes favorecemos.

Esa mujer, ligera aún, coqueta y frívola, si tú quieres que hasta eso te conceda; esa mujer, cuyo carácter choca con el tuyo, grave y serio, te cuidaría como la mejor de las madres si te postrase una enfermedad; te velaría, y olvidaría por tí hasta sus adornos y sus postizos encantos; no lo dudes, no se tiene á medias un corazón amante y un carácter bondadoso y lleno de abnegación, como los posee la Baronesa.

Sólo procurando tu descanso hallarás, además, otras mil ventajas con tener á tu lado á tu tía: una dama elegante, distinguida y de sana moral, como lo es ella, reune todas las condiciones apetecibles en una señora de compañía; su conversación amena, la variedad de sus conocimientos, sus maneras

exquisitas, la amabilidad de su trato cortés y deferente con todos, atraerán á tu casa relaciones nuevas y agradables: una mujer como la Baronesa halla en nuestro siglo, frívolo como ella, más simpatías que la virtud austera y grave; hoy, hija mía, hay que hermanar lo agradable con lo bueno, porque las imaginaciones, gastadas por el progreso de la civilización, están como enfermas, y las cabezas han perdido ya la santa ignorancia que se aposentaba en las de tus abuelos; hoy tienen más partido las palabras que las ideas, y los graves cálculos se relegan á la soledad; el pensamiento está menos ocioso que nunca, pero trabaja de una manera más silenciosa y más útil que hace algunos años; los hombres emplean su talento en empresas lucrativas, en alcanzar un puesto elevado en el foro ó en la tribuna, porque hoy preside á todo la ambición; las mujeres utilizan su ingenio en alentar á sus maridos para que suban al poder, en gobernar su casa con la mayor economía, y las buenas madres en educar á sus hijos; mas todo pensamiento grave, toda idea grande y luminosa se ha desterrado de los salones, donde sólo es admitido un lenguaje agradable, pero superficial; donde sólo son bien acogidas las frases galantes, pero frívolas; donde sólo reinan la adulación, la lisonja, el *comme il faut*, en fin, que nos han importado de París. El talento en los salones no es bien acogido, porque choca con tanto cerebro vacío como los puebla; así es que he visto, al principio

con sorpresa, y luego con admiración, á muchas personas eminentes sujetarse á hablar tonterías durante horas enteras y á no salir de dos docenas de frases de *cajón*, alternando con los entes más insustanciales.

Y bien, hija mía, para esa conversación de baile y de concierto, la Baronesa debe ser especial, y pronto la verás aclamada como una de las criaturas más agradables; una mujer que habla de todo y no dice nada, que frasea elegante y correctamente, sin intención que hiera, sin grandeza de ideas que humille la pequeñez de los demás, es, te lo repito, inapreciable.

Y después, hija mia, ¿no me dices tú misma que es tan servicial, tan atenta, tan aseada, tan á propósito para llenar los menores detalles de la elegancia y pulcritud domésticas, que son las más estimables y necesarias de todas las pulcritudes y elegancias? ¿Cómo, pues, no has meditado en lo que tu casa y la de tu hermano ganará con ese guarda vigilante de todas las delicadezas, de todos los encantos del hogar? Una cortina levantada con gracia, una persiana entornada con inteligencia, los muebles colocados con buen gusto y limpios con esmero, dan á la morada propia un indecible encanto, un aspecto cómodo y grato á la par, que es para el recinto doméstico lo que el perfume á la flor, lo que el sabor á la fruta, lo que á los brillantes la luz.

Tú, hija mía, permíteme que aun te diga la

verdad como cuando eras niña; tú eres buena, virtuosa, bonita, irreprensible, instruída, y, sin embargo, te falta lo que tu tía posee: el mágico poder que atrae y que retiene, que es la amabilidad; el lazo de flores que sujeta los corazones, que es la indulgencia.

Créeme, la Baronesa, á pesar de sus cincuenta años, de sus cabellos y sus dientes postizos, de su colorete y de sus monadas, tendrá más adoradores que tú con tus diez y ocho primaveras, tu rostro de nieve y rosa y tu espléndida cabellera.

Tal vez así lo adivinas, cuando con alguna amargura me refieres las alabanzas que á la Baronesa prodigaban los jóvenes que oíste en el peristilo del teatro, y que con poca piedad te tachaban de *desgarbada*, es decir, de falta de gracia en tu persona: acaso un sentimiento de ruin envidia llegue á deslizarse en tu alma y empañe su pureza, como un hálito inmundo y corrompido empaña un claro y límpido cristal; pero ¿sería posible que una criatura que empieza á vivir, bella, fresca y llena de gracias, envidiase á otra que toca al fin de su carrera y cuyos encantos físicos son únicamente debidos á su destreza? ¡Oh, no! ¡eso sería vergonzoso y humillante, no sólo para mi Eufemia, sino también para su buena madre, que aunque la quiere buena, la quiere también hermosa!

Consagra, amada mía, un poco más de tiempo á tu tocador y un poco menos á tus labores; descansa algún tanto en la Baronesa del cuidado de

la casa; ella te lo agradecerá como una muestra de confianza, porque si no tiene un profundo y sublime talento , tiene sensibilidad y práctica de la vida; que no se limite Eufemia de Hinestrosa á ser el ama de llaves de su casa; que sea la bella heredera de un nombre ilustre; que, sin abandonar los domésticos cuidados, sepa tocar el piano, dibujar, bordar y todos aquellos primores que hoy se exigen á una joven de su cuna; en fin, hija mía, te lo repito: es preciso ser tan agradable como buena, porque la virtud es sólo perceptible para los espíritus elevados y rectos, y las amables prendas exteriores cautivan hasta á los necios.

Férvidas sacerdotisas de la virtud, hagamos nosotras amar á nuestra diosa tanto como es admirada; revistámosla, hija mía, de blanca gasa; coronémosla de aromadas flores; adornémosla con joyas espléndidas; porque ¡ay! ¡si la cubrimos de tosco sayal, huirán de ella las cobardes, y las cobardes son muchas en nuestro débil sexo!

ANA.

VI

La Marquesa de Valflores á Pablo de Hinestrosa.

Castillo de Valflores, Febrero de 186...

Tu padre fué un suicida; hé aquí ya, hijo mío, descorrido el velo que se extendía ante tus ojos, que te ocultaba la triste realidad.

Jamás ha manchado una mentira los labios de tu abuela; hasta hoy he podido callarte ese terrible secreto; pero ya que lo sospechas, que casi lo sabes, no quiero negártelo; después de descubrir la herida, espero que la Providencia me dará fuerzas para curarla.

Pablo, tu padre, tan fatalmente dotado como tú de una imaginación de fuego y de un espíritu de análisis que no le permitía ninguna ilusión, buscó la muerte sin pensar en mí, que le adoraba, sin pensar en su esposa, que también le amaba ciegamente, sin pensar en sus pobres hijos, que reclamaban su vida; y yo, que hubiera deseado abandonar este mundo como la felicidad suprema, tuve el deber de ahogar ese deseo y de vivir para vosotros.

¡Cuán fácil y cuán agradable me hubiera sido reunirme en el mundo de los muertos á todo lo que más había amado en la tierra!

Pero tú, hijo mío, me tendías llorando tus bra-

zos infantiles; tu hermana, en la cuna, me sonreía como pidiéndome compasión, y yo no podía hacerme sorda á tan elocuentes demostraciones.

No puedo quejarme de mi sacrificio; vuestra ternura me lo ha compensado; ninguna madre anciana ha sido más adorada de sus hijos que lo soy yo de vosotros; y, además, la dulce tranquilidad del deber cumplido hubiera bastado para mi dicha en la tierra, aunque hubiérais sido ingratos á mi amor.

Hoy, sin embargo, tiemblo y me parece que tu cabeza, á fuerza de pensar, empieza á extraviarse como la de tu padre; te veo desencantado, descreído, casi escéptico, infeliz, en una palabra... ¡Oh hijo mio! ¿Acaso seguirás el funesto ejemplo de tu padre? ¿Llegará un dia tu extravío hasta el punto de hacerte salir del triste camino de la vida por la negra y tenebrosa puerta del suicidio? ¡Si eso hicieras, no cortarías sólo el hilo de tus días; tambien abrirías las puertas del sepulcro á tu anciana abuela, que no podria resistir el dolor de tu pérdida!

Vive, pues, hijo mío, vive para mí; si es que mi inútil compañía es tan cara á tu reposo y á tu corazón, vén á mi lado; vén á respirar el aire puro de estos campos; vén á sentarte á mis piés; vén á rezar conmigo bajo los frondosos árboles que vieron la infancia de tu desventurado padre: en la soledad se está más cerca de Dios que en el torbellino del mundo: vén á humillar la grandeza de tu

pensamiento ante el que ha creado esta espléndida y rica naturaleza, y en medio de estos bosques seculares, en medio del grave y augusto silencio de la noche, te sentirás pequeño y mezquino: cuando la naturaleza entera duerma, pasearás con tu anciana abuela, y á la luz de la luna, por la falda de este monte, cuya azulada cima casi llega á los cielos, juntos rezaremos las oraciones que has olvidado, las oraciones sublimes que la Iglesia nos da como bálsamo de todas las penas, porque están llenas de esperanzas celestiales.

¿Que has jugado, me dices? ¿que has perdido? ¿que has consumido en orgías y arrojado á los piés de mujeres despreciables la mayor parte de tus riquezas? No importa; en el corazón de tu abuela hay indulgencia para todo; el dia en que seas pobre, hijo mio, trabajarás; quizá sea el origen de tu fortuna el haber despedazado tu manto de oro, para reemplazarle con la clámide de lana de los poetas, la blusa azul de los pintores, la severa toga del foro, ó la noble vestidura de la ciencia: sí, Pablo, tu honrarás cualquiera de estas divisas; y no deploro que te hayas quedado casi pobre; lo único que siento es que, en vez de derretir esas sumas en las aras del vicio, no las hayas ofrecido en los altares de la caridad.

Pablo, tu abuela, á quien tú amas, estimas y veneras; tu abuela, cuya vida y alegría sois tú y tu hermana, te lo dice, te lo asegura, te lo promete en el nombre de Dios: donde quiera que te

encamines por la vía del trabajo, del santo y noble trabajo, llegarás á la cumbre de la gloria: nada hay en tí, hijo mío, que no sea grande, elevado, perfecto; pero padeces el mal del siglo: el hastío; tu imaginación, demasiado poderosa, se devora á sí misma, falta de pasto, y hasta tu fe religiosa vacila ya, como vacila la llama, por espléndida que sea, cuando la agitan encontrados vientos.

El mundo, el pequeño y miserable mundo, no puede, sin embargo, enviar sus sombras hacia tu alma, templada como la de los héroes: tu alma se agita, se cansa, sufre y solloza en los rudos choques del camino: todo le es inferior, todo le hiere; desea más ancho espacio, y es forzoso que se lo des.

Vén á rezar conmigo la sublime oración que llamamos *Salve*: ambos la diremos, á la vez que con los labios, con el corazón, y te sentirás consolado y fortalecido.

¡Madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra, á tí llamamos los desterrados hijos de Eva! ¡A tí suspiramos gimiendo! ¡Señora, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos!

¿No hallas en estas palabras de la oración una dulzura infinita, suprema, á nada comparable? ¿No te explicas todos los males, todos los dolores de la vida, al decir tú mismo que estás desterrado? ¡Oh hijo mío! ¡Sólo las medianías han dudado! Los espíritus fuertes, los séres privilegiados como tú,

han tenido la fe inquebrantable, como las rocas que el mar azota hace siglos en su impotente fuerza.

Hay en la tierra espíritus esforzados, y los hay débiles, hermanándose en unos y en otros la perfecta humildad cristiana. ¿Te acuerdas cuando yo te hablaba de los santos *terribles?* San Ignacio de Loyola, San Bernardo, San Agustín, San Pablo, San Ambrosio, San Elías y San Jerónimo, eran admirados por tí como los Hércules de la fe, como los Alcides de la Iglesia. ¿Te acuerdas de los santos *amables?* Con este calificativo designábamos al dulcísimo San Francisco de Sales, al bondadoso San Juan Crisóstomo, al benigno San Juan Bautista, al elocuente San Julián, al sufrido Job y al inocente San Carlos Borromeo.

Amabas á estos últimos, pero admirabas con entusiasmo á los primeros. ¡Qué ardiente exaltación coloreaba tus mejillas y hacía brillar tus hermosos ojos negros! ¡Cómo se veía palpitar á tu corazón y latir las venas de tus sienes! ¡Ah! tu rica, noble y privilegiada naturaleza no puede haberse cambiado, empobrecido y vulgarizado bajo el soplo helado del mundo! ¡No, hijo mío! Mi compañía, mi amor y mis consuelos curarán tu abatimiento moral: tú volverás á mi lado á ser niño y dejarás de ver la vida en la pequeñez extrema que hoy la ves y te hace detestarla; tú volverás á sentir y dejarás de pensar tanto; viendo crecer tus sensaciones, te encontrarás otra vez joven é inocente.

Yo te enseñaré de nuevo á vivir, y ya curado por la mano delicada de tu madre, buscarás el amor, verdadera fuente de toda dicha, y el trabajo, alimento de las almas ardientes: arroja, hijo mío, las afeminadas sedas del ocio, los acres perfumes que irritan tus nervios, los recuerdos amargos del festín de la vida; sacude tus cabellos del sudor de la orgía; toma el báculo de peregrino y vén á descansar sobre el seno maternal, á sentarte á la orilla del cristalino arroyo, á entonar de nuevo los cánticos de la infancia, á rogar al Supremo Hacedor ante el gran altar de la naturaleza.

ANA.

VII

La Baronesa Galatea á la Marquesa.

Madrid, Febrero de 186...

Es á la vez deber y gusto mío, señora, dirigirme á V. para decirle que en la casa de sus hijos se alberga un corazón más para amarla y respetarla, una persona que la estima hace largo tiempo, aunque sin tener la dicha de haberla visto nunca, y que la conoce por lo mucho que de sus virtudes y noble carácter ha oído hablar á cuantos la han tratado.

Mi hermana adoraba á V., y de ella he apren-

dido yo á admirar el hermoso conjunto de bondad y distinción que tanto distingue á V. y la hace tan superior.

Los hijos de mi hermana profesan á V. la misma idolatría y el mismo respeto que sus padres le dedicaban; y yo sé que el asilo que debo á mis sobrinos, me lo han conquistado los buenos y caritativos consejos de V., pues ellos no me conocían y no podían tener simpatías por su pobre tía desamparada.

Además de las razones que ya llevo dichas, existe otra, señora, para que yo desease hablar á usted por escrito, para que anhelase darle gracias y decirle cuánto la estimo y la considero: he visto la carta que acerca de mí escribe V. á Eufemia; ésta, por uno de los frecuentes descuidos en que incurre, la dejó abierta sobre la mesa del cuarto de labor, y yo, al ver que se hablaba de *la Baronesa*, tuve la indiscreción de fijar en ella mis ojos... ¡Ah Marquesa! en aquellas líneas escritas por la mano de V. he visto toda la nobleza, toda la hermosura de su alma.

Tu tía es tuya por los lazos de la sangre, y sobre todo porque le das asilo en tu casa... ¡Oh, sí, créame V., señora! Ninguna de las graves y prudentes frases con que V. culpa mi ligereza ha podido herirme, cuando he visto las que acabo de mencionar y las que después ha estampado usted al enumerar á mi sobrina mis cualidades de abnegación y de desinterés. Usted, Marquesa, ha leído

en el fondo de mi alma, que está muy lejos de atesorar la elevación que encierra la de V., pero que es cristiana y buena. Sí, tiene V. razón, y por haberme hecho justicia, le estaré siempre agradecida: yo soy capaz de sostener y cuidar á Eufemia en todos los trances más angustiosos de su vida; yo la amo tiernamente por ser la hija de mi adorada hermana, por ser una niña huérfana, por gratitud y por inclinación natural hácia ella; y porque la amo, lamento, como V., que no sea más coqueta y más graciosa, ya que es tan hermosa y tan buena.

El profundo talento de V. no se equivoca al asegurar que yo sea más útil y más agradable que ella para el mundo superficial y vano en que vivimos; esta niña, rica, bella, irreprensible, encantadora, es demasiado grave y demasiado austera para nuestros días, y sólo viéndola puede creerse el método de vida que lleva y que ha aceptado.

Eufemia se levanta con el día, y ella misma se toma el cuidado de llamar á los criados: esclava de sus llaves, va ella misma á sacar las provisiones y á encargar las compras de fuera que necesita la cocina: ella misma limpia y arregla una gran parte de la casa; y no se contenta con ser el guardia vigilante, sino el actor principal de estas faenas, para cuyo desempeño paga más brazos de los que son necesarios.

No está atenta á todo, sino que se constituye en esclava de todo: para no gastar, viste en casa

con tanta modestia, que ya raya en la miseria: ella cose, zurce, borda, y la doncella pasa la mitad de la vida en el balcón y la otra mitad delante del espejo, desempeñando el papel de Eufemia, y ésta el suyo.

Los trajes de mi sobrina perecen infaliblemente de la misma forma con que se confeccionaron, ó más bien, que ella misma se confeccionó para ahorrarse el gasto de la modista; no se reforman jamás, alegando que eso sería gastar dinero y tiempo sin necesidad: así es que lo que lleva parece antiguo, amanerado y de un gusto tan pésimo, que toda su belleza no resiste á tan fatal atavío.

¡Oh señora! ¡qué dichosa sería yo si esta niña tomase los consejos de V.! ¡Si quisiera descansar algun tanto en mí del enojoso peso de sus cuidados domésticos! ¡Si atendiese algo más á su persona! ¡Si, en una palabra, dejase de ser tan grave, para ser más amable y más graciosa!

Quizás á mí me sobra de ligereza todo lo que á ella le falta, y acaso ambas estemos fuera de nuestro sitio á los ojos de V.: quizás el talento de mi sobrina y el mío, tan limitados si se comparan con el de V., no comprenden lo que deberíamos hacer; pero su noble y santa palabra ha penetrado en mi corazón, y espero dejar muy pronto alguna de mis costumbres, demasiado mundanas, para entrar en un orden de ideas más conforme con mi edad. ¡Ojalá que Eufemia variase algún tanto á su

vez el orden de las suyas, y empezara á ser joven, de tan buena gana como yo dejaré de serlo, avergonzada con la noble indulgencia de V. hacia mis trivialidades!

Otra pena me agobia: ¿llegará á envidiarme mi sobrina? Esta niña, huérfana de mi hermana, ¿me culpará de los homenajes que los hombres dedican á *mis frases*, en tanto que esos mismos hombres desdeñan *sus ideas*? ¡Oh! ¡eso sería para mí insoportable, porque yo amo á Eufemia como si fuera su madre, y le deseo la suerte más dichosa!

Algunas veces me persuado de que esta pobre niña se empeña en ahorrar todo lo que su hermano malgasta, y que aunque ya tiene su fortuna independiente y separada de la de Pablo, desea aumentar la que le es propia para reponer la de éste; pero yo nada puedo decirle acerca de este particular, porque ella no tiene conmigo ninguna confianza; sólo es presunción mía lo que digo, porque creo que mi sobrina no puede ser guiada en su método de vida por una ruín y mezquina avaricia.

Pablo está siempre aburrido, y su frente se halla cargada de negras nubes: su tristeza habitual ha llegado á ser hipocondría. Eufemia está asustada; pero con su reserva habitual y constante en ella, nada dice de sus temores. Por fortuna, Pablo parece decidido á irse al lado de V. á pasar algunos días, y la compañía de su buena madre será el mejor bálsamo para sus pesares, ocasionados todos por una mujer á quien amaba locamen-

te, y á la verdad, sin merecerlo, pues era de una reputación, cuando menos equívoca.

Mis dos sobrinos no tienen la feliz disposición de ánimo que yo quisiera: sus caracteres é inclinaciones difieren mucho, y toda la petulante ligereza y poética imaginación del hermano hacen falta á la hermana.

¡Quiera el cielo, para el que no hay imposibles, que su amor de V. cambie á los dos! Desde que V. falta de su lado es desde cuando, según mi parecer, las tendencias de ambos se han desbordado; y sin el amor y los consejos de V., Pablo caería en el abismo, y su hermana se convertiría en un sér vulgar, reconcentrado, casi feroz.

Adiós, señora; no olvide que es suyo el cariño y el respeto de la que se ofrece su mejor amiga y servidora

GALATEA.

VIII

Modesta Pineda á la señora de Bornos.

Castillo de Valflores, Marzo de 186...

Tranquilízate, mi amada y buena Teresa: tu hermana está contenta, está buena, es dichosa: al lado de esta respetable señora, de esta noble dama, de este sér el más generoso y tierno que conozco, no puedo menos de serlo.

No me es dado pintarte bien á la Marquesa, hermana mía; tal conjunto de hermosas cualidades no es para descrito, y menos para descrito por mi tosca y humilme pluma.

A su lado el deber se convierte en felicidad; todo es bello y fácil en esta casa, porque hasta sus criados, educados por ella, tienen algún reflejo suyo, y se les ve exentos de la rudeza y mala intención que es casi siempre patrimonio de la ignorancia y de la servidumbre.

Mis obligaciones son aquí muy sencillas, y las cumplo con indecible placer: me levanto muy temprano y arreglo yo misma el gabinete particular de la Marquesa. Antes de venir yo, era esto obligación de su antigua camarera Marta; pero le he rogado que me ceda este cuidado, pues tengo un gusto indecible en que lo que agrade á los ojos en su habitación esté arreglado por mi mano.

Colocar el sillón en el sitio que prefiere, arreglar sus libros sobre el velador, mullir los almohadones en que apoya los piés; tener su gabinete en un temple dulce é igual, cuidando yo misma de la chimenea; arreglar su lecho, su reclinatorio, su cómoda, su buró, su lavabo, todo esto es para mí tan grato, que no lo cedería á nadie. Cada día cambio las flores de los dos vasos que están colocados á los piés de un bello Crucifijo: este Crucifijo corona la parte superior del buró, donde esta santa señora escribe á sus nietos largas cartas, que frecuentemente la arrancan lágrimas.

¡Dios míos! ¿qué serán esos dos jóvenes? ¡Hacer llorar á esta anciana respetable, me parece un crimen; un crimen tal, que casi no puedo perdonárselo!

Después de arreglar el gabinete de la Marquesa, bajo al piso inferior, donde hallo á todas mis educandas que me esperan: las enseño á coser, á leer, á escribir y algo de música, para que canten en la iglesia de la aldea en las festividades de la Virgen.

La Marquesa y el señor cura toman tambien parte en la instrucción de estas pobres niñas, que, gracias á nuestra bienhechora común, serán un día ejemplares madres de familia.

A las doce se van ellas á comer, y yo subo á leer á la Marquesa en voz alta, durante una hora; otra hora trabajo á su lado en alguna labor de aguja.

A las dos comemos, y á las tres bajo de nuevo á mi clase; entonces suele acompañarme la Marquesa: su venerable y dulce presencia en la escuela es el rayo de sol que cae en un campo de flores: todas aquellas figuritas en miniatura se acercan á ella, le besan la mano, la abrazan y se asen á sus vestidos; ella besa á la una, acaricia los cabellos de otra, da palmaditas en las mejillas de las mayores, y distribuye un cestillo de frutas y una caja de caramelos con su blanca y aristocrática mano entre esas inocentes hijas de sus colonos, de sus vaqueros y de sus criados en general.

Los miércoles y los sábados son los días que se deja ver en la escuela, y esos días son de fiesta para todas, pues cada una lleva además á su casa una moneda.

A las cinco se cierra la clase; la Marquesa y yo vamos á dar un paseo y á tomar un vaso de leche en alguna alquería cercana, ó chocolate con el señor cura. A las siete se reunen ocho ó diez personas en el salón, y entretanto que unas juegan una inocente partida de cartas, otras hablan; yo hago labor á la luz de la misma lámpara que alumbra la mesa de los que juegan; á las diez cada uno se va á su casa. La Marquesa y yo tomamos una cena ligera, y después de hacer la plegaria con todos los servidores del castillo, costumbre patriarcal que la Marquesa conserva, cada uno se va á su cuarto á buscar el reposo de un día dulcemente ocupado en el santo y noble trabajo.

Ya ves, Teresa, que soy dichosa, y que puedes estar tranquila acerca de mi suerte.

Yo me acuerdo de tí y de tu buen esposo con tanto amor como ternura: tampoco tú, hermana mía, has sido desgraciada en la lotería de la vida, pues te ha tocado un compañero bueno y fiel; pero ¡qué gran trabajo has de imponerte para criar y educar á ocho niños, mi pobre hermana! ¡Tú, delicada y distinguida por naturaleza y educación, te levantas con el alba y te acuestas á la una ó las dos de la madrugada, para coser y arreglar la modesta ropa de tu esposo y los pobres vestiditos de

tus hijos! ¡Tú, sin otra ayuda que una anciana criada sorda y casi inútil, atiendes á todo y tienes tu limpia casa en el orden más perfecto! ¡Y aun me compadeces y te lamentas de mi suerte! ¡Ah! ¡y qué bien dejas conocer toda la bondad y ternura de tu alma cristiana! ¡Lloras porque no estoy á tu lado y porque cómo el pan de la servidumbre! ¿Cómo podré yo pagarte jamás tu interés y tu afecto? Pero no, no me compadezcas: yo no podria permanecer con vosotros, sin arrebatar á tus hijos una parte de su pan: yo soy joven, mucho más joven que tú, pues cuento diez años ménos, y, como tú, tengo valor y sé trabajar: si el cielo no me hubiera deparado la noble protectora que por tanto tiempo lo fué también de nuestro padre, yo hubiera sido la camarera de alguna dama, ó hubiera abierto una escuela de niñas en esa misma florida Valencia donde habitáis; porque, créeme, Teresa, el pan de la holganza es el amargo; el del trabajo, aunque este trabajo se llame *servidumbre*, es muy sabroso.

Dices que aquí no me casaré, y que á tu lado quizás hubiera hallado un compañero digno de mí: no te aflijas por eso: si Dios me destina para casada, lo seré; si no, mi porvenir está elegido: el día en que mi noble bienhechora suba á la mansión de los justos, yo abriré una escuela en un pueblecito, quizás en la misma aldea de Valflores, y ganaré el pan de cada día enseñando á estas pobres niñas, y después á sus hijas.

Soy feliz, hermana mía, como una verdadera cristiana; miro el porvenir con calma, y el presente es para mí el más dichoso: sé que tú tampoco eres desgraciada, porque, á pesar de la humilde medianía en que plugo al Todopoderoso colocar tu existencia, caminas por la senda de la vida con tu mano apoyada en la mano de un compañero digno, que te estima en lo que vales, que adora á sus hijos y que es para ti un sostén y un amigo; con diez mil reales de sueldo, criar y educar á cinco niños y á tres niñas, parece milagroso; y, sin embargo, es muy fácil para vosotros, mi buena Teresa, mi querido y honrado Esteban! La alegría y la paz reinan en vuestra casa, y vuestras modestas comidas son muy agradables y sabrosas. ¡Cuánto recuerdo vuestro apacible interior, vuestra aseada casita y á mis lindas sobrinas y sobrinos, todos gruesos y rosados como los niños de Boucher!

Adiós, mi querida é inolvidable hermana; abraza á Esteban y á los niños: con destino á éstos te envío una provisión de medias, y una chaquetilla de punto para tu primogénita, mi encantadora Inés: adiós, y recibe dos tiernos besos de tu hermana que te quiere mucho

MODESTA.

IX

La Canonesa á la Marquesa.

Francfort, Marzo de 186...

He tardado en contestar á tu carta cerca de dos meses, mi querida Ana, porque he estado enferma de alguna gravedad: apenas levantada, tomo la pluma para hablar contigo un rato y para llenar de mi letra gruesa y redonda algunos pliegos de papel, aunque tenga que descansar de cuando en cuando.

Tus penas han entristecido mi ánimo: siempre he creído que tenías el derecho de ser feliz, si este derecho está reservado por el Todopoderoso á las almas dignas y buenas; pero veo que aun eres desgraciada, y recuerdo que lo has sido casi toda tu vida, acaso porque el cielo quiere probarte y ofrecerte ocasión de merecer la eterna gloria.

No sé, en verdad, amiga mía, qué remedio darte para los males que te afligen; ya hace años que conozco á tus nietos, y veo que son verdaderos los retratos que haces de ellos; no te ciega el amor maternal, y este amor, por grande que sea, no excluye la justicia, como sucede con todos los sentimientos nobles. Sí, Pablo ha nacido con el carácter petulante y la imaginación fogosa de su

padre, y Eufemia con la prosa encarnada en todo su sér.

Pero ¿acaso puedes tú deshacer la obra de la naturaleza? ¿Puedes cambiar sus caracteres, sus sentimientos, sus tendencias, sus aficiones? Si fuera Pablo jorobado, ¿podrías tú quitarle la joroba? Pues más facil sería acaso corregirle esa imperfección física, que las morales de que adolece: hazte cuenta que lleva una joroba inmensa en su propio carácter. y que tú no puedes hacérsela menor ni librarle de ella.

Una sola cosa podría atemperar la índole fiera de tu hijo: el amor; ponle en su camino, si te es posible, una joven hermosa y buena, y pide á Dios que se enamore y que se case: si no curado, se hallará aliviado á lo menos.

El mismo medio puede cambiar también el natural de Eufemia: el amor es el rayo de sol de la juventud, que sin él camina en las tinieblas.

Mis hijos tenían otras condiciones morales que tus nietos: mis hijas, más tímidas, más humildes y menos bellas que Eufemia, eran mucho más frívolas que ella; mi hijo tampoco ha tenido jamás ni el carácter fogoso ni la absoluta libertad del tuyo: educóle un padre severo y bueno á la par, y ha vivido siempre bajo el freno saludable del respeto.

La fatalidad de tus dos hijos consiste, á mi parecer, en que son demasiado superiores y demasiado altivos: ¿quién sabe? acaso variarán; y si no

varían, los dolores positivos de la vida domarán lo mucho que hay en ellos de duro é independiente: ni tú ni yo podemos hacer más que rogar al cielo para que esto suceda.

Te lo repito: los padres que tienen hijos muy feos, tienen que soportarlos tales como son: el que los tiene imperfectos moralmente, tiene que soportarlos también, pues no es posible prescindir de ellos.

Más que la suerte de esos dos niños mimados y orgullosos, me compadece, amiga mía, tu completa soledad. ¡Cuánto sería mi gozo si estuvieras á mi lado en este apacible retiro!

No hay una hora en el día en que yo no dé gracias á Dios por haberme traido aquí.

En mis largos viajes, la Alemania era siempre el país que deseaba volver á ver, y en el cual tenía yo fijos los sueños de mi vejez; por eso, no bien mi esposo pasó á una vida mejor, corrí á esta apacible y dulce mansión, tan separada de las pompas mundanas y tan cerca de Dios.

Nuestro capítulo, situado á la entrada de un frondoso bosque, es una casa muy grande, que casi se parece en su arquitectura á un castillo feudal: extensos jardines llenos de agua y de flores, un hermoso templo y una habitación cómoda y sencilla para cada una de las damas aquí reunidas; tal es lo que encierra este edificio, semejante á una paloma que sacude sus alas al salir de su nido de verdura.

Podemos salir á cualquiera hora del día, y por la noche nos retiramos temprano y pasamos la velada en la sala capitular.

Dividimos la vida entre el trabajo, que es una distracción, y la oración, que es un reposo; y yo, aunque pienso mucho en mis hijas, casadas lejos de mí, en mi hijo, solo en el mundo, estoy tranquila, porque nuestros corazones están unidos por lazos invisibles é inquebrantables; diríase que sólo nos separa un velo trasparente, y que nuestro recíproco amor levanta á cada instante esta ligera gasa.

Cuando heredó mi hijo su título de Conde de Maceda, á la muerte de mi hermano, yo le aconsejé que se casara; pero él se resistió y respondía á todas mis reflexiones:

—No amo, madre mía, á ninguna mujer lo bastante para hacerla mi esposa.

Después de siete años de separación, me responde hoy lo mismo, y pienso que su intimidad con tu Pablo le afirma cada día más en su resolución de no casarse nunca.

¡Ay Ana! también yo tengo penas; temo que Germán muera soltero y que deje extinguir el título de su padre y el que él lleva, por no hallar una mujer digna de él.

Todas le parecen ligeras, aturdidas y llenas de defectos; todas le parecen muñecas de tocador; pero al mismo tiempo, cuando me habla de Eufemia, se burla de sus escasos atractivos, aunque confiesa que su belleza es sin igual.

¿No te parece posible, amiga mía, la unión de nuestros dos hijos?

¿No te alegraría si llegara á efectuarse?

Por lo que á mí hace, llenaría todos mis votos, si pudiera perder Eufemia la joroba moral de su altivez, de su intolerancia, de su excesiva perfección.

Mi hija mayor, que, á su paso para Francia por ese pueblo, ha estado á hacerte una visita, me ha dicho que tienes en tu compañía á una joven bella como un ángel: ¿quién es esa joven? el relato de mi Blanca, que no es ni entusiasta ni exagerada, me ha llenado de curiosidad.

«Imaginate mamá—me escribe—la joven más linda, y aun no podrás formarte idea de las gracias de Modesta, —éste es el nombre que le daba la Marquesa;—una tez de nácar y rosa, unos grandes ojos oscuros, llenos de luz y de sensibilidad, una cabellera rubia, sedosa y abundante, una nariz griega, una boca seria y graciosa á la vez, una frente llena de nobleza y de serenidad; todo esto es lo que á primera vista llama la atención en esa encantadora niña; pero si se contempla con atención, cautiva, aun más que su belleza, el raro conjunto de distinción y de candor que se advierte en ella, la dulzura penetrante de su voz, y la bondad inteligente y tierna de su sonrisa: primero se la admira, después se le dedica una simpatía irresistible: yo pienso que debe ser alguna desgraciada acogida por nuestra generosa amiga, y en ese caso

quisiera añadir mi óbolo á los beneficios de la Marquesa y unir una pequeña suma al dote de la bella é interesante Modesta.»

Permite, pues, amiga mía, que Blanca y yo nos asociemos á tu buena obra; dime quién es esa joven, y no te niegues á admitir para ella un modesto dote, que se depositará en casa de tu notario.

Termino, como empecé, aconsejándote que no te empeñes en mejorar las obras del Criador, y que dejes á tus nietos ser *lo que son*, porque jamás pueden ser otra cosa, puesto que no está en tu mano cambiar su índole ni sus particulares inclinaciones.

Déjales acompañados de su tía, y ven á pasar un mes al lado de tu amiga

GERTRUDIS.

X

Pablo de Hinestrosa al Conde de Maceda.

Castillo de Valflores, Marzo de 186...

Ya estoy en este valle, mi querido Germán: en este valle, verdadero nido de flores, donde mi noble abuela ha venido á abrigar los últimos años de su santa y tranquila vida: cuando veo á esta anciana venerable esperar, llena de calma y de paz, á que la tumba se abra para recibirla, no

puedo menos de pensar en lo distinta de la suya que será nuestra vejez.

Paréceme, sin embargo, que la enfermedad moral y terrible que me aqueja se alivia bajo el techo maternal; mi pecho enfermo respira mejor: hay aquí en el aire yo no sé qué perfumes sanos y frescos, que templan la sangre abrasada que corría por mis venas; por la noche, y á la luz de la luna llena, paseo con mi abuela al pié de la montaña; hablo con ella y le cuento mis dolores y mis locuras, pues esta buena y sublime madre comprende mi corazón, y hasta el lenguaje de mis suspiros.

De vez en cuando apoyo mis labios en los hermosos rizos plateados que guarnecen su frente, con más amor y con más ternura que lo haría sobre la cabellera negra ó rubia de una joven de veinte años: mi madre ha sido divina en su juventud y es aún hermosa en la ancianidad.

Bajo su mirada me siento renacer, y su sonrisa es como el bálsamo de mi alma.

Preguntándole yo anoche qué nombre tienen la angustia moral y el terrible desaliento que me consumen, me hizo sentar á la orilla de una fuente que brota al pié de un árbol; sentóse ella á mi lado y me habló con el dulce y noble lenguaje que voy á trascribirte:

—El mal que te atormenta, hijo mío, no suele venir tan pronto, pero ataca inevitablemente en el crepúsculo de su juventud á todo sér humano que

no ha dado otro fin á su vida que los placeres equívocos de que el mundo dispone: cuando llega á apaciguarse el ruido aturdidor que la juventud hace en nosotros mismos, hay, para todos los que han vivido solamente de las vanidades humanas, una hora de silencio solemne; el principio divino se revela en ese silencio y les habla: una luz súbita les muestra de repente el vacío de su pasado, y el vacío, aun más espantoso, de su porvenir: un sombrío disgusto les aleja de sus costumbres más queridas, y una curiosidad extraña les empuja hacia las emociones más ajenas á su vida pasada: las palabras y las imágenes que sólo merecían su indiferencia, ó que excitaban su sonrisa, deber, piedad, honor, sacrificio, se les presentan de repente llenas de un atractivo irresistible: algunos, espantados y débiles, huyen de esta luz, y sumergiéndose más y más en el cieno de sus pasiones, consiguen sofocar de nuevo la voz de su alma hasta el día del último sueño; otros, más fuertes, obedecen, con éxitos diversos, á esta tentación de virtud que Dios les envía: como dice un ilustre autor francés: «Esa es la hora en que los libertinos y las mujeres ligeras vagan furtivamente al derredor de la virtud, no osando aproximarse á ella, y deseando, sin embargo, conocerla.» Esa es la hora de las supersticiones singulares, de los retiros inexplicables, de los sacrificios, y algunas veces de los suicidios que estallan por intervalos en el mundo en que tú vives. Y bien, hijo mío,

la hora del silencio solemne ha sonado para ti; pero ten esperanza; hay un sentimiento que aun no has probado en toda su delicadeza y hermosura, que contiene en sí mismo todos los deberes y todas las virtudes, que expía y consuela á la vez.

—¿Y cuál es, madre mia? exclamé yo.

—Es el amor: el dia en que ames, te sentirás curado.

Yo sacudo con melancolía la cabeza cada vez que mi madre me repite esta idea.

Y, sin embargo, su voz penetra en lo íntimo de mi alma, y su palabra, llena de calor, de vida y de fe, reanima mi espíritu abatido.

¿Cuándo volveré, me preguntas...? Lo ignoro: con pena os recuerdo, mis pobres amigos, mis locas y bulliciosas amigas. Yo os amaba, quizá con más verdad y pasión que nadie, y sobre todo para ti, Germán, mi amistad es inextinguible: tú vales más á mis ojos que todos los demás; pero ¿qué es vuestra compañía, comparada con la de este noble sér, que no sólo sabe el camino de mi alma, sino que va delante de mi pensamiento y de todas mis aspiraciones? ¿Qué son nuestras fiestas, en las que luchaban como atletas la embriaguez y el hastío, con estas dulces expansiones del alma, con esta tierna comunidad de sentimientos, con esta afección íntima y profunda que mi buena madre y yo nos profesamos? ¿Qué son esos extremos de una amistad, muchas veces fingida y pocas veces probada, comparados con este amor santo é igual,

inmenso y sereno, comparable sólo á la adorable calma de un cielo tranquilo y sonriente?

No te enojes, Germán, y llámame niño, como otras tantas veces que no he querido seguirte en tu desenfrenada carrera. Yo, al lado de mi madre, creo y espero: viejo vine de cuerpo y de corazón, y la savia generosa de estos campos florecientes parece que discurre ya por mis venas. Deseoso de ocuparme en algo, he empezado á pintar una Sagrada Familia para el altar mayor de la pobre iglesia de Valflores: el cura, buen hombre, sencillo y casi rústico, mira mi obra como si se hubiese vuelto idiota, en fuerza de estar asombrado; mi abuela dice que es una obra maestra: yo no sé lo que será: sólo te aseguro que, para pintar á la Virgen, he tenido que apartar de la memoria todos los rostros hermosos que conozco, y que, aun así, hice sin quererlo el retrato de Clotilde... ¡Oh fatal amor!... ¡Oh rebelde herida que, á pesar de todo, sangra todavía en mi corazón!

No necesito decirte que borré aquel rostro y que pedí perdón á Dios de mi involuntaria profanación.

He oído hablar aqui de una joven á quien llaman Modesta, y que yendo, dos días antes de llegar yo, á ver á la hermana del cura que se hallaba enferma, se torció un pié y está en su casa todavía: mi madre va á verla cada tarde; pero yo, cazando y trabajando en mi cuadro, no he podi-

do acompañarla, ni ella me lo ha dicho, y hace su visita acompañada de su doncella Marta, mujer de edad madura y muy adicta á la Marquesa.

Por aquí hablan todos de esa Modesta, y cada uno de los criados desea su vuelta: paréceme, por lo que oigo, que debe ser muy bonita, y prefiriría que no existiera; estoy tan cansado de mujeres lindas y de las mujeres en general, que desearía no ver ninguna cerca de mí. Preguntándole á mi madre si Modesta era efectivamente linda, me respondió sencillamente:

—Es adorable y tan buena como bonita; sin embargo, hijo mio, creo que á tí no te gustará, y lo celebraré.

—¿Y por qué, madre mia?... le pregunté admirado.

—Porque deseo que halle en tí un protector y no un perseguidor, y además, porque deseo que tú no le agrades á ella.

—¿Y qué mal habría en eso?

—El de ser ella completamente infeliz. Ahora es dichosa, y podría serlo más, si quisiera, casándose con Felipe, el hijo del fabricante de azúcar.

—Sí, sí, ya sé; el hijo de ese hombre que te debe su dichosa fábrica.

—¿Te pesa que le haya protegido, compadecida al ver que se le quemó la hermosa quinta que poseía? Quiso trabajar y *le dí la mano*, como se suele decir.

—Sí, la mano, y en ella algunos miles de duros.

—Que me va pagando.

—¿Y el hijo de ese palurdo quiere á tu Modesta?

—Con el alma.

—¿Y ella?...

—No lo sé, pero desearía que le correspondiese.

Hé aquí todo lo que sé de una joven hermosa que va á habitar bajo el mismo techo que yo, y á la que, te lo aseguro, ningún deseo tengo de conocer.

Vente á cazar algunos días conmigo, y recibe un estrecho abrazo de tu apasionado

PABLO.

XI

Teresa Pineda á Modesta.

Valencia, Abril de 186...

Perdona, mi querida hermana, si tardo algunas veces en responder á tus cartas y si no te escribo tanto como yo quisiera: mi casa y el cuidado de mis ocho niños me ocupan de continuo; yo no te puedo explicar cuánta es la diversidad de mis ocupaciones, y cómo se suceden en mi mano la plancha á la aguja, y el aseo de la casa al cuidado de confeccionar para mi querido Esteban alguno de los platos que son de su gusto y que, aderezados por mí, saborea con indecible placer.

No obstante, estas variadas y múltiples ocupaciones no me pesan: al contrario, me entretienen agradablemente; nos hallamos muy bien en esta bella ciudad, y estando el uno al lado del otro, Esteban y yo nos hallaremos perfectamente en todas partes; ésta es una verdad de que estoy profundamente penetrada. Cuando mi marido está cerca de mí, todo es bueno y fácil; yo me siento valerosa, porque me veo protegida; ambos tenemos, por todo lo que es serio, la misma manera de ver y de sentir; yo le estimo, le respeto y le amo; él me ama á mí también con toda la sinceridad de su alma honrada, con toda la verdad de una afección intensa, de una amistad tierna, de una confianza sin límites, y esto, hermana mía, después de doce años de matrimonio y después de haber pasado por muchas penas y mucha escasez.

Pero ¿qué importa? Cuando una mujer ama y aprecia á su marido tan profunda y verdaderamente como yo amo al mío, la vida para ella es dulce, aunque riegue con algunas lágrimas el sendero por donde camina. Yo he conocido, en todas las pruebas, que su corazón es todo mio y exclusivamente mío: ninguna otra afección ha venido á mezclarse como una nube negra en nuestra apacible unión, y nuestros hijos son los eslabones de flores que sostienen este hermoso y dulce lazo.

Sólo te deseo, por toda dicha, una suerte igual, mi amada Modesta: no es probable que se te presente un partido rico, pero no lo desees tampoco;

con tus gustos sencillos, tu afición al santo trabajo y tu claro talento natural, no necesitas riquezas para ser dichosa; el no poseer una gran fortuna es casi una felicidad. Sí, hermana mía, vivir por el corazón y no por el cuerpo; bastarse á sí propio, y no tener ambición ni envidia; despreciar sinceramente la opulencia, amando á los ricos como á hermanos, es un verdadero bien; la humilde medianía en que vivo no impide que tenga una bonita y aseada casita, un ajuar que brilla de limpieza y ocho ángeles hermosos que, aunque vestidos de percal ó lanilla, ríen y juegan, y se mantienen sanos y sonrosados.

Para mí es un verdadero placer el trabajo que me impongo para que mi marido se halle á gusto en su casa, para que tenga cerca de su mano el libro que más le agrada, y ante los ojos las flores que prefiere.

En cuanto á mis hijos, yo confío darles todo lo que está á nuestro alcance, que es una buena educación. Inés aprenderá la pintura; Octavia, la música; Clementina, inglés y francés; cada uno de los cinco niños seguirá su carrera, y lo que sus hermanas aprendan no será sólo á manera de adorno, sino con la solidez bastante para que algún día puedan enseñarlo á su vez: en los tiempos tempestuosos que atravesamos, es obligación de todos los padres previsores enseñar á sus hijos alguna cosa que les haga ganarse la vida honrada y decorosamente; la educación cristiana, unida á

algún talento práctico, es hoy la única salvaguardia de una joven; sabiendo orar y trabajar, no puede sucumbir ni á la tentación ni á la necesidad.

Pero yo no te hablo más que de mí, de mi marido y de mis hijos, que es como hablarte de mí misma, hermanita mía; perdona mi egoísmo, y cree que tú eres tanbién una parte de mi corazón.

Tu carta última me hizo derramar lágrimas. ¡Con qué virtud, con qué firmeza tan rara en tus pocos años, te has contentado con tu triste suerte! ¡Ah Modesta mía! cuando te he dicho que era feliz, me engañaba; tu presencia, encantadora y dulce como un rayo de sol, hace falta á mi dicha. ¡Con qué placer yo, que ya voy dejando de ser joven, admiraba tu pura y angelical belleza! ¡Cómo tu risa sonora hallaba un eco en mi alma y la alegraba! ¡Parecíame escuchar, cuando oía tu canto, el himno de la juventud! Llena de orgullo te veía trabajar á la luz de nuestra humilde lámpara, y al mirar tu rubia cabeza inclinada, tu gracioso y nevado cuello, tus manos de marfil, de donde brotaban los encajes, y muchas veces los remiendos de la ropita de mis hijos, te comparaba á esas jóvenes princesas de los libros de caballería, cuya belleza obligaba á los caballeros á tan gigantescas hazañas.

Ahora, Modesta de mi alma, ahora recuerdo llena de pena tu hermosura, tu gracia, tu natural

y exquisita elegancia, y no sólo tiemblo al verte lejos de mí, sino que temo que tantas perfecciones, tantas bellas dotes del alma, se queden sin ser conocidas y apreciadas, ó sirvan de cebo á alguno de esos elegantes sin corazón, que, por ser amigos del nieto de la Marquesa, irán sin duda á visitarla al castillo.

Si yo pudiera asegurarte un esposo de modestos haberes, pero honrado, laborioso y que apreciase lo que vales, nada más pediría al cielo, y esto es lo que ahora le demando todos los días.

No creas, Modesta, á ninguno de esos hombres de que te hablo, si por desgracia fueran éstos á Valflores y se dedicase á tí alguno de ellos; desconfía, sobre todo, de Pablo de Hinestrosa; él no se acordará de mí, pero yo le recuerdo perfectamente, y si responde á lo que hacía temer de niño, no será posible hallar un hombre más fatalmente dotado; y no pienses que, al hablarte así, quiero precaverte de una seducción común: no, hermana mía, porque tú sobresales de la multitud, y no sucumbirás á vulgares asechanzas ni á la rutina de los libertinos; quiero precaverte hasta de la idea de casarte con ese hombre: aunque sea muy rico y de una condición muy superior á la nuestra, jamás aprobaré que te cases con quien se le parezca. ¿Qué puede la riqueza para la felicidad? Todo el dinero del mundo no basta á comprar ni la salud ni las afecciones; la opulencia es frecuentemente una carga, y siempre una tentación; yo te

escribo con mi marido á mi lado, rodeada de mis siete hijos y teniendo al menor sobre mis rodillas. ¿Qué tiene que ver la riqueza con esta felicidad tan santa y tan pura? ¿Qué podría añadir á ella? Algunos encajes en los vestidos de mis niños, algunos muebles de terciopelo y seda. ¿Y aumentaría esto algo el amor que nos une?

Mi plegaria cuotidiana es la del rey David: *Libradme, Señor, de las necesidades más precisas, y de la excesiva abundancia.* Este es el ideal en que yo me he fijado para tí: ni la extrema pobreza que abate el corazón, ni la opulencia que le endurece, sino el trabajo, el orden, la tranquilidad doméstica.

Mi Inés te envía diez besos por el lindo gabán, obra de tu aguja; los demás niños, seis por cada par de medias; Esteban te envía un traje blanco que yo he cosido para tí, y de mi parte es el ancho cinturón azul que le acompaña.

Todos te abrazamos con ternura.

TERESA.

XII

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, Abril de 186...

A pesar de mi triste disposición de espíritu, mi querida mamá, voy á hablar contigo, para lo cual estoy siempre dispuesta, cualesquiera que sean mis impresiones.

Desde que mi hermano ha salido de casa para ir á tu lado, estoy más triste que antes. Pablo, á pesar de no estar acorde con mis gustos, en la mayor parte de las cosas es para mí un amigo; al fin, él constituye mi más cercano apoyo, ya que tú, madre mía, te has separado de mí para consagrarte á tus pobres y á la soledad.

Mi tía es cada día más extraña á mis ideas y á mis hábitos: á la verdad, yo hago todo lo imaginable para amarla, y ni tolerarla me es posible: todo me disgusta en ella: es superficial, presumida, ligera como una niña de quince años, y, á su edad, todo esto me parece sobremanera ridículo.

Por lo que hace á descansarme de los cuidados de la casa, no me puedo quejar: ya te he dicho otras veces que su actividad es sorprendente, y que el tiempo le alcanza para todo: de todo cuida, á todo atiende, y yo, si me lo permitiera mi ca-

rácter, podía pasar el día sin hacer otra cosa que leer ó dormir.

Ya sabes, sin embargo, que no soy á propósito para eso, y lo que hago es pasar algunas horas del día en la iglesia, á fin de ocupar el tiempo.

No quiero negar que mi tía tenga el grano de oro que, según dices, es preciso buscar: lo que te aseguro es que yo no le hallo, pues en cuanto á cuidarme, si cayera enferma, una criada lo haría también.

¿En qué puedo yo compadecer á mi tía, como me aconsejas? Ella es feliz, más feliz que yo; se divierte, come bien, halla amigos en todas partes; ella es amada, si no con pasión y verdad, á lo menos con la afección superficial que necesita y le basta; á mí nadie me quiere, y á ella la adoran todos.

Yo, pues, me veo constantemente humillada á su lado, y esto me hace detestarla: no lo puedo remediar: es un mal sentimiento que se ha apoderado de mí, y al que mi debilidad no sabe resistir.

Mi tía, que visita ya á medio Madrid, visita también á una de las hermanas del Conde de Maceda, y me ha dicho confidencialmente que se trata de mi enlace con el Conde; que éste me ama, y que en la primera fiesta que nos hallemos va á hacerme su declaración, y, así que trascurra un mes, á pedir á Pablo mi mano.

Este complot premeditado me indigna; el Con-

de sabe, á no dudar, que mi fortuna es grande, y quiere poseerla; yo no le amo ahora, ni creo que podré amarle nunca: es, según dicen, demasiado superficial y ligero para inspirar una afección sólida y durable: parece hijo de mi tía, y eso sería evitar á Scila para estrellarme en Caribdis.

¿No es verdad, madre mía, que el hombre á quien se elija ppr esposo debe tener más bien dotes sólidas que brillantes?

¿No te parece que su carácter debe ser grave y noble á la vez?

Yo no sé lo que es amor, porque jamás ha resonado en mis labios ni la más leve galantería; y sin embargo, á tí te lo confieso, madre mía, deseo con ansia sentir é inspirar una afección profunda y verdadera. ¡Es tan triste vivir en esta perpetua soledad moral! Sin padres, sin amigos, lejos de tí y de mi hermano, mi corazón se oprime falto de afectos, y sólo desea elevarse á Dios, fuente de amor y de belleza.

Algunas veces siento como deseos de engalanarme y de rogar á mi tía que me acompañe á un baile, á un concierto, á uno de esos sitios para los cuales tengo todos los días invitaciones y en los que estoy segura de hallar al Conde; pero la sola idea de esos lazos me asusta y me estremece: yo he de amar mucho, y quiero que sea á una persona digna de mí: no creo tal al Conde, y temo enemorarme de él.

Pasar la vida al lado del hombre á quien se

ama, dividir con él el pesar y la alegría, amar sintiendo sancionado el amor por todas las leyes divinas y humanas, debe ser el bello ideal de la felicidad.

Mi tía dice que para marido es bueno cualquier hombre, con tal que sea rico y honrado: yo creo lo contrario: pienso que un hombre sin fortuna es preferible á uno rico, siempre que sea laborioso y amable y esté dotado de un carácter generoso, equitativo é igual.

Á mi modo, yo comprendo con toda claridad la ventura conyugal: el casamiento es para dar á la mujer, á la vez que toda la libertad apetecible, un protector constante, un amante tierno, un apoyo firme y leal: la mujer tiene en el matrimonio todas las ventajas, pues ya no debe pensar en el eterno afán de engalanarse, en la incomodidad de vestirse á todas horas; la obligación de pensar en cuidados más serios la exime de toda coquetería. Según dice mi tía, mi madre, desde que se casó, no tuvo jamás puesta más que una bata, ni llevó otro peinado que uno muy sencillo, ni salía más que á misa á una iglesia vecina.

¡Oh dicha del matrimonio! ¡Oh dulce libertad, cuánto te deseo! ¡Qué feliz seré con no tener ya que pensar en el tocado, con no tener que luchar con la modista! Siempre he compadecido á las mujeres casadas que, por parecer bien, se sujetan al mismo martirio que si no lo estuvieran, y rivalizan con las jóvenes solteras en el esmero de

sus trajes y prendidos; siempre he creído que el excesivo afán de sobresalir de esas mujeres encerraba un deseo de agradar, más grande de lo que la fidelidad conyugal exige: un buen esposo ¿no ama siempre y de todos modos? ¿no debe fijar su atención más en las cualidades morales de su esposa, que en la belleza física; ó mejor dicho, no debe fastidiarle que su mujer se cuide tanto de su persona?

Hace pocos días exponía yo, delante de mi tía, mi mala opinión de las mujeres que consagran demasiado tiempo á los cuidados del tocador, y mi tía me respondió:

—Querida mía, hay un refrán muy vulgar, pero muy verdadero, como todos los refranes, que dice: *La mujer compuesta quita al marido de otra puerta.*

—Eso se entenderá, repuse yo, siendo el marido un hombre tan frívolo como el Conde de Maceda.

—Todos los maridos piensan del mismo modo respecto á algunas cosas.

—Cuando son tontos, sí.

—Cuando tienen talento, también; mi marido lo tenía; yo poseía mucho menos que él, y sin embargo, me adoró siempre; pero has de saber, querida mía, que si yo no tenía gran talento, tenía tacto y habilidad, es decir, cabeza bastante para saber lo que me convenía y lo que debía mantener vivas sus ilusiones.

—¿Y las conservó siempre? pregunté yo, creo que con una sonrisita burlona.

—Siempre, repitió mi tía con gravedad; mi marido fué feliz, y yo también.

Por mi parte, madre mía, se me figura que no puedo ser dichosa como la Baronesa, y que necesito condiciones muy diversas.

Nunca he hablado al Conde de Maceda; pero me parece superficial, burlón, escéptico y de carácter imperioso y fuerte. ¡Dios me libre de semejante esposo!

Escríbeme, madre mia; por mil causas estoy muy triste; ya te lo he dicho; moralmente estoy sola, y anhelo mucho tus cartas.

EUFEMIA.

XIII

Pablo á Eufemia.

Castillo de Valflores, Abril de 186...

¿Acaso pensabas, mi buena hermanita, que me habia olvidado de tí? Estoy casi seguro de que así ha sucedido, porque tienes de tu hermano peor opinión de la que merece, y nunca has creído que te quiere con todo su corazón.

Ya ves, sin embargo, cómo te engañas, Eufemia; no puedo olvidar que hemos jugado juntos durante muchos años; que hemos dormido en la misma camita, bajo la mirada tierna y protectora

de nuestra abuela; que te he alcanzado nidos de la copa de estos viejos árboles que ahora me prestan su sombra, y que teniendo yo ocho años más que tú, te he llevado en mis brazos muchas veces, cuando te cansabas en nuestras excursiones matutinas.

No, mi querida Eufemia; no se olvidan las tiernas amistades de la infancia, y cada vez que se abre mi corazón, enfermo y herido hasta un extremo que tú no puedes comprender, á una sensación pura, fresca, por decirlo así, mi pensamiento se vuelve hacia mi hermana, joven, buena é inocente todavía, y anhela compartirla con ella, como con la parte mejor y más sana de mi pobre sér.

Y bien, Eufemia, hablemos ahora de tí, y luego hablaremos de lo que me concierne.

El Conde de Maceda, mi íntimo amigo, me escribe que quiere casarse contigo. Cómo tú, mi pobre hermanita, que eres más bien grave que risueña, más bien severa que graciosa, y más bien amanerada que distinguida, has podido prendar así á uno de los hombres más elegantes que conozco, es cosa que no entiendo: cómo has podido hacer pensar en el matrimonio á Germán, libertino de profesión, independiente por naturaleza, es para mí un misterio insondable; sin embargo, el hecho es cierto. El Conde te ama, está loco por tí y se quiere casar contigo, y mi principal objeto al escribirte es asegurarte lo feliz que seré si aceptas

esta boda, ventajosa para tí por todos conceptos.

Con Germán obtendrás posición, riqueza, homenajes; todo lo que las mujeres ambicionan; todo lo más seductor que les puede ofrecer el mundo.

Te advierto, sin embargo, que Germán tiene el carácter impetuoso y duro, y que el tuyo deberá tomar nuevas formas, si has de manejarle.

Por lo demás, tú, si quieres hacerlas valer, reunes dotes encantadoras que te harán adorable á los ojos de tu marido.

Si accedes á esta boda, mi querida Eufemia, yo seré muy dichoso, y nuestra madre se sentirá aliviada del gran cuidado que le inspira tu porvenir.

Tendrás una casa elegante, carruajes, criados, palco en los teatros, galas y joyas; y tú, pobre niña que habías hecho de tu aislamiento una virtud, verás cómo te embriagas con todas esas cosas así que las hayas probado, y cómo hallas encantadora y nueva una vida que hasta aquí no has conocido.

Meditalo y escríbeme con franqueza y como á tu mejor amigo, diciéndome todo lo que pienses y dejándome leer clara tu simpatía ó tu indiferencia por el Conde.

Ahora es ya tiempo de que te hable de mí; aquí me hallo muy bien, y hoy mejor que antes, pues ha llegado al castillo la hada de estos sitios.

Al verla, la recordé de repente; yo la conocia desde hace diez años y cuando ella contaría unos siete.

¿Te acuerdas de aquel mayordomo de nuestra madre, llamado el señor Pineda, que nos llevaba en un carrito de madera por las calles del parque y que, á fuerza de ser bueno, nos parecía medio bobo?

Ese es el padre de Modesta y de otra muchacha alta que tiene diez años más que ella, y unos ojos muy negros y muy grandes; esta muchacha se llama Teresa, y ahora está en Valencia, casada con otro pobre diablo como su padre.

Modesta, muy hermosa ya cuando niña, es hoy el ideal de la belleza femenil; hay en ella algo de sublime y de grande, que la distingue de todas las demás mujeres que yo he conocido; una rica y copiosa cabellera sombrea su frente, y en sus ojos, de un azul oscuro y luminoso, brillan unidas la ternura, el sentimiento y la dignidad; una tez de nieve y rosa, una boca encantadora, unas largas y sedosas pestañas acaban de dar á su cabeza la expresión más noble y más pura que yo he visto en una mujer.

Su estatura es alta sin demasía y delgada sin exageración: cuando anda se diría que sus piececitos no tocan á la tierra.

Hace dos días que llegó de casa del cura, donde ha estado quince ó más, de resultas de habérsele torcido un pié; la traían en el carrito cubierto que usa para ir á la aldea la hermana del vicario, y en el que éste mismo hace sus correrías de caridad; el jardinero conducía la mula; yo

me hallaba fumando mi larga pipa echado en uno de los bancos de musgo del parque, cuando llegó á la puerta el extraño vehículo, y se detuvo en ella; al pronto creí que era alguna lechera que traía su mercancía, y no me moví; mas de repente veo asomar un pié de niña calzado con una botita de satén negro, parte de una enagua blanca, y tras esto una joven que saltó ligeramente al suelo.

Llevaba un vestido de lanilla oscura, una manteleta de lo mismo, y un sombrerito redondo, de paja, debajo del cual se veían unas gruesas trenzas rubias enroscadas, y dos hermosos rizos que la brisa tibia de la tarde agitaba dulcemente; en la mano traía un cabás, una sombrilla y un ramo de flores.

—Gracias, Benito, dijo la joven á su conductor; diga V. al señor cura y á la señorita Dorotea que llegué sin novedad, y adiós.

Y después de pronunciar estas palabras con acento dulce y alegre, echó á andar con precipitación hácia la casa, en tanto que Benito se alejaba en su carricoche.

Al pasar por delante de mí me levanté, y Modesta hizo un movimiento de sorpresa.

—¿La he asustado á V., señorita? le pregunté acercándome.

Ella se puso algo encarnada, y luego, sonriéndose, me respondió:

—No, caballero; pero como no contaba hallar

á nadie en el parque, me he sorprendido al ver á usted.

—Soy muy feliz en ser el primero que dé á V. la bien llegada.

—¡Pues qué! ¿me conoce V.?

—¿Quién no conoce aquí á la señorita Modesta?

—¡Pero V. no es de aquí!

—Aquí vivo ahora, repuse presentándole el brazo y tomando su cabás y su sombrilla.

—Eso pesa mucho, dijo la joven, señalando al cabás; está lleno de libros y de labores... ¡Yo le llevaré!

Yo hice un ademán negativo, y echamos á andar hacia la casa.

Modesta cojeaba aún un poco, y caminábamos despacio; ni una palabra más me habló; yo contemplaba con placer su pequeña mano, cubierta con un finísimo guante, que se apoyaba en mi brazo; el perfume de la rica cabellera de Modesta llegaba hasta mí; todo en esta criatura medio campesina es distinguido, natural y perfecto; la hechura de su traje, el eco de su voz, sus palabras medidas, corteses y sencillas, el dulce aroma que exhala su persona, todo es propio de una joven de la más elevada clase, todo armoniza con su rostro noble y hermoso, con su figura delicada y llena de gracia.

Llegamos al saloncito de nuestra madre, quien, al ver á Modesta, dejó escapar un grito de alegría; la joven se arrodilló delante de ella y le besó las manos con íntima ternura; nuestra madre la abra-

zó, la besó mil veces en la frente, y despojándola del sombrero y de la manteleta, presentó á mis ojos un talle de ninfa y una cabeza de arcángel.

Después de un cuarto de hora, Modesta se retiró á descansar; dos días há que está aquí, y sólo un instante he vuelto á verla, pues su pié, aun no curado, la obliga á estar en su cuarto.

Quisiera, hermana mía, que pudieras ver á esta joven, para que comprendieras hasta qué punto puede Dios hacer adorable á una mujer.

Háblame del Conde, y recibe un abrazo de tu hermano

PABLO.

XIV

Modesta á Teresa.

Castillo de Valflores, Abril de 186...

Mi pié se halla ya enteramente bueno, amada Teresa, y cerrada por hoy la escuela, pues es jueves y no hay clase por la tarde, voy á dedicarte un rato.

Tus cartas son para mi alma un dulce rocío, y cada una que recibo la miro como un beneficio; ¡cuán grato es poder unir al cariño fraternal el dulce sentimiento de una amistad sólida y probada! Porque tú, mi Teresa, eres, á la vez que mi hermana, mi sola é incomparable amiga; perdimos

muy temprano á nuestra buena madre; y tú, diez años mayor que yo, lo has sido mía y has unido la gravedad del precepto con la dulzura persuasiva del ejemplo.

Hablemos con la íntima confianza que es inseparable de mi afecto hacia tí. Ya ha llegado el nieto de la Marquesa, cuya visita adivinabas y temías; á la vuelta de casa del señor cura, donde he estado algunos días á causa de la torcedura de mi pié, fué la primera persona á quien ví; se hallaba reclinado sobre uno de los bancos del parque, y fumaba una larga pipa; cuando yo descendí del carrito cubierto que ambas conocemos desde hace muchos años, se levantó y vino á mí; una memoria vaga se presentó á mi mente, y le reconocí: siendo yo niña, me acuerdo de que él, ya adolescente, me acariciaba y me cogía flores y frutas; era un hermoso muchacho, amable, risueño, simpático, y al que se parece muy poco el hombre que ahora está aquí; Pablo de Hinestrosa tiene hoy la mirada casi apagada y fría, la risa sardónica, y su voz, que era dulce y sonora, se halla como rota por una convulsión interior; y sin embargo, yo he reconocido al instante estos grandes ojos negros, esta boca perfecta, este acento que cantaba al piano arias de Bellini y Donizetti cuando yo dormitaba bajo los árboles del parque con la cabeza apoyada en el mastín, guarda fiel del castillo.

Pablo de Hinestrosa, al que yo llamaba por su

nombre y le tuteaba hace diez ú once años, no me persigue como tú temes: cuando me ve, se acerca á hablarme con naturalidad, y parece hallar placer en mi conversación.

Ayer, después de la clase, bajé al jardín con el objeto de cortar algunas flores para ponerlas en el gabinete de la Marquesa: ignoraba que se hallase leyendo allí; pero al ir á dar la vuelta á un gran rosal, le ví sentado á su espalda.

—Perdón, señor de Hinestrosa, le dije; he venido á incomodarle á V. sin saberlo, y lo siento.

—Ya me canso de leer, repuso él levantándose, y si V. me permitiera ayudarla á buscar flores para mi madre, me alegraría.

—En hora buena, le respondí, no queriendo aparentar temor: busquemos.

—Allí hay violetas, dijo Pablo; las ví hace poco, al pasar cerca del estanque.

Llegamos á donde estaban las violetas. Pablo llevaba la canastilla de las flores y yo las tijeras: me incliné para cortar alguna de las estrellitas moradas que aparecían entre el follaje, y de repente oí que me llamaba:

—¡Señorita Modesta!

Yo me volví.

—¿Me va V. á decir la verdad en una cosa que voy á preguntarle?

—Sin duda, contesté admirada: yo no miento nunca.

—Pues bien; deseo que me diga V. si tiene relaciones de amor con algún joven.

—Con nadie, le respondí prontamente.

—¿Y... un tal Felipe, de estas cercanías, que es hijo del fabricante de azúcar?

—Apenas he visto á ese joven seis veces, pues hace poco que ha llegado de Barcelona, donde ha pasado algunos años.

—¿Pero la ama á usted?

—No lo sé, respondí ruborizada.

—¿No se lo ha dicho á V. nunca?

—Caballero, repuse indignada, esto tiene todas las trazas de un interrogatorio.

—Al que no quiere V. contestar, ¿no es cierto?

—Hasta ahora he respondido; en adelante no debo hacerlo ya, pues se trata, no sólo de mis sentimientos íntimos, sino también de los de otra persona.

El señor de Hinestrosa se puso pálido de ira; yo acabé de cortar las violetas y me alejé.

¿No es verdaderamente imprudente su curiosidad?

Pero si á él no quise contestarle, voy á referirte, hermana mía, lo que hay acerca de Felipe y de su familia.

Este y su madre han venido á verme así que llegué de casa del señor cura: la buena anciana me llenó de caricias y me dijo mirándome con ternura:

—Mi querida Modesta, eres el retrato de tu ma-

dre, que fué mi mejor amiga; dentro de un año, si las cosas van bien en nuestra fábrica, te haré una proposición... una proposición, añadió mirando á Felipe, que espero aceptarás.

Yo bajé los ojos, y creo que me puse muy encarnada: cuando alcé de nuevo la vista, me hallé con la dulce y elocuente mirada de Felipe, que parecía corroborar lo que su madre me había dicho y yo había entendido.

Tu patrona Santa Teresa ha escrito un libro tan bello como todos los suyos, que se llama *Los Castillos del alma*: si mi alma es un castillo, tiene hermosas salas sólidamente edificadas, y un hogar donde arde un fuego puro; tiene también frondosos jardines llenos de flores y de verdor; no temas, pues, que penetren en ella la negra ambición ni el deseo del fausto; no, hermana mía: si Pablo de Hinestrosa me hablase de matrimonio, perdería el tiempo lo mismo que en las evoluciones de una seducción vulgar: quiero seguir tu ejemplo, y sé el esposo que me conviene y el que nuestra madre me hubiera elegido: éste es el modesto, honrado y laborioso Felipe, y no el brillante Pablo de Hinestrosa: dentro de mi alma todo es riente y tranquilo; el calor de la fe, la confianza en la vida, moran en ella como en recinto propio; como tú, yo sabré llegar sin tristeza al límite de la juventud, y llegaré al sendero de la vejez sin amargura; como tú, apoyaré mi mano en la de un hombre honrado y laborioso que me estime á la

par que me ame, y con estas condiciones se camina apaciblemente y sin fatiga hasta el sepulcro, tras del cual está la vida verdadera; como tú, creo, hermana mía, que los placeres del corazón y de la inteligencia no están vedados á la medianía. ¿No podré yo leer buenos libros, instruirme é instruir á mis hijos? ¿No podré hacer bien alrededor mío? ¡Oh, sí! Todas las caridades no salen del bolsillo, y se puede alentar, consolar y dar buen ejemplo poseyendo una fortuna muy corta; además, estoy segura de preferir siempre la sonrisa de mi marido á las joyas, y su dicha al raso y al terciopelo.

Felipe no es hermoso, y yo sé que recuerdas su fisonomía, pues también nos conocemos desde niños, como arrendador de la Marquesa que era su padre cuando el nuestro era su mayordomo: el candor, la honradez, la nobleza del corazón, se leen en su fisonomía, y en sus ojos brilla la luz de la inteligencia más noble y más pura.

Felipe ora en la iglesia con fervor, con íntima y verdadera devoción: esa es la más segura garantía para el porvenir: el que ama y teme á Dios, debe ser buen esposo.

Todavía no me ha dicho una palabra de amor, pero sus ojos y su acento me hablan siempre de una afección tierna y sincera.

Adiós, hermana mía, y recibe un abrazo de tu

MODESTA.

XV

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Mayo de 186...

¿Conque es verdad que te casas, hija mía? ¡Bendito sea Dios, que me concede, antes de morir, la dicha de verte en el puerto de paz! Tu suerte era mi cuidado constante, y yo no sabría explicarte con cuánto fervor pedía al cielo que te deparase un compañero que te prestase su apoyo para cruzar los senderos de la vida.

Yo volaría á Madrid, mi querida Eufemia: yo quisiera ir al instante á tu lado; pero desde ayer me es de todo punto imposible dejar esta casa: un deber muy triste me retiene en ella: una de mis amigas, á quien tú conoces, la Marquesa de Uclés, acaba de morir, y me ha nombrado tutora de su hija única, Cintia, que sólo cuenta diez y siete años.

La pobre niña ha venido á mi lado no bien ha dejado enterrada á su madre, y la carta de los albaceas de la Marquesa, en que me anunciaban su última voluntad, llegó á mi poder dos horas después que la pobre huérfana: Cintia de Uclés es un ángel, y tan bella, que me dejó muda de admiración: imagínate, hija mía, cuál sería mi asombro al ver entrar á una niña vestida de luto, que

se arrojó en mis brazos llorando, y á la cual no reconocí al pronto, pues hacía tres años que no la veía: su pobre madre ha muerto en Niza, de una afección al corazón, después de haber visto espirar á sus tres hijos mayores. Cintia es la única que ha quedado con vida, y era la menor: su madre, mucho más joven que yo, ha sido una mártir, y marchó á tierra extranjera ansiando ver si podía conservar la vida de alguno de sus hijos, todos atacados de una despiadada enfermedad de pecho; pero todos, y su madre con ellos, han caído heridos de muerte.

Vén, pues, tú aquí, hija mía: aquí se celebrará tu casamiento· mi pobre pupila se halla bastante enferma, y no sé si esta delicada flor podrá resistir la fuerza del huracán que la ha combatido.

Aun no ha podido dejar su lecho, y creo que la fiebre no la abandona un instante: la desgraciada niña adoraba á su madre, ejemplar y tierna, y no tenía otra afección que la suya que la ligase á la tierra: ahora en vano trata de consolarse de su pérdida; sus ojos y su corazón hallan doquiera el vacío: no sé qué hacer para distraerla, y me es imposible dejarla de la vista un instante.

La carta que su madre dejó escrita para mí, y que ella me trajo, está llena de ternura y desesperación: «Sólo en tí confío—me dice—para velar por esta desgraciada niña, atacada acaso del

mismo mal que toda su familia, y dotada de las más nobles cualidades de corazón y de carácter.»

Me pide que la haga tu amiga y tu hermana, que no la abandone jamás, que sea su madre, en una palabra: así, pues, hija mía, te ruego que vengas para que pueda encargarte este depósito sagrado, del que cuidarás si yo falto.

Modesta no puede ayudarme cerca de esta desgraciada niña, porque ha marchado por unos días á casa del señor cura: ella misma me manifestó su deseo de dejar el castillo, y yo me alegré en el alma, pues tu hermano se iba enamorando seriamente de mi pobre maestra de escuela: esta joven es un tesoro, y merece un esposo mejor que Pablo, quien, atendidas las circunstancias de su carácter, no sabría hacerla dichosa.

Modesta se casará con Felipe, el hijo de Santiago Fernández, quien, como sabes, fué arrendador mío: ahora tiene una fábrica de azúcar, que el mismo Felipe dirige con gran acierto, haciéndola prosperar hasta tal punto, que su padre ha podido ya devolverme casi toda la suma que le adelanté para establecer su industria.

Así Santiago como su mujer, la buena Mónica, y todos sus hijos, adoran á Modesta, que será en su casa la paloma de bendición que lleve la abundancia y la alegría. ¿No es mejor para esta niña ser la esposa amada y respetada de un menestral como Felipe, que la infeliz compañera de un gran señor gastado como Pablo? Sí, hija mía, la felici-

dad consiste, sobre todo, en acertar cada uno con las condiciones que son necesarias á su modo de pensar, de sentir y de ser; si elegimos nuestra posición y nuestro sitio en el mundo en contra de estas condiciones, nuestra desgracia es segura, y toda la abnegación cristiana que podamos atesorar llegará sólo á hacernos soportar con valor nuestra cruz, pero no á hacérnosla ligera.

Estas reflexiones me conducen á dar gracias á Dios por el destino que te depara: tú no puedes aún conocer lo que vale el esposo que te desea para compañera suya, como lo comprendo yo; y sin embargo, hija mía, yo no te diré que esté exento de defectos, pues los tiene en su índole, y además se halla, como tu hermano, estragado por los excesos de una vida disipada; pero tú irás descubriendo poco á poco los toques de luz y de sombra que haya en su carácter, y yo te prometo que te ayudaré con mis consejos y mi experiencia á la conquista de tu felicidad.

Por ahora, oye un aviso que no puedo menos de darte: si quieres agradar á Germán, sé elegante y cuida del adorno de tu casa y de tu persona: ésta es la primera condición que necesitas, si has de fijar un corazón que tu admirable belleza ha conquistado. Germán no podrá amar ni estimar á una mujer vulgar; ha llegado la hora de que aproveches los admirables talentos en coquetería de tu tía la Baronesa; que ella te ilustre, que ella dirija tus trajes y todas tus compras, sin exceptuar las

del mueblaje de tu casa; su gusto probado y distinguido me hace estar tranquila acerca de la elección en cuantas adquisiciones te sean necesarias.

He sabido el proyecto de tu enlace por mi amiga la Canonesa, madre del Conde, pues tú hace tiempo que no me escribes; hazlo ahora, hija mía; háblame del estado de tu corazón; tranquilízame, pues he sufrido mucho desde que recibí tu última carta, en la que se pintaba muy claramente el estado tristísimo de tu espíritu. ¡Oh Eufemia! ¡Ir tú á la iglesia para pasar el tiempo! ¡Entrar en la casa de Dios sin la firme y pura intención de orar con todo el fervor de tu alma! ¡Degenerar de cristiana en santurrona que piensa ganar más cuanto más reza, aunque sus oraciones carezcan de calor y de fe, y todo esto á los diez y ocho años de edad!

¡Dime, hija mía, dime que el amor ha regenerado ese corazón que se helaba ya, falto de ilusiones, antes de haberlas conocido; dime que la alegría y el apego á la vida viven en tí! El amor es sol que ilumina los horizontes de la juventud, y él habrá derramado su dorada luz sobre las negras nubes que te rodeaban: ama, Eufemia, ama: una joven de tu edad, sin amor, es como planta sin flores, como fruta sin aroma, como desierto sin agua y sin verdor. Más quisiera que amaras á un hombre indigno de tí, que verte sumergida por más tiempo en esa atonía moral, en esa indiferencia hacía todo, cuando nada conoces todavía.

Te espero, y entretanto te abrazo y te bendigo.

ANA.

XVI

Esteban á Modesta.

Valencia, Mayo de 186...

Mi querida hermanita: Teresa está cuidando de Clementina, postrada hoy en el lecho con un poco de fiebre, y me encarga te escriba en su nombre.

Cumplo, puos, á su intención y á la mía tan grato cometido, y ante todo te felicito por tu prudente decisión de retirarte á casa del digno vicario, y por el valor con que la has llevado á cabo.

Sí, mi pobre niña; valor has necesitado y necesitas para obrar así: tú amas ya á ese hombre funesto; he visto la última carta que has escrito á tu hermana, y he leído en tu corazón.

Si tuvieras una enfermedad mortal, no te engañaría diciéndote que era una dolencia leve; te amo lo bastante para tener el valor de decirte la verdad, y te exhortaría á morir con cristiana resignación: ¿por qué, pues, he de ocultarte que estás enferma moralmente? No es cariño el engaño, sino crueldad; la verdad tiene algo de solemne y de augusto que cautiva, subyuga é impone respeto.

La Providencia no deja sin premio ningún esfuerzo generoso y noble, y separará de tu camino al enemigo de tu reposo.

—*Quien ama el peligro, perecerá en él*—dice la Escritura;—pero tú, que le huyes, vivirás tranquila y dichosa.

Felipe me escribe y me manifiesta todo su contento porque has salido del castillo; el pobre muchacho sufría cruelmente al verte expuesta de continuo á las asechanzas del señor de Hinestrosa; por lo que él ha observado y me comunica, ese hombre parece que había ya concebido formal empeño en triunfar de tu prudencia y tu reserva; ya ves que no llamo amor á esa terquedad; el amor tiene siempre manifestaciones nobles, y las de esa afición no lo eran; tú eres, sin duda, la primera mujer que se le ha resistido y que le ha mirado sin una ciega pasión, y esto le hiere y le subleva.

Si crees ser gravosa al señor cura y á la señorita Dorotea, vente con nosotros; en mi casa hay siempre un cuartito para tí, y un cubierto en mi mesa; tu hermana es completamente feliz cuando te ve á su lado, y los niños te desean como las flores desean un rayo de sol.

No estamos del todo tranquilos, te lo confieso; bajo ese techo bendito habitan la paz, la religión y la virtud; pero ¿de qué no es capaz ese hombre descreído y dotado de un talento infernal para la seducción? ¿De qué estratagemas puede servirse para engañarte? ¿Qué es lo que él no puede discurrir? Está muy prevenida, Modesta; desconfía de todo; no salgas sola jamás: si quieres venirte

con nosotros, buscaremos una persona de toda seguridad que te acompañe; pero en tanto estés ahí, cuenta con que Pablo te perseguirá sin cesar, con que será tu sombra, con que no dejará de poner estorbos en tu camino.

Ten fortaleza y valor, mi querida hermana, y tú llegarás al puerto de salvación. Felipe me habla de su proyecto de casarse contigo, y, si no lo hace hoy, es porque desea tener más comodidades que ofrecerte, y poseer una posición más digna de tí; con él serás dichosa, porque en él hallarás á la vez el protector, el amigo y el amante; él te amará como yo he amado á tu hermana y la amaré mientras viva, porque para un hombre honrado, mi querida Modesta, no hay más mujer que la propia.

Teresa no ha disfrutado de los beneficios de la fortuna conmigo; pobre era cuando me casé con ella, y pobre soy; pero ella se ha creído siempre dichosa, y si ha derramado lágrimas, han sido sólo de alegría; cuando pienso en esto, cuando pienso que he sabido hacer feliz á una mujer superior como Teresa, me lleno de un orgullo legitimo y noble, me hallo elevado á mis propios ojos, y me reconozco un mérito que en ningun otro terreno me concedería, porque tú sabes que soy poco vanidoso.

Ella me ha dado en cambio esa dicha constante y pura que tú darás á Felipe; en vez de ser la amada infeliz de ese opulento señor gastado y

enfermo del corazón, serás la esposa honrada, guarda fiel del hogar y amiga cariñosa del esposo; él se mirará en tus ojos, se recreará con el sonido de tu voz, y estará pendiente de tus labios; con la dulce é inquebrantable confianza conyugal dispondréis ambos, de común acuerdo, de vuestros modestos haberes; haréis juntos las compras; y los domingos, cuando Felipe deje sus cuotidianos trabajos, os paseáréis del brazo por la grande avenida de los tilos que conduce á su quinta y que él está adornando con plantas de adelfa y de rosales, para cuando tú seas su mujer; ambos con la sonrisa en los labios, con tu mirada fija en la suya, con tu mano apoyada en su brazo que el trabajo ennoblece, haréis proyectos para el porvenir del primer hijo que esperéis, y más adelante veréis correr delante de vosotros dos ó tres pequeñuelos, de los cuales ninguno será feo, porque tú eres muy linda y Felipe es muy guapo y simpático muchacho; las niñas serán rubias y delicadas como tú; los niños morenos y fuertes como Felipe; tú personificarás la dulzura, la paz, el amor; tu marido el trabajo, la protección, la fuerza, la energía; y así hermanadas las condiciones de la verdadera felicidad, llenando cada uno su deber, ocupando su sitio, sin ambición, sin riqueza, pero también sin escasez, no temas que se altere el equilibrio de vuestra dicha y de vuestra tranquilidad.

Para Pablo de Hinestrosa hubieras sido tú una de tantas mujeres que él ha hecho infelices.

Para Felipe serás el ángel de su vida, la mujer superior á todas las mujeres.

¡Oh Modesta! ¡si tú pudieras hoy comprender la inmensa dicha que experimenta el hombre que, después de un largo y penoso trabajo, entra en su casa y halla su hogar risueño, preparada su comida, encendida su lámpara, y esperándole una esposa fiel y amada! Ya sabes que yo he trabajado toda mi vida más de lo posible, y que, por evitar á tu hermana un minuto de pena, he hecho á veces supremos esfuerzos de laboriosidad infatigable: pues bien, te aseguro que al entrar en mi pobre casita, al hallar á mi Teresa que me esperaba risueña, la mesa dispuesta al lado del alegre hogar, nuestra pequeña lámpara encendida, nuestro interior apacible y sosegado, no me hubiera trocado por el más poderoso emperador del mundo.

Sabiendo que mi mujer me ha ocultado siempre las mil molestias de la casa, yo le ocultaba mi cansancio y las mil fatigosas exigencias á que me veía sujeto; y este piadoso engaño nos ha llevado insensiblemente á olvidarlo todo, todo, menos nuestro amor y nuestra felicidad.

Tú eres tan buena como Teresa; como ella, tendrás á tu lado á un hombre que te ame más allá de tu juventud y de tu belleza, que te honre, que te estime, que se enorgullezca de llamarte suya.

Adiós, hermanita mía. Teresa te abraza; los niños te envían un beso, y mil cariños tu hermano

ESTEBAN.

XVII

El Conde de Maceda á Pablo de Hinestrosa.

Madrid, Mayo de 186...

¡Qué lindo estarás haciendo el Nemorino! ¡Sólo te falta el cayado y el sombrerito de paja con cintas! ¿Ha llegado ya tu Zerlina? ¿ha llegado el charlatán Dulcamara, en su carrito tirado por una mula coja? ¡Pasmosa representación del *L'Elixir d'amore*! ¡Ni aun falta el sargento Belcore, personificado en el fabricante de azúcar, ó sea el zafio Felipe!

Te voy á enviar el cayado coronado de flores, el sombrero pavero y algunas ovejitas de algodón blanco, de las que venden los alemanes.

Coralia, Elisa, Sofía y Cecilia se han reído hasta ponerse malas, después de leerles yo en voz alta tu famosa é interesante carta; no se la he leído también á Clotilde por consideración al mucho amor que te ha tenido y al que tú le has profesado.

Supongo que te habrás cortado tus largos bigotes y ese cabello que era mi desesperación por su hermosura y abundancia, y la red donde prendías tantos corazones femeninos; supongo que parecerás un capellán de regimiento, y que los paseos á la luz de la luna en compañía de tu vene-

rable abuela te habrán traído alguna ronquera pertinaz y quizá alguna fluxión á los ojos.

¡Santo Dios! ¡qué ridículo me pareces, pobre Pablo! Vuelve, vuelve para vindicarte á mis ojos y los de nuestras amigas; ¡y no me digas que vaya, queriendo seducirme con la promesa de cazar, porque el cazado eres tú, desdichado tonto!

No me opondré jamás á que adores á tu abuela, á que la veneres, á que la estimes en el altísimo precio que debe tener para tí; pero ¿qué conexión hay en eso y hacer el pastorcito, y soñar, y fingirte á tí mismo una candidez y una frescura de impresiones que no puedes tener?

¡Ay, Pablo, confesémoslo con amargura! ¡Nosotros somos los hijos desgraciados de este siglo del oropel y de la miseria! ¡Tú y yo hemos traído á la vida, como lote fatal, la riqueza y la ociosidad! ¡La ociosidad, cáncer de nuestra época, que ha envenenado nuestra existencia para siempre, que nos ha empujado á todos los vicios, á todos los desórdenes que matan el corazón!

¡Si á lo menos matasen también el pensamiento! pero no; ¡éste vive fuerte y potente en nuestras cabezas enfermizas, y las devora sin piedad!

Extraño es, por cierto, que te hable así el hombre que va á casarse con tu hermana; pero ¿á qué engañarte á tí? Sobra con haber engañado á mi madre, santa señora que siempre me ha creído mejor que tú, y aun me tiene por el modelo de los jóvenes: sobrada habilidad he tenido para en-

gañar á mis hermanas, que me aman y me respetan! Mientras vivió mi padre, me creyó asimismo el ideal de los hijos, y este engaño continuo en la intimidad de la vida ha agotado mis facultades de mentir.

Déjame, pues, que sea contigo solamente lo que soy, y no arrugues tu entrecejo de Júpiter Tonante; yo te amo, amo á tu joven y bella hermana, y para vosotros será todo lo poco bueno que aun queda en mi sér después de la deshecha borrasca que ha corrido en el mar de la vida.

Voy á casarme con Eufemia, por las mismas razones que acaso obligaran á rehusar su mano á todos los demás: por sus gustos sencillos y su absoluta carencia de pretensiones; por su modestia, tan natural en ella, y tan rara y difícil de hallar en su sexo; porque su corazón puro no se ha abierto aún al amor, y me amará, cuando sea su marido, sobre todas las cosas. Sí, Pablo; nosotros ansiamos tanto más amor, cuanto ménos podemos dar; y es achaque común de todos los libertinos el desear una mujer pura é inocente, en proporción con su natural gastado; la ceniza busca el fuego; el cieno á la nieve; y muchos millares de criaturas frescas y cándidas como los ángeles, se enlazan cada día al pié de los altares con ancianos decrépitos que aun conservan una engañasa apariencia de juventud.

Ya ves que nada disfrazo del torbellino que existe en mi cabeza, y que la verdad se esculpe

en el bronce de mi fría razón con imborrables caracteres; y á pesar de todo lo que te he dicho, yo amo á Eufemia con toda la facultad de sentir que aun queda en mí, y á ninguna mujer de las que conozco considero tan digna como á ella de ser la madre de mis hijos.

Su natural severidad me encanta, como cosa nueva y nunca conocida en su sexo y pocos años; su absoluta falta de coquetería me responde de su templanza en adelante; su sinceridad, algo ruda, tiene á mis ojos una gracia salvaje y penetrante que me embriaga; involuntaria y sencilla es su hermosura, como la de la flor que brota al pie de una colina con la espontaneidad de la casta naturaleza; su boca, que jamás ha mentido; sus ojos sonrientes, que aun no han llorado ni penas de amor ni decepciones de la vida; su frente, pura y serena como la superficie de un lago; sus abundantes y sedosos cabellos, nunca martirizados por la mano del peluquero; su talle, noble y gracioso como la virgen palmera; todo su sér, rico de juventud, de savia y de vida, exuberante de belleza, virginal y sencillo, pudoroso y cándido, me atrae con un encanto irresistible; como el convaleciente de una larga y dolorosa enfermedad ansía el aire, el sol y las tibias brisas de la primavera, así anhelo yo la posesión de tu hermana, y acaso no hay otro hombre en el mundo tan capaz como yo de apreciar lo que ella vale.

Cuando salgo de un salón donde he estado

viendo durante dos horas talles violentos dentro del corsé; mejillas arreboladas, ojos pintados, cabellos postizos y ridículas coqueterías, necesito ir al lado de Eufemia para reconciliarme con la mujer, y contemplar su talle suelto y encantador, su límpida mirada, su rica cabellera y sus modales algo bruscos, pero siempre naturales.

¡Oh dulce, hermosa y embriagadora juventud! Tú no resides ya en los salones ni en los teatros, ni vives con la mujer; las niñas de quince años, pintadas, no son ya jóvenes, y las de veinte no hablan nunca con su voz natural, ni miran ni sonríen más que con estudiada afectación. Tú te has refugiado en Eufemia, y por eso, sin duda, yo la amaba desde que era niña, y para Eufemia guardo un rinconcito en mi alma.

Vuelve, zagal enamorado, para que me acompañes á hacer mi despedida de soltero en casa de Coralia, que me quiere dar el último adiós con una suntuosa cena. Elisa aparenta creer que mi boda no me quitará el derecho de ser su amigo; estas locas muchachas me dan pena, pues realmente yo las quería, aunque se han comido y bebido más de la mitad de mi fortuna.

Si antes de cuatro días no estás aqui, te enviaré el cayado, el sombrerito y un traje completo de Nemorino, para ver si conquistas á la maestra de escuela, ó sea la hada de esos sitios.

GERMÁN.

XVIII

Cintia de Uclés á su madre.

Castillo de Valflores, Mayo de 186...

Aunque ya duermes en el sepulcro, querida madre mia, permíteme que te hable como si aun habitaras este mundo, donde tan sola y desamparada he quedado: á nadie más que á tí puedo abrir mi corazón, ni nadie puede comprenderme en la tierra.

¡Ah! ¿Por qué las madres que se van al cielo no alcanzarán de Dios la gracia de llevarse á sus hijas en el mismo ataud? ¡Qué feliz sería yo á tu lado en ese mundo de luz y de celestial ventura!.,. ¡Aquí... aquí no puedo ser más infeliz! ¡Ni aun me es dado el consuelo de ir á tu sepulcro para rezar en él, para llorar y adornarle con flores! ¡Tú, madre mia, duermes en tierra extraña, para colmo de mi abandono y de mi dolor!

Sin embargo, la generosa protectora á quien al morir me confiaste, ha puesto ante mis ojos una dulce esperanza: me ha recordado que, aunque el cuerpo repose en tierra extranjera, tu alma inmortal habita el cielo, y me ve, y me oye, y vela por mí.

¡Qué buena, qué noble, qué elevada naturaleza la de tu anciana amiga! Las miserias de la vida

resbalan á su lado sin tocarla y sin empañar su frente, en la que reside toda una vida de pureza y de santidad! Aun hay belleza y juventud en su semblante venerable, guarnecido de plateados cabellos, más suaves que la seda, abundantes y finos como los de una niña: sus grandes ojos tienen la mirada tranquila, límpida y valerosa de los séres que miran más allá de esta vida: su boca ha conservado la más bella dentadura, y cuando deja su acostumbrada expresión de tristeza para dar paso á una sonrisa, parece que aclara los horizontes de mi oscuro porvenir: hay en ella algo de divino, y si bien aconseja y consuela, la veo elevarse sobre todo lo ruín y miserable, sin combatirlo siquiera, como un ángel replegaría sus alas para no mancharlas con el cieno.

A pesar de todo, madre mía, sufro al lado de este sér superior, y bien puedo decir con el divino Jesús á quien tanto amabas:—«¡Mi alma está triste hasta la muerte!»

Porque tú, madre mía, eras mi única y tierna amiga, mi confidente, mi protectora, mi solo amor sobre la tierra; nuestros ojos se comprendían con una mirada; nuestras almas eran hermanas... ¡Cuán aislada me siento en este inmenso castillo que tú no habitas! Sé, no obstante, que has estado en él, y busco todos los sitios donde me dicen que tú te sentabas á leer y á bordar: la Marquesa, á instancias mías, me ha dado el gabinete que ocupaste; pero por la noche viene á dormir en una

cama que le preparan junto á la mía, y este solo rasgo te dirá hasta dónde llega la extrema bondad de su corazón, cuando, á su edad, deja su habitación para no privarme de la mía.

He estado bastante mala después de llegar aquí, y la Marquesa no se ha separado de mí: hace tres días que, hallándome ya mejor, mandó el médico que me levantase y que me sentaran en un sillón al lado de la ventana, entoldada de flores: así se hizo; pero era tal mi debilidad, que, apenas sentada allí, me quedé como aletargada.

Abrí los ojos á beneficio de unas cuantas gotas de éter que acercaron á mis labios, y ví que era una mano varonil la que me había dado la medicina: en efecto, un hombre joven y apuesto se hallaba inclinado hácia mí y espiaba en mi rostro los efectos del éter; en sus ojos negros se leía el interés y la ansiedad; la Marquesa se apoyó en el otro brazo del sillón.

—Vamos, señorita, eso no es nada, dijo aquel hombre con una voz dulce y sonora, pero contenida y templada á medida de la debilidad de mi oido: ¡valor!

—¿Cómo estás, hija mía? preguntó la Marquesa; si puedes, vas á darme el gusto de tomar un poco de alimento; mi hijo Pablo te lo ruega también... estás en extremo débil... Vé, hijo mío, y encarga que traigan un poco de caldo.

El llamado Pablo se enderezó, y entonces ví su alta estatura y su figura gallarda y arrogante;

como un niño obedeció á la Marquesa, pero no se contentó con mandar traer caldo, sino que él mismo lo trajo y me lo presentó.

Quise yo tomar la taza de su mano, pero la mía estaba tan débil, y la taza de porcelana pesaba de tal modo, que estuve para dejarla caer.

Entonces Pablo la tomó y la acercó á mis labios, con el mismo amor y cuidado con que tú lo hubieras hecho, madre mia.

Desde entonces me acompaña, y cada día me trae un ramillete, me da libros con estampas y procura distraerme hablándome de Italia, como lo haría con una niña.

Ayer la Marquesa me dijo que iba á llevarme á paseo en carruaje, porque me hacía falta aspirar el aire libre. Pablo colocó por sí mismo dos almohadones en la berlina y me ayudó á subir; la Marquesa subió después y me arropó maternalmente con una capa; luego dijo á su nieto:

—Vamos á casa del cura; ¿no nos acompañas?

—¡No, no quiero verla! respondió él con una voz que temblaba.

La Marquesa suspiró y guardó silencio.

—¿Quién será esa persona á quien no quiere ver? me preguntaba yo con una curiosidad que á mí misma me parecía extraña.

Cuando llegué á la casita del señor cura, situada al pié de una colina y á poca distancia de la aldea, comprendí quién era *ella*.

A la puerta, y sentada bajo un toldo de lilas,

pámpanos y madreselva, una joven trabajaba en un encaje de crochet; yo no podía ver al pronto más que su hermosa cabellera y la gracia púdica de su cuello inclinado; pero al instante conocí que era *ella* á quien Pablo no quería ver, y me confirmé en esta idea al verla mejor.

Cuando el ruido del carruaje llegó á sus oidos, alzó la cabeza, dejó la labor y voló á nuestro encuentro. ¡Oh mamá, qué criatura tan maravillosamente bella! ¡qué gracia, qué frescura, qué distinción tan natural!... Sus grandes ojos azules, llenos de vida y de luz, se fijaron desde luego en mí, y exclamó:

—¡Ah señora Marquesa! ¡qué felicidad! ¡No solo veo á V., sino también á la señorita Cintia! Sí, yo la conozco á V., señorita, añadió al observar mi asombro, como conozco, amo y respeto todo lo que pertenece á la señora Marquesa; ya está usted mejor, ¿no es verdad? ¡Dios mío, cuánta pena he pasado por usted! ¡Gracias al cielo que ya puede salir! El aire de Mayo es muy puro y sano, y la reanimará.

La voz de la joven era enteramente musical; la Marquesa la abrazó con ternura y le dijo:

—Eres una amable niña, mi querida Modesta, y mi hija adoptiva te amará como yo.

Modesta me ayudó á bajar del coche, y apoyada en su brazo dí un corto paseo por el jardinito del señor cura, que no se hallaba en casa, ni su hermana tampoco.

Siempre que me ocurra algo notable, te escribiré, madre mía; aunque estás en el cielo, me oyes y me ves; sin esta seguridad me desesperaría.

Adiós, mi buena madre; ya ves que estoy mejor; sé, pues, completamente dichosa á los piés del trono del Señor, y bendice cada día á tu amante hija

CINTIA.

XIX

La Marquesa á la Canonesa.

Castillo de Valflores, Mayo de 186...

«Yo nací perezoso, borracho y ladrón, dice Sócrates; pero la educación corrigió todos estos defectos, y hoy me tengo, no sólo por un hombre honrado, sino también por un hombre que se eleva sobre la vulgaridad de la multitud.»

¿Por qué, pues, amiga mía, niegas que los defectos y aun las más fatales inclinaciones se puedan modificar y corregir? ¿Por qué has querido llenarme de dolor con tu última carta? La impresión que su lectura me causó fué tan profunda, que he tenido que dejar pasar dos meses antes de contestarla, á fin de que mi repuesta no destilase amargura.

La mano de Dios va á enlazar los destinos de

ese hijo tuyo, á quien crees modelo de todas las perfecciones morales, y de mi nieta, á quien con sobrada crueldad calificas de prosaica, soberbia é incapaz de amar; veremos, sin embargo, quién, en el camino que van á emprender juntos, da pruebas de más valor, de mayor nobleza, de más completa abnegación.

Por ventura, uno de los cargos que haces á Eufemia, es creerla *completamente irreprensible:* esa exagerada perfección es una de las mayores garantías de dicha que pudieras desear para tu hijo.

No me es posible abandonar á los míos, ni ir, por lo tanto, á tu lado, como deseas: mis hijos son dos enfermos morales á quienes debo cuidar, pues soy en el mundo el único guarda fiel y vigilante de su felicidad. Eufemia vendrá á casarse aquí, y Pablo dejará también en la capilla de Valflores su libertad de soltero, para trocarla por el título de esposo.

Sí, Gertrudis; Eufemia adquirirá delante de Dios el título de Condesa de Maceda, al mismo tiempo que Pablo se unirá á la joven Marquesa de Uclés, de quien soy tutora y á quien tengo en mi compañía.

Comprendo cuánto te admirará la noticia de esta boda, que ha sido pensada y decidida en el espacio de pocos días: mi pupila se ha apasionado de Pablo con toda la vehemencia del primer amor y de una imaginación exaltada por el cielo de Ita-

lia, que cobija la tumba de su madre: al morir ésta, la envió á mi lado, y hallándose en el mundo sin más amor que el mío, sin otros cuidados que los que le prodigaba mi nieto, ha concebido por mí la ternura de una hija y por Pablo, un amor ferviente y entusiasta.

Hermosa como un ángel, buena, inocente, y además inmensamente rica, ¿qué mejor partido podía yo desear para mi hijo? Él no se ha negado á este enlace, que yo le he pedido con lágrimas en los ojos, porque la pobre Cintia, que vino muy enferma, renacía bajo el influjo benéfico del amor, y quizás hubiera recaído y muerto al golpe de un desengaño.

Pablo, á pesar de los extravíos de su juventud, es noble, bueno y generoso, y ya que no ame á esta niña como adoraría á una mujer de su elección, sabrá hacerla feliz. ¡Ay mi Gertrudis! También para matar en el alma de mi hijo un amor fatal he apresurado esta boda, que á la vez hacía dichosa á mi pobre pupila y le daba á él un hogar y una familia. Esa Modesta á quien vió tu hija Blanca; esa Modesta que tantó la cautivó; esa Modesta, á quien ella y tú queréis dotar, se ha apoderado del corazón rebelde de Pablo de una manera irresistible; mi hijo se ha enamorado de esa joven tan profunda y verdaderamente, que le es imposible olvidarla un instante.

Ella ha huído, ella no le ama, ó, á lo menos, no quiere amarle; se ha refugiado en casa del

cura, al pié de los altares, no creyéndose segura á mi lado; y aunque su cuerpo ha enflaquecido y sus mejillas se han puesto tan pálidas como las de una muerta, su frente presenta la heroica serenidad del triunfo modesto y del orgullo legítimo.

Yo voy á verla, porque ella no quiere venir al castillo.

Ayer fuí á casa del cura para hablarla y para que dijese á mi orgullo herido por qué ha respondido siempre con severidad y desvío á las muestras de deferencia de mi hijo.

—Señora Marquesa, me respondió con su dignidad natural y sencilla; mi conciencia me ha aconsejado obrar como lo he hecho.

—¿Temías acaso que Pablo te sedujese? le pregunté con dureza.

—No, señora, me contestó; porque yo estaba segura de que no me dejaría seducir.

—¿Que temías entonces?

—Que se quisiera casar conmigo y que mi vanidad me hiciese débil con perjuicio de mi razón.

Esta respuesta me dejó estupefacta por el inmenso orgullo que encerraba.

—¿Podías tu pensar, le pregunté, que mi hijo imaginase siquiera casarse contigo?

—Sí, señora, me respondió; estoy cierta de que él desea ser mi esposo; no tiene otro modo de poseerme, y me ama.

—¿Y tú á él?

Modesta se puso muy pálida y contestó:

—No piense V. en mí, señora Marquesa; yo no supongo nada en esta cuestión.

—¿Pero tú te casarías con él? le pregunté.

—No, señora; rehusaría su mano.

—¿Por qué? exclamé cada vez más sorprendida.

—Porque él no es digno de ser mi esposo. ¿Con qué derecho pretendería unir su decrepitud moral á mi lozana inocencia, mi virtud á sus vicios, mis puras creencias á su ateísmo en todas las cosas de la vida? ¿Acaso debo inmolarme á su irascibilidad, á sus arrebatos, á los dolores que le producen las heridas de un corazón que se ha dejado lacerar por sus excesos? ¡Más loca y más ilusa sería yo que aquellas vírgenes druidas que segaban su cuello ante una piedra que veneraban con la estúpida idolatría de los pueblos bárbaros! Uno de los más nobles sentimientos que en mi alma germinan, es un profundo respeto á mí misma, que nada ni nadie me hará perder; no, señora Marquesa, su hijo de V. no es digno de ser mi marido, el compañero de mi vida, la mitad de mi sér. Para huir de que me proponga serlo, y temerosa de que en ese caso mi vanidad de mujer me cegase por un instante, me he refugiado en este sitio.

—Pronto podrás volver á mi lado, le dije, porque Pablo se va á casar.

Modesta se quedó de nuevo blanca como su vestido de muselina, pero nada respondió.

—Se va á casar, repetí, con Cintia de Uclés.

—¡Pobre niña! suspiró Modesta.

—La madre de Blanca, aquella señora joven que hace tres meses pasó por Valflores, y la misma Blanca, quieren dotarte, le dije para cambiar de conversación.

—¡A mí! exclamó Modesta. ¿Y con qué motivo?

—Saben que yo cuido de tí y que eres pobre.

—Suplico á V. que diga á esas señoras, repuso Modesta, que les quedo muy agradecida, pero que jamás he deseado ni pretendido ser rica.

—¿Rehusas acaso su donativo?

—Sí, señora. Felipe me quiere sin dote.

—¿Y tú le amas?

—Le estimo en alto grado, y, cuando sea su esposa, le amaré: debe ser para una mujer cosa muy fácil amar á su marido cuando le tiene un gran aprecio.

Tal fué mi conversación con Modesta; por ella y por mí te doy gracias, y asimismo se las doy á tu hija respecto del dote que me veo en el caso de rehusar.

Ya sé que te alegras con toda el alma del enlace de nuestros hijos y que haces justicia á las altas cualidades de Eufemia; vén á darle tu bendición; el mismo dia quiero se case también Modesta, pero no aquí, sino en la iglesia de la aldea; deja tu santo asilo y ven á respirar, al menos por algunos dias, esta atmósfera de alegría y de amor. Espero á Eufemia, á Germán y á la Baronesa, y te reservo en mi corazón un sitio que nunca has perdido, y que te reclama ahora

ANA.

XX

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Junio de 186...

Búrlate cuanto quieras: estoy, como dices, haciendo el Nemorino, el pastorcito, y, lo que es peor, me voy á casar lo mismo que tú.

Una diferencia hay entre los dos: tú estás enamorado ó poco menos; yo no: yo me caso, por dar gusto á mi abuela, con una niña que no niego sea bonita, pero que nada dice á mi corazón; esto sucede con frecuencia, y á mí me ha sucedido casi siempre; las perfectas hermosuras no me han enamorado jamás, y mujeres de escasos atractivos me han vuelto el juicio varias veces.

La trágica Rachel es la mujer de nuestra época que ha inspirado mayor número de violentas pasiones: cinco hombres de posición elevadísima y de gran talento que yo conocía, habían sido arruinados por ella de esa manera irremediable que conduce al suicidio, porque si la fortuna se puede volver á adquirir, no sucede lo mismo con el corazón; sabiéndolo, tenía yo, todavía niño, vivos deseos de conocerla, y fuí á París poco antes de su muerte.

Rachel era una mujer pequeña, morena, delgada, pálida y de facciones marchitas é irregula-

res; sin embargo, en aquel rostro casi feo brillaban reunidas de tal suerte la inteligencia, la sensibilidad, la ternura y la pasión, que comprendí al instante los estragos que había hecho.

La hermosura del cuerpo subyuga los sentidos; sólo el alma encadena al alma.

No obstante, Cintia de Uclés, mi futura esposa, no es una belleza helada; es más bien un espíritu puro y adorable, envuelto en un cuerpo delicado y hermoso; sus ojos expresan sólo la dulzura, pero á mí el dulce me cansa pronto; su boca se sonríe constantemente, y yo hallo un encanto indecible en la modesta seriedad de una boca bonita; es humilde y tímida, pero no pensativa y profundamente sensible, como aquella Clotilde á quien tanto amé y de quien fuí tan amado.

En fin, Cintia no me ha inspirado esa profunda simpatía que sobrevive al amor mismo y á la misma muerte, y que sólo por Clotilde he sentido; ¡ah! ¡por qué conocí á esa mujer!... ¡Ella me reveló goces intelectuales que antes no conocía, momentos de felicidad suprema que no necesitaba conocer! Aquella perfecta comunidad de pensamientos y de impresiones; aquella simpatía en el sentimiento; aquella noble y ciega confianza que teníamos el uno en el otro; aquella expansión íntima del alma, ¿dónde hallarlas ya? ¡Cuántas veces, al ver en el teatro una obra maestra, caían á un tiempo las lágrimas por las mejillas de los dos!... ¡Cuántas el mismo dolor físico nos hacía sufrir!

¡Nuestros ojos se hablaban y se comprendían en todas las situaciones de la vida, y su sonrisa aclaraba todas las dudas que oscurecían mi pensamiento!

Persuadido do que para mí todas las mujeres, excepto una, son ya iguales, he optado por esta niña infeliz, huérfana y rica, lo cual son dos males para ella.

Según dice mi abuela, Cintia está ciegamente enamorada de mí; esto no me halaga, porque lo mismo se hubiera enamorado de otro que valiese mucho menos; ella necesitaba afectos á toda costa, y me figuro que me dedicará más amor del que yo desee; es decir, uno de esos amores empalagosos que cansan como la miel.

Por fortuna, cazaré y me fatigaré con largos paseos á caballo, porque no creas ni por un momento que pienso volver al mundo, por ahora á lo menos.

¡Dichoso tú, que estás enamorado de mi hermana!... Aun puedes ser feliz. Eufemia es una niña medio salvaje, que hallará novedad en cuanto la enseñes, porque nada conoce; tú podrás ser para ella á la vez esposo, protector, amigo y amante; es decir, todo lo que necesita la mujer para ser venturosa dentro y fuera de su casa: mi hermana tiene un alma enérgica y bien templada, y no dejará penetrar el hielo del hastío en el asilo conyugal.

Grato debe ser, en verdad, para un hombre de

mundo llamarse esposo de una mujer que todo lo ignora y que se apoya en él con la ciega confianza de la juventud y de la inexperiencia, siempre que esta mujer posea el sano criterio y la elevada inteligencia de mi hermana, y no la candidez casi sandia de mi futura.

No hay que pensar que en su inteligencia común y limitada penetre jamás el hálito poderoso y fecundo de lo grande y de lo bello.

La llevaré á Roma, y delante de San Pedro y del Vaticano se sonreirá con la misma candidez que cuando oiga decir sus chistes á un gracioso de teatro.

Pon tú á Eufemia delante de esos monumentos del genio, y verás salir de sus ojos relámpagos de entusiasmo y palpitar su seno, y sentirás la convulsión nerviosa con que su mano oprime tu brazo.

Después de pasar algunos años al lado de tu esposa, podrás decir:

«¡Yo he vivido!»

Cuando después de haber pasado el resto de mi vida al lado de Cintia sienta llegar la muerte, exclamará tu amigo con tristeza:

«¡Yo he vegetado!»

Hé aquí la diferencia de nuestros destinos. Aparta, Germán, aparta de mi camino hasta la sombra de Clotilde, si quieres que viva. Cuanto más me aproximo á la fria realidad, más me devoran los recuerdos de aquella radiosa é incomparable poesía de mi vida de amor.

Ayer paseaba yo á caballo con Cintia: mi abuela nos seguía en su carruaje: al volver hacia el bosque, ví á una mujer vestida de negro, cuya figura me recordó la de Clotilde; sería ilusión mía, pero se le parecía mucho; hubo un instante en que volvió la cara, y yo dí un grito; era aquella carita inteligente y dulce, alumbrada por sus grandes ojos pensativos; aquella frente coronada de sedosos cabellos castaños, aquella gracia incomparable, aquellas formas delicadas, aquel ademán á la vez infantil y digno, que avasallaba todos mis ímpetus de cólera y de venganza.

No, no podía ser Clotilde; pero lo cierto es que yo voy á casarme y la veo en todas partes.

Más dichoso que yo, no has sentido el amor verdadero, y mi hermana es la mujer más superior que tú has conocido: en eso estriba la dicha conyugal; el que considere á su esposa como superior á todo su sexo, puede dar gracias al cielo todos los días de su vida.

Ya estamos, pues, Germán, sentados á la orilla del camino que, viajeros fatigados, seguimos hace largos años; descubramos la cabeza y alcemos al cielo los rostros marchitos por los desengaños, para que derrame un poco de serenidad sobre nuestras frentes; pidámosle la máscara de la calma y la tranquilidad para engañar piadosamente á las dos pobres criaturas que van á confiarnos sus destinos; no basta ahora sólo con tener valor; es preciso ser héroes; los guerreros se animan en los

combates con la vista de la sangre, del humo y la matanza, y combaten contra sus enemigos; nosotros tenemos una lucha más difícil que sostener: nadie nos alienta, nadie nos anima, y tenemos que batallar con nosotros mismos.

¿Cómo has hecho para que mi hermana, que no te quería, te ame ahora? Pero ya lo sé: has hecho una sola cosa, y ha bastado: presentarte y hablarla; no era mi hermana la única mujer que hubiera de resistirte, pues nadie como ella puede y sabrá apreciar tu valor.

Mucho deseo que vengas; ya sé que tu casa se está montando bajo un pié magnífico para recibir á tu esposa; ya sé que vuestros trenes llamarán la atención general; ya sé que váis á dar bailes y comidas; yo no pienso disfrutar de esas diversiones, y lo siento; pero en tanto que permanezca en este retiro, viviré tranquilo; el hálito del mundo traería de nuevo á mi seno la serpiente del bastío, el demonio de la intolerancia, la hidra de la cólera, que, como la de la fábula, tiene cien cabezas.

Aquí me quedaré con Cintia jugando á los enamorados y siendo ambos los solitarios del monte salvaje; al pensar que voy á casarme, lágrimas de rabia suben á mis ojos, á la par que una extraña pero helada tranquilidad desciende á mi corazón.

Llega pronto, pues ya se está disponiendo el altar para el sacrificio de nuestra libertad.

PABLO.

XXI

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, Junio de 186...

Casi me ruborizo de escribirte lo que pasa en mi corazón, querida madre mía: he llegado al caso que tú deseabas; amo, y todo lo que veo me parece más bello y mejor que antes; amo al Conde, y me admiro de haberle hallado alguna vez superficial y vano, cuando hoy me parece el modelo de todas las perfecciones morales.

¿Qué se han hecho aquella valentía, aquella independencia de que yo hacía alarde? Hoy no vivo sino cuando le veo; cuando no está cerca de mí, no merece mi existencia el nombre de vida; parece como que me falta lo principal de ella, y que nada de lo demás merece mirarse.

Yo recuerdo que te escribí en cierta ocasión estas palabras:

«Nunca he hablado al Conde de Maceda; pero me parece superficial, burlón, escéptico y de carácter imperioso y fuerte; ¡Dios me libre de semejante esposo!»

Al tomar la pluma recordé estas palabras, y por eso te dije que te escribía con rubor, porque ahora tengo que decirte todo lo contrario, y mi opinión acerca de él ha cambiado por completo.

Si me dijesen ahora que no podía casarme con él, ó que él me rehusaba para esposa, estoy segura de que me moriría de pena.

En mi alma había un tumulto de pensamientos encontrados: unas veces ansiaba ir á los bailes, á los conciertos, para distraer el mortal fastidio que me consumía; otras me iba á la iglesia para pasar en ella algunas horas, á fin de que el día no se me hiciese eterno.

Ahora parece que un velo negro se ha descorrido, y que todo brilla y se sonríe dentro y fuera de mí: ahora, cuando voy á la iglesia, es para dar gracias á Dios por la ventura que inunda mi alma, para rezarle con fervor y para pedirle que me deje llegar á ser esposa de Germán.

Hoy comprendo que una mujer se engalane y sea elegante; no concibo la coquetería por el afán sólo de agradar generalmente; la comprendo, cuando se ama, para agradar al objeto amado y para agradar por él á los demás; porque cuando una mujer ama á su esposo, debe desear halagar su amor propio y que todos le envidien á él porque la posee.

No sé si me engañaré, pero creo que en el amor del hombre hay alguna parte de vanidad, y que nunca se halla verdaderamente cautivado sino cuando los demás conocen el inmenso valor de su mujer.

Por eso he pensado yo muchas veces en que sería muy bello sobresalir de la multitud, por

cualquier estilo que fuera, y no vivir oscurecida como tantos millares de mujeres.

¡Cuántas veces he deseado ser artista! ¡Cuánto he ansiado manejar el pincel ó escribir libros de esos que no mueren jamás! ¡Cuántas he envidiado á las grandes cantantes que oía en el teatro Real, á las eminentes actrices que interpretan las obras maestras de la literatura!

He llegado hasta á envidiar al extravagante Erostrato, quien, por hacerse célebre en la historia, incendió en Efeso el magnífico templo de Diana.

He llegado á desear tanto la celebridad, que la hubiera comprado á cualquiera costa.

Por dicha, no la he necesitado para ser amada de un hombre superior; pero ahora es cuando más la deseo, y aunque sólo sea la palma de la belleza y de la elegancia, la he de tener, segura de halagar y de afirmar así el amor de mi marido.

Más que nadie comprendo ahora lo que vale mi pobre tía Galatea; el grano de oro que, según tú, no le falta á nadie, lo hallo en ella tan grande, que me parece un tesoro.

Ella ha hecho la lista de mi guardarropa y ha encargado á mi modista dos docenas de vestidos de los gustos más variados y más exquisitos; ella ha hecho mis compras, y ella, en fin, dirige el arreglo de nuestros trenes, de nuestros carruajes y de nuestra casa, que es magnífica.

Mi tía acude á todo, de todo se cuida, y está

loca de contento con el brillante destino que me espera.

Yo había juzgado mal, sin duda, á esta excelente señora, ó acaso será que el amor y la dicha hacen ver á las personas bajo un prisma bello y rosado.

Pienso arreglar mi vida de un modo muy distinto de lo que antes imaginaba; para agradar á Germán se necesita ser una mujer brillante, estar vestida siempre con primor y siempre dispuesta á recibir á sus amigos; tendremos comida un día á la semana, recepción las noches de los lunes; asistiremos otras dos noches al teatro Real, y las que restan las repartiremos entre los demás teatros y las recepciones de nuestros amigos.

Los veranos iremos á Baden, á Dieppe, ó á Trouville, que son los sitios donde se reune lo más distinguido de la sociedad francesa, inglesa y rusa.

Ya ves, mi querida mamá, que tu Eufemia va á ser lo que deseabas que fuese; que va á dejar las llaves y á convertirse en una mujer elegante y distinguida.

Tú la ayudarás con tus consejos, porque ella quiere, además, ser buena y digna del nombre que lleva; tú dividirás tu vida entre la casa de mi hermano y la mía, y pasarás algunos meses del año con cada uno de nosotros. ¿No es verdad que lo harás así? ¿No es cierto que dejarás tu retiro y vendrás á acompañarme en el mundo?

Muchos deseos tengo de conocer á esa linda

Marquesita que va á dar á mi hermano un brillante título y muchas riquezas: dicen que es encantadora, y Germán, que la conoció en Niza, asegura que hay muy pocas personas que se la asemejen, y que su candidez, su gracia, su inocencia son admirables: ya me estoy preparando para el viaje, que tendrá lugar dentro de cuatro días.

Ayer oí á mi tía algunas palabras que me llenaron de terror y que son la única nube de mi dicha.

—¿Sabes—me dijo—que vamos á jugar á tu marido un lindo chasco?

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque él se casa contigo en la persuasión de que eres una mujer modesta y humilde, en la persuasión de que no te has de vestir y de que has de hacer su gusto en todo.

—¿Y quién duda que lo haré? exclamé yo; mi mayor dicha consistirá en verle contento.

—¡Pero, niña, si no consiste en eso el chasco que le vas á dar!

—¿En qué, pues? Por Dios, tía mía, le dije, habla con claridad; sepa yo lo que puede contrariarle.

—Ya te lo he indicado, dijo mi tía; él cree que se va á casar con una monjita sencilla, austera, devota, y tú te has vuelto todo lo contrario desde que has empezado á amarle.

—¿Cómo me había de llevar á su lado cuando saliese, si fuera yo una mujer vulgar?

—Quizá pensaría no llevarte.

—¡Imposible! exclamé indignada: ¿acaso puedo yo creer que el Conde se casa conmigo para que sea sólo su ama de gobierno? ¡Si así fuera, no me casaría jamás con él!

—¿Pero no sabes que él te ha conocido como una señorita de pueblo?

—No importa; la Condesa de Maceda sabrá ocupar el lugar que le corresponde.

—Claro está, y harías muy mal si descendieras de tu sitio; si se lleva chasco, peor para él.

Tal fué nuestra conversación, que me dejó sobremanera contristada.

¿Acaso se casará conmigo Germán únicamente para que le cuide la casa?

¿Estará arruinado y querrá reponer con el mío su caudal?

¿Iré á caer en el abismo de la desgracia, cuando empezaba á entrever un cielo de felicidad?

¡Ah madre mía! estas dudas me agitan dolorosamente. ¡Yo necesito tu consejo, y que me digas qué es lo que puedo temer y esperar! Tú eres antigua y fiel amiga de la madre de Germán, retirada hace ya largo tiempo á tierra extranjera, y has conocido al mismo Germán desde muy niño: no me dejes ir al altar llena de temores para el porvenir, llena de dudas y de zozobra.

Si no he de ser dichosa en mi unión, vale más que no se lleve á cabo, porque creo que nada debe ser tan terrible como la guerra doméstica,

como la divergencia de opiniones y de caracteres entre el esposo y la esposa.

Cuando llegue á tus brazos, ó echa un velo de crespón sobre mi frente, ó ciñela con la corona nupcial, y esa será tu respuesta á mis temores y á mis esperanzas.

EUFEMIA.

XXII

Modesta á Esteban.

Castillo de Valflores, Junio de 186...

Mañana, mi querido y buen hermano, es el día señalado para mi casamiento, y mañana también tendrán lugar el de Pablo de Hinestrosa y el de su hermana Eufemia.

Los dos herederos del castillo se casan en la capilla del mismo, suntuosamente decorada de alhajas de plata y oro, de colgaduras de terciopelo, de ramos de flores y coronas de azahar: el Obispo de la diócesis ha venido para darles la bendición nupcial, y los perfumes, las joyas, los encajes inundan el castillo, como si alguna hada, abriendo los artesonados techos, hubiera dejado caer en las espléndidas cámaras todos los tesoros de su reino.

Los dos hermanos van á llevar dos títulos: ya sabes que la señorita Eufemia se casa con el Conde

de Maceda, y que su hermano recibirá de su esposa el título de Marqués de Uclés: mi bienhechora, ve, pues, colmados sus deseos, dejando á sus dos hijos en el seno de esa grandeza en que han nacido y que tanto anhelaba para ellos.

Yo, hermano mío, me caso en la humilde iglesia del pueblo; su única gala, además de las modestas que posee, consiste en un mantel para el altar mayor, que yo he bordado, y que he prendido con dos lindos lazos rosa, símbolo de mis esperanzas, y en dos gruesos ramos de rosas y azucenas, puestos en dos jarrones de loza blanca, que han enviado las hermanas de Felipe.

Mi vestido es de muselina blanca y sencilla, y mi velo, de tul, sin bordados ni adornos de ninguna clase.

Pero ¡qué importa! Veré á mi lado á tu mujer, á mi querida hermana, que se ha separado de tí y de sus hijos para servirme de madre en esta solemne ocasión; veré risueña á toda la familia de Felipe, que me acoge con placer, y casi con gratitud, á mí, pobre y desvalida muchacha. Veré alrededor mío rostros alegres y satisfechos, ya que no vea esplendidez y riqueza. La hermana del señor cura es la madrina de mi boda; el padre de Felipe es el padrino.

Teresa me ha dicho que te escribirá mañana después de la ceremonia, y yo voy á hablarte por adelantado algo acerca de lo que me concierne.

Se pensó, al arreglar nuestra boda, en que Fe-

lipe y yo viviéramos en la fábrica y en compañía de toda la familia; pero su madre, que tiene un criterio muy sano, dijo con el dulce imperio que le es natural:

—No hay que pensar en eso; el casado, casa quiere: viviréis en la casita inmediata á la fábrica, que se alquilará para vosotros, y que después compraréis, si la suerte os ayuda.

—En ese caso, observó Felipe, mi hermana Bernardina puede venirse á vivir á nuestro lado y acompañará á Modesta.

—Ni imaginarlo, replicó su madre; el matrimónio *á dos*, es el cielo; *á tres*, no es posible. marido, mujer y los hijos de los dos, porque á los dos interesan igualmente; nada mas; la mujer *sola* con su marido no tiene más mundo que su casa, y es toda de su compañero: si él tiene otra afección, aunque sea un amigo íntimo, una hermana, ú otro interés de que ella no participe con la vehemencia que él, la esposa se halla vacío un lado del corazón, y es fácil que piense alguna vez con qué le llenará.

—¿De modo, madre, observó Felipe, que el hombre, al casarse, debe renegar hasta de las afecciones más sagradas?

—¿Quién ha dicho tal? exclamó la anciana; debe atenderlas todas y conservarlas, pero no interponer ninguna entre su mujer y él; mujer y marido son una sola persona, y, para demostrarlo, hizo Dios á la mujer de una costilla de su es-

poso; las oraciones de la Iglesia lo dicen:—Sea tu esposa de tu carne,—le dice á él.—Dejarás padre y madre para seguir á tu marido,—le dice á ella. En las oraciones de la celebración del matrimonio no se habla de otras personas ni afectos: conque no quieras tú reformar lo que Dios ha establecido.

—¿Es decir, madre, que no nos deja V. á Bernardina? preguntó Felipe.

—Para algún rato, sí; para vivir con vosotros, no; cuando Modesta desee compañía, que la llame; las ventanas de vuestra casita y las de la fábrica están muy cerca por el lado del huerto; y cuando le agrade más, que se venga ella con nosotros: la compañía es muy buena cuando no es impuesta ni embarazosa; de este último modo se detesta; sólo hay dos yugos dulces en la vida: el de esposa y el de madre.

Yo comprendí la verdad que encerraban los razonamientos de esta buena mujer, que, aunque sencilla campesina, discurre con el corazón, que á veces es el mejor de los consejeros.

Nuestra casita está ya primorosamente arreglada: todos los regalos de la familia de Felipe han consistido en ropa blanca de la mejor calidad y en alguna plata antigua, además de los muebles necesarios al adorno de nuestro nido: la sala, que es pequeña, tiene una sillería cubierta con persa de fondo blanco con dibujos azules; de la misma tela son la colcha y la colgadura de la cama, así como las grandes cortinas que caen delante de la venta-

na: sobre la mesa, cuyo tablero es de piedra blanca, se halla colgado, por medio de cordones azules, un espejo ovalado, con marco de madera negra: un reloj de bronce oscuro del mejor gusto artístico, y dos copas para flores, completan el adorno de la mesa: suspendidos en la pared hay cuatro receptáculos de porcelana para flores, que ocupan ventajosamente el lugar de cuadros medianos: estos receptáculos pueden contener agua, y todos los dias pondré en ellos floras frescas, que esparcirán un grato y dulce perfume.

Cuatro rinconeras, en forma de columna, sostienen copas de yeso, de tan bella forma, que parecen halladas en algún poético palacio romano.

Tal es la habitación más lujosa de mi casa: dentro de esta florida y graciosa salita está mi gabinete de tocador y de labor, que es bastante grande y está decorado de persa rosa, brillante como el raso: contiene una cómoda, un lavabo, un secreter, el tocador, adornado de cortinas blancas, y una mesita para la labor y para que Felipe lea ó escriba á mi lado ó enfrente de mí: ¡qué gratas veladas pasaremos aquí, yo bordando ó cosiendo, y él leyendo en voz alta, alumbrados por una lámpara de globo blanco adornado con hojas de hiedra! A las once, una modesta cena, ó si comemos tarde, una taza de té, pondrá fin á la velada, y el sueño tranquilo de una conciencia sin sombras dividirá el dia presente del que le siga.

¡Oh santo, noble y bienhechor trabajo! ¡oh

modesta y apacible medianía, que llevas contigo el orden, la paz, el sosiego y el bienestar! Vosotros, generosos protectores de la humanidad, sois desdeñados porque no sois conocidos! ¡Vosotros habéis cubierto con vuestras alas el techo conyugal de mis hermanos y las cunas de sus hijos! ¡No me dejéis jamás, deidades tutelares de mi familia! ¡Suaves y silenciosos amigos, recibid hoy las acciones de gracias que os envío de rodillas, y mi promesa de amaros y respetaros siempre!

Adiós, Esteban; mi cocina necesita aún que yo vaya á fijar algunos clavos, y en el comedor me está llamando á gritos un armario vacío que reclama la modesta loza blanca que ha de servir en nuestras frugales comidas. Ya te contaré mi vida de casada; y entretanto, no temas á las tempestades de mi corazón; si las hubo, se han ahogado en el lago azul y tranquilo del deber, que jamás se turbará. Dios está por mí y conmigo: de pié en el umbral de la vida me dispongo á recorrer mi camino, apoyada en el brazo de un compañero digno de mí.

MODESTA.

XXIII

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Junio de 1865.

Recibirás esta carta, hija mía, casi en el momento de subir al coche para venir á mis brazos, y á no ser por haber retardado tu viaje dos días, no hubiera llegado á tu poder.

Me dices en la tuya «que te ruboriza haberme escrito que no podrías amar á Germán, porque ahora estás apasionada de él.» Yo no comprendo que conmigo te ruborices por las contradicciones de tu corazón, pues nadie como yo puede comprenderlas y excusarlas.

Muchas veces te he recomendado la reserva, es decir, la conveniencia de no franquear casi á nadie el santuario de tu corazón; todos en general, y la mujer en particular, deben guardar un rinconcito del mismo, velado, no con la helada cortina del disimulo, sino con el perfumado velo del pudor; este rinconcito, hija mía, sólo para tres séres debes tenerlo siempre visible.

Para Dios, padre amoroso y juez recto de todas las criaturas.

Para tu madre y para tu esposo.

No debes descubrirle á nadie más; pero en tal estado de pureza tienes que conservarle, que tam-

poco debes temer nunca enseñarle á esos tres séres que te he nombrado.

Que haya en él desigualdades, sombras y luz, ¿qué importa? la campiña y el cielo no están exentos de ellas; el campo tiene sus montañas pobladas de árboles y flores, y sus bosques llenos de sombras, y en el cielo las nubes fingen muchas veces colinas y praderas.

Dios, que ha dado á sus obras tonos diversos, los ha dado también al alma de la criatura, que es su obra maestra; todo el que siente es algo variable; y de nada he desconfiado tanto en mi larga vida, como de esos caracteres perfectamente iguales, empalagosamente dulces, eternamente inalterables, monstruos compuestos de impasibilidad é hipocresía, de astucia y de dureza, y que suelen ser, con muy raras excepciones, ovejas con piel de lobo.

Algunas mujeres he conocido así, y lo que es más terrible aún, algunas jóvenes de muy pocos años: ¡ay del sér vehemente y sensible colocado al lado de esos vampiros del alma! ¡Esas criaturas fatales tienen algo á la vez del sapo y de la culebra; de aquél, por la inutilidad y torpeza que aparentan; de ésta, porque la imitan en sinuosa, rastrera y callada marcha!

Esas personas sin arranques acusan como criminales á las que son apasionadas y sensibles; detestan por instinto la inteligencia, la belleza, la elegancia, todo lo que es fresco, puro, adorable y

encantador; envidian con encono todo lo que no poseen ni pueden poseer jamás, y, como otros tantos gusanos negros, procuran marchitar todas las bellas flores que han tenido la desgracia de nacer á su lado.

No tienen talento, pero su malicia hace con frecuencia las veces de tal y le suple con ventaja; no se atreven á la calumnia, pero la falsedad reside constantemente en sus labios, y saben cómo han de dejar caer alguna gota de veneno, para que hiera como un dardo mortal.

Yo he estudiado todas las variedades de la especie femenil, y he visto con terror la de que te hablo; he pedido á Dios mil veces que tuvieras una naturaleza desordenada por las pasiones, más bien que una naturaleza helada, ruín é impenetrable; prefiero, hija mía, que tus impresiones se sucedan con la rapidez de las ondas en el mar en una tarde tempestuosa, á verte con la impasibilidad de las criaturas que acabo de describirte; y sin embargo, éstas son las que pasan en el mundo por virtuosas, y tú tienes que refrenar con especial cuidado tus impulsos si no quieres exponerte á perder, ó comprometer, á lo menos, tu reputación.

No tienes malicia, y el talento no basta en muchas ocasiones de la vida.

Tu ardoroso cerebro se herirá en todos los ángulos que la existencia ofrece; tu corazón se desgarrará á fuerza de decepciones, y correrás en vano

buscando otro que responda al tuyo; y en medio de tantas penas, de tantos dolores, de tantas tempestades, serás inocente, ó poco menos, y la maledicencia se cebará en tí sin compasión.

El rayo, hija mía, no hiere á las zarzas que levantan poco de la tierra, sino á la altiva y majestuosa encina que sobresale entre la multitud de arbustos que forman la espesura del bosque.

Prepárate, pues, á una lucha constante, pero ignorada y silenciosa; prepárate á batallar con el mundo entero, y lo que es aún más amargo, á batallar contigo misma.

Llamarán á tu altivez, mal carácter; á tu veracidad, insolencia; á tu sentimiento por lo que es bajo y vil, falta de tolerancia; á tu dolor, exageración y comedia; y cuenta con que así te juzgarán la que creas tu mejor amiga, tu hermano, tu esposo, quizá hasta tus hijos; todos, menos yo.

Felizmente te casas con un hombre superior: si Germán fuera sólo una medianía, estabas perdida; pero su mano experta te guiará; es fuerte y valeroso, y será el primero en sostenerte y guardar consideración á tu debilidad; tiene gran corazón, y sabrá apreciar y comprender el tuyo; posee un talento profundo, y esa irresistible simpatía que es la base, no del matrimonio, sino del eterno amor, se establecerá entre vosotros y os hará más bien amantes que esposos.

Y no obstante, mi amada niña, tu marido te hará sufrir, á tu parecer, muchas sinrazones que

te irritarán, porque eres vehemente é irreflexiva cuando habla tu corazón, del que siempre has sido esclava; cuando te sientas colérica, reza, hija mía; la oración nos eleva por encima de las cosas visibles, apaga nuestros resentimientos, alivia nuestros dolores y nos da valor para las pruebas más duras; la mujer ó el hombre que no reza, renuncia á toda comunicación con su Dios.

La plegaria es como la respiración del alma; la Providencia, á la cual nos dirigimos, nos oye siempre, y siempre está pronta á escuchar nuestros votos, nuestras quejas, nuestros remordimientos y la expresión de nuestro deseo de emprender una vida mejor.

Después de la oración te recomiendo la reflexión y la paciencia; para cuando te sientas ofendida por tu marido, graba en tu alma esta santa verdad:

«La venganza más noble, la más deliciosa, es el perdón.»

El hombre deja de serlo en tanto que se deja dominar de la cólera; sólo colérico puede faltarte tu marido, y tú no puedes ni debes guardar rencor á un pobre sér, víctima de una de las más dolorosas y ciegas pasiones; piensa en que una sola vez se goza del placer de vengarse, pero siempre es uno feliz con la idea de no haberse vengado.

Esto te lo digo, Eufemia mía, porque sé que tu marido es violento; á pesar de todas sus nobles y bellas dotes, se parece á tí; es, como tú, impe-

tuoso y vehemente, lo que es un mal, sobre todo para la parte más débil, que eres tú; por tu parte acuérdate de que la cólera empieza por la locura y acaba por el arrepentimiento.

No te hablaré ahora de tus deberes para con la sociedad, sino de los que tienes hacia tu marido, pues desde el primer día tienes que poner la primera piedra en el edificio de tu dicha, ó no lo habitarás jamás; hay muchas esposas infelices por haberse casado siendo niñas y careciendo de una madre cariñosa que las instruyera y las guiara con inteligencia y ternura; las desgraciadas han caminado á ciegas, y si han estado dotadas de tu temple, han corrido á su perdición después de una vida llena de lágrimas y dolores.

Tú no debes temer al porvenir: yo existo; confíate á tu anciana madre, y sigue creyendo en su amor y en su experiencia.

No quiero hablarte ahora acerca de tus proyectos de fausto y de lujo; á una novia le está permitido correr por los aéreos jardines de la fantasía; luego hablaremos de esto.

Te espero con tu traje de novia extendido sobre tu lecho nupcial; es de raso blanco; el velo, de encaje; la corona, de jazmines y azahar.

La indisposición de tu tía ha retardado dos días las tres bodas, pues tampoco Modesta ha querido ir al altar hasta que llegues tú.

Cintia y Pablo te abrazan, como lo hace tu madre

ANA.

XXIV

Teresa á Esteban.

Castillo de Valflores, Junio de 1865.

Esta mañana, mi querido Esteban, se han verificado los tres matrimonios, que, como ya te anuncié, se habían retardado por una indisposición de la Baronesa, tía de Eufemia y de Pablo, que no ha venido á las bodas para no abandonar la casa de Madrid.

Las dos bodas opulentas han tenido lugar en la capilla del castillo; la de nuestra Modesta, en la iglesia de la aldea y con poca concurrencia, porque las gentes acudían á ver á los novios del castillo; sin embargo, nuestra hermana ha estado rodeada de toda la familia de su marido, y yo representaba á nuestra buena madre, que tanto la quería; además, todos los menesterosos de la aldea, á quienes ella socorre, se han agolpado á su paso deseándole felicidad y llenándola de bendiciones.

Las dos parejas del castillo reunen todas las condiciones de fortuna y de belleza que te puedes imaginar: no sabré expresarte, mi buen Esteban, el contraste encantador que formaban las desposadas: Eufemia tiene los cabellos oscuros y los ojos negros, y aterciopelados de una joven vene-

ciana: su cutis, rosado y puro, es de una belleza virginal y llena de frescura: su frente, cargada con el espeso cabello que forma lujosas ondas, parece modelada por las de la estatuaria griega: su continente es algo frío, y sus maneras un tanto altivas, sencillas, nobles y destituídas de toda afectación.

Cintia se asemeja á una de esas princesas del Norte que nos pintan las baladas alemanas; sus cabellos de un rubio pálido, sus ojos azules, rasgados y coronados de largas pestañas doradas, su boca rosada y melancólica, todo su sér, en fin, está respirando debilidad, ternura y una naturaleza blanda y fácil de manejar.

He oído decir que esta pobre niña conserva de su madre un tierno é imborrable recuerdo, y que le escribe lo que le sucede en un diario que luego guarda en una caja que contiene su retrato.

¡Cuán grande habrá sido el aislamiento del corazón en que esa criatura se haya encontrado, para escribir así sus impresiones á una persona que ya duerme en la tumba!

Pero déjame, Esteban, que te hable de *los nuestros*: yo estoy contenta, y la alegria, desbordando de mi corazón, va hacia el tuyo, atraida por la corriente magnética de nuestro amor: sí, estoy contenta porque presiento para mi hermana una suerte tan feliz, que sólo pido al cielo otra igual para nuestras hijas.

Felipe no es un simple trabajador: es más bien

un industrial distinguido, y al mismo tiempo un hombre inteligente y bien educado: ha viajado y ha vivido en París, no en medio de los vicios, sino en medio del trabajo honrado, que enaltece el alma y robustece el cuerpo: á una belleza varonil, noble y expresiva, reune ese vigor y esa energía que da el trabajo manual, á la vez que su fisonomía vivaz y simpática revela la inteligencia y la sensibilidad.

Felipe lee, dibuja y compone buenos versos: habla el francés y el inglés: sabe vestirse, y sabe también razonar y obrar como hombre bien educado y como trabajador infatigable.

Dia llegará, amigo mío, en que la sociedad, más ilustrada, comprenderá que los maridos como Felipe son los que convienen á las jóvenes de la clase media, y que el hombre á la vez laborioso é ilustrado es mejor compañero para la vida que el que se adorna con los vanos oropeles de una pobreza vergonzante y disfrazada.

Modesta ha hallado lo que tan pocas tienen la dicha de encontrar; lo que vulgarmente se llama la media naranja; lo que tú, mi Esteban, en tu bello y culto lenguajo, llamas *el alma gemela*. Modesta no hubiera querido por esposo á un hombre depravado, por alto que fuese su nacimiento, porque esos séres entregan al mundo sus riquezas y su corazón y se quedan tan pobres y míseros interior como exteriormente; por otra parte, sus gustos delicados, su naturaleza poética y su excelente

educación le hubieran prohibido aceptar por marido á un trabajador inculto y grosero. La Providencia, que jamás deja sin recompensa á la virtud, ha puesto á Felipe en el camino de mi hermana, y ambos serán tan dichosos como lo somos nosotros.

Ya sabes que en nuestras dulces veladas, en nuestras largas conversaciones después de acostados nuestros niños, hemos discurrido juntos acerca de muchas cosas, y que hemos convenido en que los buenos no quedan jamás sin recompensa; sí, tú me has dicho en varias ocasiones, con la doble persuasión del talento y del cariño:

—Teresa mía, las buenas acciones no quedan jamás sin su premio: el camino recto es el mejor y más corto; los malos lo saben también, y por eso toman la apariencia de la virtud para llegar á sus fines; y si prosperan alguna vez, es porque con cualidades ficticias saben cubrir hábilmente lo que encierran de bajo y de vicioso.

Felipe no tiene nada que fingir ni ocultar; posee un corazón recto y un juicio sano, y con estas dos cosas se avanza siempre en el camino de la vida.

Une en tu pensamiento, á las bellas y sobresalientes cualidades de Felipe, las encantadoras de Modesta, y convendrás conmigo en que la dicha más pura, la calma más perfecta, el bienestar más tranquilo han de presidir en este matrimonio; cada uno guardará su sitio y respetará el del otro; cada uno llevará su parte á la ventura conyugal.

Hay además entre ellos otro elemento poderoso de dicha: los deberes de cada uno se opondrán á una intimidad continua, y el trabajo los separará; porque aun entre dos personas unidas por el más tierno y profundo amor, se necesitan grandes recursos de talento para que el cansancio no se coloque entre ambos, para que el fastidio de una incesante conversación no enfríe el sentimiento; es preciso, es indispensable que el estudio, el trabajo y la observación renueven las ideas.

Nosotros, mi bueno y querido esposo, no nos hemos fastidiado jamás: siempre hemos empezado el día saludándonos, al despertar, con una sonrisa y con una dulce mirada, pues nuestros ojos y nuestros corazones se abrían al mismo tiempo; después del desayuno, el trabajo nos separaba; por la tarde, y á la hora en que debías volver, tu Teresa disponía coquetamente la casa, su atavío y el de sus hijos, para recibirte: ¡qué agradable y larga era la comida, aunque se componía sólo de los más pobres y usuales manjares! Por la tarde te entregabas á tus tareas de dibujo ó de copias, para seguir ganando el pan de la familia, y luego te enviaba á paseo; á las ocho tenía lugar la cena con los niños, y después quedábamos solos los dos, yo cosiendo, tú leyendo en alta voz, que yo admiraba por su timbre sonoro y dulce á la vez, y que tanto aumentaba el valor de la lectura.

Ya iré muy pronto, Esteban mío, para anudar el hilo de nuestra envidiable y tranquila vida,

que, á Dios gracias, tenemos la esperanza de llevar hasta la tumba para ir después en busca de la eterna, porque las dulzuras legítimas nos dan la esperanza del cielo.

No hemos recorrido, por cierto, nuestro bello camino sin hallar obstáculos, fatigas y decepciones, que traen consigo dias de desaliento; pero, al mirarnos, la tranquilidad ha reinado en nuestras almas, y mientras caminemos apoyados el uno en el otro, no puede faltarnos el valor.

Adiós, mi querido y buen Esteban: mi corazón no se ha separado de tí ni de nuestros hijos; abrázalos por mí muchas veces; yo ansio veros á todos, y sin la seguridad de conseguirlo pronto, estaría muy triste; adiós otra vez y mil, y hasta que pueda dártelo, recibe con el pensamiento un abrazo de tu

TERESA.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA

I

Eufemia á la Marquesa.

Baden, Julio de 186...

Aquí estamos desde hace ya diez días, mi adorada é inolvidable mamá, y aun siento en mi frente la huella de tus últimos besos y de las lágrimas de tu despedida.

¡Con cuánta pena me separé de tí! Y á pesar de irme con mi marido, á quien idolatro, ¡cuánto envidiaba á Cintia, que se quedaba á tu lado! ¿Me olvidarás por ella? ¡Ay! con dolor recuerdo que la esposa de mi hermano es encantadora y más dulce que yo, porque siente con menos vehemencia; por tanto, para la vida íntima tiene mejores dotes que tu pobre hija, *siempre*, como tú dices muy bien, *esclava de su gran corazón*.

Aunque te parezca inmodesta, te diré que mi llegada ha hecho en este sitio delicioso una marcada sensación: yo no sabía que fuera hermosa, y

me había limitado á no creerme fea. No obstante, donde quiera que voy me acoge un murmullo lisonjero, y las mujeres más á la moda copian mis trajes y mis adornos; hay aquí una Princesa rusa, con la cual, sobre todo, me he empeñado en competir en elegancia y lujo: ella me envidia y me aborrece porque su marido me mira más de lo regular y no pierde ocasión de estar galante conmigo; es un diplomático, hombre de mundo, elegante y tipo de la distinción más noble y más perfecta, aunque ya va dejando de ser joven.

La Princesa Catalina de Kestrell es mucho menor que su marido, y llega apenas á los treinta años; es alta, delgada, pálida, blanca y delicada como una figura de nácar; paréceme que el ilustre Balzac debió conocer á una mujer parecida, al dibujar algunos de sus sublimes é incomparables tipos con aquella pluma mágica y sin rival en el mundo.

Los ojos azules de la Princesa están coronados de arqueadas y finas cejas de azabache, y negras también son las largas pestañas que los guarnecen; su rica cabellera, negra y espesa, se halla dividida en gruesas trenzas que oprimen sus sienes como un marco de ébano; su frente abovedada, su nariz aguileña y el delicado y puro óvalo de su rostro, dicen que su cuna es tan alta como su posición social, y que su inteligencia es más alta que ambas cosas.

Mucho debe de haber sufrido ya esta mujer, á

pesar de su juventud, pues á cada lado de su boca se ha formado un pliegue melancólico, y su sonrisa es también sobremanera triste; según se ve, no basta ser ricos para ser dichosos, y todas las ventajas del nacimiento, de la belleza y de la fortuna no alcanzan á preservar de ciertas penas que yo, por suerte, no comprendo todavía.

La Princesa tiene una encantadora niña de siete años, que se llama Adda, como la esposa de Abel; dicen que ha perdido otros dos hijos, y acaso sea esto la causa principal de su melancolía.

Nosotros tenemos una habitación del primer piso en el Hotel de los Príncipes, y Mr. y Madama de Kestrell ocupan otra enfrente de la nuestra: yo no sé cuándo ni cómo he herido á la Princesa; pero es lo cierto que ésta me mira con desdén y que no pierde ocasión de mortificarme: voy á ponerte un ejemplo.

Recibí yo hace cuatro días, de París, un cajón de confecciones que había encargado, y entre ellas venía una casaca blanca, bordada de oro y grana, para las tardes frescas, obra maestra de gusto y que me cuesta setecientos francos; el día mismo que llegó, me la puse por la tarde, y vimos en la playa á la Princesa y á su marido: ¡al día siguiente, la doncella de Madama de Kestrell llevaba una casaca del todo igual á la mía!

Yo hice que Germán me llevase al hotel, me dejé caer sobre un sillón, y lloré de despecho durante largo rato.

—Querida mía, me dijo mi marido, si te has de disgustar por esas cosas, te compadezco; desprecia esos alardes y ríete de ellos.

Pero yo, declarada la guerra, no soy mujer que se deja vencer del enemigo; cada día me pongo un vestido nuevo y ostento una sombrilla guarnecida de cisne ó de encaje; á costa de un crecido sueldo semanal, Mlle. Isolina, una de las modistas de más boga en París, me trae todas las novedades antes que á nadie, y en esta semana ha hallado el medio de detener dos cajones que llegaban de París para la Princesa, y que contenían cosas que ella creía que yo no podría poseer jamás, y que ya he lucido antes de que ella las reciba.

Germán no repara en nada de esto: caza, juega, se pasea, lee periódicos y escribe á mi hermano interminables cartas.

Conmigo está galante, pero frío y reservado: parece como que ha hallado en mí otra cosa de lo que esperaba, y á veces creo que se halla en la disposición de ánimo de un hombre que ha hecho una mala especulación.

Sin embargo, está enamorado de mí; no miente su mirada, ni la dulce expresión que muchas veces toma su semblante. Las mujeres no nos engañamos nunca respecto de ciertas cosas.

Ayer ha llegado una extranjera bella, y tan joven que parece una niña; por la noche estuvo ya en el salón de damas del Casino; se sentó con

un libro en una otomana, y después tocó en el piano una preciosa pieza de Bellini; eran ya las doce cuando Germán me llamó desde la puerta para retirarnos; yo trabajaba en una labor de tapicería, esperando á que él volviese de jugar al billar.

Precisamente cuando él apareció en la puerta, miraba yo á la linda extranjera, y la ví ponerse pálida y casi en el mismo momento muy encarnada; seguí la dirección de su mirada, y observé que la tenía fija en mi marido.

Éste se alteró, aunque levemente; la saludó con la vista y sin hacer movimiento alguno perceptible, y me dijo en seguida con voz perfectamente tranquila:

—¿Vamos, querida Eufemia?

—Vamos, le respondí, apoyándome en su brazo.

Así que llegamos al terrado que precede á la entrada del Casino, le pregunté impetuosamente:

—¿Quién es esa mujer?

—¿Qué mujer? repuso sonriendo; había muchas en el salón.

—La que estaba sentada delante del piano.

—No sé, repuso; creo que la he conocido en París; á lo ménos estoy seguro de que es francesa, pero ignoro cómo se llama.

—¡Yo lo sabré mañana! exclamé.

—¿Y para qué?

—¡Ella te conoce!

—No lo dudo.

Calló, y yo también; pero desde anoche parece

que una mano de hierro me oprime el corazón. Repito que estoy cierta de que Germán me ama; pero ¿quién es esa mujer? ¡Ella y mi marido se conocen! ¡Se aman tal vez! ¡Acaso se habrán dado cita aquí! ¡Oh madre mia! ¡Dime que estoy loca! ¡Lo necesito, y no creí que me hicieran falta tan pronto tus consuelos y tus reflexiones!

EUFEMIA.

II

El Conde de Maceda á la Canonesa.

Baden, Julio de 186...

Inolvidable madre mía: el cielo de la vieja Alemania cobija tu santo asilo y esta residencia del placer, donde tu hijo se aburre de muerte.

Veinte días hace que me he casado, y ya me parece que han pasado algunos años desde que perdí mi libertad de soltero.

Tú, que á la susceptibilidad amorosa de la más tierna de las madres reunes la delicadeza cristiana de la religiosa, te admirarás ahora de que te escriba así, y de que te asegure que en este enlace que tú deseabas para mí, y que yo también deseaba, sólo hallé augurios de desdicha á los pocos días de haberse verificado; pero yo, madre mía, no era lo que parecía á tus ojos; yo he tenido

la piadosa hipocresía de engañaros, á tí, á mi padre y á mis hermanas, y era un libertino gastado y hastiado del mundo y de las mujeres que se llaman *á la moda*, y que para mí no tenían ya ningún atractivo.

Fácil te será conocer, madre mía, que cuando así descubro ante tus ojos mi corazón, deberé ser muy desgraciado y deberé estar muy sin esperanza de felicidad en la tierra.

Así es, en efecto, y me asusto del abismo en que he venido á caer, y en el que me he precipitado cegado por mi propia experiencia.

Sí, madre mía; yo elegí á Eufemia porque me parecía la más modesta y la más grave de todas las mujeres, y ahora me encuentro con que es la más vana, la más pueril, la más superficial de todas.

La elegí porque anhelaba salvar los restos de mi fortuna y no llegar á la miseria que me amenazaba en mi vida de soltero; y conociendo la sencillez de sus gustos y su aversión á toda coquetería, pensé que sabría llevar nuestro interior con la decente economía que corrresponde á nuestra clase y sin locos gastos; pero ¡ay de mí! veo que no bastarían los tesoros de Creso para satisfacer todos los caprichos de mi mujer.

La elegí para tener una compañera fiel y adicta, una amiga tierna, un corazón donde el mío pudiera descansar, y me he encontrado con una joven ociosa, displicente, inútil para compartir una alegría como para dividir un pesar.

Una de sus locuras en este sitio, á donde vinimos por su gusto y no por el mío, es el empeño de competir con una Princesa rusa de la más alta distinción y de una fortuna colosal.

El lujo de Eufemia supera en mucho al de esta gran señora, que desciende por su madre de la rama gran ducal de Rusia, y cuya renta asciende á muchos millones.

De esta competencia que parece frívola á primera vista, saca mi experiencia deducciones muy fatales, y ve en ella un fondo negro que puede empaparse con torrentes de lágrimas muy amargas.

El Príncipe, marido de esa gran señora, rival de mi mujer en cachemiras y encajes, se ha prendado extraordinariamente de Eufemia y la sigue por todas partes.

La Princesa, que es coqueta y mujer á la vez del gran mundo y de notable talento, lo ha conocido, y se divierte en arruinarnos, precipitando á Eufemia cada vez en mayores gastos, pues lo que para ella no es nada, abre en nuestra ya modesta fortuna una brecha considerable.

No será extraño que yo mate al Príncipe el día que deje de ser hombre de mundo para ser marido de una mujer á quien se persigue.

Por lo demás, no son los triunfos de Eufemia tan generales ni tan brillantes como ella cree.

Su competencia con la Princesa la ha puesto en ridículo: en todas partes el talento es sensato, y la vanidad excita la maledicencia: mi mujer,

además, no tiene las cualidades que se necesitan para hacer en el mundo un brillante y, sobre todo, un sostenido papel; es violenta, desigual, no sabe dominarse, y en la sociedad, lo mismo que en el interior de la familia, la calma es la fuerza, y toda dominación estriba en la sangre fría y en la tranquilidad.

No tengo yo paciencia para educar á esta niña rebelde, ávida de sensaciones, de amor y de los goces que se deben á la vanidad y al dinero: no la tendría ella tampoco para dejarse educar de mí, porque Eufemia se halla persuadida de que el matrimonio es la libertad; de que el amor es el constante coloquio y la perpetua contemplación de dos séres, y de que á la mujer se la debe adorar de rodillas.

Yo conozco que á otro marido le sería fácil educarla; yo no quiero, ni podría; era menester que yo me hubiera casado enamorado, y no ha sido así, ni tengo dotes de preceptor; me casé para que me educaran á mí, para que me salvaran de mí mismo, para ser bueno con el contacto de una naturaleza superior, pura y virginal; y al lado de esta mujer frívola, exigente, ligera y voluble, no sé cuál será mi suerte.

Pienso, además, que Eufemia va á caer en la manía de ser celosa: ha llegado á Baden una bella joven á quien yo traté en París hace dos años, y que perfectamente educada en San Dionisio, como hija de un oficial benemérito, se lanzó después, por

una cadena de circunstancias tristes, á la vida alegre y galante.

Magdalena, que así se llama, ha guardado siempre cierto decoro en medio de su posición: le hubiera sido fácil casarse; pero no habiendo hallado lo que deseaba, ha preferido conservar la libertad con todos sus encantos: huérfana, sola y dueña de una renta regular, no necesita de nadie cuando llegue á la vejez, aun muy lejana para ella, pues sólo cuenta veintidós años.

Esta joven ha llegado á Baden, y no lo supe hasta que al acercarme á la puerta del salón de señoras, en el Casino, para llamar á Eufemia, la vi sentada al piano, donde acababa de tocar una sonata; por respeto á mi mujer, no la saludé más que con los ojos, pero ella se inmutó; la mirada de águila de Eufemia nos observaba y le hizo comprender la situación; me preguntó al salir, quién era aquella mujer, y yo le respondí que lo ignoraba, con el objeto de evitarle un mal rato; no obstante, ha ofrecido informarse por sí misma, y no dudo que lo hará, y que acaso dará algún escándalo con sus imprudencias.

Si lo hace, llevará un público escarmiento.

Magdalena es un ángel; acaso me amó cuando yo corría de desorden en desorden; pero es demasiado orgullosa, y no me lo dejó conocer, porque yo jamás quise ser su amigo.

Cuando salí de París, sostuve con ella una activa correspondencia, y mandé hacer para sus

cartas un cofrecito de plata en forma de libro y de gran precio.

Aquellas límpidas, tiernas y serenas cartas no dejaron traslucir jamás á la cortesana, sino á la mujer noble por su inteligencia, digna por el poder de su voluntad: si ella hubiera sabido que yo estaba casado y que me hallaba aquí, estoy cierto de que no hubiera venido.

Ya ves, madre mía, los gérmenes de desgracia que aparecen en mi matrimonio: mi mujer admite y alienta las galanterías de un hombre esposo de otra, y yo he hallado en mi camino la dulce y encantadora amiga que me ha consolado otras veces de tantas penas y de tantas decepciones.

El mundo me envuelve de nuevo en sus lazos impalpables, y me estrecha en ellos con una fuerza fatal, que sólo el sagrado cariño de la esposa podía contrarrestar.

Tú, tan buena y tan piadosa, ora al pié de los altares por tu hijo

GERMÁN.

III

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Julio de 186...

¿Qué es lo que veo en tu carta, mi querida y pobre hija? ¡Tú en lucha ya con tu marido! ¡tú celosa! ¡tú dominada por mil sentimientos amargos, por esos sentimientos que, como lava, abrasan todos los buenos instintos de la mujer! ¡tú sosteniendo una rivalidad tan ridícula como feroz, con otra mujer á la que supones desgraciada! ¡tú reconociéndote galanteada y perseguida por un hombre casado!

¿Dónde te has ido, pura y casta niña, modelo de todas las virtudes fáciles y sencillas? No, la que me escribe así, no es mi Eufemia; no, la mujer celosa, arrebatada, soberbia, empeñada en locos gastos, no es mi hija, no es la que yo eduqué, la que era mi más bella esperanza, pues creía que ofrecería el ejemplo de todas las virtudes de madre, de esposa y de cristiana!

Pero ¡ah, sí! al volver á leer tu carta fatal, mi corazón palpita dolorosamente, y por culpable que seas, el hálito del tuyo llega al de tu madre como una corriente eléctrica! ¡Sí, tú eres mi hija! no te reconozco porque te parezcas á la que antes tenía, sino porque te amo; á la manera que te reconoce-

ría aunque fueras desfigurada por una lepra horrible, te veo y te llamo á través de tu lepra moral, más terrible y más incurable que la del cuerpo.

Huye de Baden; véte á Madrid; entra en tu casa y ocúpate de tus deberes más que de las locas vanidades del mundo, que sólo dejan detrás el vacío, el hastío, y quizá el remordimiento, cuando se toman como única ocupación.

Voy á decirte la verdad, por dura que te sea. Cuando se forma en el seno de la mujer un mal peligroso, pero que la ciencia ha hecho curable, hay que desgarrar aquel seno para extirpar hasta las raíces de la dolencia fatal; hagamos lo mismo con tu dolencia, y ten valor para soportar el escalpelo que ha de quitarte el veneno de muchas ilusiones peligrosas.

Tu marido se casó amándote, pero de una manera que tú no comprendes; se casó porque le pareció que tú eras una mujer sencilla y digna, y no una niña aturdida y loca: cansado de frivolidades, buscó la paz de la familia, el sosiego de su hogar y la reposición de su fortuna; no se casó para hacerte brillar, sino para dejar de brillar él; no se casó para educarte, sino para ser educado por tí; no se casó por entusiasmo, sino por convencimiento, por comodidad, casi por cálculo.

Puedes considerar que, si hubieras tú tenido otras condiciones, no te hubiera yo aconsejado semejante boda; pero te creí á propósito para una

vida retirada y apacible, pues así habías querido llevarla siempre; además, te reconocía talento para reflexionar el día que lo necesitaras, y reconocí en tu marido bastante mundo para disimular algún tanto lo gastado de su corazón.

Juzga, pues, de mi doloroso desengaño; juzga del de tu marido, y si no tiemblas por el que me has dado, tiembla por el que Germán ha sufrido.

El amor de una madre es inagotable, como el de Dios; el de Germán, dadas las condiciones de que te he hablado, puede ser muy quebradizo.

Llora al leer esto, sufre; apenas hay felicidad sólida que no salga del centro mismo de las lágrimas; después de agotado el llanto del corazón herido, la razón adquirirá su imperio y te ofrecerá apoyo seguro.

Feliz aquel que dice al despertar: «Yo quiero ser hoy mejor que ayer.»

Dios, hija mía, es tan bueno, que hace de la dicha un deber, enseñándonos que sólo podemos ser dichosos por la virtud.

Tu primera obligación es amar única y exclusivamente á tu marido, respetarle y considerarle tal como es, y procurar que, aunque tu juicio le culpe, tu corazón le defienda constantemente; la dicha más grande de la mujer casada consiste en considerar el hombre que le dió su corazón y su mano, sobre todos los hombres del mundo; y para esto, debe juzgarle siempre con indulgencia y

dispensar todos sus defectos, huyendo hasta de ver las galanterías de los demás.

Considera á Germán como un enfermo moral que necesita de tí, y no te complazcas en envenenar las heridas que le atormentan, pues serías más cruel que todos los extraños que se las han inferido.

Conozco á la Princesa Catalina de Kestrell, la he tratado, y jamás una niña inocente y bien educada ha ido al altar con más ilusiones que ella, ni las ha perdido más pronto.

Su marido, que la aventajaba bastante en edad, se parecía al tuyo; pero lo que en Germán son heridas, era en él cáncer incurable y espantoso.

¡Ese es el hombre que te galantea; ésa es la mujer con quien rivalizas!

Catalina, ofendida por las asiduidades de su marido contigo, te ataca por la vanidad, pero jamás te atacará por el corazón: tú la atacas y hieres por ambas cosas á la vez.

Si yo no conociera á la Princesa, te diría:—Ten cuidado con Germán, porque esa mujer es irresistible.—Pero nada tienes que temer; la Princesa es también una noble criatura, y no ha provocado ni ha admitido jamás una sombra de galantería.

Con pié firme entró en la senda del deber, y con pié firme marcha por ella, aunque esté erizada de espinas; imítala, Eufemia: el que cumple con sus deberes, aunque éstos exijan algún sacri-

ficio, halla en sí mismo su recompensa. ¿No has probado siempre una satisfacción intensa al practicar una buena acción? Pues esto te da á conocer que está en nuestra mano el ser dichosos, y que, si no lo conseguimos, la culpa es nuestra.

Créeme, hija mía: ni los goces de la vanidad, ni los de la riqueza, ni las grandezas humanas, constituyen la felicidad; los elementos de la dicha son una buena conciencia, la honradez en los proyectos y la rectitud en las acciones.

¿Por qué estás celosa de esa extranjera, de esa joven que ha aparecido en Baden y que conoce á tu marido? Los celos rebajan la dignidad de la mujer, y mucho más cuando son injustos; deja á tu marido una libertad razonable, y ten fe en el respeto y cariño que te debe: cuida de hacerle dichoso, y, si lo es, no temas que deje la calma por las tempestades; la ventaja de los hombres que el mundo ha gastado, consiste en que desean ante todo la paz; dale tú esa paz que necesita, pero no la paz monótona y desabrida de una mujer sin inteligencia y sin deseos; no, hija mía; así como condeno la tempestad que empieza á desencadenar tus pasiones, tampoco puedes convertirte de repente en maniquí; sé igual, razonable, digna, suave, noble en todo; si Germán se irrita, opón, no miedo, sino calma y moderación; si te ofende, recuerda lo que te escribía yo antes de casarte: «La venganza más delicada es el perdón.»

Un hombre que tiene mucha cabeza y cuyo

corazón está gastado, ofende repetidas veces á una mujer vehemente como tú: esa será tu cruz; llévala con valor, que Dios estará por tí y contigo.

Sé su amiga, y no esperes de él ni demasiada generosidad, ni grandes sacrificios; el heroísmo, la abnegación, no son propios de las naturalezas varoniles, y sólo los poseen los hombres muy superiores. El saber y poder practicar las virtudes sublimes, es una de las glorias de la mujer, y es también una de las superioridades que ésta tiene sobre el hombre.

Véte al instante á Madrid, y, así que llegues, comunícame el estado de tu espíritu; en una sola carta no puedo corregirte y curarte; ante todo, reza, hija mía, reza; tu espíritu agitado necesita el bálsamo de la oración. Dios ha dicho: *Llamad y os abriré*. Llámale, y Dios irá en tu ayuda, como lo espera tu madre

ANA.

IV

Cintia á Modesta.

Castillo de Valflores, Julio de 186...

Yo no sé por qué, mi querida Modesta, mi corazón se lanza hácia el tuyo y busca en él reposo y expansión: la Marquesa, mi madre, no puede ser más buena para mí; mi esposo me considera

y me estima, y, sin embargo, á ninguno de los dos puedo pedir consejo acerca del plan de conducta que debo trazarme, porque los dos me inspiran demasiado respeto y temo rebajarme á sus ojos.

Ya sabes, Modesta mía, la tierna simpatía que desde nuestra primera entrevista me ha arrastrado hacia tí; te pareces á mi madre, á quien conocí bella y joven todavía; tu aspecto dulce y grave, á la par que sencillo, me atrajo hacia tí, y bien pronto te amé y te pedí tu amistad.

Es para mí un inefable consuelo el que habites en las cercanías de este gran castillo, en el que todo me parecía triste y vacio hasta que ví á Pablo.

¡Ay Modesta! yo venía de Italia, donde hasta en el ambiente se respira amor y poesía. Mi adorada madre era todo ternura para mí, y hasta que lanzó el último suspiro, cada una de sus miradas envolvía una caricia y era, para mi alma, como el lazo de la suya. Cuando la perdí y me hallé sola material y moralmente en toda la tierra, me anonadé. Yo quería en las primeras horas de mi dolor dejarme morir; después reflexioné que era cristiana, y que la vida es de Dios que nos la da; pedí valor á ese mismo Dios, padre del que no le tiene, y me lo dió para venir sola á pedir á la Marquesa el amparo que me había encargado mi madre que le demandase.

Aquí ví á Pablo, y le amé: es el primer hom-

bre de su edad que he conocido; el primero á quien he amado, y el último á quien amaré; pero Pablo, que antes era grave, se ha convertido en triste: ¡cualquiera diría que está velada su alma por una sombra negra! Conmigo está atento, galante, y más amable de lo que puede estar hombre alguno; ¡pero yo no sé lo que hay detrás de esa cortesía que me hiela! Mi corazón, que me es muy fiel, aunque mi ignorancia del mundo sea grande, me dice que Pablo no me ama, y que alguna cosa formidable se levanta entre él y yo.

Dime tú, Modesta, que te ves tan verdaderamente amada de tu marido, lo que debo yo hacer para conquistar el afecto del mío; no te habla ahora la Marquesa de Uclés; no es la gran señora, la rica heredera, la que te pide consuelo y afecto; es simplemente Cintia, la desgraciada huérfana, la niña ignorante, que está asustada y aturdida delante de su marido, siempre sombrío y concentrado; díme, amiga mía, cómo traeré yo á mi hogar la franca y alegre cordialidad que reina en el tuyo; díme de qué modo animaré estas suntuosas habitaciones, donde rivalizan el terciopelo y el oro, como lo están tu modesta sala, vestida de persa florida, y tu gabinete, tapizado de guinga rosa; mi gran cámara nupcial, que no desdeñaría una reina, está helada y triste; no hallo ningún reposo en mi esculpido lecho; ni el ángel del fervor cristiano cubre con sus alas al rico reclinatorio de marfil, coronado por un enorme Crucifijo de plata,

donde cada noche elevo dolorida al cielo plegarias que riegan lágrimas de desconsuelo.

Las comidas son silenciosas y tristes; la Marquesa, nuestra buena madre, está muy abatida, y cada vez que recibe carta de su nieta, caen algunas lágrimas de sus ojos, de esos ojos que la ancianidad no ha podido empañar, pero que el dolor cubre de sombras mortales; ante la probable desventura de Eufemia, ¿qué soy yo para la Marquesa? No debo quejarme ni extrañarlo, aunque se fije poco en mí.

Eufemia apenas me escribe, y sólo nos ha avisado su llegada á Madrid de un modo muy lacónico; Pablo es el que recibe cartas de su marido, de tres y cuatro pliegos, que contesta al instante.

Yo no he conocido casada á mi buena madre, y aunque sé que hizo dichoso á su marido, mi padre no existía ya cuando empezó á despuntar mi razón; mi madre vivía en el retiro, como conviene á una mujer viuda que ya no es joven, madre de cuatro hijos, y sola para el cuidado de su fortuna; este mismo aislamiento casi completo, al que se había condenado, me impidió también conocer á sus amigas casadas, pues trataba á muy pocas señoras, siendo con la Marquesa de Valflores, que se hallaba siempre ausente, con la que tenía mayor intimidad.

Así, pues, yo no he conocido de cerca el matrimonio, y estoy en la más completa ignorancia de lo que hacen otras mujeres; por eso me dirijo

á ti, Modesta, como á una tierna y cariñosa amiga, á quien amo con todo mi corazón, y de quien deseo ser amada del mismo modo; tú has vivido, hasta hace poco tiempo, con tu hermana Teresa, que es una de las más bellas y simpáticas mujeres que he conocido; ella ama á su esposo después de muchos años de matrimonio, porque no probaba una impresión dulce ó triste sin que el nombre de Esteban saliese de sus labios; ¿cómo ha hecho tu hermana, mi querida Modesta, para conservar, después de tan dilatado tiempo, sereno y límpido el lago azul del matrimonio? Tú debes imitarla, y ella, con sus consejos, te dirigirá por el mismo camino que sigue, y que estoy cierta hallará sembrado de flores hasta el borde del sepulcro.

Pablo no es feliz, lo sé, lo siento en mi corazón; y si yo, en vez de venir á hacerle la vida dichosa, se la he amargado más que la tenía, le he hecho un triste presente con mi mano y con mi amor.

Mi corazón y mi orgullo, heridos á la vez, se han dirigido á mi madre, muerta ya y moradora feliz de esos otros mundos desconocidos. Pero ¡ay! este desahogo de mi corazón no alcanza á tranquilizarme, porque sus labios no pueden responderme. ¡En vano interrogo á esa dulce y hermosa imagen, que vive y vivirá eternamente en mi memoria! ¡Nada puede responderme, á no ser enviándome una buena inspiración!

Acaso lo es, y se la deba á mi adorada madre, la idea de escribirte y de pedirte consejo.

Cuando paso en mi soberbio carruaje blasonado por delante de tu humilde casita, mis ojos se llenan de lágrimas, y cambiaría gozosa mi suerte por la tuya, pensando que aun me harías un supremo favor en aceptar; esa vivienda reducida, pero que encierra todo lo necesario á la modesta decencia de la vida; ese fresco asilo que se destaca blanco al pie de la colina, con sus persianas verdes y su puerta entoldada de parras y madreselvas, tiene para mí un atractivo irresistible: ayer pasé con Pablo, qne dormitaba en el fondo del carruaje, y te ví bordando al lado de la ventana; llevabas un traje muy sencillo de percal listado de blanco y rosa, y una rosa blanca entre tus hermosos cabellos: ¡qué linda me pareciste! ¡y cómo hubiera cambiado mi corona de Marquesa por aquella sencilla flor, que acaso había cortado para ti la cariñosa mano de tu marido!

Voy á enviarte esta carta con un criado: vén á verme mañana, para contestarla de palabra, y entretanto recibe un tierno abrazo de tu amiga

CINTIA.

V

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Agosto de 186...

Veo por tu última que el hastío va ganando terreno en tí, y que acabarás como mi padre, á no ser que esa hermosa y rubia Magdalena no acceda á dejar á Baden para ir á consolarte á Madrid.

Hé aquí la vida; ó á lo menos, hé aquí la vida para nosotros, hombres ricos y ociosos, plaga de nuestro siglo· ¿merece acaso la pena de conservarla? Por cierto que no, y que, á no ser porque el quitársela me parece la acción de un cobarde, ya hubiera puesto la mía á la boca de una pistola.

¿Qué enemigo de mi sosiego me podía haber aconsejado casarme con esta mujer, compendio fatal de ignorancia, de estupidez, de frialdad y de empalagosa sumisión? Pero yo no sé para qué te lo pregunto, cuando estoy convencido de que ese enemigo soy yo mismo, y que sólo mi imaginación podía llegar á precipitarme así en el abismo de la desesperación.

Imagínate una niña delgada como una paja, y que se va ya poniendo amarilla; que se asusta, llora cuando llamo á la puerta si estoy fuera, y que sólo anhela que diga una palabra para darme la razón, con la precisión ridicula de un maniquí que

obedece al juego de un resorte. ¿Me río yo? Se ríe ella, como si fuera mi espejo. ¿Se unen mis cejas más de lo acostumbrado? Ya está temblando como una azogada. ¿Salgo á pasearme por el bosque en las altas horas de la noche? Me espera en el balcón hasta que me ve volver, y entonces se mete corriendo en la cama y se hace la dormida para que yo no la riña.

¡Qué agradable vida para tu amigo al lado de este sér desgraciado, que ha nacido para víctima, y que, por consiguiente, me convierte á mí en tirano! El mundo se divide en *tipos* y *entes*: no conozco otro ente tan ente como mi mujer.

No podría ni sabría negar que es bondadosa; tampoco niego que sea dulce el regaliz ó las algarrobas que comen mis caballos: piensa y deduce de esto lo que su eterna dulzura será para mi paladar moral.

El que ha dicho que para mujer propia es mejor la más tonta, no merece que se le llame hombre: yo no quiero á la mujer superior á mí, porque concibo que, con ser mi igual, no puede ser más grande: mi soberbia la alcanza á ella: y en vez de ver en Cintia esa perpetua adoración incolora y fría, quisiera hallarla para mí con la tranquila calma de la igualdad, animada por la llama vivificadora del sentimiento.

Mi mujer toca el piano... hasta el punto de ejecutar en él dos rigodones, dos polkas y una habanera: dibuja... hasta el extremo de haber eje-

cutado cuatro ó cinco cabezas que tienen debajo esta dedicatoria, con letra redondita:

A mi querida mamá en sus días.

Habla francés... de tal modo, que no sabe decir dos palabras seguidas sin soltar tres desatinos.

Estas son sus habilidades, y además tiene la de bordar. ¡Oh! el bordado es su vanidad, y hay que confesarlo, todo su talento se refleja en esa obra mecánica.

Si aun me tienes por poeta, por artista, por hombre á la vez de pensamiento y de acción, díme lo que piensas acerca de mi suerte, unido á este autómata.

Mi propia generosidad me engañó: se enamoró de mí; me lo dió á entender, y yo, que buscaba todo lo que es puro y noble, me dejé seducir por mis locas esperanzas de algo desconocido que persigo y que no puedo encontrar: verdaderamente que la pureza y la inocencia de Cintia son inmaculadas: también hay patos muy blancos, tan blancos como los cisnes, á los que se parecen un poco.

Si mi mujer tuviese algún talento que me hiciera sentir, aun sería dichoso: si hiciera buenos versos, si pintase buenos cuadros, si cantase con gusto y sentimiento, mi vida no estaría vacía; pero todo en ella es común, incoloro, frío, lento y monótono; preferiría tener en ella una niña vehemente, apasionada, loca, irreflexiva, que llorase y can-

tase en el mismo día; pero aquí no hay nada que refrenar, nada que corregir, nada que modelar, nada de que reir, nada que admirar, nada que culpar: á mi mujer le gustarán sin duda los volatines y los fuegos artificiales más que un drama de Feuillet y más que una sonata de Bellini: es seguro que prefiere la zarzuela á la ópera, un sainete á una buena comedia, y una novela de Paul de Kock á una de Jorge Sand: es el yeso, y yo deseaba la lava, ó, á lo menos, el marfil.

En fin, Germán querido, he ido á dar con la mujer *molusco*, cuando es el género para mí más despreciable de la creación: prefiero á la cortesana, á la criminal, y si existiese, á la misma terrible envenenadora, la Marquesa de Brinvilliers. ¿Cómo defender á una mujer que á nada se expone? ¿Cómo consolar á quien no siente? ¿Cómo buscar lo que se nos da con un exceso que empalaga? Semejante compañía es lo que produce inevitablemente esa funesta enfermedad que tú y yo hemos designado con el nombre de *enfriamiento del alma*.

Tales mujeres son *cosas* y no criaturas que sienten: toda ambición, toda aspiración de gloria morirá en mí con el contacto de esta criatura de hielo: todo lo grande espira ahogado bajo su fría mirada, que nada expresa.

Clotilde está aquí: la he visto pasear á caballo, seguida de un lacayo; no obstante, la linda novia de la fábrica de azúcar me cautiva más que ella: esta Modesta posee la gracia suprema de Clotilde,

y además el encanto incomparable de la mujer honrada: en su lindo rostro se unen la apacible expresión de la conciencia tranquila y la del talento, que, como una luz interior, ilumina todas sus facciones. ¡Qué mirada tienen los azules ojos de Modesta! ¡Qué armonía hay en los contornos de su frente, de su boca, de sus mejillas, que, sin embargo, distan tanto de la perfección!

Cuando por las noches me lleva mi paseo—acaso sin saberlo yo—debajo de sus ventanas, mi corazón se agita dentro de mi pecho al oir las dulces carcajadas que, sin duda escuchando á su marido, caen de su boca, como caen los granos de un roto collar de perlas en un plato de cristal!

Rubio es el cabello de mi mujer, y también es rubio el de Modesta; pero ambos se parecen como el *doublé* se parece al oro: azules son los ojos de Cintia, y del mismo color los de Modesta; pero del mismo modo que es azul la porcelana y la flor aterciopelada de la hierba-doncella. ¡Qué juventud, qué frescura, qué natural encanto rebosan en esta pobre y sencilla muchacha! El alma palpita bajo la rosada epidermis de su rostro de ángel, en las líneas puras de su frente, en el dulce contorno de sus labios, en su voz, en su risa y hasta en la punta de sus diminutos dedos. Todo es alma en ella, y de su sér emana esa celeste atracción que se comunica como una cadena eléctrica, para atar con insensibles lazos á la vez mi corazón y mi pensamiento.

Clotilde puede irse ó quedarse: ya no es irresistible para mí; desde que Modesta pertenece á otro, me enamora más que antes: es la gracia de la virtud bajo la forma más interesante de la mujer.

PABLO.

VI

La Canonesa á la Marquesa.

Capítulo de Damas Nobles de Francfort, Agosto de 186...

Con todas tus famosas palabras, con todo tu *admirabte criterio*, como se le ha llamado desde que te conozco, no podrás convencerme de que la índole de tu nieta sea susceptible de un cambio saludable.

No te puedo culpar de ese casamiento, porque yo misma lo deseaba; bajo el punto de vista del nacimiento, de la fortuna y de la educación, pensé que Eufemia era la esposa que más convenía á mi hijo: temía, sí, á su carácter; pero creí que podrían cambiarle la fuerza del amor y las nobles aspiraciones que suponía en mi hijo.

Ahora me parece que el matrimonio efectuado es una desgracia irreparable; pienso que ni la cuna ni la riqueza pueden suplir las faltas de una naturaleza soberbia é independiente, y la educación de tu nieta, hoy que me es más conocida, no pue-

de engañar tampoco ninguno de mis tristes presentimientos; es vana, superficial, intolerante, y se ha lanzado al mundo desde que se ha casado.

Debo advertirte que, no hallando mi hijo en ella nada de lo que esperaba, no extrañaré que se busque distracciones de corazón, que todo hombre necesita, y que toda mujer necesita también: el alma hay que llenarla con algo; en la juventud, la ocupa el amor; en la edad madura, la ambición; en la ancianidad, la religión; el alma que puede estar desocupada vale muy poco.

Perdona la amargura de mis palabras á mi dolor de madre; mi hijo me escribe una carta terrible para mi corazón; mi hijo está próximo al suicidio; muerto está moralmente, cuando yo le creía aún lleno de ilusiones, y ya la vida del cuerpo le importa tan poco, que no tardará en quitársela también, cansado de llevarla como una carga pesada.

Escribe y aconseja á Eufemia, y quizás esa magia penetrante que siempre ha brotado de tu pluma, emanada de tu corazón, despierte en ella los sentimientos del deber, y ahogue esa soberbia y ese loco anhelo de brillar, tan opuestos á lo que debe desear una mujer casada. Yo fuí más rígida que tú para mis hijos, y los resultados de su educación han sido más satisfactorios; emplea la energía, la severidad una vez á lo menos, aunque te sea violento, si no por tu nieta, por mi hijo.

¡Ay de mí! Aquí, en este asilo donde he veni-

do á buscar la paz y la quietud, me ha sorprendido el más terrible de los dolores: mi pobre hijo nos ha engañado á todos; él mismo se confiesa *un libertino*, y yo le tenía por el modelo de todas las virtudes; sólo tu nieto, sólo Pablo, su íntimo amigo é inseparable compañero, sabía acaso lo que ignorábamos todos. ¿Por qué callarlo? ¿Por qué no hablar con franqueza, y tal vez hubiera evitado la desdicha de su hermana?

Pero no: él no te ocultó á ti el cáncer mortal que devoraba ya la vida de mi hijo, porque él nada te oculta; y tú, ¿por qué me lo callaste? ¿Por qué engañarme todos? Acaso para conquistar una corona de Condesa que ciñese la frente de tu nieta... acaso para asegurar la suerte de Eufemia.

Perdóname, te lo suplico otra vez; el dolor hace cometer muchas injusticias, ¡y yo sufro mucho!

Mi hijo no debía haberse casado, y jamás le hubiera yo dado mi aprobación para enlace alguno, á conocer el estado de su alma. ¿Qué mujer puede parecerle bien, ni cómo han de satisfacerle las negativas cualidades de Eufemia? No, no posee tu nieta la mano delicada y el exquisito tratamiento que necesitan esas heridas, y desgraciadamente ha visto muy de cerca otra mujer que posee todas las condiciones que á la suya le faltan.

¿Y sabes quién es esa mujer? Una cortesana; una loreta de París; una de esas mujeres que me hicieron sufrir mucho en mi juventud, y á las que

conozco á fondo; una criatura que reunirá sin duda á la astucia el amor propio, y que hará un empeño en apoderarse del ánimo de mi hijo y en arrebatárselo por completo á su esposa.

Si Germán hubiera conocido que Eufemia valía y que le amaba, no se hubiera fijado siquiera en esa mujer al volver á verla en Baden; pero así, desengañado ya de las últimas esperanzas que podía abrigar ¿qué hará? entregarse en los brazos del diablo, prosiguiendo con esa aventurera las relaciones que en otro tiempo tuvo; pasarse la vida en su casa, á su lado, oyéndola cantar como un ruiseñor, tocar el piano, leer con énfasis declamatorio algunos versos, y viéndola siempre coquetamente vestida y peinada.

Tú, mi pobre Ana, mujer vulgar y casera, no sabes lo que son esas malas mujeres; ellas unen á la depravación más profunda las apariencias más amables y más seductoras y las formas más exquisitas; por eso son irresistibles para los hombres que, como mi hijo, están cansados de todo.

Hoy mismo, ó mañana á más tardar, escribiré á mi hijo, diciéndole que se halla entre las garras de Lucifer, y que si ya está en Madrid, como presumo, no escriba siquiera á esa cortesana, ni piense en ella, bajo la pena de mi maldición.

Esto es todo lo que puedo hacer por él y por Eufemia; haz tú por tu parte lo que puedas, y, si es preciso, sal de ese castillo encantado donde parece te has empeñado en vivir, y véte al lado

de tu nieta, para reprimir su conducta, que es la de una loca.

Te advierto que lo primero que debes hacer es arrojar á la calle á su tía, que es la que tiene la culpa de todos los desaciertos de Eufemia; ella ha dirigido sus compras, le ha dado consejos acerca del modo de poner la casa, lo ha arreglado todo como contando con bolsillo ajeno, y le ha dicho que la vida de la mujer casada está reducida á los locos goces de la vanidad, y á dar guerra á su marido hasta que se aburra.

No poca culpa tienes tú de lo que sucede, por haber hecho que Eufemia admitiera á su lado á semejante mujer.

Tu nieta no la quería, ya lo sabes, y tú te empeñaste en que, porque era hermana de su madre, la había de recibir y había de vivir con ella.

La Baronesa ha cambiado á su sobrina; ¡pero de qué modo! ¡Ojalá hubiera permanecido como estaba!

Adiós: voy á rezar para que Dios cambie la suerte de mi desgraciado hijo: si la Marquesita hace tan feliz á tu nieto como tu nieta á mi hijo, debes ser aun más desgraciada que yo, pues ambas bodas son obra tuya.

GERTRUDIS.

VII

Modesta á Cintia.

Valflores, Agosto de 186...

Demasiada presunción es, señora Marquesa, aceptar de la bondad de V. el honroso encargo de aconsejarla: yo no soy más que su humilde servidora: en el cielo hay jerarquías, y pienso que Dios ha dispuesto que en la tierra las haya también; así, pues, la ilustre y opulenta Marquesa de Uclés está colocada en la escala social muchas gradas más alta que la sencilla Modesta Pineda, hija de un criado de la familia de su esposo de V., y hoy esposa feliz de un honrado industrial.

No obstante, hay un lazo encantador que puede unirnos: el mutuo afecto, la recíproca estimación; el corazón no conoce jerarquias, y la bondad, donde quiera que se halle, le cautiva; yo creo (y lo creo firmemente) que es V. tan buena, tan sensible, tan generosa, que no temo rebajarme á sus ojos aceptando, acaso, como ya he dicho, con demasiada presunción, el honroso título de su mejor y más adicta amiga.

Yo no puedo ir á ver á V., como se sirve encargarme: el cuidado de mi casa me retiene en ella, y además, no debo permitirme visitar á usted, aun cuando me haga la merced de manifes-

tarme que así lo desea; en cambio, le escribiré, y la pluma será nuestra intermediaria fiel y discreta, salvo las veces que V. quiera honrar con su presencia esta humilde morada, siempre pronta á recíbirla.

Permítame V. que empiece diciéndole que lo que más me desconsuela en su carta no es el tono de tristeza y desaliento que brota de cada período, de cada frase; no es el temor que yo misma concibo con su lectura acerca del porvenir de V.; es que en toda ella no veo estampado por la pluma de V., ni una vez siquiera, el augusto nombre de Dios ó el de su Santa Madre, protectora de nuestro débil sexo.

¡Ah señora Marquesa! ¿Quién ha pensado jamás que haya felicidad sin fe ciega, humilde y profunda? ¿Quién espera la paz y la dicha de las grandezas mundanas y de los accidentes de la vida? Muchos habrá; pero ésos edifican sus esperanzas de ventura con tan sólida base como lo es la que los niños ponen á sus castillos de naipes, que un soplo echa al suelo.

No, no, señora mía y muy amada amiga. ¡No hay dicha sin fe, ni se alcanza paz en este miserable suelo, á no ser poniendo nuestro destino en las soberanas manos de Dios! Y, cosa admirable, la religión cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad eterna, hace también nuestra dicha en esta vida.

Dios sólo es la fuente de la gloria y de la fe-

licidad, y nada haremos que valga sin Dios, por hermosos que sean nuestros razonamientos, por bellas que sean nuestras resoluciones.

Yo sé, señora Marquesa, que su madre de usted era inglesa y protestante; además, sus continuos dolores morales y el deplorable estado de su salud no le permitieron cuidar, como era necesario, de la parte más esencial de la educación de usted, de la parte religiosa; así sus ideas son generales, poco claras, inseguras é incompletas, y así también hay en su alma, que empieza á ser combatida por las tempestades del dolor, una angustiosa aspiración de dicha y un desaliento profundo de obtenerla.

Y bien, señora, yo que nada sé, que nada valgo, que nada he aprendido; yo, pobre muchacha oscura y casi campesina, yo puedo enseñar á V. la ciencia de tener nna paz interior tan profunda y serena como el agua del arroyo que corre al pie de la montaña: sí, porque la verdadera fe no es la superstición; ésta imprime en el alma el espanto y el terror; pero la verdadera fe la eleva, ennoblece el espíritu y purifica el corazón, consolándonos y alegrándonos á la vez.

Sí, señora Marquesa; la fe en Dios da la alegría y la paz interior; y los únicos séres del mundo verdadera y profundamente desgraciados son los que viven sin Dios, y, por lo mismo, sin ley, sin esperanza y sin consolación.

Para ser piadosa una mujer, necesita no ser

pusilánime; sin fuerza de alma no se posee ninguna virtud, ni se cumple ningún noble deber.

Empiece V., para ser dichosa, á creer humilde y ciegamente que es inmensa la misericordia de Dios y suprema su bondad; que nosotros tenemos, sí, el libre albedrío y la voluntad para obrar bien; pero que si alguna vez obramos mal, Él, tan grande, tan noble; Él, sumo amor, incomparable dulzura, eterna sabiduría, nos perdona con una sola lágrima de arrepentimiento verdadero, con un suspiro de dolor que le dirijamos del fondo del corazón.

Sí, la confianza en Dios es la irresistible fuerza para sobrellevar todas las penas de la vida; téngala V., señora Marquesa: es el único amor de la tierra que no engaña; crea V. firme y sencillamente en la inagotable bondad de ese padre, más tierno, más previsor que todos los padres juntos: creer en la Providencia es la recompensa de la virtud; el criminal sólo es el que sabe tener miedo.

«Venid á mí todos los que lleváis una carga superior á vuestras fuerzas, y yo os aliviaré; venid á mí los que lloráis, y seréis consolados.»

Estas son las palabras de nuestro dulce y clemente Redentor Jesús.

¿Qué penas pueden temerse después de leer en los libros santos estas divinas y consoladoras palabras? ¿Qué pueden los hombres, si ellas comunican al alma valor y fuerza para despreciar su maldad?

Obrar según nos aconseja la voz interior que se llama *conciencia*, poniendo toda nuestra confianza en Dios, es el mejor medio de alcanzar, si no la dicha completa, á lo menos la paz y la dulce resignación.

Veo, señora Marquesa, que no ha hallado lo que tenía derecho á esperar en el interior de su casa; pero esto sucede á casi todas las mujeres; el marido no es el amante; el amante es sumiso, enamorado, complaciente; el marido es el dueño, y sólo puede aspirarse á que sea á la vez el amigo leal, el compañero previsor; si es displicente, si está amargado por dolores, por deberes ó por otras causas que casi siempre nos son desconocidas, porque proceden de su vida anterior, nuestra trabajosa, pero noble misión, es sufrir, alegrar, sonreir, conllevar del mejor modo posible la situación interior de nuestra casa, para que no falten de ella la paz y la concordia.

Si, señora Marquesa; lo mismo la dama de alta calidad como V., que la mujer oscura y humilde como yo, tienen deberes que cumplir, ásperos y rudos como la mayor parte de los deberes, pero cuya recompensa está en su mismo cumplimiento.

En otra carta, y más despacio, diré á V. lo que esta humilde servidora suya hace en el modesto nido que abriga su vida conyugal; por hoy, sólo puedo ya asegurarle una cosa: que la señora Marquesa, su digna madre, la ama de todo corazón y es acreedora á la confianza de V., y aun me atre-

vo á repetirle que, poniéndose en las manos de Dios, adquirirá una tranquilidad, una paz y un bienestar interior que le darán la firmeza que necesita para estudiar á fondo sus deberes.

MODESTA.

VIII

El Conde á Pablo.

Madrid, Setiembre de 186...

Si tu esposa es la mujer molusco, género detestable é inadmisible para el matrimonio, la mía es la mujer áspera y dominante, de la cual tenemos tantas muestras en España, de la que hemos abominado á duo tú y yo, y habíamos jurado huir.

¡Triste cosa es que ni uno ni otro hayamos hallado *el justo medio*, tan difícil de encontrar, y que ambos hayamos caído en los dos extremos opuestos!

¿En qué consiste que todos los hombres que se nos parecen desean ese justo medio, en contraposición de lo que debía esperarse?

En que estamos ya muy cansados de los extremos; en que, demasiado dichosos con el sexo débil, hemos hallado más mujeres extremadas que prudentes, y más pasiones que virtudes.

Las esposas como la tuya nos sepultan bajo la losa helada del hastío.

Las que se parecen á la mía nos irritan los nervios, nos alteran la sangre, nos remueven la cólera. ¿Por qué nos casamos nosotros? Para cumplir aquella ley fatal de correr siempre tras un *más allá* que no alcanzamos nunca.

Tú á lo menos puedes prescindir de Cintia y hacer lo que quieras de tu vida; con tu hermana no es posible hacer otro tanto; cavilosa, exaltada, exigente y buena en el fondo, merece algo, y ese *algo* hay que dárselo; sin embargo, ese *algo* no puede en mí ser amor, como ella esperaba, como ella desea, porque está apasionada de mí.

¡Pobre niña! En tanto que ella se consume en inútiles afanes, yo me dejo llevar del fácil trato de Magdalena, que sigue aún en Baden, pero que me escribe largas y encantadoras cartas. Magdalena tiene la coquetería de la razón; con menos ilusiones que mi mujer, que las posee todas, conserva aquellas que hacen amable el trato y que avivan el cariño; no exige demasiado ni al amor, ni á la amistad, ni aun á la galantería; agradece lo que se le da, y esto consiste en que, reconociendo lo que vale por sí misma y estimándose muy alto, halla en sí misma también los recursos encantadores de su propio talento y de su acabada educación.

Sus cartas son más amenas que muchos libros que nos encantan; me habla en ellas de cuestiones

literarias, filosóficas y de alta moral, pues su espíritu, elevado y lleno de gracias, abarca todos los conocimientos del saber humano que están bien á la mujer, y todas las ideas agradables que caben en la inteligencia femenina más noble y más grande.

Ayer, cuando mi ayuda de cámara recibió cartas y me las entró, estaba yo en el cuarto de mi mujer; arrojó ella una mirada escudriñadora sobre la bandejilla de plata, y columbró en la parte más visible la carta de Magdalena.

—¡Qué linda letra! dijo con voz que procuraba hacer tranquila, pero que temblaba de emoción; nunca he visto otra tan bonita.

—Es... de una amiga... le dije yo algo confuso y sintiendo no poder dar de palos á mi ayuda de cámara, que en tal conflicto me ponía con su imprudencia.

—Ya me figuro que esa carta es de una dama, observó mi mujer, que ya se había repuesto algo de su emoción; ningún hombre podría escribir con esa delicada perfección.

—¿Quieres leerla? le dije presentándole la carta. Nada tiene de particular.

Eufemia alargó la mano, y la ví fruncir las cejas con un gesto de Júpiter Olímpico, pero casi al instante retiró aquélla; hizo un violento esfuerzo, y pudo sonreirse al responderme:

—No; tengo confianza en tí.

—¿De veras? le pregunté.

—Sí, por cierto; á no ser así, sería muy desgraciada; pero tampoco me quejaría.

—Yo te ruego que leas esa carta, le dije tomándole la mano; tus suposiciones pueden ir más lejos que la realidad; es de una amiga, y estoy seguro de que nada hallarás en ella que te pueda mortificar.

—No la leeré, repuso mi mujer, y te suplico que no insistas en ello.

Yo quedé triste y confuso; no reconocía á mi mujer; algún elemento poderoso hay que contiene los ímpetus de su carácter; acaso es la pluma de tu abuela.

Esta escena me contristó, y ya no pude responder ayer á Magdalena, ni acaso pueda contestarle hoy tampoco.

¡Oh! ¡es tan duro, es tan infame faltar á una mujer que pone toda su confianza en nosotros, pero que sospecha y que sufre!

La frente de Eufemia está cargada de nubes; no, no se puede prescindir de esta mujer como de la tuya, y yo quisiera mejor estar unido al yeso como tú, que al fuego como yo.

Mi vida en Madrid ha sido, desde que llegué, pálida é incolora; ahora ya empiezan á volver los ausentes, y la corte recobrará toda su animación y su bullicio.

Afortunadamente, Eufemia saldrá con vuestra tía la Baronesa, mujer que me es bastante antipática.

Bien mirado, si tu hermana limita un poco sus locos gastos, vale más que le dé por concurrir á fiestas y diversiones, que el que me obligue á estar con ella todo el día hecho un tórtolo.

Yo trabajaría de buena gana... ¿pero en qué? Nada sé hacer con perfección, y te aseguro que si hubiera de ganarme la vida, me vería muy perplejo y muy desesperado; sin embargo, mi ya modesta fortuna va disminuyendo cada día, y antes me pondría á pintar fachadas ó muestras para tiendas, que recurrir al dote de tu hermana, aunque es muy crecido.

No comprendo qué haces ahí, pero tampoco me atrevo á decirte que vengas; ¿á qué? yo mismo no sé qué hacerme; te repetiré lo que tú me has dicho en otras ocasiones: ¿por qué hemos nacido ricos?

Pensamientos bien extraños ocupan mi cabeza de hombre gastado por el vicio y la fortuna; creo que ocuparse es no perder el tiempo, pero que sólo *trabajar* es emplearlo útilmente. Creo que el trabajo es el padre de todas las virtudes, y la ociosidad la madre de todos los vicios.

Sí, Pablo; el trabajo, origen de tanta satisfacción, de tantos goces, único secreto para pasar rápidamente las horas, sacando de ellas un rico partido; el trabajo, que salva de tantos males, nos garantiza de tantos lazos y nos preserva de tantas faltas, no solamente es para el hombre un recurso y una defensa, sino también un deber positivo que le impone la naturaleza.

Creo que no habrá más que un reposo dulce: el que se compra por el trabajo.

Y bien, Pablo, ¿vamos á trabajar? Acabaremos nuestra inútil vida de una manera digna y honrosa. ¿Cómo huirémos de las penas domésticas que, como última hazaña, nos hemos buscado en nuestras bodas, por una vida de desorden? Ya no hay locura que no hayamos hecho y que nos pueda atraer por la novedad; sólo es nuevo para nosotros lo bueno, lo honrado; probemos: á la manera que un paladar estragado desea las viandas sanas y sencillas, así mi alma desea otro círculo, otras ideas, otro método de vida más grave y más noble.

Escríbeme, porque espero con ansia carta tuya.

GERMÁN.

IX

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, Setiembre de 186...

Parece, madre mía, que aquí estoy más tranquila, y que desde que no vivo en aquella atmósfera abrasadora de riqueza, de vanidad, de ociosidad y de caprichos, mi alma se siente mejor y más serena.

No son esos grandes círculos lo más propio para cabezas como la mía y para un corazón que,

como este tuyo que yo abrigo en mi pecho, está aún henchido de ilusiones; no: la estancia en Baden, en Dieppe, en Truoville, en Ems, en Enghien, en todos esos puntos, en fin, donde se agolpan todas las esplendideces y todos los faustos del mundo, donde todo se da al exterior y nada se deja para el alma, no es para las mujeres como tu pobre hija.

Quédense esas suntuosas temporadas de baños para las mujeres completa y profundamente desgraciadas, como la Princesa Catalina; yo no lo soy, ó, á lo menos, no quiero serlo; yo puedo aún conquistar el afecto de mi marido, y además tengo el tuyo, que, aun sin otro en la tierra, puede ya contarse como una felicidad suprema; yo soy joven y nada he visto ni conozco del mundo; ni ¿para qué quiero conocerlo? Más vale que me aplique á conocerme á mí misma, á conocer á mi marido, á conocer las necesidades de mi casa, único mundo que debo estudiar, y donde debo encerrar mis silenciosos triunfos.

Bien hiciste, madre mia, en arrancarme, con tu mandato sin apelación, de aquella magnífica pero vacía existencia; porque si no, ¿qué sería yo á estas horas? Una mujer á la moda tal vez; una mujer desgraciada, de seguro.

Germán, indiferente á todo, me siguió sin ninguna repugnancia; obedeciendo tu consejo, probé ya una grande, una inmensa satisfacción, porque pude persuadirme de que mi marido no amaba á

la extranjera que apareció en Baden, y cuya vista tan crueles recelos me inspiró.

Dos dias después del en que llegó, y del mismo en que yo la ví por la noche en el Casino, la hallé en el parque, donde me paseaba con mi doncella, á las seis de la mañana; todos los bancos y sillas estaban ocupados; sólo en un canapé de hierro, donde ella estaba sentada, había sitio vacante para una persona; mi primer movimiento fué ir á tomarlo; pero luego me arrepentí, y no pudiendo resolverme á aceptar la compañía de aquella joven, dí un paso para retirarme; ella se levantó entonces, me señaló el canapé, me hizo una cortesía y se iba á marchar, cuando yo, dominada por un buen impulso, la detuve.

—No podría consolarme de privar á V. de este agradable sitio, le dije; sólo debo admitir la participación que V. me dé en él.

—¡Oh señora! exclamó ella con una triste pero dulce sonrisa; V. no puede, *no debe* estar sentada á mi lado.

—¿Por qué? le pregunté yo, obedeciendo á un impulso que no pude contener.

—Porque hay una gran diferencia entre nosotras, respondió la joven; si V. tiene la generosa bondad de no conocerlo, yo debo tener la dignidad, por respeto á V. y á mí, de no decirlo.

Al acabar de pronunciar estas palabras, Magdalena (pues así he sabido después que se llama) volvió á inclinarse y se marchó.

Yo, muda de sorpresa, de enternecimiento y casi de respeto, quedé inmóvil, mirando desaparecer hasta el último pliegue de su traje blanco y de su graciosa manteleta.

Luego me dejé caer en el asiento que ella me había tan generosa y dignamente cedido.

Un dulce perfume llegó hasta mí; en el asiento que había ocupado la joven había un pañuelo de batista bordado, con una corona de rosas, en cuyo centro se leía este nombre:

MAGDALENA.

El pañuelo exhalaba un delicioso perfume de violetas; yo le recogí y le miré con cuidado, pareciéndome del mejor gusto para aquella hora de la mañana.

En algunas sillas colocadas á mi derecha estaba la familia del Marqués de B., amigo de mi tía y sobremanera apreciable: la Marquesa bordaba y veía jugar á sus hijos al aro, á la vez que sus dos niñas saltaban con un cordón de seda.

—Ya veo que ha tenido V. un hallazgo, me dijo, y que ha alcanzado V. una dicha que la envidiarán muchos de nuestros elegantes.

—¿Conoce V. á esa joven? pregunté á la Marquesa acercándome á ella.

—De oídas, me respondió: se llama Magdalena y vive en París; es una de tantas como vienen aquí á hacer negocio; sin embargo, su educación

es muy distinguida y no da que decir con ninguna exterioridad.

Mi curiosidad quedó vivamente excitada; como todas las jóvenes honradas, había deseado siempre conocer y tratar á alguna de esas pobres mujeres tan despreciadas del mundo; así es que sentí cierto dolor al considerar que no podría hablar á Magdalena, y casi al instante una gran alegría al pensar que tendría un pretexto para hablarla devolviéndole su pañuelo.

—¿Sabe V. en qué hotel vive esa joven? pregunté á la Marquesa.

—En aquel que se ve desde aquí, con un gran terrado y un espléndido jardín, me contestó aquélla; quiere V. enviarle su pañuelo, ¿no es cierto?

—Sí, respondí; se lo enviaré con mi doncella.

Dicho esto, me despedí de la Marquesa; tomé un rodeo, y fuí yo misma al hotel que me había indicado.

—¿La señorita Magdalena? pregunté al conserje.

—¿La señorita Magdalena Guymont, la que ha llegado de París?

—La misma.

—Cuarto número 3, piso principal.

Yo subí la escalera con el corazón palpitante; llamé, y salió por la puerta opuesta del corredor una camarera, que me dijo:

—La señorita ha salido: ¿desea algo la señora?

—Que cuando vuelva le entregue V. este pañuelo y esta tarjeta, le contesté sacando una de

mi cartera, y que le diga V. que he sentido no verla.

Dicho esto, bajé triste por no haber visto á Magdalena, alegre por haber escapado del peligro de verla.

A los dos días recibí este billete, escrito con una letra delicada y correcta:

«Gracias, señora Condesa, por la suma bondad de V. en venir en persona á traerme mi pañuelo; desde hoy, esta humilde prenda tiene para mí un mérito; el de haber sido tocada por la mano de V., por la mano de una mujer pura y honrada.

MAGDALENA GUYMONT.»

¿Qué te parece, mamá mía, este modo de proceder? Magdalena no acata en mí á la gran señora, sino á la mujer honrada; nunca olvidará esta lección, ni á la que se la ha dado, tu hija

EUFEMIA.

X

Modesta á Teresa.

Valflores, Setiembre de 186...

Es preciso, mi inolvidable hermana, que me queje á tí del abandono en que me tienes; ya sé que tu dilatada familia te ocupa mucho; pero ¿no puedes perder un poco de sueño para dedicar media hora á tu Modesta? En tan corto espacio de tiempo, muchos buenos consejos puede estampar tu ágil mano, consejos que son para mí más apreciables que las más ricas joyas.

Yo soy feliz, y al hablarte de mí, ésta es la primera frase que quiero consignar: Felipe es bueno, y él y yo, por acuerdo tácito, al que ninguno hemos faltado, apenas dedicamos tiempo alguno á la ociosidad; yo pienso, hermana mia, que un poco de separación es, como tú dices, hasta necesaria para la dicha del matrimonio; los hombres tienen cierta dosis de actividad, que deben emplear en tareas útiles, bajo la pena de malgastarla en puerilidades mezquinas; un hombre ocioso debe ser el peor de todos los azotes, porque no cesa de mirar atentamente las ruedas que hacen funcionar la existencia, ruedas que él no debe vislumbrar jamás.

Uno de los mayores beneficios que el cielo me

ha concedido, es el estar unida á un hombre laborioso y activo; los gustos del esposo deben ser siempre consultados para el conjunto de la vida; pero su intervención en los detalles coarta la accion que debe ser ejercida solamente por la muje, más propia para pesar el valor y la oportunidad de aquélla.

Yo no me quejo de las largas horas que paso sin ver á Felipe; este tiempo lo empleo en embellecer mi casa, en hacerla cada día más agradable, en cultivar mi afición á la música y en aprender alguna pieza muy sencilla que á él le guste: el tiempo me parece menos largo, y mi buen marido, el amigo de mi corazón, goza así del resultado, sin asistir á los trabajos y á los esfuerzos necesarios para alcanzarlo.

Además, yo le veo siempre venir á mi lado dichoso y agradecido á disfrutar de esas dulces horas de reposo, de que yo participo también, porque en su ausencia preparo todo lo necesario á la buena marcha de la casa y á esas horas de quietud y de contento.

Tú, mi buena Teresa, me has enseñado de palabra y con el ejemplo, que el trabajo es uno de los más puros y sólidos goces de la mujer; y lo es, no solamente bajo el punto de vista de la economía, sino también porque se le puede considerar como una de las mejores condiciones para conservar el orden, la paz y el buen humor en el interior de las familias.

Juntas hemos examinado algunas veces, aun en el reducido círculo de personas que tratas en esa ciudad, la existencia de las mujeres que no saben trabajar: estas mujeres piensan estar suficientemente ocupadas, porque tienen constantemente á su lado una tapicería comenzada desde una época inmemorial; nada les obliga á estar en casa; malgastan sus horas en correrías inútiles y en visitas multiplicadas, y toman el hábito de una disipación que no puede contentarlas; se fastidian en su casa y en la ajena; esperan hallar la diversión en el cambio, y la inutilidad de sus tentativas no les enseña el vacío de su existencia: como ellas no están á gusto en su casa, nadie se halla bien á su lado; les falta esa costumbre preciosa de estar sentadas la mayor parte del día ante su mesa de labor, y de encontrar en su ocupación placer y provecho: si estas pobres mujeres se aficionasen á trabajos útiles, no abandonarían su casa y sabrían distribuir su tiempo de tal suerte, que no darían más que una pequeña parte de él á las exigencias mundanas.

Sin embargo, Teresa mía, yo recuerdo también que tú no has sido jamás para tu marido solamente una obrera, siempre inclinada sobre su trabajo y que no sabe ocupar más que sus manos; me has dado el ejemplo de que en una existencia bien ordenada hay tiempo para todo.

Me levanto temprano, y con la ayuda de una aldeanita que tengo por criada, arreglo la casa y

preparo el desayuno para las ocho, hora en que viene Felipe, que á las cinco se va á la fábrica sin más que un vaso de agua azucarada; tomamos nuestro café con leche en una mesita redonda colocada al lado de la ventana, entoldada de hiedra y madreselva y de una parra que ya nos ofrece sus dorados racimos; el mantel está blanco como la nieve; la loza es blanca con ramitos violeta; los cubiertos de plata antigua que tú me diste, y que eran de nuestra madre, se armonizan muy bien con los demás del servicio, y Felipe me ha traído otros dos y un cucharón de la misma remota fecha, regalo de su madre: cuando ya estamos sentados, Jacinta, mi criada, trae en una bandeja la cafetera y el jarrito de la leche, en tanto que Felipe corta mi panecillo y le pone manteca.

Nuestro desayuno se prolonga una hora: Felipe y yo hablamos y reímos, nos hacemos alguna fineza, y luego comemos para postre un racimito de los de la ventana.

Después fumamos un cigarro; y digo *fumamos*, porque aunque sólo mi marido le chupa, yo le fumo con él, sentada á sus piés en un almohadón, ó bien sentada sobre sus rodillas.

Luégo él se va á trabajar, y yo me quito la bata de mañana, me peino, me visto y me pongo á coser.

A las dos comemos prosaicamente una sopa, el cocido y alguna otra cosa muy sencilla que generalmente yo misma he preparado; reposamos

una hora, y él se va á la fábrica: yo vuelvo á dedicarme á la labor un rato, y después me ocupo de preparar la cena para las ocho y de quitar de en medio todos los útiles de costura, telas y patrones: el jefe de la familia, al volver á su casa, se fastidia con la vista de todas estas cosas; toco un poco el piano, y luego voy á hacer una visita á la familia de Felipe, y á las siete viene él á buscarme: nos vamos á casa á las ocho, asidos del brazo y caminando lentamente bajo los grandes árboles, y al llegar hallamos la mesa puesta por la mano de Jacinta, la lámpara arreglada por la mía, la salita desocupada, alegre, limpia, con flores frescas que esparcen un delicioso olor, y con un pajarito que canta alegremente encerrado en una jaulita verde que cuelgo entre las macetas de la ventana.

De las nueve á las once, bordo yo y Felipe lee, ó hablamos los dos y hacemos proyectos para el porvenir; á las once y media me arrodillo ante mi reclinatorio y rezo para dar gracias á Dios por mi dicha y para pedirle que me la conserve.

Tal es mi vida; háblame de la tuya, que espero sea tan dichosa como la de tu

MODESTA.

XI

La Marquesa á la Canonesa.

Castillo de Valflores, Setiembre de 186...

¿Qué te sucede, mi pobre y querida amiga? ¿Qué fiebre se ha posesionado de tu cerebro? ¿Es esa la paz que hallas en el santo asilo que has elegido? Sólo te excusa á mis ojos la violencia de tu dolor al ver á tu hijo desgraciado.

Ya sé que la mejor educación no puede poner derecha una mirada torcida ni alargar una nariz corta; y sin embargo, estoy cierta de que la fisonomía moral es más susceptible de modificaciones; la costumbre hace una segunda naturaleza; lo difícil es el imprimir la costumbre en naturalezas independientes como la de mi nieta, y rudas como la de tu hijo.

¿Piensas acaso, mi querida Gertrudis, que la ventura doméstica está sólo en las manos de la mujer? Es imposible; tu marido se encargó solo de tener la balanza de vuestra dicha conyugal, y cumplió hasta su muerte este piadoso pero amargo deber que se impuso.

Su hijo, á lo que veo, no le imita, sino que hace lo contrario; él, como todos los hombres, reconoce sus *derechos*, pero no sus *deberes*; quiere que estos últimos los conozca su mujer, sin to-

marse la pena ni aun de enseñárselos, y afirma, á despecho de la gramática, que el nombre *deber* es femenino.

¡Ay, mi querida Canonesa! todo lo que es injusto carece de base, y las virtudes en el matrimonio deben ser el producto de un fondo común, deben constituir una riqueza que será inagotable, á condición de que la alimenten los dos esposos: si el marido divide en dos partes desiguales las cargas y los beneficios de la comunidad; si él se reserva todos los derechos, dejando á su pobre esposa todos los deberes, la casa de estos esposos se parecerá á tantas otras; la acritud, los reproches, las disensiones, el más profundo malestar se deslizarán entre ellos y envenenarán todas sus palabras y todas sus acciones.

Hé aquí, Gertrudis, lo que sucede entre nuestros hijos; Germán estaba sin educación moral, religiosa y doméstica; y en vez de educar y corregir á su mujer con el ejemplo y la palabra, se limita á decir que no la puede sufrir.

Yo inventaría una pena, que añadiría al Código, para todos los hombres que se casan sin saber dirigir á una mujer, aconsejarla, reprimirla y hacerla á la vez buena y feliz.

No es amor á la esposa el mostrarse con ella débil ó constantemente irascible.

No es amarla, ni el dejarla seguir todos sus caprichos, ni el condenarla á la esclavitud.

Amarla, es protegerla, amonestarla, atraerla:

¿por qué se casa el que, como tu hijo, no sabe ni puede hacerlo?

¿Por qué te quejas de que tu marido te abandonase por esas mujeres que se parecen á la amiga de tu hijo? Así como acabo de sostenerte que un marido debe ser capaz de educar á su mujer, te sostengo ahora que la paz y la dicha de la familia están casi siempre en las manos de la esposa; el tuyo podía llenar todos sus deberes, y tú no le dejaste que los cumpliese; por eso se buscó él otros nuevos, descuidó á sus hijos, y el fruto de tu intolerancia fué la fatal educación de Germán, que jamás me ha sido desconocida.

Ya que estamos en el día de decir verdades duras, digámoslas de una vez, para no decirlas más.

¿Has leído *La Doble familia* de Balzac? Yo misma te la presté, y acaso no has olvidado la tremenda lección que encierra para las casadas.

Un hombre joven y con todas las ventajas del nacimiento, de la fortuna y de la inteligencia, se casa con una joven rica y bella, pero cuyo talento limitado y educación demasiado rígida la hacen inútil para brillar en el mundo: tienen muchos hijos; pero ni éstos ni la esposa pueden llenar el corazón de fuego del esposo, que necesita el amor animado por la inteligencia; busca y encuentra un alma como la suya, y se forma una nueva familia, y en ella lo que no pudo hallar en la prescrita por la Iglesia.

¡Oh Gertrudis! si tu hijo hiciera eso, lo mira-

ría como una desgracia mayor y más irreparable que su pasajera afición á esa joven: no, no son esos lazos los que pueden arruinar la dicha de nuestros hijos, sino aquellos otros terribles que el gran novelista francés nos pinta, y que están basados en todas las buenas cualidades del alma y en la recíproca estimación.

Yo, aunque, como dices, mujer vulgar y casera, creo poder conjurar la tempestad que amenaza á Germán y á Eufemia; mi hija me escribe y me habla de esa joven que tanto te asusta, y que, lejos de ser una mujer sin corazón, es una mujer buena y simpática, acaso más que muchas que se cubren con el manto de la honradez y de la virtud.

No le digas á tu hijo que está entre las garras de Lucifer, porque se reirá. Magdalena es, á lo menos, un Lucifer muy lindo y muy elegante; tú, mi pobre Gertrudis, has llevado á ese retiro la ardiente cabeza y la poca reflexión que te distinguieron en el mundo, y ahí no has hecho otra cosa que exaltarte más, perdiendo las pocas nociones que tenías de la vida real.

Cálmate; con los hombres, aunque sean nuestros hijos, no pueden emplearse ni la exageración ni el tono de mando: yo veo las cosas á mejor luz que tú, y confío en Dios que nos llevará á seguro puerto.

Pongamos á lo menos los medios, y si no nos lleva, resignémonos á arrostrar la tempestad.

Eufemia es buena: acaso mi consejo haga lo que no podría hacer el rigor; y sobre todo, ella ama con pasión á su marido, y este amor es la mejor garantía de su paciencia y reflexión: en el camino de la virtud, el ejercicio da las fuerzas; cuanto más se avanza, se está menos cansado: ¿por qué se ha de cansar Eufemia, que es una verdadera cristiana? No, ella sufrirá; ella pondrá cuanto á su marido falte; ese es su deber, y ese será también su placer mayor.

Sus penas serán acaso muy grandes; pero ¿á qué pueden llegar? ¿á minar su vida? ¡No importa! Quien ama más la vida que sus deberes, no sabe ser sólidamente virtuoso.

No hay nadie que pueda ser dichoso, si no disfruta de su propia estimación; el solo, el verdadero goce del alma está en la contemplación de lo que es noble y hermoso; el que se deja dominar por sus pasiones, si lo admira en los otros, se desprecia á sí mismo.

Ya ves, mi querida Canonesa, que aunque no he optado, como tú, por el retiro del mundo, tengo mis ideas, y creo que se puede servir en él á Dios tan bien y mejor que entre las paredes de un convento; yo tengo que cuidar de la dicha de mis hijos, de la dicha del tuyo, que crees imposible y que no lo es.

¡Oh! ¡y de qué buena gana te hubiera seguido ahí! Mis cabellos blancos necesitaban ya de la sombra del retiro, pero no era ese mi deber: si

tenemos el valor de sacrificarlo todo al deber, el sacrificio cesa para hacer sitio á la satisfacción más agradable que podemos probar; hagamos nuestro deber sin mirar á nuestro alrededor; Dios y nuestra alma son los únicos testigos que debemos estimar y que pueden recompensarnos con la más dulce é inalterable paz.

ANA.

XII

La Canonesa al Conde.

Capítulo de Damas Nobles de Francfort, Octubre de 186...

El color de la vergüenza debía abrasar tu frente cuando me escribiste tu última carta.

¡Cómo has podido confesarme el inicuo engaño de que me has hecho víctima, y la horrible depravación de tus costumbres!

¡Y es á tu madre á quien lo dices! ¡A tu madre que te proponía por modelo, y que te creía, en efecto, el modelo de todas las perfecciones morales y cristianas!

¡Desgraciado! mucha amargura ó muy poco pudor debe haber ya en tu corazón, cuando así arrojas la máscara y cuando te presentas á mis ojos tal cual eres, horrible esqueleto que el mundo desecha, y que, á su vez, está cansado del mundo!

¿Por qué te quejas de tu mujer? Aun es demasiado buena para tí; es preciso que en todo y por todo la dejes hacer su gusto; ya que le das tan poco, no le quites la libertad: no son los defectos de Eufemia los que te ofenden; es que te ofende todo en la vida, y que no debiste casarte, ni con ella ni con ninguna otra mujer.

Más vale que cada uno de vosotros haga lo que le parezca mejor; cierra los ojos respecto de su método de vida, y que ella los cierre también respecto del método de la tuya; así tendrás paz, porque el matrimonio no se puede deshacer, no sé si feliz ó desgraciadamente.

¡Pero no, hijo mío! el dolor me extravía; mi talento es limitado, y sólo mi corazón herido es el que oyes, porque me duele y me quejo: hijo mío, no hagas caso de las locas palabras que acaba de estampar mi pluma; ¡ay! al borde del abismo donde mis ojos espantados se fijan temerosos de verte caer, recuerdo que no supe hacer dichoso á tu padre, y que, por el contrario, fué muy desgraciado conmigo; sin embargo, él era bueno, muy bueno, y demasiado débil: sí, hijo mío; yo también debo hacerte mi confesión; yo le aburrí con mi carácter dominante, y él se buscó distracciones que me hicieron á mi vez completamente infeliz.

Y bien, mi Germán, yo no te aconsejo como buena madre y buena cristiana, induciéndote á que no hagas caso de tu mujer, y debo más bien pedirte que acudas á los recuerdos de tu infancia

para hallar fe y esperanza en la tormenta que te amenaza; recoge con mano firme los frágiles hilos de esa red que se llama la vida doméstica.

Acaso no te conviniera una mujer enteramente casera; yo lo he sido, y tu padre se fatigaba de mi continua vigilancia, de mi absoluto afán por la casa.

Enseña tú á ser metódica á tu mujer, pero no en demasía; el orden bien entendido tiene también su armonía, armonía fundada en la razón, y que, por lo mismo, no cansa jamás; y tú mismo ten presente estos bellos pensamientos que he hallado al azar en un libro, y que te transmito, pudiéndote acaso servir más que las más severas recriminaciones.

«El orden—dice el libro de que te hablo—tiene tres ventajas: alivia la memoria, economiza el tiempo y conserva las cosas.

»El desorden tiene tres inconvenientes: el fastidio, la impaciencia y la pérdida del tiempo.

»Arreglar los gastos según las rentas, es sabiduría; gastar todas las rentas, es imprudencia; gastar más que las rentas, es locura.

»El que compra lo superfluo, venderá muy pronto lo necesario.

»La economía es virtud en la pobreza, sabiduría en la medianía, y vicio en la opulencia.»

Ya ves, Germán mío, que aunque mi pobre cabeza no puede hacerte reflexiones propias, las busco para tí y te las envío.

Sí, no olvides que el orden te salvará de la pobreza, de una escasez demasiado próxima, pues has gastado mucho en lo superfluo para que no te falte lo necesario.

Recoge los despojos de tu fortuna y arréglalos de modo que basten á tu decoro y á tu dignidad; no toques para nada el dote de tu mujer; si obrase como debe, debías conservárselo; no haciéndolo, debe ser para tí aún más sagrado.

Sobre todo, hijo mío, huye de esa mujer de que me hablas, y no te dejes coger en el cebo de sus fingidos encantos, porque el único encanto verdadero que atrae es la virtud; tal vez yo considere á ésta de una manera demasiado ruda y prosaica; tal vez mi escaso talento no la sepa revestir de las galas que la hacen amable y amada; pero yo la siento, la respeto, la he practicado siempre, si no agradable, á lo menos verdaderamente.

Todas las mujeres, créeme, son peores que la propia, y esto por muchos defectos que tenga; la propia es la compañera que el cielo os da y os prescribe, la que sufre con vuestras penas, la que goza con vuestros goces; yo, que era áspera y dominante con tu padre, siempre le esperaba con afán y con el corazón alegre, á pesar de sus infidelidades, que me dejó ignorar hasta cerca de su muerte; él, por su parte, hacía también justicia á mis buenas prendas, á mi laboriosidad, á mi deseo de complacerle, que se ocultaba casi siempre bajo

las formas ásperas, pero que brillaba como el diamante entre las sombras.

Yo blasfemaba al decirte que acaso es por desgracia indisoluble el matrimonio; es, por el contrario, el lazo que une á la gran familia que se llama sociedad, y el que consuela en todas las penas, que, llevadas á solas, serían mortales; la enfermedad, la vejez, no pueden romper ni aflojar ese nudo sagrado, cuya grandeza está en su misma inviolabilidad; las leyes le desatan, en casos extremos y desgraciados, muy imperfectamente; y cuando han relajado el vínculo de la Iglesia, ninguna ventaja dan ni pueden dar en compensación de lo mucho que arrebatan á la mujer cristiana.

Existe el divorcio, y tiene acaso ventajas para los esposos, si han llegado á cierto lastimoso grado de injurias y de alejamiento; ¡ay! estas ventajas son relativas á la fortuna, á los intereses materiales; pero ¿y el alma? ¿y la conciencia? ¡Nunca pueden estar en reposo! Fuera de las leyes naturales de la decencia, del decoro y de la sociedad, la angustia es constante, y la conciencia grita lo mismo en el alma de la mujer que en la del hombre, si es cristiano y tiene ideas de dignidad, que le hacen echar de menos la paz interior que sólo se disfruta en las circunstancias normales de la vida.

Entra, pues, en cuentas contigo mismo, hijo mío, y ante todo, no pienses en esa sirena engañadora que cada día te apartará más de tu mujer.

¿Qué ventajas hallarás en esos devaneos? Las tristes que halló tu pobre padre... ¡Ay! á la hora de su muerte me pedía perdón y me decía: — ¡No quise educarte para mí ni sufrirte, y preferí distraerme en el desorden; perdóname!

¡Oh hijo mío! prefiere perdonar tú á pedir que te perdonen, y serás mucho más feliz.

GERTRUDIS.

XIII

Clotilde á Magdalena.

Valflores, Octubre de 186...

Me voy de aquí: la pureza y la virtud me arrebatan mi presa, y fuerza es que te lo confiese, nada pueden toda mi astucia y todo mi talento contra la virtud y la pureza.

Recuerdo ahora, Magdalena, y te la voy á recordar á tí, cierta escena del pasado invierno, que tú acaso, digna y casta en medio de tu peligrosa vida, has dado ya al olvido.

Era en la *Maison Dorée*: en el más espléndido de sus gabinetes, cenábamos una noche veinte personas; diez eran hombres de nobles casas y de gran caudal; entre ellos estaban Germán y Pablo, hoy casados con dos jóvenes de su clase.

La parte femenina se componía de igual nú-

mero de muchachas, de las cuales la única grave y pensativa eras tú: tú, á quien habíamos llevado casi á la fuerza, ó que más bien habías ido para estar cerca de Germán.

Ninguna persona extraña nos veía, y estábamos dispensados de guardar miramiento alguno; todos éramos dichosos; teníamos oro, que jugábamos con descuido; se nos sirvieron los manjares más exquisitos y los vinos más caros y más espléndidos... Poco á poco se fué formando en aquel salón un cuadro digno del *Infierno* del Dante: tú misma eras dichosa; ese bello y joven Conde te amaba, ó creía amarte, seducido ó angustiado por aquella atmósfera sin igual: en el momento en que todas las pasiones que duermen en el corazón humano se desencadenaban en nuestros corazones; en el momento en que la avalancha de lo malo y de lo odioso nos arrastraba á todos, un camarero entró y dijo desde la puerta:

«Ya es de día, señoras y señores: aproximáos á las ventanas y veréis pasar una boda que baja de la Magdalena.»

Obedecimos; venía, en efecto, un cortejo nupcial por el ancho boulevard; muchas personas, engalanadas con trajes de fiesta, rodeaban á los recien casados; ella vestía de blanco, era joven y bonita; las gentes se detenían para mirar su gracia decente y su exquisita distinción; el novio era también joven, fuerte y hermoso; los miramos, y quedamos todos absortos é inmóviles.

La tormenta de la orgía se apaciguó; las canciones cesaron; la boda pasó tranquilamente, y sólo las alegres risas de los amigos de los novios turbaron el silencio de la saturnal avergonzada.

Los hombres pensaron en sus madres y en sus hermanas; en su juventud perdida en los vicios y en el ocio; nosotras, mujeres abyectas y no acostumbradas á la vergüenza, temblamos al ver el blanco velo de la virginal esposa; quizá las diez tuvimos dos lágrimas en nuestros ojos; la una por nuestro presente envilecido; la otra por nuestra honradez perdida para siempre. Florina, menos sensible ó más atrevida que las demás, quiso lanzar un insulto á la faz de la virtud que pasaba; pero su imprecación quedó ahogada en su garganta, y todas le arrojamos una mirada de desprecio.

¿Verdad, Magdalena, que recuerdas ahora, como yo, aquella escena grandiosa? Entonces, no extrañarás que te diga que retrocedo en mi empresa y que voy á dejar estos lugares: ¡sí! como tú, profeso un santo respeto al matrimonio, á ese sacramento imponente entre los más imponentes; á ese acto sublime que ata para siempre á dos séres á una cadena, de la cual cada anillo que se rompe causa un dolor ó una vergüenza.

Pablo está casado, y su mujer me impone respeto; pero aunque así no fuera, aunque mi propia conciencia no me prohibiese turbar su paz, hay otra consideración que sobra para mi derrota. Pablo, hoy Marqués de Uclés, ama á otra mujer

que no es la suya, pero que tampoco soy yo.

Hé aquí derrotado una vez más el vicio por la suave y tranquila virtud.

Esta joven será el último amor de Pablo, y es sabido que semejantes amores se apoderan del corazón con una violencia irresistible; esta pasión crecerá con el tiempo, porque es como un fluido que corre con la sangre de sus venas.

Sin embargo, esa joven no es bella y apenas llega á ser bonita; no es de una noble familia; ni tiene gran talento, ni trato alguno del mundo; su mérito principal consiste en ser honrada; nosotras sabemos de todo, menos ser virtuosas; ella lo ignora todo, menos la virtud.

Esta joven á quien ama Pablo, está casada desde hace pocos meses, y se llama Modesta; no he visto un nombre que esté más en armonía con la persona que lo lleva; una modestia serena y casta, una dulzura admirable, reinan en toda su figura juvenil y encantadora.

Ella ha hecho inútil mi viaje aquí; yo vine para vengarme del abandono de Pablo, y después que se ha casado, he permanecido para robársele á su mujer, que me parece bastante estúpida, para dejar entre ambos la discordia y huir después.

Ya sabes que estoy acostumbrada á semejantes maniobras, y que las he ejecutado algunas veces.

Mas ¡ay! existe arriba, y detrás de ese cielo que, sin quererlo nosotras, atrae nuestras mira-

das, un Sér superior que dispone de nuestros destinos. ¡Yo he sido derrotada! ¡La virtud ha salido á mi paso y ha prendido á ese hombre con lazos más fuertes que los de que yo podía disponer!

¿De qué sirven mis coqueterías, ni aun mis gracias naturales, ante la gracia indescribible de la mujer honrada? ¿Qué tengo yo comparable á ese inocente rubor que hermosea el semblante de Modesta, como una llama tiñe el vaso de alabastro que la contiene? ¿Qué canto puede hallarse parecido á la franca y ruidosa carcajada que se escapa de los labios de Modesta, y que únicamente puede tener su origen en la pura y radiosa serenidad de su alma?

¡Oh Magdalena! ¡de las grandes obras de la humana naturaleza, sólo Dios es el gran artífice! La coquetería que estudiamos desde la niñez; la sangre fría que el hábito de la intriga nos da; lo que se llama conocimiento del mundo, todas esas cosas reunidas no llegan á la sublime naturalidad de la mujer buena y honrada!

Me alejo, pues, vencida por el respeto que esa joven me inspira; ella no sabe quién soy, y me cree una señora casada ó viuda que ha venido á visitar estos pintorescos lugares; dos veces me ha encontrado en la iglesia, y me ha cedido su sitio con perfecta educación y digna cortesía; ayer tarde la hallé paseándose en un bosquecillo de pinos que se extiende á la izquierda de su casita; ella salía para pasar á la magnífica fábrica donde viven

los padres de su marido, y al dar yo una vuelta nos encontramos de frente.

—Buenas tardes, señora, me dijo deteniéndose; ¿está V. ya mejor? Me habian dicho que se hallaba V. algo enferma...

—En efecto, le respondí; vine aquí en busca de aire puro; mil gracias por el amable cuidado de usted.

—Cuando V. pasee y quiera descansar, esta es mi casita, dijo Modesta con cándido orgullo; con el mayor gusto le ofreceré á V. una taza de leche ó alguna fruta; mi marido y yo nos consideraremos muy honrados si V. acepta.

Yo le dí gracias; ella me saludó con respeto, y se alejó ligera como la diosa de la felicidad ó como el ángel de la virtud.

Tuya, como siempre,

CLOTILDE.

XIV

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Octubre de 1865.

Tu última carta, hija mía, ha llenado mi corazón de una suprema alegría: tienes razón; no es para tí esa atmósfera que has dejado; la vanidad mata los buenos instintos del corazón, y el norte

de la mujer casada debe ser la modestia, así como su guía debe ser la razón.

Aplícate, hija mía, ante todo á conocerte á tí propia; sé severa contigo misma é indulgente con los demás, empezando por tu marido: con éste, en particular, el ejemplo conseguirá mucho más que las palabras; y al hablarte así, creo inútil decirte que le reconozco defectos.

Y bien, si los tiene, sopórtalos, é indirectamente repréndeselos con la vista de las virtudes opuestas; si eres colérica, no podrás quejarte sin notoria injusticia de sus arrebatos; si gastas sin medida en tus caprichos, no podrás lamentar el desorden de sus propio gastos; es preciso, hija mía, de todo punto indispensable, empezar por poseer las cualidades que desees hallar en tu marido, y después es necesario también que te ocupes en cultivarlas.

La paz doméstica debe ser el objeto á que se encaminen todos tus esfuerzos: si yo fuera hombre y estuviera casado con una mujer siempre dispuesta á la discusión y á las escenas violentas, comenzaría desde luego por despojar sus motivos de los pretextos bajo los cuales procuraba encubrirlos, y probaría á educarla por la persuasión y los razonamientos; mas si esto no bastase, la prevendría que no respondería jamás á sus quejas y tomaría el sombrero, marchándome á dar un paseo: el combate entre dos acaba siempre cuando se retira uno de los combatientes, y esta retirada,

oportunamente adoptada, cortaría todas las discusiones.

Yo profeso una incredulidad incurable respecto de la facultad de abnegación de esas mujeres que imponen á las personas que las rodean tormentos cuotidianos, que las mortifican con discursos hirientes y groseros, bajo pretexto de interés y de franqueza, y que reservan el probar la excelencia de su corazón para el día en que aquellos á quienes pretenden amar caigan al río ó sean amenazados por las llamas.

Puede muy fácilmente suceder que se pase la vida entera sin que corran semejantes peligros, y por consiguiente, sin que puedan demostrar su aptitud para el sacrificio, lo que es muy cómodo para las que sólo la poseen de palabra; además, es imposible admitir que una mujer pueda ser completa y perfectamente egoista en todas las ocasiones ordinarias de la vida, y que sea á la vez capaz de serios sacrificios.

Modera, pues, Eufemia, modera la dureza y la intolerancia de tu carácter; da más de lo que exijas en cuanto á generosidad y á prudencia; no seas ni la mujer vulgar, enemiga de todo gasto, descuidada en su persona y casi avara, ni la mujer completamente entregada á todas las locuras de la vanidad; los dos extremos son igualmente perjudiciales y malos; los dos tienen escollos que es preciso evitar á toda costa.

Tu imaginación ardiente te lleva siempre á los

extremos, porque tienes la desgracia de que tu corazón manda á tu cabeza. Reflexiona y ten calma; la reflexión no puede serte nunca perjudicial; y para adquirir el aplomo que necesitas, vive, no en un absoluto retiro, sino en la quietud que tu naturaleza exige.

La mujer que se olvida de sí misma, se ve muy pronto olvidada de su marido.

La que malgasta ó derrocha la fortuna conyugal, se ve también mirada con el desvío y el tedio que se profesa siempre á un instrumento de desgracia y de ruína.

Busca el justo medio: la moderación y la templanza son indispensables en todas las circunstancias de la vida, así en el modo de obrar como en las formas exteriores.

Lo que me cuentas de tu entrevista con Magdalena Guymont, me ha enternecido. ¿Ves cómo la benevolencia, la dulzura, la cortesía, dan siempre bellos y buenos frutos? Con una grosería te hubieras hecho de esa mujer una enemiga formidable; las buenas maneras te han conquistado su respeto y quizá su afecto.

Acaso dices en tu interior al leer esto:

«¿Y qué me importa el afecto de semejante mujer? Sólo he sentido por ella una débil y pasajera simpatía.»

¡Ah hija mía! la dicha más verdadera del mundo consiste en amar y ser amada, sobre todo para la mujer. ¿Qué seríamos sin afectos? ¡Nada!

La soledad, el aislamiento, constituyen nuestra mayor desgracia.

Magdalena, herida por una desatención tuya, que hubiera tomado por una injuria hecha en público, no hubiera perdonado medio alguno de robarte el afecto de tu marido, pero de una manera completa; os hubiera seguido, constituyéndose en la sombra rosada de Germán, en la sombra negra de tu destino.

No la temas ya; tu proceder digno y noble la ha desarmado; cuanto menos merece una mujer los homenajes, tanto más los ansía y los agradece; nunca olvidará Magdalena, ni las pocas palabras dulces que le has dirigido, ni tu bella acción al ir á llevarle su pañuelo.

Por lo demás, no nombres nunca á esa mujer al Conde: si él la nombrase delante de tí, habla de ella con benevolencia y sencillez; los celos infundados son ridículos, y manifestarlos, aunque tengan desgraciadamente fundamento, rebaja también la dignidad de la mujer.

No sigas á ciegas las ideas de tu pobre tía respecto del lujo y de la moda; ya te lo he dicho otras veces; no hay naturaleza tan perversa que no tenga su grano de oro, y la Baronesa le posee también; pero descarta del oro la arena que le envuelve, y no tomes más que lo que es saludable.

Aprende de tu tía el arte encantador de ser agradable y de tolerar á todos: aprende de ella á decir cosas dulces, á no zaherir, á no criticar, á

disponer coquetamente todas las habitaciones de la casa, á vestir con elegancia á la vez que con economía; ya sabes que ella cuenta con muy escasos recursos, y que, sin embargo, su traje es siempre esmerado; no ignoras que, á pesar de su natural indulgencia, sabe dirigir perfectamente una servidumbre numerosa, y que es económica, previsora, de trato fácil y agradable; aprende de Galatea estas buenas cosas, y deja á un lado las exageraciones de que adolece: la vida enseña; aprendamos de ella, aceptemos á las personas con sus defectos, pero imitemos las buenas y recomendables cualidades de cada uno.

No terminaré sin encarecer, hija mía, lo muy preciso que es el que te dediques enteramente á ganar el corazón de tu marido, á reanimar sus impresiones, adormecidas con el abuso de todo, por medio de la admiración que profesa á tu talento, á tu dignidad y al amor que siempre y en todas ocasiones podrás demostrarle.

ANA.

XV

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Octubre de 1865.

Sí, mi querido Germán, trabajemos; mejor dicho, trabaja tú, porque yo lo estoy haciendo ya. Voy á explicarte lo sucedido desde tu última carta.

Su lectura me puso pensativo.—Tiene razón, me dije; en ninguna locura, en ningún desorden hallarémos el atractivo de la novedad; sólo lo bueno y lo honrado puede tenerlo para nosotros. ¿Por què, pues, lo bueno no ha de poder curarnos del hastio? A veces, en las enfermedades que aquejan á la humanidad, sanan mejor algunas hierbas sencillas que todos los refinamientos de la ciencia; busquemos, pues, los simples; trabajemos; pero ¿en qué? ¿dónde hallaré elementos en este país campestre, en este castillo aislado, en esta humilde aldea?

Creo que el Evangelio dice:—«Buscad, y hallaréis;» así, al menos, lo aseguraba mi abuela.

Salí á pasearme para buscar, no trabajo, sino alguna idea que me ayudase á buscarle; seguía la avenida de tilos que lleva á la fábrica de azúcar, junto á la cual habita Modesta, y de repente oí tararear una canción á una voz melodiosa y dulce que no pude desconocer.

El sol caía, ó mejor dicho, se levantaba para dorar con sus últimos reflejos, de un tono ardiente, las copas de los árboles y la cima de la alta colina que, como un gigante vestido de verde, es la majestuosa atalaya de este florido valle; tras de un bosquecillo de pinos jóvenes cantaba la que tiene encadenados, acaso para siempre, mi pensamiento y mi corazón.

Separé un poco la movible cortina de verdura, y miré: era ella; llevaba un traje corto y azul;

unas botas altas, negras; un cinturón ancho, anudado por detrás con un gran lazo, y una corbata de muselina blanca, para preservar su garganta del fresco de la tarde, que hacía resaltar el óvalo gracioso y prolongado de su rostro.

Los cabellos de Modesta, castaños con reflejos dorados, se partían dulcemente desde la frente á la nuca, y caían por su espalda en dos hermosas trenzas, cuyas puntas estaban sujetas por dos lazos de cinta de seda negra. He reparado que cada cabellera, rubia ú oscura, tiene su ondulación, su colorido particular y su carácter, que no se reproduce sobre ninguna otra cabeza; yo no he visto una sola que se asemeje á la de Modesta.

Llevaba ésta cubiertas sus lindas manos con unos guantes holgados, para no mancharlas sin duda con los tallos de las flores que iba cortando con unas tijeras y que colocaba en una canastílla pequeña que habia en el suelo.

Permanecí largo rato contemplando su delicada figura, su encantadora cabeza y la gracia de todos sus movimientos: al dar ella una vuelta, me vió; un color sonrosado subió á su frente y envolvió su puro rostro como una trasparente nube.

—Buenos días, señor Marqués, me dijo sencillamente y serenándose al instante; ¿va V. á paseo?

—Sí, le respondí, y me alegro de hallar á V.

—¿Tiene V. algo que decirme? preguntó con dulzura.

—Sí por cierto, le contesté; suplico á V., seño-

ra, que deje por un instante de cortar flores y que me escuche sentada aquí á mi lado.

La joven puso sus tijeras en un ladito de la canastilla y se sentó sobre la hierba con modesta complacencia, cruzando á la vez, con una gracia suprema, sus piés de niña y sus lindas manos, que apoyó en sus rodillas.

—Ya le escucho, me dijo; hable V.

Mi corazón latía con violencia; mis ojos no podían separarse de aquella deliciosa figura, perdida por siempre para mí.

—Modesta, dije con voz que procuré hacer tranquila, ¿es preciso que el hombre trabaje?

Ella me miró como queriendo leer el fondo de mi pensamiento; luego contestó grave y dulcemente:

—Es indispensable, señor Marqués; la ley del trabajo es el beneficio más grande que Dios ha hecho á la humanidad.

—¿Pues no nos fué impuesto como un castigo?

—Sin duda, en castigo de la falta de nuestro primer padre; pero Dios, como otro padre tierno y justo á la vez, que encierra á su hijo y le condena al ayuno, ha puesto en un ladito de nuestro calabozo un alimento sano y nutritivo para el alma; este alimento es el trabajo; es una dulce ley que lleva consigo la dicha; el que no trabaje, no será feliz.

—¿Luego el trabajo es un deber?

—Sí, señor Marqués.

—¿Tenemos muchos deberes?

—¡Muchos!

—Resumámoslos todos en una palabra; llamémosles, si gustáis, *deber*, dejando el plural por el singular, y ahora dígame V., ¿qué es el DEBER?

Modesta apoyó la mejilla en la palma de su blanca mano; sus dulces y grandes ojos azules erraron un instante por la campiña; meditó dos segundos, y me dijo:

—¿Ha leído V. la mitología?

—Sí por cierto, respondí.

—¿Conoce V. la hidra de la fábula?

—Sí; tenía siete cabezas; se le cortaba una, y renacía, quedando siempre las siete.

—¡Justamente! Pues bien, señor Marqués; el deber es un monstruo moral; siempre que se deja uno sin cumplir, están sin cumplir todos los demás.

Yo me quedé pasmado, atónito, mirando á Modesta; aquel talento luminoso, aquel juicio sólido y claro, me llenaban de admiración.

—Yo quisiera trabajar, señora, le dije triste y humildemente y mirándola casi con timidez.

—Y hace V. muy bien; me respondió; el ser rico no dispensa de ser hombre, y el ocioso no merece este honroso dictado; pero ¡qué lástima que sea usted Marqués!

—¿Por qué?

—A ser V. de otra condición, hoy mismo hallaría en qué ocuparse.

—¿Dónde?

—En la fábrica; Felipe necesita un tenedor de libros, al que dará un modesto sueldo y una parte en los beneficios que se obtengan.

—Yo seré ese tenedor de libros, exclamé.

—¡Cómo! ¿quiere V. esa plaza?

—Sí por cierto; no busco en mi trabajo ventajas positivas, sino la satisfacción de estar ocupado.

—Luego, dijo Modesta con una candidez adorable, ya es V. bueno.

—No, ni sé cuándo lo seré; mejor dicho, sí lo sé; cuando llegue á distinguir lo verdadero de lo falso.

—Lo falso, dijo Modesta, es todo aquello tras de lo cual ha corrido V. hasta hoy; lo verdadero es esto.

Al hablar así, se inclinó sobre su florida canastilla y del fondo sacó un volumen algo abultado, pero no muy grande, que me ofreció con ademán solemne; yo le abrí, y leí en la primera página: Los Evangelios.

Modesta volvió á tomar el libro de mi mano, le colocó de nuevo entre sus flores, levantó su canastilla, y se alejó de mí como la sombra de la dicha.

Por la noche fuí á ver á su marido: ella tocaba el piano, él la contemplaba; al verme, se levantó Modesta, me saludó y nos dejó solos.

—¿Quiere V. darme la plaza de tenedor de libros? pregunté á Felipe.

—Si el señor Marqués la desea, es suya, respondió aquél con respeto.

—Desde mañana iré, pues, á ocupar mi bufete.

Hace, en efecto, tres dias que trabajo; mi cabeza, aturdida al principio con esta atmósfera de actividad y ruido, se va ya sereneando; llevo á mi tarea una especie de ardor infantil; como nueva, me encanta, é inclinado sobre mis libros, me parece que vuelan las horas, que antes se me hacian insoportables.

PABLO.

XVI

Teresa á Modesta.

Valencia, Octubre de 1865.

No pienses, mi querida hermana, que, aunque te escriba poco, me olvido de tí, no; ocupada con mi dilatada familia, entregada á mis quehaceres cuotidianos, de los que ninguna ama de casa puede prescindir, mi pensamiento vaga siempre en derredor tuyo, te sigue en tu apacible vida, y no te abandona un momento.

Hoy es domingo, y entretanto que Esteban lleva á paseo á mis hijos mayores, y que los más pequeños gorjean y juegan á mis piés, voy á dedicarte la tarde y á llenar ocho páginas de papel de mi letra, nada bonita, pero sí muy clara.

He visto en tu carta, mi querida Modesta, que

vas por la senda recta que conduce á la felicidad, y por ello doy gracias á Dios y á nuestra buena madre, que sin duda vela por nosotras desde el cielo. Tal vez hallarás escollos; ¿quién no los encuentra en su camino? ¿quién no tiene que sufrir pruebas, decepciones, pesares, tentaciones, dolores más ó menos agudos? Pero una conciencia tranquila y una profunda confianza en Dios te sostendrán en todas las ocasiones en que debas hacer pruebas de valor y de conformidad.

No depende de nosotros el ser constantemente dichosos; pero siempre depende de nosotros el merecer serlo.

Sé siempre, hermana mía, caritativa, paciente, dulce, bondadosa; sé digna en el dolor, valerosa en la adversidad, moderada en la alegría.

Poco te costará; te has casado con un hombre superior; has elegido bien, y la que sabe elegir tiene segura la dicha para toda su vida.

Si te hubieras unido á un hombre inferior á ti, estabas perdida; la mujer es débil por naturaleza, y pocas pueden dar á sus maridos el ejemplo de una superioridad constante y sostenida; la mujer ha nacido para ser dirigida, y no para guiar ella al que es su natural protector.

Se ha dicho, y es verdad, que no debe despreciarse el consejo de la mujer, y que un marido debe escucharlo siempre; pero es en lo que se refiere á la delicadeza de su instinto y á lo exquisito de su percepción, y no en lo que toca á la fuerza

del alma ó á la elevación del carácter; estos consejos toca darlos al hombre.

¡Ay de la familia en la que están invertidos los papeles! ¡Ay de la mujer imprudente ó desgraciada que toma la completa dirección de los intereses, la solución de los negocios, la responsabilidad de todo! ¡Ella será siempre la víctima, y á los ojos del mundo pasará por el verdugo!...

No, la mujer no tiene más terreno que el gobierno interior de la casa, que la distribución prudente y económica de lo que gana su marido; en lo demás no debe ni puede ser responsable.

Felizmente tú, como yo, has hallado el perfecto equilibrio que te conviene guardar; eres protegida y no protectora, y á la vez señora absoluta en tu reducido espacio, tan dulce y tan fácil de regir.

Cuando los pequeños accidentes de la vida conyugal no enfrían el cariño de los esposos, éste se acrece á causa de esos mismos accidentes: una discusión sirve para que uno de los dos pueda mostrar su deferencia al otro: una leve disputa, para hacer las paces; el dolor sirve para consolarse mutuamente; la alegría, para dividirla entre los dos y disfrutarla más. ¿Qué son las dichas en la soledad? Sombras dolorosas que pasan ante nuestros ojos y nos hacen sentir amargamente la falta de afecciones.

Dios colocó al primer hombre en un lugar de delicias; pero su paternal bondad halló que no era

aún bastante feliz, y le dió una compañera; esta compañera no la formó—como dice San Agustín—de los huesos de la cabeza del hombre, porque no quería que le fuese superior ni aun igual; no la formó de los huesos de los piés, porque no quería que fuese su esclava; la formó de una costilla, del centro del cuerpo, de un hueso inmediato al corazón, para significar que era su compañera y no su sierva, y que debia protegerla y amarla.

Acordémonos, querida mía, de esta definición del gran Padre de la Iglesia, tratándose de nuestra condición, y no queramos dominar; pero evitemos ser maltratadas dejando nuestro sitio; hállete siempre tu marido pronta á la humildad, pero jamás dispuesta á la bajeza; resignada, pero no cobarde; si te ofende, perdónale, y que el perdón sea tu única venganza, pero que comprenda que le perdonas por ser cristiana y porque le amas, no porque la ofensa te haya sido indiferente.

Tu método de vida no puede ser mejor para que cuentes con una felicidad permanente; sin negar que tú pudieras ser una mujer á propósito para vivir en sociedad, el apartamiento de ella en que vives es una garantía sólida de tranquilidad y de paz; el mundo pide mucho, hiere mucho, hace mucho daño, y da en cambio muy poco. Sea cualquiera su posición social, la que es esposa y madre debe vivir muy retirada; y este retiro, que á veces no puede ser tan absoluto como se desea, te lo ha deparado á tí la Providencia como un in-

menso beneficio: la religión, el amor, la naturaleza, el trabajo, todos estos elementos poderosos de la dicha humana forman la cadena de tu vida; añade á esto una independencia, una libertad para tu esposo y para tí, que todas las esposas desean y muy pocas disfrutan, y convendrás conmigo en que tu suerte es envidiable.

Acaso la cambiarían por la tuya esas dos jóvenes que se casaron en el mismo día que tú, y que viven, la una en medio del bullicio de las grandes capitales, y la otra en la soledad magnífica de ese soberbio castillo.

Yo, Modesta mía, tengo más ruido y menos paz: yo vivo en una ciudad populosa, y atenida sólo al servicio de una doméstica anciana y casi inútil, tengo que tomar parte en los quehaceres más rudos de la vida, y me veo algunas veces hasta en el caso de ir á comprar la frugal comida que nos alimenta á todos, y que mi pobre Esteban gana á costa de tanto trabajo; pero ¿qué importa? otra mujer llamaría á esto duras pruebas; yo lo considero como efecto natural de la suerte que Dios me ha destinado.

Además, recuerdo estos versos de una de nuestras poetisas contemporáneas (1):

«La vida es buena; si en el bien se emplea,
Resbala alegre en la modesta casa;

(1) *Plegaria á la Virgen*, de la autora de este libro.

Risueña corre en la pajiza aldea;
Vuela feliz, si en la opulencia pasa.
El que extinguirla en su rencor desea,
El que la juzga de placer escasa,
No tiene corazón; le ha destrozado,
Y en el pecho, por fin, se le ha secado.»

Tiene razón la autora de estos versos, que sólo podían brotar de la pluma de una mujer: la vida es buena en tanto que podamos rezar con fe, amar y ser amados, y en tanto que tengamos deberes que cumplir.

Adiós, hermana mia; ya te lo he dicho, mi pensamiento te sigue por todas partes; te veo en tu modesta casita cosiendo, cogiendo flores por el campo, disponiendo en la cocina un plato del gusto de Felipe, y de todas maneras te admira y te abraza tu hermana

TERESA.

XV

Cintia á Eufemia.

Valflores, Octubre de 1865.

¿Cómo te va, mi querida hermana, en ese Madrid donde nunca he estado, y del que tantos elogios he oído? Yo no espero ni aun deseo ir á él. Pablo se halla bien aquí, y yo, á su lado, me hallo bien en todas partes, y acaso mejor que en otra

alguna, en esta profunda soledad, donde empiezo á conocer verdades que antes no comprendía.

Sí, hermana mía; mi alma renace aquí; mi alma se ha iluminado con la luz de la religión, que antes no penetraba en ella; mi madre, inglesa y protestante, vivió siempre guiada por el delicado instinto de una naturaleza exquisita, y vivió muy desgraciada, pues tuvo penas amargas y que sólo podían atenuarse con el sagrado bálsamo de la religión.

¡Cuán grande hubiera sido mi madre siendo cristiana! Aun viviría, porque á sus crueles dolores hubiera opuesto el inquebrantable escudo de la fe; aquel abatimiento en que yo la veía sumergida, aquella muda desesperación, que se hacía mayor á la muerte de cada uno de mis hermanos, aquella amargura que había en sus lágrimas, todo hubiera sido dulcificado por su resignación y su esperanza en un mundo mejor.

Yo misma, amada Eufemia, hoy renazco á una nueva vida; he hallado aquí á un ángel que debía iluminarme; este ángel es Modesta: su delicada percepción comprendió al instante lo que me faltaba, pues sabía que mi madre no era católica; me lo dijo, y esclareció con la magia de su palabra el cáos en que yo vivía; como pájaro errante y herido, vagaba yo en las soledades de la vida; mi marido me asustaba; tu abuela me imponía un respeto mezclado de temor, porque su misma superioridad me humillaba, así como me humillaba

su benevolencia; el vacío estaba en derredor mío; la frialdad que sólo en mi alma residía, la achacaba yo á los séres que vivían á mi lado; mía era la culpa, y lo ignoraba.

Hoy, ¡qué diferencia! Modesta empezó por hacerme conocer y amar á Dios, y me ha enviado libros admirables y llenos de sencillez; los *Evangelios* y la *Imitación de Cristo* han bastado para abrir mi alma á la luz.

El que me sigue, no camina entre tinieblas, dice Jesucristo en la primera palabra del admirable libro de la *Imitación*; y yo, desde que le sigo, veo horizontes radiosos y magníficos.

Fuí bautizada como católica; pero ¿cómo podía mi pobre madre dar lo que no poseía? Era imposible; y sin embargo, yo sabía que estaba en el cielo, y le hablaba, no por medio de la oración, único lenguaje que debemos emplear con los muertos, sino escribiéndole todos mis pesares y dolores, para hacerme de su memoria un íntimo y tierno confidente, á falta de otro objeto terrenal que llenase mi deseo y mi necesidad de amar.

La religión cristiana me ha levantado á mis propios ojos; conozco que, si no está en mi mano el ser una mujer superior, lo está el ser una mujer buena y digna; el ejemplo de Modesta es además la mejor lección que pudiera tener, y de ella he aprendido la constante ocupación, lenitivo dulce de los pesares del aislamiento.

Voy á decirte hasta dónde llega mi valor: he

sabido que mi marido, que tu hermano está enamorado de Modesta, y que antes de llegar yo quiso casarse con ella; y lo he sabido por la hermana del cura, que queriendo sin duda prevenirme, me lo advirtió: pues bien, deseando hacerme amable á los ojos de Pablo, deseando ser amada de él, he pedido á Modesta sus consejos y su amistad, y le he rogado que viniese á verme al castillo, no dudando que lo haría, pues recordaba que antes de casarse había sido señorita de compañía de la Marquesa.

Modesta, con noble dignidad, se ha excusado de venir á visitarme, pretextando las ocupaciones de su casa, sin duda por no encontrarse con mi marido; pero me ha invitado á ir á la suya siempre que quiera, y yo he aceptado esta amable invitación y he estado algunas veces. ¡Qué admirable orden reina allí! ¡Qué alegre y graciosa sencillez se advierte en esa casa nueva, decorada toda de persa con grandes ramos de flores! El saloncito de Modesta, su cuarto de tocador y de trabajo, y el que está destinado á su marido, todo es risueño, todo está aseado y amueblado, aunque muy sencillamente, con los objetos más á propósito.

—¡Modesta, le dije el primer día que fuí, parece que esta casita refleja tu propia felicidad!

—Así lo creo, me respondió; ¿quién duda que nuestro carácter imprime carácter también á los sitios que habitamos? Yo adivinaría dónde vive una persona desgraciada y dónde habita una que es dichosa.

—¿Cómo haces tú para ser tan feliz, para conquistarte tan profundas y durables afecciones, que son el mayor bien de la vida?

—No es, por cierto, sin algún esfuerzo, repuso Modesta sonriéndose; soy paciente por carácter, y también un poco por egoísmo, porque la impaciencia es el enemigo más cruel de la mujer, el que mina su buena reputación y el que más la mortifica; yo tengo que sufrir mil pequeñas contrariedades en la vida; pero ya que no puedo escapar de ellas, las sufro resignada, en vez de soportarlas entre lágrimas y quejas.

—Pero ¿cómo has conseguido ser tan amada de tu esposo?

—Amándole y respetándole yo á mi vez; demostrándole una confianza ciega y una profunda estimación; pensando sólo en su bienestar y preparando de antemano todo aquello que puede desear; además, señora Marquesa, la soledad ayuda á la dicha, y no teniendo muchas distracciones aquí, halla en su casa, más fácilmente que en una gran capital, un agradable descanso.

—¡Yo soy muy infeliz! exclamé llorando, sin poder ya contener la amarga pena que me causaba la comparación involuntaria que hacía entre mi situación y la de Modesta.

—No se aflija V., repuso esta amable joven abrazándome; espere en Dios, que ayuda á los buenos y la hará llegar á días mejores; y para conquistar el afecto de su esposo, empiece por desechar esa

excesiva timidez, y estímese en algo más que hasta aquí: el humillarse demasiado no es nunca bueno, porque debemos procurar que nos estimen los demás, empezando nosotras por hacerlo así; hable V. á su esposo de igual á igual, sin faltarle nunca, pero sin miedo ni cobardía; si V. tiene deberes, tiene también derechos; ni olvide usted aquéllos, ni desatienda éstos.

Modesta tiene razón; y como para ayudarla, el cielo ha inspirado á Pablo un buen pensamiento: por un capricho feliz se le ha ocurrido trabajar, y va, desde hace algunos días, al despacho de Felipe, que le ha empleado como tenedor de libros. ¿No hallas esto muy extraño ó muy sublime? A mí me parece lo segundo, y toco el beneficio de su contínua ocupación, pues viene á casa más tranquilo y más satisfecho de sí mismo.

Sí, el trabajo es un eficaz remedio de las penas; Modesta es un ángel, y menos infeliz tu hermana

CINTIA.

XVI

Felipe á Esteban.

Valflores, Octubre de 1865.

Ya estamos casi en el invierno, mi querido hermano; ya son largas las noches, y quiero dedi-

carte un rato para que no me acuses de que te olvido.

Mis ocupaciones son muchas; como tú, gano con esfuerzo el pan de cada día; pero ¿qué importa? Yo, como tú, como todo el que tiene la conciencia sana y tranquila, soy feliz, y uno de los más poderosos elementos de mi felicidad es ese mismo trabajo, de que otros se quejan, y que tú y yo miramos cómo á un amigo fiel.

¡Qué dulce descanso hallo al volver de mis cotidianas tareas, al lado de mi amada y buena Modesta! ¡Qué bella, noble y hermosa vida es la del matrimonio! Acaso, al oirme expresar así, acaso, al leer estas líneas, soltará la risa uno de esos *hombres* que se apellidan *de mundo*, porque se creen capaces de despreciarlo todo y de burlarse de todo; yo, querido Esteban, respeto lo que es respetable, venero lo que es bueno, y nada encuentro más excelente que la dulce sociedad conyugal, que es la más pura y completa de la tierra. Mi mujer y yo somos uno solo para pensar y para sentir; tan acordes van nuestros sentimientos y nuestros corazones; pero si alguna vez disentimos, yo tengo á gloria el que su sólido juicio y su grata elocuencia se unan para persuadirme de lo que ella quiere: con una ternura en la que yo conozco que hay algo de protección, contemplo su dulce rostro que expresa todos sus sentimientos; tan límpido es su pensamiento y tan claro para mí, como la superficie de un cristalino arroyo

que deja ver en su fondo las pintadas y menudas piedrecillas, y cada inflexión de su voz me es conocida como si su palabra fuese un armonioso cántico que resonase dentro de mi alma.

Aun existe, y existirá siempre entre nosotros, el púdico decoro que allana y suaviza todo el áspero materialismo de la vida: mi mujer es la que guarda y distribuye los fondos conyugales, y la que atesora las economías con esa noble persistencia de quien guarda para dos y espera una vida dilatada y tranquila: nada conozco más absurdo y más degradante para la mujer, que el sujetarla á una cantidad dada, reservándose el marido el derecho de disponer de todo el resto de los haberes, sin dar cuenta ninguna, como si él fuera el dueño absoluto, y la esposa su esclava; la mujer rebajada así no tiene ni debe tener interés alguno en economizar, pues no sabe lo que existe en el fondo común, y sabe además que sus ahorros no han de ser agradecidos ni reconocidos acaso; la sociedad conyugal, para que la base sea sólida y perfecta, es un compuesto de confianza, de afecto, de generosidad y de abnegación, cuyo peso no puede llevar sola la pobre mujer, que es la parte más débil.

¡Cuántas mujeres dejan de marchar por la buena senda porque las sinrazones de sus maridos las obligan á dejarla!

Si ellos no son generosos, atentos, laboriosos, ¿con qué derecho exigirán á sus esposas que lo

sean? Si ellos se dejan llevar de la cólera, ¿con qué derecho exigirán á sus esposas una eterna prudencia, una constante sumisión?

Acaso el desnivel de la sociedad consiste en que el hombre exige á su compañera tantas virtudes cuantos defectos tiene él, y la mujer así tratada, ó se hace hipócrita, ó acaba por romper el yugo que la ahoga.

Mucha misericordia habrá allá arriba, el día del juicio eterno, para la mujer, y es bien seguro que no hallará tanta el hombre.

Felizmente, y digámoslo con el modesto orgullo de la dignidad inmaculada, ni tú ni yo, Esteban, somos del gremio despreciable de los tiranos; por eso tenemos *compañeras y no siervas*, según las enérgicas palabras de los libros sagrados; por eso tenemos esposas ejemplares, y ellas y nosotros llegamos sonriendo á los umbrales de la muerte.

Las uniones ilegítimas, tan llenas de atractivos para los libertinos, no son otra cosa que un miserable remedo del lazo conyugal; pero un marido se avergüenza de ser atento y rendido como los amantes lo son: si en la bella unión que la Iglesia ha erigido en sacramento guardase las consideraciones que en las que el vicio forma, habría más enlaces felices y menos uniones criminales.

Feliz debes sentirte al ver á tu esposa, aun bella despues de tantos años de matrimonio, con la suave belleza que nace de un alma tranquila y sere-

na. ¡Qué límpida y pura es aún la mirada de Teresa! ¡qué armonía en sus facciones! ¡qué gracia en sus maneras! Quien ha padecido penas del alma, no conserva ese sello de frescura, esas gracias juveniles, y la vergüenza de la decadencia de algunas mujeres es sólo para sus esposos, que no han sabido evitarles las amarguras de la vida, como era su primer deber, y como sin duda se lo ofrecieron al casarse con ellas.

¡No, no quiera Dios que mi Modesta lleve jamás impresas en su rostro las tempestades del alma! Y no las llevará nunca; porque si algún mal pensamiento la mortifica, seré yo su primer confidente y me pedirá ayuda para vencerle. ¿Cómo no, si yo he sido siempre su amigo y jamás su *amo?* ¿Qnien la socorrerá con más cariño, con más eficacia que yo? ¿Quién me aconsejará, quién me consolará, quién se identificará conmigo como ella?

Yo amo y á la vez respeto á mi mujer, y sin esta feliz unión de sentimientos no puede existir la unión perfecta que la Iglesia prescribe; sí, yo la respeto cuando cada noche la veo de rodillas en su reclinatorio rezar con fervor ante la imagen del Crucificado; yo la respeto cuando la veo en la iglesia arrodillada en el confesonario, á ella tan buena y tan pura; yo la respeto cuando la veo en la Sagrada Mesa recibiendo el pan de salud, con su dulce rostro elevado hacia el altar; yo la respeto al verla ocupada en sus faenas caseras, trabajando como la mujer fuerte, aseando su casa y

tomando medidas de economía y de orden para el bienestar interior que he de disfrutar yo.

No sé si tendremos hijos; pero ¿qué importa que no los haya en nuestro matrimonio? Nuestra perfecta simpatía, nuestro eterno amor, no necesitan de ningún lazo; nuestras almas gemelas están bastante unidas por sí mismas.

Ni todos los dolores ni todas las dichas de la tierra pueden separarnos; acaso ni una falta tampoco, porque nuestras almas se buscarían á través de los espacios del dolor, y se hallarían siempre.

Ella vive sólo para mí; yo sólo para ella: no dudes, pues, mi bueno y querido amigo Esteban, que tu hermano y amigo es uno de los mortales más dichosos, y que, tan feliz como hoy, espera llegar á una vejez tranquila para disfrutar el fruto de su trabajo.

FELIPE.

XVII

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, Octubre de 1865.

Tus cartas, querida madre mía, son un bálsamo delicioso para mi corazón: si todas las mujeres tuvieran un guía como tú, ninguna sería desgraciada; pero ¡ay! son muy pocas las que poseen este bien inestimable, y yo misma lo veo ahora;

casi todas están rodeadas de falsas amigas, abandonadas moralmente de sus esposos, sin protección y sin consejo. ¿Qué hará la infeliz que no esté dotada de un juicio muy recto y muy sano que la guíe, careciendo de todo apoyo en el mundo? Herirse sin cesar en los escollos del camino, en los cuales dejará por despojos sus más caras ilusiones.

Yo, obedeciendo á tus cariñosos consejos, me estudio y estudio á la vez la vida, sacando de esto último muchas amargas decepciones; veo que la amistad no existe en nuestro sexo, y conozco desgraciadamente el por qué: á una mujer dichosa, aunque sólo sea en la apariencia, las primeras personas que la envidian son sus *amigas*: cuando un azar de la fortuna, una falta, una desgracia, rompe aquella superficie tan envidiada, las *amigas* son las primeras en ir á escudriñar la llaga, á profundizarla, á envenenarla y á hacer mil comentarios, más aflictivos unos que otros para la pobre desgraciada y para toda su familia.

Yo he oído hablar de una ilustre dama, esposa de un embajador, que tenía un cáncer interior del que nunca se lamentaba con nadie, del que no se quejaba jamás, no obstante lo mucho que debia padecer.

—¿Por qué no te desahogas con la queja? le decía un día su marido, admirado de tanta constancia.

—¿Y á quién me he de quejar? preguntó ella; á

tí, sería afligirte, y bastante grande será tu dolor el día que baje al sepulcro: ¿á mis amigas? su envidia contaría los días que me quedan que vivir, y se alegrarían de que mi próxima muerte les quitase de la vista una rival que abrazaban, pero que á la vez aborrecían. No, amigo mío; he sido demasiado dichosa para que ahora sea compadecida.

Pienso, madre mía, que con las llagas morales se debe hacer lo mismo que aquella noble señora hacía con su cáncer.

¡Feliz aquella que logra una sola amiga digna de este nombre! Yo la tengo en tí, y es el primer beneficio por el cual doy todos los días gracias á la bondad del cielo.

Magdalena Guymont, que sostenía una correspondencia activa con mi marido, la ha suspendido, y hace algunos días me ha escrito á mí desde París.

«Yo era, me dice, señora Condesa, amiga de su esposo de V.; pero he dejado de serlo desde el día en que se mostró tan buena y afectuosa conmigo, uno de los últimos de su permanencia en Baden; los maridos de las mujeres como V. no deben tener más amigas que su esposa.

»Al afecto del Conde prefiero un poco del de usted; no me lo niegue, y quizá algún día, convencida por el ejemplo de V. y por sus gratas y nobles cartas, dejaré esta existencia de peligros y volveré á Dios mi alma abatida y demasiado grande para las regiones en que vive.

»Yo, señora Condesa, estoy orgullosa de merecer un poco del interés de V.; porque nosotras anhelamos tanto más el suave y vivificante contacto del bien, cuanto más cerca vivimos del mal; cuanto menos merecemos la estimación, la ansiamos más, y tanto más preciosa la consideramos.»

Ya puedes comprender, querida mamá, que habré contestado á Magdalena en los terminos más afectuosos y más cordiales, ofreciéndole mi verdadero y profundo afecto.

No ceso de dar gracias á Dios, que así ha terminado las relaciones de mi marido con esa joven que tanto me aventaja en seducciones y en talentos.

Germán parece más contento, mi querida mamá, desde que la mayor tranquilidad de mi espíritu permite más calma y reflexión á mi carácter; creo que está algo admirado de ver que ya no gasto, y que aquella fiebre de vanidad que me atacó en Baden se ha disipado.

Mis hábitos laboriosos le extrañan también un poco, después de haberme visto entregada, en los primeros meses de nuestra unión, á la ociosidad y al fastidio que ésta trae consigo: algunas veces, en tanto que yo coso ó bordo, se sienta á mi lado, me mira trabajar, y cuando estoy más descuidada, estampa un beso en mi cuello inclinado sobre mi labor.

Esta dulce caricia hizo caer dos lágrimas sobre mi bordado la primera vez que la recibí.

—¿Por qué lloras? me preguntó Germán.

—Porque soy muy feliz, le respondí; pense que no me querías.

—¿Cómo has podido pensar eso? exclamó mi marido abrazándome; yo te quiero de un modo que tú no sabes, y te querré mucho más; quiéreme á tu vez, para que puedas perdonarme mis defectos, que son muchos; yo trataré también de corregirlos, y para lograrlo con más facilidad, voy á tomar una determinación.

—¿Una determinación?

—Sí, muy formal... y muy honrada.

—¿Cuál?

—La de trabajar.

—¡Trabajar! ¿Y en qué?

—En mil cosas: en mis negocios: mañana al amanecer voy á visitar unas minas de las que tengo muchas acciones, que había olvidado al volver; iré á visitar contigo la casa solariega de mi familia, que está en un pueblo á algunas leguas de aquí, y allí pondré en orden los papeles de mi archivo de familia, abandonado hace ya muchos años.

—Pero tú ¿para qué quieres trabajar, si eres rico? exclamé.

—Ya voy dejando de serlo, respondió Germán; y aunque pudiera disponer de una fortuna opulenta, la obligación del hombre es trabajar y ser algo en la sociedad; el hombre ocioso es el ente más despreciable, porque el trabajo le está pres-

crito como deber y como beneficio; trabajando se mejorará mi carácter, y vendré con un vivo placer á tomar el descanso en tu compañía.

Yo abracé á mi marido y dí gracias al cielo; en efecto, si trabaja se distraerá, y si llego á lograr que lea libros serios, se despejará esa cabeza de las ideas erróneas que, á pesar de su talento, tiene acerca de todo.

Mi tia está contenta, y es en efecto, y prescindiendo de la ligereza de su carácter, una buena compañía para el interior de la casa; algo la apesadumbra que yo no quiera continuar en mis crecidos gastos; pero le he dicho que la casa y mi guardarropa están ya provistos de todo, y se ha conformado, con la dulzura de su natural frívolo, pero complaciente.

EUFEMIA.

XVIII

Magdalena á Clotilde.

París, Octubre de 1865.

Vuélvete aquí, y desiste ya de la empresa que te has propuesto llevar á cabo.

Deja á Pablo seguir su camino, y no quieras agravar tu conciencia con la infelicidad de una familia, para que el día de tu muerte no veas vagar sombras negras al derredor de tu lecho.

Tu última carta empezaba anunciándome que te alejabas de esos sitios: ¿qué haces aún en ellos? ¿Qué interés te detiene? ¡Acaso es el fatal atractivo del mal! Vén á este París loco y elegante, que te llama, porque yo le voy á dejar; sí, yo me canso ya de esta vida, y me canso desde que ha pasado al lado mío una mujer honrada.

¡Ah! ¡me preguntas que si me acuerdo de aquella escena de la *Maison Dorée*! ¡En mis sueños más hermosos me he visto algunas veces ataviada con un traje blanco y un blanco velo como los de aquella joven desposada! ¡Me he visto apoyada en el brazo de un hombre honrado, madre de dos bellos niños, señora de una casa risueña, aseada y encantadora!

Mi gabinete azul y oro se había cambiado en una modesta salita con muebles de caoba y tapicerías de lana; mi loca camarera Nineta se había convertido en una aldeanita joven y sencilla; las visitas galantes que me asedian con mortal fastidio, se habían trocado en algunas amigas honradas y buenas; yo cosía, zurcía el viejo lienzo de la casa, cortaba y hacía mis vestidos; y todo esto en vez de pasar mis inútiles días tendida en un sofá, envuelta en una bata de muselina, y rodeada de una corte de amor.

¿Pero crees que yo soñaba esto dormida? No; me bastaba cuando me quedaba sola, con cerrar los ojos para ver ese pequeño mundo, en el que hubiera deseado habitar.

En nosotras la juventud es breve; vivimos demasiado de prisa, y cuando llega nuestra madurez, apenas ha llegado á su mitad la juventud de las demás mujeres; entonces, aun en los umbrales de la vida, lloramos nuestros años perdidos, sacrificados en las aras del vicio, y nos hallamos sin familia, sin afecciones y hasta sin amigos; entonces las palabras *honor*, *deber*, *virtud*, *sacrificio*, que nos parecían vacías de sentido y que acaso excitaban nuestra sonrisa más burlona, se nos aparecen rodeadas de un prestigio sobrenatural y escritas con fuego, como el *Mane*, *Thezel*, *Phares* de la Escritura. Entonces nuestra alegre vida pasada se nos aparece como un esqueleto arrastrando el formidable manto del hastio, y muchas la terminamos con nuestra propia mano, cansadas de no hallar ni un solo amor verdadero, y seguras de no hallar ninguna felicidad en lo futuro.

Toda vida sin deberes es estéril y no merece conservarse.

Yo he pensado muchas veces en la solitaria vejez que me espera, y en que no habrá quien vaya á dejar ni una flor ni una lágrima en mi sepultura; he vuelto la vista al pasado, y no he hallado más que humo; he vuelto la vista al presente... humo también; para el porvenir sólo veo la nada.

¿De qué modo llenaré yo esta laguna insondable de mi vida?

De uno solo.

Voy á colgar en los altares profanos el velo de

la sacerdotisa del amor, que hasta hoy usé, y á ceñir mi frente con un manto sagrado.

Voy á hacerme hija de San Vicente, y á dedicarme al cuidado de los enfermos y de los menesterosos.

Dejaré á Francia y me iré á España al lado de una mujer noble y hermosa, que me ha arrebatado al hombre que amé.

Sí, es la esposa de Germán la que me ha redimido con una sola mirada dulce, con una dulce sonrisa: todas esas mujeres que miden la virtud á varas, me arrojaban al pasar una mirada de desprecio; la Condesa de Maceda es la única que me la ha dirigido de amistad.

Encontró un pañuelo mío, y vino en persona á traerlo al hotel donde yo me hospedaba.

¿Por qué este proceder ha penetrado de gratitud mi corazón? Yo no lo sé; pero es lo cierto que desde aquel día renuncié, no sólo á ser la rival de esa mujer, sino también de todas las mujeres casadas.

Escribía á Germán, y dejé de hacerlo, despidiéndome para siempre de él; en cambio escribí á su mujer pidiéndole un poco de su afecto, que me ha concedido.

Á este afecto, pues, voy á acogerme, cansada de las vanidades del mundo, y á lo menos, yo, sin padres ni hermanos, yo, huérfana de toda afección, contaré con una sobre la tierra.

La primera mitad de mi vida se ha pasado en

sueños vanos y en ilusiones mentidas; la felicidad ha sido para mí un pájaro que ha remontado el vuelo por encima de mi cabeza y que apenas ha rozado mi frente con las plumas de sus alas: la buscaré en otras regiones, para que la segunda mitad de mi vida, la más importante, la más cercana á la tumba, no sea tan estéril como la primera.

Dicen que las mujeres honradas nos envidian, y comparan con amargura su vida laboriosa y llena de fatigas y cuidados, con nuestra vida alegre y ociosa; pero ¡ah! ¡si supieran cuánto más dulces son sus trabajos que nuestra ociosidad! ¡Si supieran con cuánta amargura las vemos pasar modestamente á pié, desde nuestros carruajes! ¡Si supieran con cuánto gusto cambiaríamos nuestra suerte por la suya! Ellas tienen un esposo, hijos, amigos; nosotras nada tenemos, pues el hombre que más amor nos profesa se avergonzaría de sí mismo si alguna vez pensase en ofrecernos su nombre y su mano.

¡Vén, Clotilde, vén, pues, á reemplazarme! Te cedo el cetro del talento que me obligásteis á empuñar, y mi nombradía de belleza y distinción; vén, amiga mía, y deja á ese Pablo que ha desertado de nuestra compañía, para que sea buen casado, si acaso esto es posible; si quieres seguir mi ejemplo, te vendrás conmigo, y algún día te felicitarás por ello; si no. . si no, seguirás como hasta aquí.

Ya he empezado á vender mis muebles y mis

joyas; sacaré de ellas una cantidad mayor que la que pensaba; toda la dedico á los pobres, es decir, á los necesitados, porque hay pobres de muchas clases, y desde luego no hay nadie tan pobre como yo de los bienes más estimables.

Así que tú llegues y te haga entrega de varios legados, que distribuirás segun mis instrucciones, saldré para Madrid, y, con la ayuda de mi protectora, pronto tomaré el velo de las hijas de San Vicente de Paul.

Para los corazones heridos no hay distracción ninguna; la lectura les hace más mal que bien, pues comparando sus dolores con los que se describen, siempre los hallan mayores; no hay más que dos bálsamos: la maternidad ó la religión.

Bajo el sagrado manto de esta última me acojo; yo buscaré mi consuelo aliviando á los desgraciados, curando á los enfermos y sirviendo en los hospitales; para mí, que no tengo familia, lo será la gran familia humana; donde haya lágrimas que enjugar y miserias que socorrer, allí estará la que, á pesar de todo, es y será siempre tu amiga

MAGDALENA.

XIX

Eufemia á Cintia.

Madrid, Noviembre de 186...

¿Cómo lo pasas, hermanita mía, en tu nuevo estado? Sólo deseo que te vaya tan bien como á mí, y estoy cierta de que así será, porque mi hermano es bueno en el fondo, aunque para esposo tenga el carácter algo áspero y sombrío.

Tienes razón: Modesta es un ángel, y nada me extraña que mi hemano la haya amado: ¿quién puede verla sin amarla? Como todas las organizaciones privilegiadas, está dotada de una atracción irresistible, que así conquista el amor como la amistad y como todas las nobles simpatías.

Yo pienso, hermana mia, que, por grande que sea el talento de la mujer, éste le será completamente inútil si no tiene una sólida y sana razón; la razón es la base del carácter, y la razón nos impide ser dominadas por ilusiones que nos fascinan y nos engañan.

Yo he sido también desgraciada, y la desgracia es lo que, sobre todo, desarrolla la facultad de reflexionar: durante las horas de soledad en que mi marido me dejaba, he meditado y me he estudiado á mí misma; me he dicho que para la vida del matrimonio se deben tener pocas ilusio-

nes, y que es mejor ser razonable que ser niña irreflexiva.

No puedes hallar una amiga mejor para tu vida de esposa que Modesta; esa joven, de humilde cuna, hija de los servidores de nuestra casa, puede ofrecernos á tí y á mí el ejemplo de todas las virtudes domésticas, si bien no le es dado ofrecernos el de talentos brillantes.

Yo te envidio, hermana mía, como un bien supremo, la proximidad de Modesta; recuerdo aún con admiración y enternecimiento ese dulce rostro, en el que brillan la sonrisa interior de la vida, la ternura inagotable del alma y de la mirada, y en particular ese rayo de luz y de razón, tan sereno y tan impregnado de sensibilidad, que se desliza, como una caricia eterna, de sus ojos profundos y pensativos.

Se comprende, nada más que con ver á Modesta, las pasiones que ella hubiera despertado en el mundo, y la que ha inspirado á mi hermano, pasión noble que ella no podrá apagar, pero á la que hará tomar un elevado carácter.

Sí, Cintia; Modesta es, sin duda, la que ha inspirado á tu marido la noble idea de trabajar para ocupar su tiempo y para matar el hastío devorador que le abrumaba. Modesta no será nunca una enemiga tuya, sino tu amiga mejor y más sincera; ella, con su orgullo que la honra mucho, rehusó casarse con mi hermano, al que seguramente amaba, para dar su mano á un honrado in-

dustrial, conociendo, en su sana y luminosa razón, que los casamientos desiguales sólo desgracias producen.

Por una coincidencia singular, también mi marido ha decidido trabajar como el tuyo; ¿se habrán escrito y comunicado su deseo de ser útiles á la sociedad y á sí mismos? Estoy segura de que sí, porque ellos no se ocultan ninguno de sus pensamientos, y á pesar de que ambos se han separado por diferentes y continuos viajes, su afecto no se ha enfriado nada con la ausencia.

Germán se halla ahora visitando unas minas de las que había comprado diferentes acciones, y que tenía absolutamente descuidadas.

Yo me ocupo de trabajar también; el trabajo manual en la mujer es uno de sus mejores recursos, como distracción y como economía; yo corto y coso mis trajes de interior, reformo los que hay que variar, arreglo mi casa, llevo mis cuentas y me ocupo, en fin, de todos los detalles domésticos; haz tú lo mismo, mi querida hermana; distribuye las horas, á fin de dar algunas al descanso, otras al paseo, y la mayor parte á una ocupación útil y sólida.

Casi todas las mujeres de nuestra clase pasan estérilmente su vida, dedicadas sólo á una tapicería ó á un bordado, que dura meses y aun años algunas veces; el bordado ocupa los ojos y los dedos, pero deja al pensamiento la libertad de vagar por donde quiere y de alimentarse de sueños y

de quimeras, siempre distantes de la realidad de la vida.

Por el contrario, el arreglo y la confección de nuestros trajes ocupa la imaginación por completo y la absorbe de una manera agradable y provechosa.

Tú, mi buena y dulce Cintia, tienes, además, el inestimable consejo y la grata compañía de mi buena madre. ¡Cómo te envidio esta dicha! ¡Cuán fácil es ser á su lado á la vez virtuosa y feliz! Sí, porque sólo de la virtud sale la felicidad perfecta.

Yo viviría de mejor gana en esa soledad, al lado vuestro y al de mi marido, que en este Madrid, en el cual sólo alcanzan completa adoración la fortuna y el rango social; yo que sólo he conocido el fastidio cuando he estado en medio de todas las opulencias en las aguas de Baden, me hallaría ahí completamente dichosa, dividiendo mi vida entre el trabajo, el cultivo de la música, la contemplación del campo y la oración en la humilde iglesia de la aldea, cuyos altares decoraría por mi mano.

Pero aunque por ahora deba permanecer aquí, espero que un día ú otro me será dado ir á reunirme con vosotras en esa apacible y risueña soledad: mi abuela lo desea, y acaso Germán, cansado del bullicio, opte por la quietud y por los dulces goces de una familia dilatada y bien unida.

¡Qué felices seremos entonces, y qué colonia tan envidiable formaremos!

Entretanto que llega ese día, yo me ocupo de una obra que espero será meritoria á los ojos de Dios, y que desde luego me es sobremanera agradable.

Una joven á la que amó mi marido en París, y que hace pocos meses me inspiró en Baden muy serios recelos, ha determinado dejar el mundo y la peligrosa senda que seguía, para consagrarse á Dios bajo el velo de las hijas de San Vicente.

Esta joven es encantadora y está dotada de todas las gracias y talentos que hacen seductora á la mujer; pero ¡ay! la desdichada emprendió un mal camino, y al ver que le están vedados el de la paz del matrimonio y el de la familia, á los que no puede aspirar, ha elegido el del cielo.

Todo París conoce el nombre de Magdalena Guymont, como una de las más encantadoras loretas que deslumbraban con sus equipajes en el bosque de Bolonia, y cuyas cenas no tenían igual en cuanto á lujo y esplendidez. Pues bien, esta joven ocupa ahora en esta corte un modesto hospedaje; ha cedido toda su fortuna á los desvalidos, y yo estoy cosiendo para ella un pobre hábito de estameña.

Adiós, hermana mía, y recibe un abrazo de tu

EUFEMIA.

XX

El Conde á Pablo.

Madrid, Noviembre de 186...

¿No arrancarás al fin de tu alma ese amor fatal que bajo tan diversas formas acaricias?

¡Modesta, y siempre Modesta! ¡Este nombre no se separa de tus labios ni de tu corazón! Todas tus cartas se reducen á hablarme de ella; tú la adoras bajo todas las formas y de todas las maneras.

Acaso, mi pobre Pablo, no es la afición á trabajar la que te ha llevado á ser el tenedor de libros del fabricante, sino el ansia miserable de ver á su esposa; pero aunque te engañes á tí mismo, este deseo es laudable y no puede menos de dar buenos frutos.

Veamos: ¿quieres ser mi asociado para trabajar, y que yo, vendiendo los bienes que tengo extendidos por varias provincias, afiance en esa mi fortuna? Yo me iré ahí con mi mujer; nos harémos los dueños benéficos del país; edificarémos una granja modelo, y serémos la providencia de los desgraciados.

Ambos trabajarémos: la mejora de los vinos, de las legumbres, de las frutas y de los ganados, nos dará ocupaciones serias y honrosas; en Francia va conociendo la nobleza que la época exige

gastos más crecidos de lo que son las rentas. y se dedica á la agricultura y hasta á la industria para dejar á cada uno de sus hijos un capital regular que les ponga al abrigo de la necesidad.

Hagamos eso nosotros: seamos labradores y cosecheros, á la vez que propietarios: ocupémonos de civilizar y mejorar ese pais pobre y esquilmado por los impuestos y además por las vejaciones de sus diferentes señores: hagámoslo todo nuestro, y derramemos en él la paz, la abundancia y el bienestar.

Creo excusado esperar tu asentimiento á este propósito, y pienso desde mañana poner por obra los medios necesarios á su realización; es decir, voy á vender aquí y en todas partes donde tengo propiedades, para comprar ahí y edificar un modesto palacio que nos abrigue á Eufemia y á mí.

Estoy ya tan cansado de las grandes poblaciones, que ansío la tranquila soledad de los campos, como el que ha caminado en el desierto anhela el oasis de palmas y de flores: el ruido de esta gran villa aturde mi cabeza; su continua mentira altera mis nervios; ya no me divierten sus espectáculos, sus paseos, su eterno bullicio de gentes; todo me cansa y me agobia, y me parece que aun no he llenado mi misión de hombre y de ciudadano.

A tu hermana y mi mujer le parece esta medida el colmo de la felicidad; aquel vértigo de festines y de gastos se le pasó al instante; su naturaleza, recta y buena, ha recobrado su imperio, y se

apega á todo lo que es laborioso, sencillo y honrado.

Además, ella será feliz en pasar con su abuela los últimos años que ésta viva; es un amor que supera á todos sus demás amores, el que tiene á esa anciana madre, que la ha criado, que la ha educado y que jamás ha dejado de velar por ella.

Tu pobre esposa Cintia se hallará también más feliz al lado de Eufemia; y, sobre todo, tú olvidarás ese amor que tan hondas raíces va echando en tu corazón, con los goces de la familia y con una ocupación digna de tus facultades.

Dejemos el mundo por los campos, los dorados artesonados por el cielo: dejemos las galas por los sencillos vestidos, las joyas por las flores, los mentidos encantos del mundo por los de la naturaleza; esa es la amiga mejor, y la que no engaña jamás.

Es cosa singular que este pensamiento de soledad, este deseo de trabajo útil y benéfico llenen ahora mi alma de tan dulce y tan completa paz como nunca la había conocido: en las más arriesgadas empresas, en todos mis proyectos de galanteos y de fiestas, hallaba siempre en mí el eterno vacio del corazón; y es que cuanto pensaba hacer eran cosas muy pequeñas, disfrazadas con grandes y altisonantes palabras: lo que ahora pienso no tiene más que un nombre: *trabajar*; y una sola acepción: *hacer bien*.

Lo que ignoro es lo que harémos de tu tía, la

buena Baronesa; ayer, almorzando, la pregunté, para conocer sus intenciones:

—Tía, si nos fuéramos al campo, ¿nos seguiría usted?

—Tú no puedes irte al campo, contestó.

—¿Por qué?

—Porque te aburrirías de fastidio.

—Pero supongamos que yo quisiese probar: ¿vendría usted con nosotros?

—No, me respondió resueltamente.

—¿Por qué?

—El campo no es para mí: Madrid es mi centro, y fuera de Madrid moriría, á no ser que me fuese á vivir á París, donde sería aún más dichosa.

—Pues nosotros es probable que nos vayamos, le dije con gran asombro de mi mujer, que aun no sabe nada de mis proyectos.

—Entonces, me quedaré.

—¿Se quedará usted?

—Sí.

—Pero ¿dónde?

—Ya veremos: lo que te aseguro es que al campo no iré.

—Pero V. no es rica para vivir por sí sola.

—Desgraciadamente es verdad.

—¿Y qué haría usted?

—Entraría de señora de compañía en casa de alguna de mis amigas.

—¡Cómo! ¡Aceptaría V. esa especie de servidumbre!

—Todo, menos ir al campo.

—¿Ni por una temporada?

—Ni por un día.

La buena señora tiene razón: ¿qué haría ella en el campo? Su campo son los salones, donde puede distribuir palabras dulces como la miel; risas gratas que dejan ver su magnífica dentadura postiza, miradas expresivas y llenas aún de coquetería.

La Baronesa está dotada de un carácter bueno y fácil, poco dispuesto á la contemplación, pero muy propio para todo lo agradable; en el campo se aburriría, porque es frívola; la apacible vida que algunas naturalezas privilegiadas desean, no agrada á otras más superficiales y que están dispuestas á las diversiones y á los placeres.

Te voy á dar una noticia que te sorprenderá mucho. Magdalena, nuestra bella amiga, se ha hecho Hermana de la Caridad y la mejor amiga de mi mujer, que se ha encargado de todas las diligencias necesarias al efecto; esta decisión, llevada á cabo con tanto valor por esa noble criatura, ha contribuído á abrir mis ojos á las ideas más graves y más saludables; ella me amaba, no puedo dudarlo, y se ha sacrificado en las aras del honor y de la virtud.

GERMÁN.

XXI

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Noviembre de 186...

Ya he empezado á comprar estos valles, estos fértiles campos, estos terrenos feraces, que desbastándolos, se convertirán en otros tantos verjeles.

Esta es la respuesta que doy á tu proposición; para las fiestas de Navidad os esperamos Cintia y yo, y darémos el espectáculo, nuevo al mundo, de un Conde y un Marqués convertidos en agricultores y en bienhechores de su país.

He escrito también á los párrocos de los pueblos vecinos, á fin de que ajusten en mi nombre y me envíen á todos los trabajadores de familias honradas y honrados ellos mismos que conozcan, para ocuparlos en la edificación de la granja modelo que tú proyectas, y en la que yo había soñado también.

Esta granja ha de ser inmensa, casi como un pueblo, y en su dirección, cuidado y labores darémos ocupación y pan á muchas personas dignas que hoy yacen en la miseria.

Al venerable cura de Valflores darémos también de nuestro bolsillo particular un sueldo decente que le permita vivir con alguna más como-

didad que la que le proporcionan sus mezquinos honorarios.

Mi abuela y Cintia quieren que fundemos asimismo un hospital, á lo que ni tú ni yo nos opondrémos, y los pobres de Valflores no tendrán ya que temer el abandono en sus enfermedades.

Creo que serémos así más grandes que cuando teníamos fama de Tenorios, y que nuestras almas alcanzarán una tranquilidad envidiable practicando el bien: por lo pronto, ya podemos, desde la semana que viene, dar pan á muchas familias menesterosas, ocupando á infinitos jornaleros en la granja, en los desmontes y en el hospital: mi abuela colocará en él la primera piedra.

Puedes figurarte que, desde que ando ocupado en estos quehaceres, he dejado mi teneduría de libros, y Felipe ha hallado ya quien me reemplace.

¡Qué feliz me contemplo ahora! Los restos de tu fortuna y de la mía nos constituían casi en pobres vergonzantes en una gran capital: con esos restos podrémos llevar á cabo empresas nobles y bellas en medio de estos campos.

Cintia parece otra mujer: se ha vuelto activa, entusiasta, casi vivaz: se ocupa incesantemente de costuras que reparte entre los pobres; estudia y aprende en el piano un bello himno á la Virgen, que quiere cantar en la iglesia del pueblo el día que se ponga la primera piedra del hospital.

Parece que me ha perdido ya aquel terror

exagerado que, sin quererlo y sin saberlo, le inspiraba: hace dos ó tres días estaba yo en mi cuarto escribiendo, y entró ella; apoyándose en el respaldo de mi sillón é inclinándose hácia mí, me dijo:

—Respóndeme á lo que te voy á preguntar, con toda franqueza.

—Enhorabuena; habla, le respondí sonriendo.

—¿Cómo te gustaría que fuera yo?

Tomé un libro, y al azar escogí estos versos franceses, que le leí en castellano, y dejando á un lado la rima:

«Quiero una mujer indulgente
Cuyo humor dulce y compasivo
Sea fácil de plegarse á mis defectos,
Y sepa reconciliarse conmigo:
Que me corrija sin tomar un tono cáustico,
Que me gobierne sin tiranía,
Y que penetre en mi corazón poco á poco
Como una dulce luz en los ojos delicados.»

—¿Es esta lectura tu respuesta? me preguntó Cintia sonriendo á su vez.

—Sí, le respondí: lo que dice ese autor es lo que yo deseo, y tú lo eres ya.

—No, repuso mi mujer meciendo su rubia cabecita: no hay tal cosa: no lo soy, pero lo seré: para ello, sólo necesito un poco de valor: ayúdame tú, y cuando haga algo bueno, dímelo.

Cintia me besó en la frente y me dejó.

Esta dulce humildad de niña va penetrando

poco á poco en mi corazón, como la luz suave de que hablan los versos citados: Cintia va dejando de ser una mujer vulgar, educada con el ejemplo de mi abuela, que ya tan anciana, es aún la poesía de mi casa.

¿Por qué he de exigir yo tampoco que mi pobre esposa sea un sér superior, un ángel, una creación ideal? Desde que medito, veo las cosas con una mirada más justa y más equitativa: creo que debemos buscar en la mujer propia dulzura, castidad, sobriedad, actividad, paciencia, inteligencia regular y buen carácter; y creo que á no ser una tierra muy estéril, la mano de un esposo puede sembrar todo esto y recoger rica cosecha.

Envanezcámonos, pues, Germán, de nuestra superioridad, porque ella nos puede servir para educar á nuestras compañeras y para tener un hogar doméstico, el cual, si es esencialmente cuidado y embellecido por la mujer, es al hombre á quien corresponde establecer su base.

No hay hogar sostenido sólo por la esposa, que antes muere mártir que llega á ver el fruto de su penosa tarea.

Emprendamos la buena vía, Germán, y nosotros no caeremos: alegrémonos en el seno de la familia y de la virtud; la alegría del corazón es la vida del hombre y lo que hace más larga su existencia.

¡Qué felicidad tan pura y tan deliciosa hemos desdeñado! La inocente y sencilla Modesta me ilu-

minó acerca de la aridez de mi vida, el día que me definió el deber y me dijo que la sola verdad era Dios. ¡Cuánto debo á esa celestial criatura! ¡Cuánto le debe Cintia! Ambos la amamos ahora con un cariño enteramente fraternal, y su casta virtud ha purificado todas las sombras que había en derredor nuestro, como la luz del sol barre los celajes del cielo.

Tanto estimamos ahora á Modesta como á su marido: este noble joven tan digno, tan honrado, es muy superior á nosotros, locos desenfrenados, que hemos arrojado en el polvo del camino los más ricos tesoros del alma. Él me abrió los horizontes del trabajo, y á su lado aprendí la perseverancia en la ocupación, esa virtud humilde, pero fecunda en buenos resultados, como todas las virtudes.

Venid, pues, á habitar también este antiguo y majestuoso castillo. ¡Qué digna corona para la noble vida de mi abuela va á ser su dichosa vejez! Sin cesar da gracias á Dios, á ese Dios á quien ha servido y amado siempre con tanta fidelidad como ternura, y que ahora nos reune en derredor suyo para acompañar los últimos años de su vida ejemplar.

El árbol de Navidad se va á colocar en el gran salón del castillo; venid Eufemia y tú á sentaros á su sagrada sombra.

PABLO.

XXII

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Diciembre de 186...

Ya puedo llamarme la más dichosa de las mujeres y de las madres, porque dentro de pocos días tendré alrededor mío á los restos queridos de mi familia.

¡La familia! ¡Santa y dulce palabra! El que no ama á su familia, dice el gran Apóstol San Pablo, ha renegado de la fe y es peor que un infiel.

¡Qué bella recompensa me guardaba Dios por todo lo que he sufrido! ¡Bendito sea! ¡Mi muerte será tranquila, pues veré á todos mis hijos junto á mi lecho!

Ya estos campos florecientes anuncian vuestra venida: ya las familias vienen al valle en busca del trabajo que se les ofrece en el desmonte, en la roturación y en el cultivo; tu marido y tu hermano, hija mía, se han constituído en dueños exclusivos y en providencia del país.

¡Qué bella colonia va á formarse en esta tierra que ha mecido mi cuna y las de todos vuestros mayores! Aquí me vine á vivir sola con mis recuerdos, y aquí venís á buscarme vosotros todos, hijos míos, y á acompañar los últimos días de mi vida.

La vida íntima va á empezar para nosotros con todos los elementos de la felicidad más pura. Pablo constituirá el talento; Germán, la fuerza de voluntad; Cintia, la bondad; tú, la poesía y la belleza; yo, la devoción; Modesta y Felipe, el trabajo y la actividad; el señor cura, la dulzura y la fe; no, no habrá nubes en nuestro horizonte.

Los hombres trabajarán, proyectarán, mejorarán los frutos, las lanas y los ganados; nosotras cuidarémos de los pobres del hospital, y volverémos á abrir la escuela, que Modesta dirigirá; por la noche nos reunirémos en este salón que estoy decorando á la inglesa, es decir, con perfecto *confort* y comodidad, y pasarémos deliciosas veladas haciendo labor, leyendo y oyéndoos á vosotras cantar, acompañadas de Modesta.

No serémos por ahora muy ricos, pues los trabajos exigen grandes desembolsos; pero ¿qué importa? la verdadera medida de la riqueza es la de no estar ni demasiado cerca ni demasiado lejos de la escasez, y pocas riquezas, manejadas con economía, valen más que grandes tesoros mal empleados.

Aquí, cerca de mí, yo os enseñaré la ciencia de la economía á Cintia y á tí, porque la economía es virtud en la pobreza y cordura en la medianía, aunque sea vicio en la opulencia.

Os enseñaré á observar para todo el orden más perfecto, porque el orden alivia la memoria, economiza el tiempo y conserva las cosas.

Todas las habitaciones están ya preparadas; tú y Germán habitaréis el ala del jardín, que consiste en un saloncito con su antecámara, dos cuartos de dormir, dos de tocador, un despacho para el Conde y un cuarto de labor para tí.

Pablo y Cintia seguirán en la que hoy tienen, que mira al valle, y que consta, poco más ó menos, de las mismas piezas.

Se han renovado las tapicerías, se han estucado de nuevo las paredes: cada uno de vosotros hallará en su estancia los objetos que sean más de su gusto.

Y bien, hija mía, ¿participas tú de la felicidad de tu anciana madre? Segura estoy de que sí y de que á mi lado acabaré de educaros, como á niñas que sois, y acaso podréis ser un día el modelo de nuestro sexo.

Para cerrar la colección de consejos que por escrito te he enviado con mejor voluntad que suficiencia, voy aún á poner algunos al final de esta carta, última que por ahora he de escribirte.

Arroja de tí, como á un enemigo implacable, al seco y estéril egoísmo, prefiriendo el placer y el bienestar ajeno al tuyo propio: aquel sentimiento es, no lo dudes, el más ingrato de todos: el que no busca más que la propia satisfacción, se agita sin descanso y sin fruto, y siempre desagradando á los demás, no llega nunca á contentarse á sí mismo: el egoísmo, es decir, el amor propio, si pudiera ser bien entendido, debiera tras-

formarse para satisfacerse; dedicándose á los demás podrá hallar la calma que persigue en vano cuando se obstina en recorrer la vía que conduce á un fin únicamente personal; el amor propio es un abismo que no se puede llenar, y en el cual se arrojan inútilmente los sentimientos de abnegación, los deberes, y la sola alegría verdadera, que es el sacrificio; se multiplican los esfuerzos, y se imponen á los demás las cargas que nosotros no queremos soportar; llegamos á ser exigentes, inicuos; mas la moral queda vengada, porque el egoísmo, cada vez más insaciable, se aumenta con todo lo que quita á los extraños, y los límites que extiende sirven sólo para dar una intensidad más insoportable á sus deseos y á sus exigencias.

Sé amable, si quieres ser amada, hija mía, y desconfía siempre de las palabras altisonantes que se aplican á las cosas pequeñas, porque son una máscara: antes de dejarte seducir por su sentido, examina su origen y su fin, y consiente sólo en concederle el beneficio de tu admiración, si ese fin es irreprochable.

En nuestros días, muchos sentimientos mezquinos y muchas malas pasiones se abrigan bajo nombres poéticos; la organización femenina, y sobre todo la tuya, es tan rica, tan variada y tan múltiple, que contiene á la vez todas las debilidades y todas las fuerzas, todas las pequeñeces y todas las grandezas; posee una elevación nativa que, poniéndola al abrigo del mal, la expone á grandes

errores, porque sabe evocar grandes imágenes que cubren con su sombra tendencias culpables: las mujeres confundimos fácilmente la expresión con la acción, y buscamos muchas veces en la primera la grandeza y la poesía que sólo pueden hallarse en la segunda: toda alma verdaderamente elevada, es decir, dotada de sentido poético, sabe encontrar la poesía lo mismo en la hierbecilla que en la gigantesca encina; la poesía vive ó no en nosotros, y en el primer caso, la reconocerémos y sabrémos repartirla en los más humildes deberes de nuestra existencia, cumpliéndolos en nombre de un sentimiento generoso; pero cuando huye la poesía de la acción para refugiarse en las palabras, no es otra cosa que una máscara que sirve para ocultar cosas que son no solamente muy positivas, sino realmente culpables; la poesía entonces enerva el corazón, sustituyendo las quimeras más pueriles á las realidades sanas y fortificantes, en medio de las cuales debemos buscar el valor y la satisfacción; en una palabra, así comprendida, la poesía degrada, en vez de elevar, desde el momento en que se quiere hallar en ella una excusa á los sentimientos egoístas.

Te digo todo esto para precaverte de la dureza de carácter, apoyada siempre en el egoísmo y en la impaciencia de que los demás nos incomoden.

Te lo repito, sólo la persona amable es amada, y la complacencia es un capital que se pone en circulación y que nos da muy pingües rentas.

La verdadera grandeza estriba sólo en la moderación, la justicia y la modestia, y yo confío, mi querida hija, en que, antes de mucho, ofrecerás el modelo de todas las virtudes.

ANA.

FIN DE LA VIDA ÍNTIMA.

EN LA CULPA VA EL CASTIGO

NOVELA ORIGINAL

DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

I

SANGRE ILUSTRE Y ALMA NOBLE.

Don Pedro de Villalta era, á principios del año de 1838, uno de los señores más opulentos de las dos Castillas.

La nobleza de su cuna, apoyada en muchos pergaminos, era de las que aun hoy llama la aristocracia rancias, es decir, que tenía el registro de remota antigüedad, tan venerado por nuestros abuelos.

Mas á pesar de pertenecer su familia á la más elevada grandeza del Reino, él había ganado su colosal riqueza paso á paso, gracias al gran poder de su inteligencia y al gran caudal de su actividad.

Era el hijo cuarto del Dnque D... y había seguido la carrera de la magistratura.

Su familia, y sobre todo su padre, se habían opuesto á que estudiase como cualquiera joven de la clase media.

—Pedro, le dijo un día el Duque, no compren-

do qué miras son las tuyas, ni por qué, teniendo bastante para vivir, quieres darme ese disgusto mortal: ¡estudiar tú como un plebeyo, como el hijo de un pobre artesano! ¿Qué supones adelantar? ¿Qué vas á conseguir?

—Padre mío, respondió el joven con respeto, pero también con la extrema firmeza que formaba la base principal de su carácter; padre, no quiero ser un ocioso ó un ignorante como muchos jóvenes de la Grandeza. Dios, al concedernos el favor, que seguramente lo es, de nacer en noble cuna, no me ha exigido que ahogue mi inteligencia en una culpable ociosidad: todo ciudadano tiene el deber de ser útil á su patria; todo hombre, el de ser útil á su familia; todo padre, el de vigilar y cuidar de la educación de sus hijos. ¿Qué haré por mi patria, si no penetro en la senda de la ciencia y del saber humano? ¿Qué haré por mi familia, si he consumido toda la savia de mi vida en una inútil y culpable ociosidad? ¿Cómo velaré por mis hijos, si me acostumbro á una existencia de afeminación y de molicie, que les ha de ofrecer un pernicioso ejemplo? ¡No, padre mío! ¡Déjame el ejercicio de la inteligencia, déjame que pruebe si tengo algún talento, y déjame que lo haga brillar en ese caso! El hombre ha nacido para el trabajo, y ya con la pluma, con la toga ó con la espada, debe elevar aun más su nombre, por muy elevado que éste sea ya: yo elijo la toga; quiero probar si sé llevarla con dignidad, y si sé

cumplir los árduos deberes que impone; si no es así, te aseguro que la dejaré y que no me empeñaré en llevarla indignamente.

—¿Desistirás entonces de seguir una carrera? preguntó el Duque, en cuyos ojos brilló un destello de orgullosa esperanza.

—No, padre mío, respondió Pedro; entonces empuñaré la espada: si es mi mano débil para sostenerla, acudiré á la pluma del escritor; y si aun entonces viese que el cielo me había negado ese rayo luminoso que se llama genio, y sin el cual ni las obras viven, ni el escritor tiene nombre, aun buscaré otros caminos.

—¿Y cuáles, desgraciado, cuáles? exclamó el Duque, que no podía creer en aquella, á su parecer, espantosa obcecación.

—Los arcanos de la medicina, las carreras facultativas; y recorreré, antes de darme por vencido, todos los ramos del saber humano; todos aquellos que llevan lejos de la ociosidad, cáncer vergonzoso de las más bellas aspiraciones del hombre.

El joven hablaba con creciente y generoso entusiasmo; pero su padre le volvió la espalda y salió de la habitación, poseído á un tiempo de asombro, de indignación y de dolor.

Pocas horas después Pedro sostuvo con su hermano mayor una conversación muy parecida.

El heredero del título y de las riquezas de aquella ilustre y opulenta casa era mucho más orgulloso é intolerante que su padre, pues es cosa

sabida y probada por la experiencia que los defectos de los padres crecen en los hijos.

—Hermano mío, dijo á Pedro, suavizando todo lo posible el timbre áspero y altanero de su voz; nuestro padre me ha dicho de tí cosas extrañas; que deseas estudiar y seguir una carrera, del mismo modo que si fueras un pobrete.

—Te ha dicho, pues, la verdad, querido Enrique, respondió Pedro con entereza; quiero estudiar y ser algo, porque el título de hombre impone obligaciones.

—Te impone la de ser honrado, ó más bien, la de no hacer ninguna acción que ofenda la nobleza de tu cuna; pero nada tiene que ver nuestra clase con esas utilidades á la sociedad y al país, de que has hablado á nuestro padre, y que, según se ve, quieres tú prestarles, llevado de las locas utopias proletarias que han seducido tu juventud y tu inexperiencia.

—¡Y qué, hermano mío! exclamó calurosamente el hermano menor, ¿serás tú el defensor de esa hermosa parte de nuestra clase, que pasa su juventud fumando en el fondo de sus gabinetes y consumida por la ociosidad y el tedio? ¿Crees que es la misión del hombre el ver deslizarse su vida entre estúpidos y materiales placeres, refiriendo aventuras galantes y riéndose de los maridos burlados? ¡Pues si esto es así, si tu pensamiento no ha salido del círculo miserable que le trazan las preocupaciones, te compadezco! Yo creo, por el

contrario, que el trabajo y el estudio constituyen una gran parte de la felicidad, y no sé por qué mi cuna ilustre ha de condenarme á una inacción no menos vergonzosa que desesperante para mi carácter activo y entusiasta. ¿Acaso porque es noble mi nombre he de renunciar á darle yo más gloria? Porque soy gran señor, ¿he de verme obligado á envidiar al pobre estudiante que se sienta en el aula para explicar su lección con brillantez, después de algunas horas de estudio? ¿No me ha dado Dios la voluntad, el libre albedrío y quizás algo de eso que llaman talento, y que si ocasiona dolores, da también al alma supremas alegrías? ¡No, no! ¡Yo quiero ser algo, y lo seré! Te repito á tí las mismas palabras que ya he dicho á nuestro padre.

Tal fué el fin de esta entrevista.

Desde aquel día cesaron los consejos y las reflexiones del Duque y de su hijo mayor. Pedro estaba tan obstinado, y su carácter estaba dotado de tal firmeza é inflexibilidad para lo que consideraba bueno y justo, que conocieron la inutilidad de insistir.

Siguió, pues, el joven la carrera del foro, ejerciendo durante muchos años su honrosa profesión: la más severa probidad era el norte de todas sns acciones, y su nombre alcanzó una gloria tan justa como merecida.

Pedro de Villalta salió bien de algunas empresas arriesgadas en que se había interesado, y en premio de sus desvelos y de su trabajo llegó á

reunir una fortuna de doce millones de reales.

Su familia desapareció de su lado; su padre murió, y sus hermanos se casaron.

Una hermosa mañana de invierno, en que paseaba por el bello y poético Retiro, sintió por primera vez un vacío en su corazón, un malestar inexplicable.

Veía pasar incesantemente á su lado amantes parejas embebecidas en dulces coloquios; delante de él familias cercadas de risueños niños caminaban alegremente; y el radiante sol de aquel día, y el tibio ambiente que ya empezaban á embalsamar las primeras flores de Febrero, le hicieron suspirar por un amor y una familia nueva.

—¡Soy rico! se decía para sí Pedro de Villalta, en tanto que seguía con lentos pasos una de las hermosas calles del paseo: tengo doce millones de reales, un soberbio palacio, dos carruajes, hermosos caballos y muchos criados; el lujo y la esplendidez me rodean; pero tengo cerca de treinta y tres años, y no he conocido aún el verdadero amor, ¿Será eso lo que falta á mi felicidad? ¿Será eso lo que anhelo con esta sed inextinguible que nada puede apagar?

Los placeres, las diversiones me hastían y me fastidian: el tedio me consume; es, pues, preciso que piense en casarme.

Pedro dió fin aquí á su monólogo mental, y tomó el camino de su casa para reflexionar con más libertad en su proyecto.

Sus meditaciones no hicieron más que afirmarle en su primer pensamiento: la soledad de su palacio le abrumaba; dotado de un alma vehemente y apasionada, necesitaba una afección que absorbiese la actividad, la atención y el tiempo que antes había dedicado al estudio y á los negocios.

Su fortuna estaba hecha; sus arcas llenas; pero necesitaba llenar su corazón.

Pedro pensó en quién podría ser la compañera de su vida; mas ninguna de las jóvenes que conocía, y que se hubieran envanecido con su elección, le agradaba para hacerla su esposa, ni le inspiraba ese amor profundo y razonado, base indispensable de la felicidad conyugal.

Esta le parecía llena de vanidad y de caprichos,

Aquélla, dominante y egoísta.

La otra, falta de corazón y sensibilidad.

Pedro de Villalta era demasiado rico para buscar riqueza, y tenía demasiado talento para contentarse con mujeres vulgares.

Hubiera deseado una joven pobre, pero dulce, modesta y dotada de buen talento y de sensibilidad.

Aun estaba sumergido en sus reflexiones, cuando recibió un billete del Conde de B..., uno de sus amigos, concebido en los términos siguientes:

«Mi querido Pedro: Esta noche á las nueve iré á buscarte con mi carruaje para que me acompañes á casa de mi tío el magistrado D. Salvador de Mendoza.

»Sabes que hace mucho tiempo deseaba pre-

sentarte á mi tía y á mi prima Gabriela, y he elegido hoy, porque por ser cumpleaños de mi tío, tienen una pequeña reunión de familia.

»Creo, sin vanidad, que pasarás una velada agradable y bien distinta de las que pasamos ambos aburriéndonos en esas suntuosas *soirées* en que todo es mentira y fingido oropel.

»Adiós, querido Pedro: hasta las nueve.

»Tuyo de corazón,

El Conde de B...»

Pedro se alegró de tener un motivo para pasar distraído el resto del día, y una noche que prometía serle muy fastidiosa por la mala disposición de su humor; comió, se vistió muy sencillamente, y apenas acabada su *toilette*, entró su amigo.

Era éste un joven de veintiocho años, hermoso como Apolo, calavera, alegre y disipado, pero dotado del más bello corazón del mundo.

—¡Ah! ¡qué irresistible estás esta noche! exclamó mirando á Pedro de Villalta. ¡Qué talle, qué cabellos, qué elegancia tan sin pretensiones y de tan buen gusto!

—¿Quieres callar, loco? repuso Pedro, que en pié, delante de un espejo, daba la última mano á sus hermosos cabellos, que formaban gruesos anillos naturales.

—Te digo que estás irresistible; hasta ese aire de altivez que siempre te estoy reprobando, te sienta hoy maravillosamente.

—Me alegro, pues me aburres con las reconvenciones que me haces acerca de él.

—Es que ya sabes, Pedro, que me intereso por tí, y siento que tu carácter se refleje en tu semblante y en toda tu figura.

—¿Por qué?

—Porque así nadie puede desconocer tu defecto capital.

—¿Cuál es?

—Una soberbia desmesurada: tienes un carácter de hierro.

—No te lo negaré, tienes razón; pero ¿es esto un defecto capital?

—Sí; á ménos que no halles caracteres muy dulces, tendrás que sufrir mucho; á bien que el principal peligro para tí no ha llegado todavía.

—¿Cuál?

—El de casarte.

—Pues te equivocas; ha llegado ya.

—¿Cómo?

—Pienso seriamente en casarme.

—¿De veras?

—De veras.

El Conde quedó pensativo: luego, acercándose á su amigo, tomó su mano y le dijo con una gravedad tanto más conmovedora cuanto más extraña era en él:

—Pedro, te suplico que fijes tu atención esta noche en mi prima.

—¿En la señorita Gabriela de Mendoza?

—Sí: es un ángel; y si realmente piensas en casarte, como dices, con nadie podrías ser tan feliz; sólo te advierto una cosa.

—¿Cuál?

—Que es pobre; su padre es segundón y no tiene caudal.

—¡Bah! ¿Y eso qué importa? Yo soy rico para los dos.

El Conde y Pedro salieron de casa de este último y se dirigieron á casa de Gabriela.

II

GABRIELA

Don Salvador de Mendoza—hijo, lo mismo que Pedro, de una ilustre casa,—había tenido que buscar en la misma carrera que aquél había seguido por entusiasmo, un remedio á la pobreza que le amenazaba: siguió con brillantez su carrera de leyes, y siendo ya un abogado de reputación bien sentada, se casó con una señorita bella y de una familia tan distinguida como la suya.

Dios bendijo su matrimonio y su holgada mediania con cinco hijos todos varones: la madre adoraba en ellos y los cuidaba de tal modo, que, á su parecer, les ofendía el aire y la luz: su padre se pasaba jugando con ellos todos los ratos que le dejaba libres el asiduo trabajo á que se consagraba.

Era de verle por las tardes, después que salía de su despacho, tendido sobre la alfombra y jugando con sus cinco niños, como un niño mayor y más loco que todos; y no pocas veces, al ir á

buscarle un cliente ó un amigo, habia repetido las palabras del monarca francés al embajador de una corte poderosa:

—Vuestra señoría es padre, y así me permitirá que dé otra vuelta sirviendo de cabalgadura á mi hijo.

Puede suponerse si los niños adorarían á un padre semejante, y si la madre sería dichosa al ver á los seis: mas ¡ay! una fiebre maligna cortó los días del mayor, y sus hermanos le siguieron al cementerio, inficionados del mismo veneno.

La madre sufrió una enfermedad que la condujo á las puertas del sepulcro; del padre se apoderó una languidez y una tristeza que durante algunos meses tomó el aspecto terrible y helado del idiotismo.

Al salir de aquella terrible crisis de su dolor, se hallaron rodeados de la más dolorosa soledad: aquella casa, antes tan alegre, tan animada con las bulliciosas risas y con los alegres juegos de los niños, se hallaba convertida en una tumba.

Así pasaron tres años: al cabo de este tiempo se anunció otro hijo, que fué esperado con ansia como el consuelo único de tanto dolor.

Pero en vez de un varón, vino una niña delicada y bonita como una miniatura, y á la que se le puso por nombre Gabriela.

Nada hay comparable á la ternura y al minucioso cuidado con que fué educada por su madre; no tuvo aya, ni otros maestros que un sacerdote

ilustrado y amigo de la casa, que la enseñó á leer, á escribir, y cuando llegó el tiempo, la preparó á la primera comunión.

Su madre la enseñó el dibujo y la música, artes ambas que poseía medianamente, y lo bastante para que su hija amenizase algún tanto las veladas domésticas: por lo demás, le bastaba tan mediana instrucción, pues, según el propósito de sus buenos padres, jamás había de asistir Gabriela á *soirées* ó reuniones, diversiones á las que eran muy opuestos, y que sobre los inconvenientes de los grandes gastos, tienen—decían ellos—otros muchos para las jóvenes, y sobre todo para las jovenes que sólo aspiran á un modesto enlace.

Gabriela creció, pues, en la sencillez, en la modestia y rodeada de buenos y santos ejemplos: su padre era la misma probidad; su madre, la misma virtud; no esa virtud ceñuda, austera, descontentadiza, sino la virtud dulce, amable y llena de tolerancia y de bondad.

Hermosa, sencilla, llena de gracias y de encanto, no faltaron seducciones en derredor de Gabriela; pero aquella joven alma era demasiado delicada, y su sensibilidad demasiado profunda y exquisita, para prendarse de cualquiera, para tener coqueterías ó para dejarse llevar de ilusiones mentidas; por otra parte, sus padres no se decían sino con sumo pesar que llegaría un día en que Gabriela les abandonase por un esposo digno de ella: la soledad que volvía á amenazarles les ate-

rraba para los días de su vejez, que ya no se hallaban muy lejanos.

Lo que más sobresalía en Gabriela era una extrema dulzura de carácter, la que, unida á su exquisita sensibilidad y penetrante talento, hacía de ella un sér angelical y perfecto.

Vemos muchas veces en la vida equivocar la impasibilidad con la mansedumbre: las personas que nada sienten son las que comúnmente pasan por bondadosas y sufridas: por el contrario, las naturalezas muy sensibles son desiguales é impetuosas en sus manifestaciones, que siempre siguen el curso de sus pensamientos; pero hallar reunidos en una misma persona un gran talento, una imaginación viva y mucha bondad, prudencia y tolerancia, es tan extraño como digno de admiración.

Gabriela, dichosa y tranquila al lado de sus padres, nada más deseaba: pocas veces había pensado en las dulzuras de la vida conyugal: presentáronla, de los diez y seis á los diez y nueve años, algunas proposiciones de matrimonio; vió á los pretendientes, y dijo á sus padres que no le agradaba ninguno de ellos para esposo suyo.

Una vez que su padre la estrechaba algo más que otras, para ver si su negativa era falta de reflexión ó aversión decidida al matrimonio, la joven le dió la más completa y satisfactoria explicación de sus ideas y sentimientos.

—Padre mio, le dijo, no creas niñerías lo que

es efecto de maduras y largas reflexiones; esta joven cabeza que tanto amas, es ya bastante pensadora: sé que la carrera de la mujer es casarse; pero no me uniré jamás á un hombre á quien no ame con todo mi corazón, á quien no respete profundamente, á quien no estime tanto como le ame y respete: el día que halle ese hombre en mi camino, le consagraré mi vida y mis pensamientos, sea pobre ó rico, de noble ó de humilde cuna: hasta ahora no le he hallado aún, y creo una baja traición casarme con el corazón vacío y no amar al que elija para compañero de toda la vida.

Pocos días después de esta conversación fué cuando tuvo lugar la pequeña fiesta de familia, que sólo en los cumpleaños de su esposa y de su hija daba el honrado y grave magistrado D. Salvador Mendoza, y en la cual fué presentado Pedro de Villalta por su amigo el Conde de B..., sobrino de la madre de Gabriela.

Fuese que Pedro estuviese fuertemente impresionado con las palabras de su amigo, ó bien que su deseo de casarse influyese en la disposición de su ánimo, ello es que Gabriela subyugó completamente su corazón.

Encontró en ella una joven que aun no había cumplido veinte años, hermosa, dulce, dotada de un carácter angelical, de un alma tierna y de una belleza simpática y llena de encantos.

Era una flor suave y perfumada, nacida bajo el abrigo del amor maternal, y que había crecido

en el retiro, sin haber sido azotada jamás por el vendaval de las pasiones.

Figuráos una joven alta y esbelta, de cabellos dorados, ojos de color de cielo y sonrisa de ángel, y tendréis una idea de Gabriela de Mendoza, aunque sea esta idea bastante imperfecta.

Su traje era de una extremada sencillez: llevaba un vestido de muselina blanca y lisa, sujeto á su delicado talle con un cinturón azul como sus ojos: sus rubios cabellos, ondeados naturalmente, sombreaban graciosa y púdicamente su frente de nácar, y un leve color de rosa animaba sus mejillas, redondas y satinadas con el fresco color de la inocencia, de la juventud y de la plácida alegría que constantemente reinaba en el fondo de su alma.

Cuando se acercó Pedro á su lado, alguna cosa se estremeció en el fondo de su corazón, que le avisaba haber llegado el instante de amar como sólo debía ella amar una vez durante su vida.

Aquella apacible velada, que se pasó cantando muy medianamente algunas jóvenes amigas de Gabriela, y tocando ésta el piano para que los demás bailasen, pareció muy breve á Pedro de Villalta, acostumbrado á los círculos más aristocráticos de la corte, en los que se aburría de muerte.

Comparaba el semblante de nieve y rosa de Gabriela, su talle de ninfa y la gracia virginal y pudorosa de todos sus movimientos, con las caras arreboladas, los rizos postizos y los oprimidos ta-

lles de algunas grandes señoras que se empeñan en gozar de una eterna juventud, y la sencilla cordialidad que presidía en aquella reunión, á la fatigosa etiqueta de los brillantes saraos.

Fué de los últimos que se retiró, y se despidió con pena de Gabriela y de sus padres, ofreciendo volver á visitarlos.

—¿Qué tal te ha parecido mi prima? le preguntó el Conde al llegar á la calle.

—¡Adorable! ¡mil veces adorable! exclamó Pedro con un entusiasmo que no pudo ahogar el rumor de las ruedas del carruaje.

—Ya lo sabía yo, repuso aquél: si yo no la amase como á una hermana, ya sería mi esposa.

—Pues qué, ¿ella te ama? exclamó Pedro poniéndose pálido.

—No, respondió el Conde tranquilamente; sólo me profesa un cariño fraternal; pero yo hubiera sido capaz de los mayores sacrificios por conquistar su amor: querido Pedro, mi prima es una de esas mujeres-ángeles que tan pocas veces se hallan sobre la tierra: ya que mi destino no ha sido hacerla mía, que sea tu esposa, y los dos seréis dichosos.

El silencio reinó entre los dos amigos hasta llegar á casa de Pedro, donde le dejó el Conde, retirándose en seguida á la suya.

Inútil es decir que el hijo menor del Duque D... no durmió en toda la noche.

Cuando se levantó, su resolución estaba defi-

nitivamente tomada: si Gabriela le amaba, quería casarse con ella.

Volvió á verla, y á la luz del dia le pareció mil veces más bella y más encantadora.

Dos días después la habló de su amor, y una deliciosa turbación le dijo que podía esperar ser dichoso: pasaron algunos días más, y una noche, al dar el magistrado á su hija el beso de despedida, retuvo entre las suyas la mano de la joven y le dijo:

—Gabriela mía, me han pedido tu mano.

La joven se puso encarnada y ocultó su semblante en el seno del anciano.

—Ya presumo que conocerás á tu pretendiente, dijo éste con una bondadosa sonrisa: ahora bien, dime la verdad, ¿le amas?

—Sí, padre mío, respondió Gabriela levantando su frente con noble firmeza: le amo; estoy segura de ello: es el solo hombre á quien he querido con ese amor profundo, indispensable, á mi parecer, para la dicha conyugal.

—Entonces, le concederé lo que me pide; pero advierte que hay un inconveniente.

—¿Un inconveniente? exclamó Gabriela palideciendo.

—Vamos, no te asustes así, hija mía: lo que yo llamo un inconveniente, para otros padres y para otra novia sería una gran ventaja: lo que tu madre y yo llamamos inconveniente, consiste en que él es muy rico y tú eres pobre.

—¡Oh! eso no debe darnos cuidado, padre mío, exclamó Gabriela con un candor y una sencillez sublimes por su nobleza y espontaneidad: sé que es incapaz de sospecharme interesada: le perdonarémos su riqueza en gracia de otras mil bellas cualidades que le adornan.

Pedro recibió aquella noche un triple *sí* de los padres y de la hija.

¡Qué deliciosa velada se pasó, pensando en cómo se había de arreglar la casa de Pedro para dar gusto á Gabriela!

¡Cuántas pequeñas disputas! ¡cuántos graciosos altercados!

La novia quería cortinas rosadas en su gabinete de tocador: el novio las prefería azules, y, como gran razón, daba la siguiente:

—Amo ese color, porque así era el cinturón que llevabas la primera noche que te ví.

Arregláronse por fin todas las diferencias, y un mes más tarde Gabriela de Mendoza juraba al pié del altar amar siempre á su esposo, el feliz, el orgulloso y enamorado Pedro de Villalta.

III

UN GRAN SEÑOR

Diez y ocho meses cumplían de su matrimonio Pedro y Gabriela, cuando dió ésta á luz una niña, á la cual se puso el nombre de Regina; y como si el cielo hubiera querido rodear á esta criatura del amor más exclusivo y de la solicitud más tierna, hizo estéril para lo sucesivo el seno de su madre.

Pedro adquirió entonces el título de Marqués de Villalta, para dar á su hija un rango igual al de la primera nobleza de España.

Regina creció hermosa y gallarda entre las caricias de sus padres: la adolescencia aumentó las gracias de su niñez, y la juventud coronó su espléndida belleza con un nuevo brillo.

A los diez y seis años, época en que la doy á conocer á mis lectores, era la joven más linda, de más talento y más rica de cuantas pertenecían á la aristocracia española; y el espléndido lujo que la rodeaba, unido al apasionado y proverbial amor

de sus padres, la hacían el objeto de la envidia de todas las jóvenes de su clase.

Pedro de Villalta no había cambiado mucho: á la sazón era un hombre de cincuenta años, de carácter fuerte como el hierro, pero de noble y bellísimo corazón.

Acostumbrado, desde la cuna, á vivir rodeado de sumisión y respeto, no dispensaba á su numerosa servidumbre el más leve descuido en la severa é invariable etiqueta que tenía establecida en su palacio,

Los ayudas de cámara usaban, por orden suya, traje negro y corbata blanca: las libreas de los lacayos eran magníficas, y todos los muebles que había desde la primera antesala del palacio hasta su más oscuro rincón, ostentaban la corona de Marqués sobre el doble y antiquísimo blasón de su familia y de la muy ilustre de su esposa.

La nobleza antigua de la corte respetaba, en vez de zaherirla, la severa etiqueta del Marqués Pedro de Villalta: sabían todos que su cuna era buena, y que las riquezas que le habían servido para alcanzar el título que le igualaba con ellos, habían sido honrosamente adquiridas.

El mundo, por más que nos empeñemos en creerle injusto, no siempre lo es: si fuéramos á buscar el origen de sus juicios, de sus simpatías y de sus odios, hallaríamos que no pocas veces tiene razón en lo que rechaza y en lo que acoge.

El *gran mundo* del año de 1838 apreciaba sin-

ceramente al Marqués de Villalta; admiraba la belleza poética y encantadora de la Marquesa su esposa, al mismo tiempo que su dulcísimo carácter, su corazón sensible y benéfico sobre toda ponderación, y la ternura tranquila de su alma, viendo en su hija la señorita Regina lo que se llama un *soberbio partido* para cualquiera de los jóvenes de la grandeza.

No obstante, el mundo en su inapelable justicia había descubierto en la hija de los Marqueses de Villalta un orgullo feroz y un corazón viciado por el loco amor que sus padres le profesaban.

La dignidad orgullosa del Marqués no se limitaba á pueriles exterioridades: él era magnífico en todo cuanto hacía, sin pretender ostentarlo: era además sinceramente religioso: todos los sábados—día consagrado á la Virgen, á la cual profesaba una tierna devoción—salía de su casa por la mañana muy temprano, solo y á pié, visitaba muchas familias menesterosas, de las cuales era el protector hacía algunos años, y sus bolsillos, llenos de monedas de oro y plata al salir de su palacio, volvían enteramente vacíos.

Sus arrendatarios eran felices, porque él tenía el mayor cuidado de que nada les faltase, á condición de que fuesen laboriosos é irreprensibles en su conducta: si alguno cometía una falta, se le reprendía, seria, pero blandamente: mas si reincidía con pocas intenciones de enmienda, le echaba de su casa sin hacer caso de sus quejas.

De este modo era una especie de providencia terrestre, que, á la imagen de Dios, castigaba y daba premios con tanta equidad como justicia.

Un solo sentimiento dominaba el corazón del Marqués: el amor á su hija.

Regina era el único fruto de su unión, y jamás hija alguna reinó con más absoluto imperio en el corazón de su padre.

Cuando aquélla despertaba, veía al lado de su lecho al Marqués que espiaba el momento en que abría los ojos para abrazarla, con la misma ambiciosa ternura que si hiciese muchos días que no la hubiese visto: poco después entraba su madre, y el Marqués salía para esperarlas en el comedor.

La Marquesa, no menos idólatra de su hija que su esposo, la vestía por sí misma con aquel cuidado prolijo que sólo saben emplear las madres: quitábale su gorro de cama de batista y encajes, y alisaba sus cabellos con un peine de concha; cruzaba su bata con previsora solicitud é iban ambas á reunirse con el Marqués.

Regina pasaba la vida entre aquellos dos tiernos y solícitos amores, sin deseos, porque jamás le daban tiempo para tenerlos: su habitación, alhajada con tanta riqueza como elegancia, era la más deliciosa que puede imaginarse: sus consolas estaban llenas de juguetes de plata, china y nácar; la sillería de su gabinete de labor era de nácar con asientos de terciopelo blanco bordado de seda; las mesas de mármol de Carrara, y su lecho,

de plata maciza y digno de una reina por su magnificencia, estaba rodeado de cortinas de damasco blanco con cordones y borlas de plata.

Mas la joven estaba rodeada de tan fastuosa opulencia y usaba diamantes y encajes contra su gusto y únicamente porque así lo querían sus padres.

Todos sus trajes eran de terciopelo y de seda: tenía carruajes y criados destinados exclusivamente á su servicio particular, pues aunque para ella estaban demás, el Marqués anhelaba manifestarle su amor por todos los medios posibles: creía ¡pobre y obcecado padre! que la opulencia y el fausto tienen que ver algo con la felicidad del corazón; creía que los bienes materiales son el todo; que la ostentación de la riqueza puede significar el amor entre un padre y su hija; y su pasión por Regina le había cegado hasta el extremo de juzgar vulgarmente el corazón de la joven, y de desconocer que preparaba para entrambos un porvenir de lágrimas y de dolor, un manantial inagotable de penas, cuyo término debía ser la muerte.

IV

REGINA

Ya he dicho que la Marquesa de Villalta era tan amante de su hija como su esposo; pero su carácter, mucho más suave y dulce que el del Marqués, la hacía aún más cariñosa que éste para Regina: pasábase el día besándola, mirábase en sus ojos y no permitía que nadie más que ella se ocupara del adorno de su hija.

Regina era alta, esbelta y muy hermosa: era en cuerpo y alma el verdadero retrato de su padre: solamente habia en ella aquella delicadeza propia de la mujer, y que estaba en contraposición directa con la tez morena del Marqués y con sus facciones pronunciadas.

La joven tenía la tez blanca y trasparente como el nácar, lo que formaba un precioso contraste con sus grandes y ardientes ojos negros: su cabello, negro también, era abundante y rizado: su boca y su nariz no podían ser más perfectas: su

porte respiraba majestad, y su talle era tan gracioso como elegante y flexible.

Pero en su frente, elevada y blanca como el mármol, notábase cierta cosa que eclipsaba, como una nube, todas las perfecciones de su rostro, y que era como una especie de triste anomalía de sus diez y seis años: era una expresión de orgullo casi salvaje, que se reflejaba también en la mirada arrogante y fija de sus negros ojos, y que se advertía aún mejor en su carácter fiero é indomable.

Regina tenía la energía y la dura altivez de su padre; aquella altivez por la cual hemos visto reconvenirle en tiempo más remoto á su amigo el Conde D..., que era innata en él lo mismo que en su hija.

Ésta, que veía que nadie la contrariaba en nada, fué adquiriendo un dominio absoluto sobre todos los que la rodeaban, sin exceptuar á sus mismos padres: no obstante, su corazón excelente la hacía ceder en aquello que ella conocía que podía halagar á los autores de sus días, y una prueba no pequeña del amor que les profesaba era la incómoda opulencia á que se sujetaba, y á la que, á la verdad, era muy opuesta, pues gustaba mucho de la comodidad y sencillez.

Como á nadie veía á su lado más que á sus padres, el carácter de Regina no había podido manifestarse dulce ó indómito; jamás tenía que hablar una palabra con sus doncellas ó lacayos,

porque su madre era la que prevenía todos sus deseos; carecía de amigas, porque el celoso y extremado cariño del Marqués no admitía más intermediarios entre él y Regina que su esposa; así, pues, tampoco había podido dar á conocer la sensibilidad de su corazón ni el temple de su alma: es verdad que más de una vez, al ver desde su carretela á un mendigo, había sacado de sus cabellos una flor de diamantes ó perlas y se la había arrojado; pero el que en aquellas ocasiones hubiese observado cuidadosamente la expresión de los grandes ojos de Regina, hubiera calificado semejante acción, no de benéfica, como la calificaban sus padres, sino de arrogante y soberbia.

La pobreza era una cosa tan desconocida para Regina, que ni aun viéndola podía persuadirse de su existencia; no había carecido en su vida de nada, ni aun había tenido tiempo de formular deseos, porque todos se le prevenían, como ya he dicho, con la más exquisita solicitud.

Tenía dos doncellas dedicadas exclusivamente á su servicio particular, aunque la verdad es que apenas se ocupaban en él, porque su madre tenía gusto en atender á todos los cuidados de su traje y tocador; sin embargo, una de aquellas jóvenes, cuya habilidad para el peinado era muy notable, arreglaba los hermosos cabellos de Regina con una maestría que realzaba su riqueza y abundancia.

Las jóvenes y todas las personas del mundo, sean cualesquiera su edad y condición, no están

exentas de algunas variaciones en el humor, y es locura exigir constantemente de un criado paciencia y sumisión á toda prueba.

Una mañana, la camarera se levantó triste; habíase enojado la noche anterior con su novio, y había pasado llorando las horas que hubiera debido dedicar al sueño.

Cuando entró en el tocador de Regina, ésta, que nunca miraba á sus criados á la cara, no advirtió que la joven tenía los ojos hinchados y el semblante abatido, y se dejó poner un peinador de batista, abandonando luego su cabeza á las manos de la camarera.

Esta desató con suma lentitud aquella soberbia cabellera, negra como las alas del cuervo y rizada como las aguas de un lago; la pobre muchacha pensaba en las infidelidades de su novio y en las palabras duras que le había dirigido, y gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos y rodaban por sus mejillas.

Sorprendida Regina de lo poco que adelantaba en su tocado, se volvió hácia la camarera y le preguntó con un acento de desdén, lleno de acritud y dureza:

—¿Qué es esto?

La camarera se estremeció como si saliera de un sueño, y murmuró:

—¿Me hablaba la señorita?

—Te pregunto qué es lo que haces, dijo Regina con mayor dureza; ¡no parece sino que estás dor-

mida! Vamos, acaba pronto, que ya me estás molestando demasiado con tu calma.

Un pensamiento amargo cruzó por la mente de la camarera al oir aquel duro lenguaje; un pensamiento que siempre se presenta sombrío y desolador en los que sufren mucho y están en contacto con las personas felices.

—¡Ah! se dijo; esta joven tan querida, tan mimada, tan rica, tan adorada por sus padres, ¿qué otra cosa ha hecho que yo, pobre huérfana, desvalida y abandonada por el hombre á quien tanto amaba? ¡Es horrible que, además de soportar mi desgracia, tenga que soportar también sus insultos!

Estas reflexiones que herían su corazón, crisparon sus manos y enredaron entre sus dedos los largos cabellos negros de Regina, lastimándola algún tanto.

Ésta, que no conocía ningún dolor moral ni físico, porque su salud era excelente, se volvió como si hubiera recibido una injuria mortal.

La irritación nerviosa de la camarera, aquel acceso de ira, la habían sorprendido y asombrado tanto, por ser la primera vez que hallaba al lado suyo alguna cosa fuerte y hostil, del todo diferente al servilismo á que estaba acostumbrada, pues que el amor excesivo de sus padres se hallaba destituído, por su mismo exceso, de toda dignidad.

Pero no queriendo rebajarse hasta hacer conocer su falta á la camarera, se contentó con me-

dirla de arriba abajo con una mirada llena del más supremo desdén, y con decirle señalándole la puerta:

—¡Sal!

La desgraciada joven comprendió por medio de una intuicióu dolorosa lo enorme de su falta, tratándose de una persona del carácter de Regina; se dijo que su joven señora la detestaría en adelante, que había perdido, no su gracia, sino el precioso bien de su indiferencia, y que siendo Regina la deidad que imperaba en todos los de la casa, participarían de su aversión y de su enojo; así fué que, dejándose caer de rodillas delante de ella y cruzando las manos, exclamó con voz alterada:

—¡Ah, perdón, señorita, perdón!

—¡Sal! repitió Regina, volviendo á señalar la puerta con la misma implacable frialdad.

—¡Oh señorita! ¡No sabía lo que hacía! gimió la muchacha: ¡pensaba en otra cosa... ¡Si supiera V. cuán desgraciada soy!,..

—¡Sal! volvió á decir por tercera vez Regina, cuyas mejillas de nácar se vistieron del carmín de la ira, y cuyos grandes ojos iban tomando una expresión sañuda y casi cruel.

—¡Yo no quise digustar á V., señorita! prosiguió la pobre joven sin dejar su humilde postura; ¡yo no pensé ofenderla...! ¡Señorita, yo tenía un novio... yo... soy tan desgraciada!...

Regina se levantó con una majestad fría y aterradora, fué á la campanilla y tiró de ella.

A su sonido, anonadada la camarera, se puso de pié y permaneció inmóvil y palpitante.

Apareció un criado.

—Pon á ésta á la puerta de la escalera, le dijo Regina señalándole á la muchacha.

—¡Pues qué! exclamó la camarera retrocediendo ante la tosca mano del criado, que ya se extendia hacia ella con una docilidad automática; pues qué, ¿me despide la señorita de su servicio? ¿llega á tanto su crueldad, sólo porque la he lastimado sin querer?

—Vamos, basta de charlar, repuso el criado; sal al instante de casa... ayer se te pagó el mes.

—¡No quiero irme, y no me iré! gritó exasperada la camarera: la señora Marquesa de R... me recomendó á la señora, y pues ella me admitió, ella sola es la que puede despedirme. ¡Aquí la señorita no es nadie! ¡Una hija de familia no puede ni admitir ni despedir criados... y yo no la obedeceré!...

—¡Desgraciada! ¡Qué es lo que dices! murmuró el lacayo en voz baja: ¡sal, y no hables una sola palabra más!

—¡Y bien! ¿Qué me harán aunque hable? gritó la camarera, que ya no se contenía ante ninguna consideración, exasperada como se hallaba por la ira. ¡Hablaré... y diré lo que digo ahora... que no me voy hasta qne la señora me despida!...

—Sal al menos de aquí, dijo el criado: ventilarás eso con la señora Marquesa, pero no incomodes más á la señorita!...

—No, repuso Regina fríamente, no saldrá de aquí: tú vé á llamar á mi madre.

El criado salió, y la Marquesa entró un instante después.

—Mamá, dijo Regina, echa ahora mismo á esta muchacha de casa.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Gabriela.

—Ha sucedido, señora, respondió la camarera, que, sin querer, lastimé un poco á la señorita estando peinándola, y que por eso quiere que me vaya de esta casa.

—Hazte cuenta que nada de eso ha sucedido, repuso Regina: daré un motivo aun más injusto á mi determinación: te despido y quiero que salgas al instante de casa porque no me gusta verte: sal ahora.

—¡Véte! ¿Qué esperas? preguntó la Marquesa, haciendo esfuerzos inauditos para no demostrar su pena por el estado lastimoso de aflicción y de estupor en que veía á la infeliz camarera.

—¡Oh! gritó ésta retorciendo sus manos desesperada; ¿conque también V. E. me despide, señora?

—¿Has podido pensar que tuviera otra voluntad que la de mi hija?

—¡Sí, sí! ¡Ya debía saber que sus padres son también sus criados! exclamó la joven. ¡Que en esta casa sólo hay esclavos, y que el tirano no tiene alma ni entrañas!... Pero, señora... déjeme V. E. decirle... V. E. es más justa, más humana,

mil veces mejor que su hija... Yo tenía un novio... un novio á quien quería mucho... y él también me quería á mí... Supe que me hacía traición con otra, y no sabe V. E. lo que pasó en mí... Entré á peinar á la señorita, distraída... parecía que me abrían el pecho y la cabeza de lo que me dolían...

—¡Basta ya! ¡Tú haces que me duela ahora á mí! gritó impaciente Regina; sal al instante.

—¡Sal! repitió la Marquesa.

—¡Ah! ¡esa hija será el castigo de sus padres! gritó irritada la joven, precipitándose fuera de la estancia con la cabeza trastornada por la ira y por el dolor.

—¡Qué fastidio! exclamó Regina bostezando: ¿Qué me importará á mí de su novio y de sus pesares amorosos? ¡Yo creía que no nos dejaba en paz!

—¿No te da pena, hija mía? preguntó Gabriela, cuyos ojos estaban arrasados de lágrimas. ¡Yo quisiera que la perdonaras y que no saliera de casa! La pobre nos quería... y ahora... ¿á dónde irá?

—No sé, mamá, ni me importa eso, respondió Regina; en cuanto á que esa mujer, que me ha faltado de un modo tan insolente, pueda volverse á quedar, disponlo si tú quieres; pero ni sufriré que se ponga jamás delante de mí, ni saldré de mi habitación para no tener el disgusto de verla.

La Marquesa no quiso insistir más: amaba á su hija sobre todas las cosas del mundo; por nada quería disgustarla, y la tranquilidad y la alegría de Regina eran para ella tan interesantes, que le

hacían olvidarse de todo lo demás. Hizo sentar de nuevo á su hija delante de su tocador, y ella misma peinó con el mayor esmero su hermosa cabellera.

No volvió á nombrarse á la camarera despedida delante de Regina; pero su madre, que conocía y apreciaba las excelentes cualidades de aquella pobre muchacha, le envió algunos socorros y le buscó otra colocación en casa de una señora amiga suya.

De esta suerte, el carácter duro de la joven alcanzaba siempre la victoria; y sin embargo, la mayor parte de su fuerza, de su rara energía, permanecía aún medio velada entre los risueños recuerdos de su infancia, tan recientemente pasada, y las bellas y radiosas esperanzas de su naciente juventud.

¡Ay de aquellos padres, que la amaban con tan loco amor, el día destinado para la total aparición de tan funestas dotes!

V

LA CASITA

El palacio de los Marqueses de Villalta daba, por la parte donde estaban situadas las habitaciones de verano de Regina, á una calle estrecha y sin salida, sombría y oscura, y por consiguiente, sumamente fresca.

Su madre, deseando preservarla de todo ruido que la molestase, había colocado allí su dormitorio, y Regina babía aceptado gustosa semejante arreglo, que la era ventajoso, sin pensar en rogar á su madre que se aprovechase también de él, pues el excesivo cariño con que estaba criada había desarrollado en su alma un egoísmo extremado.

La primera vez que ocupó su alcoba de verano, fué para dormir en ella la siesta; ésta se prolongó hasta la hora de comer; pero no queriendo sus padres despertarla, esperaron con paciencia hasta que ella abrió los ojos, que fué cerca del anochecer.

Todavía no se habían entrado luces en el aposento, porque la Marquesa temía turbasen el sueño de Regina: por lo tanto, lo primero que vió ésta, al despertar, fué la débil luz del crepúsculo.

Saltó del lecho, y después de recibir un beso de su madre, aproximóse á la ventana, guarnecida de cortinas de raso azul y blanco recogidas con gruesos cordones de perlas, y la abrió de par en par, para respirar el aire libre de la tarde.

Sólo una casa se veía en aquella estrecha calle; pero su apariencia llamó vivamente la atención de Regina por el contraste que formaba con el magnífico palacio de sus padres.

Era una casita de un solo piso muy bajo, y que únicamente tenía dos angostas ventanas para recibir la luz: una mezquina puerta le daba entrada; pero sin duda por estar cerrada constantemente, tenía un humilde aldabón de hierro, semejante á los que vemos en las casitas de las aldeas.

Las dos ventanas tenían cortinillas blancas: la una, cerrada, ostentaba en su reducido antepecho dos pequeñas y pobres macetas de barro encarnado; en una de ellas crecía, cuidada con esmero, una mata de alelíes, y en la otra una frondosa albahaca verde y recortada.

La segunda ventana estaba abierta de par en par, y á pesar de la escasa luz del crepúsculo, pudo Regina distinguir, sentada junto á ella, á una joven vestida de luto, que bordaba aprovechando la última claridad de la tarde.

La hija de los Marqueses de Villalta permaneció, durante algunos instantes, mirando aquella limpia y pobre casita tan humilde y tan triste.

Un sentimiento inexplicable se iba apoderando de ella sin que lo advirtiese ni se apercibiese de ello su voluntad: había cierta armonía entre la casa y su habitadora, y ambas hablaban al alma un lenguaje lleno de poesía y de elocuencia.

Regina, nacida y criada entre el fausto y la ostentación, se sentía agobiada por él como por un peso que traía en pos el hastío y la indiferencia para todo; aquella alma enérgica y fuerte se helaba falta de sensaciones, porque á la edad en que la sangre arde en las venas, á la edad en que el corazón se inunda de sol y de perfumes como un joven árbol, era ella tratada lo mismo que una niña de diez años.

Es verdad que sólo tenía seis más; pero en seis años, ¡cuántas mudanzas se operan en el corazón de la mujer! ¡Qué cambios de sentimientos! ¡Cuántas ilusiones pasan por su mente en mágico tropel y le doran el presente y el porvenir! ¡Y cómo necesita de una amiga!

Nadie mejor que la Marquesa podía haberlo sido de su hija; mas para esto era necesario que ambas hubieran estado dotadas de otro carácter.

Gabriela era demasiado tímida, demasiado tierna, demasiado sencilla para aquella hija fuerte, imperiosa, arrebatada; para aquella hija que mu-

chas veces le imponía respeto por la varonil sublimidad de su entendimiento, y un doloroso temor con los arranques de su carácter áspero y soberbio, tanto como apasionado.

Gabriela hubiera deseado una hija más dulce: Regina, una madre más fuerte.

Debe haber entre una madre y su hija el mismo equilibrio que en el matrimonio, para que el respeto, el cariño y la ternura sean verdaderamente sentidos y formen ese lazo dulce é indisoluble que dura tanto como la vida.

En el matrimonio, el esposo, que es el que protege, debe valer algo más que la mujer, que es la protegida.

Asimismo la madre, que es la que debe ser respetada, debe ser superior á su hija, aunque sólo sea por las prendas del alma, para que ésta la respete.

Entre aquellas dos mujeres, la una dulce, tímida, risueña, débil; la otra austera, valerosa, grave y fuerte, había de haber algo que las separase, ó mejor dicho, algo que apartase á la fuerte Regina de su madre, suave, humilde y resignada siempre, por hábito y por prudencia, colocada como se hallaba entre los férreos caracteres de su esposo y de su hija.

Regina ansiaba mucho tener una amiga de su edad: aun no había amado más que á sus padres, y su corazón estaba lleno de afectos: no había conocido ni el amor ni la amistad, sino el cariño de

la familia, para ella más monótono que grato, por lo excesivo y por lo previsor y fácil.

Aquella joven vecina le hizo pensar de nuevo y con mayor fijeza en lo que tantas veces había pensado:—¡Qué bueno debe ser tener una amiga á quien poder comunicar todos sus sentimientos, á quien poder hablar con desahogo y confianza!

Después de este pensamiento, otro nuevo se levantó en el alma de Regina, que estaba más en armonía con su carácter fuerte que el deseo de una intimidad que nunca había conocido.

—Esa joven parece pobre, pensó, pero no con esa pobreza que se ostenta y que ofende, como la que vemos en los mendigos que imploran nuestras limosnas: esa pobreza es la pobreza modesta, ruborosa y combatida sin cesar por el trabajo y el aseo. ¡Cómo borda! ¡Y cuán grato debe ser el vivir ocupada por deber y para ganar algo! Esa joven tendrá sin duda padres, hermanos pequeños, ó tal vez un esposo á quien ayudará á tener alguna comodidad con el fruto de su trabajo... Y ellos, en cambio, ¡cuánto amor le darán; y qué placer tan puro experimentarán al reunirse todos cada noche en derredor de la mesa de la familia!

De esta suerte, y por esa imprescindible necesidad del corazón humano, Regina llegaba á envidiar lo que es reputado en la vida como el mayor de todos los males: la pobreza. ¡Ella, la rica heredera, la joven dama, tan bella, tan opulenta, tan envidiada á su vez de cuantas jóvenes la co-

nocian! ¡Ella, que imperaba como soberana absoluta en aquel magnífico palacio! ¡Ella, ante cuyos ojos todo se doblegaba y se plegaba todo!

Su voluntad, hasta entonces oculta entre los sueños de la adolescencia; el deseo de ser algo por sí misma que no fuese debido á la influencia de su riqueza y de su posición; la sed de independencia inseparable de su carácter fuerte y enérgico: todo esto había formado en su alma una tempestad que la sacudía con una fuerza desconocida, y de la que ni ella misma podía darse cuenta.

La dulce voz de su madre la sacó de sus reflexiones; la Marquesa, admirada de lo largo de aquella contemplación, la llamó para conducirla al comedor.

Regina dejó con trabajo su ventana; hubiera deseado permanecer en ella hasta que la joven hubiera dejado su labor y hasta que la luz artificial hubiera reemplazado en la casita los últimos resplandores del crepúsculo.

Pero no sabiendo cómo expresar aquel deseo lleno de vaguedad para ella, siguió á sus padres á la pieza de comer, que era una maravilla de lujo aristocrático é inteligente, no menos que de riqueza y de suntuosidad.

La gran mesa redonda que ocupaba el centro estaba alumbrada por cuatro candelabros de oro cincelado, cargados de bujías; la vajilla de plata era de un valor incalculable, y el cristal de Venecia reflejaba las luces en mil cambiantes, refleján-

dose también en seis enormes ramilletes que, colocados en soberbios vasos de porcelana del Japón, guarnecían la mesa.

La joven, grave y silenciosa según su costumbre, se colocó en su sitio, que estaba entre los de su padre y su madre, y poco á poco se fué olvidando de su vecina.

VI

AMOR FILIAL

El calor sofocante de la noche impidió á Regina dormir más allá del alba: en su intranquilo sueño apareció muchas veces la imagen de su vecina, y su mente acalorada la revestía del más gracioso rostro, si bien alterado por una tristeza profunda.

Otras veces la aparición se desvanecía, y ocupaba su sitio un gallardo joven que la miraba con expresión amarga y desolada, como diciéndole:

—¿Qué has hecho tú para ser tan rica, en tanto que yo vegeto en la miseria? ¿No te pesan tantas joyas, tanta opulencia y tanta soledad en el corazón? ¿Eres otra cosa que un pequeño juguete, una linda muñeca en las fuertes manos de tu padre? ¿Has tenido hasta hoy voluntad ó pensamiento? ¡Ah! ¡La riqueza, si está sola, es la muerte del alma!

Regina, fatigada con sus visiones, abrió por fin los ojos, y no bien el cielo se tiñó con esa primera luz tan suave y pura que anuncia la venida de la

aurora, saltó del lecho, y echándose un peinador de batista sobre los hombros, abrió la ventana para respirar el ambiente de la mañana.

La joven del dia anterior volvió á presentarse ante sus ojos, no bajo un aspecto varonil, sino dulce y llena de belleza.

El cuarto de Regina, situado en el piso bajo del palacio, daba tan enfrente de las ventanas de la casita, que podía verse desde él cuanto ocurriese en aquélla, y la hija del Marqués aprovechó esta circunstancia para examinarla bien á su sabor.

Ya estaba la joven ocupada en su bordado: al ruido que hizo Regina cuando abrió su ventana, separó los ojos de la labor, y la saludó graciosamente con la cabeza, sin manifestar embarazo alguno.

Tendria aquella joven dos años más que Regina, aunque podría asegurarse que no habia cumplido diezy ocho: su tez blanca era pálida y mate, como la de aquellas personas que nunca ven el sol: sus rasgados ojos azules eran dulces, expresivos y melancólicos: sus cabellos, castaños con reflejos dorados y brillantes, estaban recogidos con graciosa sencillez detrás de su cabeza; tenía la boca linda, pequeña é inocente; su cuello, dotado de una gracia indescriptible, era un poco largo, sin duda á causa de estar muy delgada: llevaba un vestido de lana negro, basto y usado, pero cortado del modo más á propósito para hacer resaltar la distinción de su flexible talle.

A pesar de lo poco avanzado del día, trabajaba con afán y rapidez, y sus cabellos cuidadosamente peinados, y su tocado elegante y sencillo, decían claramente que hacía largo rato que estaba levantada.

Bordaba un pañuelo de batista finísima, y lo prolijo y hermoso del dibujo, así como la perfección del bordado, eran harto visibles para que se escapasen á la penetrante mirada de Regina.

Delante de la joven veíase, sentada en un sillón de vaqueta oscuro, una mujer como de unos cincuenta años de edad, pero que, al parecer, estaba casi enteramente paralítica: su fisonomía, no obstante sus padecimientos, era tan semejante á la de la joven, que fácilmente se adivinaba que era su madre.

Llevaba, como aquélla, un traje de luto muy usado, y sobre él un pañolón de lana negro.

Los muebles eran escasos y pobres: algunas sillas de tapicería antiguas y muy viejas; una mesita de nogal, también de forma anticuada, y dos ó tres cuadros de bastante valor, componían todo el mueblaje: el pavimento, lavado con esmero, no tenía alfombra, ni siquiera una de esas humildes esteras de paja que cubren en la estación del calor casi todas las habitaciones de verano.

Regina, inmóvil, contemplaba aquel cuadro triste é interesante á la vez; su corazón, bueno por naturaleza, la inducía de nuevo á comparar la pobreza de aquella casa con la magnificencia

de la suya, y la diferencia que existía entre el traje de aquella joven y los que ella usaba.

Y sin embargo, aquella joven era hermosa, quizá más hermosa que ella, pues el atractivo que encontraba en su semblante nunca se lo había encontrado á sí misma.

En aquel momento, la mujer del sillón habló algo que no pudo entender Regina: la joven se levantó, desapareció, y un instante después volvió con una taza de chocolate en una bandejilla que contenía también un vaso de agua.

Dejóla sobre su silla; fué á buscar una almohada, que colocó detrás de la cabeza de la pobre tullida, y luego, arrodillándose á sus piés en el suelo, empezó á darle lentamente y con sumo cuidado el chocolate, que no podía tomar por sí propia por tener muertas las manos.

Cuando acabó su ocupación, la joven dió un beso á su madre y se llevó la bandejilla, volviendo á poco con una caja de cartón y una aljofaina, que colocó en una silla cercana: hecho esto, trajo una toalla, la humedeció con el agua, lavó con extrema solicitud y admirable delicadeza el rostro paciente y dulce de su madre, y lo secó suavemente; en seguida sacó de la caja un peine, y desatando los escasos cabellos de la pobre tullida, los peinó con esmero, volviéndolos á enlazar y cubriéndolos después con una confia blanca adornada con cintas de luto.

Después volvió á abrazar tiernamente á su

madre, la cual, por no poder mover sus muertos brazos, sólo pudo depositar un amoroso beso en la blanca y pura frente de su hija; pero la expresión de los ojos de la enferma dijo á Regina que aquel beso encerraba una ferviente y cariñosa bendición, formulada por la gratitud y el amor maternal.

La joven desapareció, llevándose los objetos que habían servido para el tocador de su madre, y Regina quedó de nuevo meditabunda.

—¡Cómo, se decía á sí misma, cómo es posible vivir de ese modo! ¡Esa muchacha está agobiada de quehaceres, en tanto que yo no tengo ni aun el trabajo de desear nada! ¡Ella sirve á su madre, mientras la mía previene todos mis caprichos! ¿Qué haría yo, prosiguió pensando, si mi madre quedase reducida al estado en que se ve esa pobre mujer? ¡Bah! concluyó, yo tengo muchos criados que la servirían en un caso semejante.

La voz de su padre la distrajo en aquel instante de sus reflexiones.

—¡Regina! gritó desde lejos aún. ¡Regina, hija mía! Aquí te traigo á tu primo, el Coronel Vizconde del Olmo, que acaba de llegar de Sevilla y desea verte.

El ruido que hizo la puerta al abrirse terminó estas palabras. Regina se volvió vivamente y vió á su padre de pié en el umbral, y detrás de él á un joven de gallarda y elegante estatura y vestido aún con el sencillo traje de camino.

La joven le saludó con la cabeza de un modo bastante indiferente; su carácter frío y orgulloso aun cuando conocía á las personas desde mucho tiempo, se convertía en áspero y duro para las que le eran desconocidas.

Apoyóse en el brazo de su padre para seguir á éste y al recién llegado á otra habitación; mas antes de dejar la suya, dirigió una última mirada á la ventana de la casita.

La joven vecina había vuelto á sentarse y trabajaba en su bordado con la mayor actividad.

VII

LOS DOS PRIMOS

Regina, su padre y el Vizconde pasaron al salón, donde se hallaba también la Marquesa.

Allí la joven fijó la atención en su primo, que, á la verdad, lo merecía.

Aparentaba éste tener treinta años; es decir, esa edad en que se ostentan las más perfectas maneras, en que se ha adquirido ya, además de una posición estable, bastante conocimiento del mundo, y en la que los desengaños no han herido aún el corazón.

Arturo, que éste era el nombre del Vizconde, tenía una fisonomía, más que bella, graciosa y distinguida; sus hermosos ojos oscuros eran á la par atrevidos y dulces; su voz, sonora; su estatura, aventajada sin exceso; su talle, suelto y elegante, como sus maneras y todos sus movimientos.

Sentóse Regina con negligencia en un sillón, y el Vizconde tomó otro que había á su lado, en

tanto que el Marqués y Gabriela cambiaban una mirada de inteligencia.

La joven llevaba una bata blanca y muy sencilla, sujeta á la cintura con un cordón de seda, y sus cabellos negros, cuya abundancia era prodigiosa, estaban tan mal prendidos, que sólo esperaban un pequeño pretexto para soltarse y caer por la espalda.

Arturo permanecía como fascinado al aspecto de aquella belleza deslumbradora que todo se lo debía á sí propia, y en la que ninguna parte tenía el lujo de los atavíos; jamás había visto una mujer de facciones más perfectas, de hermosura más acabada; y una especie de angustia y de desasosiego se apoderó del espíritu del Vizconde por descubrir en el semblante de Regina lo único que faltaba, y lo que él anhelaba encontrar: la vida del alma y la sensibilidad del corazón.

Pero imposible le fué hallar lo que no existía; Regina era una hermosa estatua de alabastro, nada más.

Esta convicción no podía penetrar sin esfuerzo en el alma de Arturo; amaba en la mujer la debilidad, la gracia, las coqueterías y todas esas sutilezas femeninas en las que ella afianza su imperio, y buscándolas en su prima, se decía:

—¡Qué adorable sería si las poseyese! ¿Y quién sabe si las descubrirá en el trato? Veamos cuál es su conversación.

—Mi querida prima, dijo obedeciendo á este

deseo y levantando la voz; las primeras palabras que voy á dirigirte son una súplica.

—Ya la escucho, respondió fríamente Regina.

—¿Me la otorgarás?

—Según sea.

—¿Luego vas á guiarte por la justicia?

—Como siempre, primo mío.

—Yo quería, repuso el Vizconde algo picado, deber algo á tu indulgencia.

—¿Y con qué derecho? preguntó la joven con más altivez de la que había usado hasta entonces.

—No tengo ninguno, ya lo sé, repuso Arturo, que de picado se iba convirtiendo en ofendido; ya sé que no tengo derecho alguno á que seas indulgente conmigo: hoy me ves por la vez primera; pero eso mismo hubiera dicho mucho á favor de tu condescendencia.

—Nunca he tenido la pretensión de pasar por indulgente, primo mío, repuso Regina.

—¿Por justa?

—Sí.

—Es un título que debe apetecer poco una joven de tu edad, dijo Arturo.

—Si es por apetecer, jamás he deseado ninguno, repuso la joven.

—Mi hija se calumnia, dijo la Marquesa: ella es más buena de lo que dice y de lo que se cree.

—Y yo te creo á tí más que á ella, querida tía, dijo el Vizconde, tomando la mano de la Marquesa;

á despecho suyo, creo buena á mi prima, y voy á exponer mi súplica.

—¡Cuánto se hace esperar! murmuró la joven con una media sonrisa en la que había algo de burla.

—Pues bien, es ésta: que me permitas tratarte con franqueza, y que me trates tú del mismo modo.

—Si no pedías más que eso, ya está concedido, respondió Regina; la franqueza es mi divisa.

—Además, deseo que seamos amigos.

—Lo serémos.

—Y que me cuentes todos tus pesares.

—No tengo ninguno, respondió la joven; y luego añadió á media voz.

—¡Ojalá los tuviera!

Esta exclamación sorprendió al Vizconde: en cuanto á los padres de Regina, para dejar explicarse á los dos jóvenes con mayor libertad, se habían retirado al hueco de una ventana del salón, y hablaban allí á media voz.

Después de algunos momentos de silencio, que empleó el Coronel en dominar su asombro por las últimas palabras de Regina, exclamó:

—¡Cómo! ¿Desearías pesares?

—Sí, respondió la joven; porque esta vida monótona é igual me mata de fastidio; debe ser mejor sufrir, que esta absoluta carencia de todo sentimiento: apenas salgo nunca; no veo á nadie, no tengo amigas ni distracciones, ni deseos, porque aunque la sociedad sería peligrosa para mí, según

dice mi padre, y me está vedada, aquí dentro de mi casa, para recompensarme, soy una diosa que impera, pero que tiene mucho de autómata, porque no le dejan ni la libertad de pensar.

Regina pronunció con amargura estas palabras; pero aquella amargura no era de esas que llegan al fondo del alma, sino acre é incisiva, por decirlo así; su primo la miró absorto; le parecía imposible que aquel acento saliese de una boca de diez y seis años.

—Sin embargo, prima mía, repuso con una gravedad que no excluía la timidez, mi padre, que es el mejor, el más justo de los hombres, dice que el tuyo es un modelo de generosidad y de galantería, y que tu madre es un ángel de tolerancia y de bondad.

—Es cierto, contestó la joven; no puedo quejarme de ellos, son demasiado buenos para mí; pero siendo menos buenos y menos amantes para su hija, créeme, Vizconde, la harian más feliz.

—Veo con pena, dijo el Vizconde, que al decirme que no tenías pesares te engañabas á tí misma; tú sufres, Regina, y tienes el más cruel de los sufrimientos: el hastío que produce el exceso de la dicha.

—Creo que tienes razón, contestó la joven; pero no sé si esto podrá ser un exceso de felicidad: ¿lo es acaso el que mi padre me ame con tan exclusivo afán, que no me permita una amiga de mi edad? ¿Lo es el que no vea yo jamás la sociedad, los bai-

les, las diversiones tan propias de mis años? Aun no he sido presentada en el mundo, aun no le conozco... y ya sabes que las mujeres suspiramos siempre por aquello de que se nos priva.

—Pero, dijo el Coronel, ¿la amistad de tu madre no te compensa de esas privaciones que tu padre te impone? Ella, tan dulce, tan tierna, tan amable, tan bondadosa, ¿no es nada para tí?

—Mi madre deja en mi alma un vacío, como lo deja todo aquello que conozco, repuso Regina; sólo ansío, admiro, y aun pudiera decir *amo*, todo aquello que está vedado para mí; esta desgracia que llevo conmigo es irremediable; mi madre es demasiado buena, tímida y sensible para una hija como yo; ella es siempre la que se doblega, y yo la que impongo mi deseo.

—Prima mia, repuso el Coronel con alguna entereza, debo decirte una triste verdad: el extremado cariño de que te han rodeado desde la cuna, te ha viciado el carácter y... quizás también hasta el corazón; mi madre era igualmente buena, tierna, ejemplar; pero yo la amaba y la profesaba tanto respeto como admiración.

—Tú eres hombre, respondió Regina, y los hombres estáis formados para admirar todo lo contrario de lo que admira la mujer.

—No; la verdad es que la felicidad reside en nosotros mismos, y que sólo nosotros la ahuyentamos de nuestro lado ó la fijamos en él; es ley de algunos destinos, y ley muy triste, á la verdad,

la de desear imposibles. Regina, huye de esa funesta ley y no sujetes á ella tu suerte: si tu padre no ha dirigido hasta ahora tu razón por no contrariarte con reflexiones algo severas; si en tu madre la ternura hacia tí ahoga toda previsión, permíteme á mí el que te diga alguna vez la verdad, que te aconseje. ¿Por qué has de ser desgraciada, pudiendo y debiendo ser dichosa?

—Tienes razón, respondió la joven: ¡elementos de dicha debe haber en mi destino, cuando tanta envidia despierto en derredor mío! Y sin embargo, Arturo, yo soy, yo me siento profundamente desgraciada. ¡Algo falta en mi vida que yo ignoro y que no sé dónde se halla, dónde buscarlo, á quién pedirlo! ¡Si me lo dices tú, si tú me ayudas á encontrarlo... bendito seas!

—Sí, yo te ayudaré, pobre Regina, dijo el Coronel, que sentía, al oir á su prima, una especie de espanto que él se esforzaba en tomar por conmiseración; sé paciente, religiosa, fuerte contra tu misma imaginación, y conseguirás la dicha; no ambiciones lo que está lejos de tu mano, lo que no puedes alcanzar, porque estos deseos asesinan y roban al mismo tiempo la savia de la vida y la savia del alma; no hay dicha mayor que la de saber contentarse cada uno con aquello que posee, así en afectos como en todas las demás cosas...

Una sonora carcajada de Regina cortó aquí la palabra al Vizconde, que la miró sorprendido y casi asustado: tan extraña era su risa en aquel

instante. Acababa de verla triste, conmovida y presa de una emoción sincera, y aquella repentina y enojosa hilaridad venía á trastornar todas las ideas de Arturo.

—Primo mío, dijo Regina, no te canses en sermonearme; si te oyese, me harias más débil y más esclava de mis padres de lo que soy, lo que ya ves que sería ganar muy poco en el negocio de mi libertad, que es lo que me preocupa; lejos de procurar humildad á mis aspiraciones, quisiera elevarlas cada vez más; ahora me río también de mí misma recordando que he tenido la extraña debilidad de envidiar á una joven vecina mía, que creo está muy pobre, y cuya madre está tullida; déjame ser fuerte á mi modo, porque lo que deploro es mi debilidad, á la que desearía con todo mi corazón sacudir como á un huésped importuno.

Sobrecogido el Vizconde, no supo por el pronto qué contestar; el carácter audaz de Regina le espantaba; aquel carácter frío, resuelto, violento, dominante, era profundamente antipático al suyo, fuerte y varonil; al suyo, tan propio para proteger á la debilidad como para resistir á la injusticia y á la violencia, como sucede con todos los caracteres generosos.

Aun permanecía Arturo abismado en su asombro, cuando la voz de su tío vino á distraerle.

—Vamos á almorzar, dijo, y después continuaréis vuestra conversación; yo siento ya apetito, y además tengo que salir.

En tanto que su marido hablaba, la Marquesa miraba atentamente los semblantes de su hija y del Coronel; pero Gabriela era más inocente que perspicaz, y no distinguió el hastío amargo que pintaban las facciones de Arturo, y la expresión triunfante que se advertía en las de sn hija, tan impasibles de ordinario y vestidas de tan orgullosa frialdad.

El Vizconde presentó el brazo á la Marquesa; Regina se apoyó en el de su padre, y todos juntos pasaron al comedor, dispuesto ya para el desayuno.

VIII

PROYECTOS DE MATRIMONIO

A la mañana siguiente, y cuando apenas hacía una hora que Regina se había levantado, su madre, que un momento antes había salido de su cuarto, entró de nuevo en él con un aire tan preocupado y solemne, que no pudo menos de llamar la atención de su hija.

—Vengo, Regina mía, dijo la Marquesa, á llevarte al cuarto de tu padre, que tiene que hablar contigo.

La joven, asombrada por las palabras de su madre y por el modo con que habían sido pronunciadas, echóse sobre su bata de mañana un pañolón de granadina, y después de haber arreglado los encajes de su gorro, salió de su habitación, seguida de la Marquesa, con la cual pasó al cuarto de su padre.

Estaba éste sentado junto á un balcón entreabierto, y su semblante demostraba una rara mez-

cla de tristeza y de contento; al ver á Regina, se levantó para recibirla, porque era tal la fuerza del cariño que sentía por su hija aquel padre, que le inspiraba siempre, desde los cuidados más tiernos, hasta las más galantes y delicadas atenciones.

—Hija mía, dijo el Marqués, conduciendo á la joven al sillón más cómodo y ocupando él otro á su lado; hija mía, ayer viste á tu primo el Coronel Vizconde del Olmo.

Regina hizo con la cabeza un signo frío y afirmativo.

—Arturo, prosiguió el Marqués, es hijo de mi primo el Conde del Olmo; su corazón es tan noble como su cuna, su fortuna colosal, y muy bellos sus sentimientos; en cuanto á su figura...

—¿Y qué me importa á mí todo eso, papá? exclamó Regina, soltando una carcajada tan ruidosa y poco comedida, que dejó cortado á su padre, á pesar de conocer éste perfectamente su carácter.

—Te importa mucho, hija mía, repuso gravemente; te importa mucho, porque el Vizconde es portador de una carta de su padre, en la cual me pide tu mano para él.

Regina alzó los hombros con indiferencia.

—Yo sé, hija mía, prosiguió el Marqués, cuya voz se alteró visiblemente, yo sé que tú habrás de casarte algún día, por más que toda mi ambición se cifre en que vivas sólo para mí; así, pues, el matrimonio que más puede complacerme es el que te propongo, porque Arturo consiente en aban-

donar su carrera y vivir contigo á nuestro lado. Pero, no obstante, nada he contestado aún, y espero, para hacerlo, saber lo que tú piensas, á cuyo efecto deseo que me abras tu corazón. ¿Te casarás contenta con tu primo Arturo, cuyo padre es, además de mi primo, mi mejor amigo?

—No tengo dificultad en hacer tu gusto, papá, contestó Regina con su acento frío: me casaré con el Coronel.

—¡Oh, gracias, hija mía, gracias! exclamó la Marquesa, abrazando con efusión á su hija; este casamieuto asegura nuestra felicidad, porque nos asegura también para siempre tu compañía.

Regina se retiró á su cuarto sin decir una palabra más, y su padre corrió en busca del Vizconde para darle parte de su dicha.

Encontróle en la biblioteca, apoyado en una ventana y completamente absorto en la contemplación de un objeto que, al parecer, embargaba su atención entera.

—¿Qué estás mirando ahí, hijo mío? exclamó alegremente el Marqués. En verdad que no sé qué magia tiene esa callejuela, que es también muy del agrado de Regina, y á la cual dan las ventanas de su habitación de verano. Pero vamos á lo que más importa, continuó el Marqués, mientras Arturo cerraba precipitadamente la ventana. Regina consiente gustosa en casarse contigo.

Una nube de tristeza cubrió, al escuchar estas palabras, las expresivas facciones de Arturo; mas

el Marqués no pudo advertirlo, porque le distrajo la llegada de su esposa.

Gabriela abrazó á su sobrino, llamándole su querido hijo; y en verdad que este dulce nombre se extrañaba en boca de aquella hermosa mujer, que más parecía hermana del Vizconde.

Sólo seis años llavaba Gabriela al sobrino de su esposo, y á pesar de ellos era mucho más fácil que Arturo se enamorase de la esposa de su tio que de su prima Regina, que apenas salía de la infancia.

¡Qué diferencia, en efecto, entre aquella madre bella, amorosa, dulce y poética, y aquella hija fría, orgullosa y altanera! ¡Y cuánto más hablaban al corazón los treinta y seis años de la Marquesa, que los diez y seis de su hija, aunque según las reglas severas de la belleza, ésta fuera mucho más hermosa!

Pero ya no había lugar en el alma de Arturo ni para la imagen de la una ni para la de la otra: había visto á la joven que bordaba, y aquella dulce imagen ocupaba su corazón.

¿De qué modo se explican esas súbitas pasiones que brotan con una mirada y que sólo se extinguen con la vida?

Nadie puede decirlo, y, sin embargo, existen: cuando la corriente eléctrica de las simpatías se establece entre dos seres igualmente jóvenes, nobles y hermosos, una mirada es un largo beso del alma.

Los grandes ojos azules de la joven bordadora pensaban y hablaban, y ellos dijeron á Arturo que la desgracia y la pobreza la rodeaban, pero que una y otra eran sobrellevadas con valor y resignación y con una admirable dignidad.

Entretanto que el Vizconde permanecía como anonadado por la noticia que sus tíos le daban con tanta alegría, del consentimiento de Regina para sn unión, el Marqués, cuyo carácter impetuoso no sabía dominarse, fijó en él una mirada, en la que entraban por partes iguales el enojo y la admiración.

—¡Qué es esto! exclamó: ¿rehusarías á mi hija para esposa tuya? ¿No te agrada acaso, reuniendo tantas ventajas? ¿Qué te falta para llamarte dichoso con su posesión? ¿No es hermosa, joven, rica? ¿no lleva un nombre distinguido y noble?

Todas estas preguntas fueron hechas con tal rapidez, que el Vizconde, aturdido por ellas, no supo qué contestar por el pronto, y hubo de esperar á que se detuviese, en tanto que Gabriela, aterrada con la explosión de su marido, le miraba pálida y trémula.

—Tío, respondió el Coronel, cuando una pausa del padre de Regina le permitió hacerlo; yo soy el primero en reconocer todas las brillantes dotes que adornan á mi prima; pero ¿basta esto para su felicidad, para la mía? ¿Nos conocemos? ¿Nos hemos tratado? Sólo he hablado con ella un instante ayer, y he podido comprender que es una niña

oprimida y que tiene una sed inextinguible de libertad é independencia.

—¡Oprimida Regina! exclamó el Marqués.

—Oprimida, sí, repuso Arturo. ¿Qué más da que el yugo sea impuesto por el excesivo amor que V. le profesa, si es yugo al fin? Tío, una eterna unión no es cosa de hacerla así, repentina y apresuradamente. ¿Qué prisa tenemos ni ella ni yo? Mi licencia durará seis meses: permita V. que el trato, la intimidad, la confianza, nos enseñen si nuestros corazones se entienden, y si, siendo uno de otro, seremos mutuamente dichosos: ella es muy joven, casi es una niña; yo soy joven también, y podemos esperar.

—¡Jamás pensé que mi hija necesitase esperar para ser amada como ella se merece y yo quiero que lo sea! dijo el Marqués con amargura.

—Pues eso es un error, tío mío, respondió Arturo con firmeza. Hoy, ni ella me ama á mí, ni yo á ella tampoco: mi padre me ha contado muchas veces que V., antes de casarse, lo pensó mucho, é hizo bien, porque no podía haber elegido mejor: déjeme V. á mí pensarlo un poco.

—¡Es inútil! respondió el Marqués, que no podía contener su irritación; ¡no te casarás con ella!

—Amigo mío, se atrevió á decir Gabriela, ¿á qué esa incomodidad con Arturo? ¿No es su padre tu mejor amigo desde la infancia? ¿No sabes que él mismo es bueno y justo? Dejemos que conozca lo que vale Regina y que ésta comprenda lo que

vale él: su casamiento nos asegura de su compañía para siempre, y tal vez, cuando se conozcan más, si es su inclinación naciente, se convertirá en verdadera y durable.

El Marqués permaneció silencioso y pensativo: aquellas frases tan hábilmente pronunciadas por su esposa:—«este casamiento nos asegura su compañía para siempre»—contuvieron los ímpetus de su ira, porque aquel carácter fogoso é intolerante no había podido dulcificarse con la edad, y apenas la reflexión tenía sobre él algún imperio.

No obstante, su esposa, con su exquisito instinto de mujer, había despertado aquella chispa fugaz de raciocinio que algunas veces, pero con sumo trabajo, aparecía en el carácter del Marqués: el temor de perder á su hija por otro casamiento que la separase de él dominó su vanidad de padre, y le hizo comprender que no le era tampoco posible luchar con el carácter fuerte de su sobrino.

—Esperaré, dijo con una altivez que no carecía, sin embargo, de mesura; esperaré á ver si vuestros corazones se entienden, pero no por mucho tiempo. Regina de Villalta sólo necesita querer para casarse; pero si yo te prefiero á tí, es porque, siendo tu esposa, ambos permaneceréis para siempre á mi lado; hazte, pues, amar de ella lo antes posible, para que pueda perdonarte tus inconcebibles dilaciones, por más que tengan por pretexto el asegurar la felicidad de mi hija.

Salió de la estancia, dichas estas palabras, y

la Marquesa volvió hacia Arturo sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah hijo mío! exclamó, asiendo sus manos con un movimiento lleno de ternura y de cariño; ¡si algún interés te inspira mi tranquilidad, no irrites, por Dios, esos dos caracteres de hierro! Regina se parece á su padre en la férrea firmeza de su voluntad, y tiemblo el día en que choquen. ¡Arturo, mi hija es buena, hermosa, intachable, y creo que te ama! ¡Déjate amar de ella, y creo que serás feliz, porque sólo el amor puede suavizar y hacer flexible su carácter!

—Tía mía, respondió Arturo, conmovido al ver rodar gruesas lágrimas por el semblante de la Marquesa; ¡pluguiese al cielo que tu hija se pareciese á ti, y mañana nos unirían al pie de los altares!

IX

REGINA MEDITA; ARTURO SIENTE

Regina estaba demasiado entretenida para salir de su cuarto, ni aun para separarse de su ventana, pues tenía ante los ojos un espectáculo muy interesante.

Las dos ventanas de la casita estaban abiertas de par en par; la joven bordadora, armada de un plumero, limpiaba sus muebles con una ligereza y esmero admirables, entonando á media voz una melodía dulce y sencilla á la vez; sin duda por el deseo de conservar su usado traje, llevaba puesta sobre él una especie de peinador blanco, y sus cabellos, que no tenían cofia ni sujeción alguna, caían en dos ricas y larguísimas trenzas por su espalda.

En la estancia contigua, y sentado ante una mesita de pino pintado, escribía un joven que podría tener veintidós años, y cuya gallardía y hermosura eran superiores á toda descripción.

Estaba vestido con un modesto pero elegante traje de luto; una cascada de cabellos negros como el ébano y rizados, caía sobre su frente y parte de la mejilla, descubriendo, no obstante, toda la belleza de su perfil.

Escribía rápidamente, mirando á cada instante un grueso manuscrito colocado á su izquierda, cuya circunstancia hizo conocer á Regina que estaba traduciendo.

Cuando la joven acabó de arreglar la estancia, fué á cerrar la ventana; vió á Regina y la saludó, pero sin dejar por eso de cerrar en seguida.

Poco después volvió á abrir, y Regina halló ya sentada en su antiguo sillón á la pobre señora tullida.

Entonces levantó la cabeza el joven que escribía; vió también á Regina, y la saludó grave y fríamente, cerrando, pasados algunos instantes, los cristales de su ventana, al través de los cuales se le vió continuar su tarea.

Regina fué á sentarse en un sillón próximo, triste y pensativa.

Su corazón, acostumbrado á la adulación, estragado por las complacencias, vacío de amor, se interesaba por los inquilinos tan graves y dignos de la pobre casita, y acababa de ser herido por una impresión muy viva, por la belleza y la expresión melancólica del joven que escribía.

Largo rato permaneció pensativa la hermosa hija de los Marqueses de Villalta; luego llamó en

su timbre de plata, cuyo sonido atrajo á la doncella.

—Flavia, dijo al verla Regina, levantándose y llevándola hacia la ventana; ¿ves esa casita?

—Sí, señora, contestó la joven.

—Para la noche, después que me haya librado del insoportable cuidado de mi madre, necesito que sepas cómo se llaman y qué son las personas que la habitan.

Una profunda expresión de asombro se pintó en los ojos de Flavia, al oir que su joven señora calificaba de *insoportable* el tiernísimo y solícito cuidado de su madre; pero reponiéndose al instante, contestó:

—Ahora mismo puedo dar á V., señorita, cuantas noticias desee saber de esa pobre familia.

—¡Cómo!... ¿sabes?... ¡Habla, habla!

—En esa casita viven, hace ya siete años, una señora viuda de un negociante arruinado, con un hijo y una hija: el primero, que tiene más edad que su hermana, se ocupa continuamente en traducir del inglés y del alemán algunas obras, que le paga regularmente uno de los más acaudalados editores de Madrid: la joven se ocupa en bordar, pero tan primorosamente, que siempre tiene trabajo de sobra.

—¿Cómo se llaman?

—Sólo se conoce á la madre por la señora de Rivera; su hijo se llama Justino, su hija Eugenia.

—Está bien, dijo Regina, deseando cortar ya la conversación; retirate, y mañana á las ocho, es

decir, antes que mi madre se levante, vén aquí á buscarme.

Inclinóse Flavia en silencio, y desapareció: al cruzar el comedor vió levantarse de la mesa á los Marqueses y á Arturo; aquéllos fueron solícitos á buscar á su hija; éste volvió á la biblioteca y se puso á contemplar á la joven vecina, que ya estaba bordando, sentada enfrente de su madre.

Arturo se ocultó entre los pliegues de las cortinas, y cayó en una meditación profunda; aquella joven tenía para él un encanto poderoso; aquella anciana le atraía de un modo irresistible.

¡Se parecía á su madre!

A su madre, á quien había perdido cuando apenas contaba catorce años, y cuyo recuerdo vivía indeleble en su memoria, coronando los sueños de su edad primera.

El recuerdo de aquella madre era puro, hermoso, sublime, como el que deja tras de sí toda madre buena y amorosa.

Arturo había nacido con pasiones fuertes; rico y en libertad de satisfacerlas, por la carrera que había abrazado, había probado todos los placeres de la vida en una edad muy temprana; pero su corazón, tierno y sensible, permaneció vacío, y vacío siguió aun después de ver á su prometida.

Es verdad que la belleza de Regina halagó sus ojos á primera vista, pero nada dijo á su alma; y la segunda vez que aquélla se presentó delante de Arturo, éste no sintió más que desvío.

La glacial audacia, la soberbia de Regina, le causaban un sentimiento de repulsión instintiva; aquella soberbia no parecía hija de la naturaleza y del carácter, sino efecto más bien del cálculo.

La mujer que nace altanera tiene arranques apasionados y naturales; pero Regina no tenia arranques; su naturaleza, viciada por la continua previsión que la rodeaba, no había despertado, porque no había sentido el choque más pequeño ni la contrariedad más leve.

Era una estatua de mármol, á la cual no había animado todavía el beso de Pigmaleon.

Pero un observador inteligente que hubiera analizado su frente elevada y sus delgados y hechiceros labios, deprimidos en sus ángulos, hubiera adivinado en la hija de los Marqueses de Villalta una energía indomable, que sólo esperaba una ocasión para desplegarse de una manera terrible.

Largo rato permaneció el joven Coronel contemplando á su encantadora vecina; todo hablaba en aquella humilde morada á su corazón, apasionado y sensible á la par: aquella mujer de aspecto enfermizo y apacible; aquellos muebles anticuados y oscuros; aquellas blancas cortinas; aquellas pequeñas ventanas, una de las cuales estaba adornada por dos pobres y lozanas macetas, y sobre todo, aquella niña tan bella, dulce y resignada, que bordaba incesantemente en una habitación insalubre y falta casi totalmente de luz. Ar-

turo contemplaba sus ojos, en los cuales el trabajo y las vigilias habían dejado el ancho círculo azul que los rodeaba: su tez pálida por las privaciones y las fatigas; su boca tan preciosa y tan triste; sus facciones, en fin, tan bellas, dulces y expresivas, y se preguntaba si no sería muy justo que Regina arrojase su corona de Marquesa á los piés de aquella adorable imagen del sufrimiento.

La palidez de la joven Eugenia era aquel día más intensa que el anterior; de vez en cuando alzaba la cabeza de su bordado y se detenía, pasándose la mano por la frente con una dolorosa expresión de padecimiento y de fatiga.

Hubo un instante en que volvió los ojos á la puerta, atraída por el ruido de unas pisadas que se aproximaban, y al ver á su hermano sonrió violentamente.

Pero la presencia de aquel hermoso joven hizo que saltase en el pecho el corazón de Arturo, herido súbitamente por el aguijón de los celos; acercóse éste más á la ventana, y pudo oir algunas palabras que bastaron para tranquilizarle.

—¿Cómo estás, mamá? preguntó el joven, aproximándose á la infeliz tullida.

—No muy bien, hijo mío, contestó ésta con voz débil y cascada; he pasado una noche malísima, y se la he hecho pasar peor á tu pobre hermana.

—¡Dios mío, qué pálida estás, Eugenia! exclamó Justino, fijando sus negros ojos en el abatido y dulce semblante de la joven.

—¡Deja ese bordado, hija mía! dijo á su vez la enferma; ¡es imposible que hoy puedas trabajar!

—¿Por qué, mamá? repuso la joven, haciendo un poderoso esfuerzo para sonreirse; ¡si estoy como siempre! Aun dormí tres horas á la madrugada, cuando tú quedaste en reposo.

Eugenia mentía generosamente; ni siquiera había cerrado los ojos en toda la noche, y antes de amanecer se había levantado á trabajar.

—¿No me habéis oído cantar? continuó, dirigiéndose á su madre y á su hermano; nunca he estado tan contenta como hoy.

—¡Tú cantarás cuando mueras, dulce jilguero mío! murmuró la señora de Rivera con ese lenguaje poético que sólo saben usar las madres.

Estas palabras fueron seguidas de un agudo grito de Justino, que se precipitó á sostener el cuerpo de su hermana; la pobre niña, agobiada por muchos meses de fatiga y de extremado trabajo, acababa de perder el sentido, y hubiera caído al suelo á no haberla sostenido su hermano.

—¡Dios mío, yo soy la causa de que mis pobres hijos se maten á fuerza de miseria y de trabajo! exclamó la enferma desesperadamente, y por sus demacradas mejillas se deslizaron dos gruesas y amargas lágrimas.

Justino tomó á Eugenia en sus brazos y la condujo á su lecho.

Un pensamiento rápido atravesó por la mente del joven Coronel: dirigióse á su cuarto, se envol-

vió en una capa, cubrió su cabeza con un sombrero de anchas alas, y tomando un bolsillo, salió á la calle.

Dió la vuelta al palacio de Villalta, y entrando en la callejuela, penetró en la casita, cuya puerta estaba entornada.

Subió la escalera con el corazón palpitante, y entró en la estancia en que la pobre paralítica lloraba silenciosamente.

—Tome V., señora, dijo, poniendo en la única mano que tenía libre la señora de Rivera el bolsillo lleno de oro; ¡tome V., esto es suyo... le pertenece!...

—¡Dios mío, yo no sé!... ¿Quién es V., caballero? balbuceó la pobre enferma.

—¡Un deudor de su señor esposo! contestó Arturo, saliendo precipitadamente de la estancia.

—¡Ah, Dios sea bendito! exclamó la paralítica; ¡su bondad nunca desampara á los que esperan en él!

X

LA FAMILIA DE RIVERA.

Dejemos descansar un poco á los dos primos de sus diversas emociones, y entretanto, lector mío, te iré yo informando, algo mejor de lo que Flavia informó á Regina, de quién es la familia tan pobre como honrada que habitaba la sombría callejuela á donde daban las ventanas del soberbio palacio de Villalta.

Don Francisco de Rivera, rico negociante de Cádiz, vivió muchos años en aquella ciudad, considerado y feliz; tenía una esposa muy bella y muy buena, y tres hijos hermosos.

El mayor llevaba á sus hermanos algunos años; contaba él veintitrés cuando acababa de cumplir Justino quince y entraba Eugenia en los once; era un joven de carácter vivaz y apasionado, pero de un bellísimo corazón, y toda la esperanza de sus padres.

Un asunto de interés obligó al negociante á

enviar á París á su hijo mayor, el que partió, si bien lleno de tristeza por dejar á su familia, de la que jamás se había separado, lleno á la par de alegría, porque veía realizado en aquel viaje repentino uno de sus más dorados sueños.

¡Iba á París! ¡A París, del que se contaban tantas y tan bellas cosas! ¡A París, centro del lujo, de la magnificencia y de los placeres! El joven tocaba aquella dicha, y no podía resolverse á creerla.

Partió al fin, y su padre ahuyentó el pesar que le dominaba con el pensamiento grato de su pronta vuelta y del feliz desempeño del negocio que iba á evacuar; pero no así su madre, que le lloraba con la persistente amargura que se dedica á un hijo que se ha perdido.

—Querida mía, le decía un día su marido, pasados ya algunos desde la partida de Luis, ¡cualquiera, al verte, diría que tu hijo ha muerto! ¿A qué viene tanta aflicción?

—No lo sé, Francisco, respondió la pobre madre, haciendo vanos esfuerzos por reprimir sus lágrimas; conozco que no soy razonable, y, sin embargo, ¡hay dentro de mí una voz que me anuncia terribles desgracias! ¡que me dice que, aunque vive mi hijo, no le volveré á ver!

—Pero ¿no recibimos carta suya cada dos días?

—Sí.

—¿No le ves en ella bueno, sumiso y afectuoso como siempre? ¿No dice que el negocio toca á su conclusión?

—Sí, todo eso es cierto; ¡pero no basta á tranquilizarme! y, si me atreviera, te aconsejaría una cosa.

—¡Habla!

—Pues bien, amigo mío, ¡parte esta misma noche á París! ¡Yo no sé lo que temo por Luis... pero creo que tú haces falta allí!...

—¿Estás loca? ¿No sabes que él ha ido por no poder dejar yo nuestra casa?

La señora de Rivera sólo contestó á esta justa observación dejando correr de nuevo sus lágrimas.

Pasaron los días, y las cartas de Luis empezaron á ser escasas; su padre, seguro ya de que el asunto que había llevado debía estar terminado, le llamó con severidad, mandándole expresamente que volviese al lado de su familia.

Las cartas cesaron entonces.

Tres meses se pasaron en la más angustiosa expectativa; tres meses de martirio para aquella familia desventurada: la madre, no pudiendo resistir á sus crueles temores y al exceso de su dolor, se postró en el lecho, agobiada de una fiebre maligna, y, en medio de su delirio, no cesaba de rogar á su esposo que marchase á París.

Decidióse, por fin, á emprender el viaje, y dejó á Madrid y á su familia, con el alma traspasada de dolor.

Al día siguiente se recibió una carta de su corresponsal en París, concebida en estos términos:

«Su hijo de V., realizado el negocio de la casa G... y compañía, ha disipado todos los fondos que cobró, con una actriz de moda; por consiguiente, las operaciones que debía llevar á cabo las olvidó, y no se ha realizado ninguna; esté V. muy sobre aviso, pues la casa Duplessis, cuyos pagarés han vencido sin haber satisfecho ninguno, va á acudir á los tribunales; este pleito ruinoso le perdería á V., y es preciso evitarlo. Luis ha huído con la mujer causa de su desgracia; de todas mis indagaciones sólo he podido saber que se han embarcado en el Havre, hace diez días, en una fragata que salía para Nueva-Orleans.

»Digo á V. la verdad entera, aunque sea muy amarga, porque en casos como el presente no caben subterfugios; venga V. al instante, ó remita poderes, aunque el haber enviado á su hijo para concluir ese malhadado negocio me prueba la poca confianza que le inspiro.»

Aquel hombre, resentido, en efecto, de que no se le hubiera confiado á él la dirección del asunto que había llevado al hijo de Rivera á París, se vengaba refiriendo al pobre padre toda la extensión de su desgracia, sin consideración alguna.

La desdichada enferma fué la que leyó esta carta fatal; la pobre niña Eugenia, muy contenta al ver una carta que traía el sello de París, se la llevó sin sospechar lo que encerraba.

La infeliz madre cayó en horribles convulsiones antes de terminar su lectura, y su vida ofre-

ció tanto peligro durante muchos días, que los médicos desconfiaron de salvarla.

Dios, en sus sabios juicios, quiso sin duda que se quedase sobre la tierra para seguir sufriendo, y salió del lecho con vida, pero con todo su cuerpo invadido por una terrible parálisis.

El asunto Duplessis llegó por fin á los tribunales, y el señor Rivera se desposeyó de cuanto tenía, para dejar su honor en salvo.

Pero el temple de su alma no era bastante fuerte para soportar tantas desgracias; una tristeza voraz é incurable se apoderó de él, y sólo cuatro años sobrevivió á su ruina.

Justino creció sin estudiar en medio de aquella serie de desgracias, y se halló á la muerte de sus padres que contaba veinte años, sin más medios de subsistencia que los que le proporcionaba lo que había aprendido por adorno.

Algunos meses después de la muerte del señor Rivera se recibió una carta de América, cerrada con sello negro; abrióla Justino por orden de su madre, que temblaba convulsivamente, y cayeron dos del sobre.

Al ver una de ellas, el jóven dejó escapar un grito de alegría: había reconocido la letra de su hermano mayor.

Pero la madre vió el enlutado sello y miró al cielo, como demandándole valor.

Justino leyó estas palabras, que no tardaron en ser entrecortadas por sus lágrimas.

«Padres míos: Próximo á morir, víctima de una de las enfermedades endémicas del país, os escribo estas líneas para daros un eterno adiós y para suplicaros que me perdonéis y no maldigáis mi memoria... He sido muy culpable... pero también muy desgraciado... Perdonad si no os refiero la larga serie de mis dolores... no quiero entristeceros, y además no tendría tiempo... Dios me ha castigado con amargos desengaños... y con hacerme dormir el último sueño lejos de vosotros... y en país extranjero... ¡Adiós! rezad alguna vez, y haced que recen mis hermanos, por el alma de vuestro culpable y desventurado hijo

LUIS.»

En la otra carta avisaba el dueño de la casa en que habitaba el joven, el fallecimiento de éste, acompañando su partida de defunción.

La infeliz viuda estuvo cerca de sucumbir al rigor de aquel nuevo pesar; pero sus hijos lograron calmarla suplicándole, anegados en llanto, que se consolase por ellos y para ellos.

Desde aquel día Justino y Eugenia buscaron ocupación: mucho tardaron en encontrarla, pero al fin la consiguieron: ella en un almacén de bordados, y él en casa de un editor, que aprovechó su talento para traducir y su perfecto conocimiento de los idiomas francés, inglés y alemán.

Sin embargo, el estado de aquella desdichada familia era deplorable. ¡Cuántos sufrimientos,

cuántas humillaciones tenían que soportar los desgraciados jóvenes para conseguir una módica ganancia! ¡Qué de privaciones, ellos que habían nacido y se habían educado en el seno de la opulencia!

Hubo que mudar de vivienda para buscar otra más barata, y fueron á habitar á la oscura y triste callejuela á donde daba una de las fachadas del palacio de los Marqueses de Villalta.

Los dos hermanos se esforzaban en hacer ver á su madre que su situación no era tan penosa como ella creía. Sobre todo, el carácter angelical y dulce de Eugenia era á propósito para esta piadosa ficción: pero ¡ay! sus fuerzas físicas no estaban en relación con su valor moral, y la pobre niña palidecía y se tronchaba como la flor azotada por el huracán.

Ya hemos visto de qué modo sucumbió á su fatiga, y de qué modo Arturo, llevado de la generosidad de su carácter, socorrió á aquella pobre familia con un pretexto que no por ser el único que se le ocurrió era menos verosímil, tratándose del difunto Rivera, que tantos beneficios había hecho durante toda su honrada y laboriosa vida.

y borde dos peinadores y haga de lo que le sobra algunos gorros y pañuelos: toma también este bolsillo y págale su trabajo adelantado, diciéndole que cuando se acabe venga á buscar más labor.

Flavia se inclinó, salió para obedecer las órdenes de Regina, y ésta fué á apoyerse en su ventana, pensativa ya y meditabunda.

En la casita adornada de macetas vió la hermosa y grave figura de Justino, quien, sentado junto al alfeizar, apoyaba en él el codo, y la cabeza en la palma de su blanca y pálida mano; su fisonomía estaba alterada por una expresión de profunda pena.

Regina clavó con hondo afán su mirada en aquella bella y abatida figura: un subido carmín coloreó su frente, y sus grandes y arrogantes ojos tomaron, por primera vez de su vida, un sello de dulce melancolía.

—¡Oh, qué hermoso es! murmuró, juntando con fuerza las manos sobre el pecho y como respondiendo á sus propios pensamientos.

En aquel instante alzó Justino la cabeza, y su mirada se fijó en Regina; la joven, envuelta en su rosada bata, con sus espléndidas trenzas negras flotantes sobre su espalda, con su magnífica belleza, realzada por una expresión apasionada y tierna, y sus blancas manos cruzadas sobre el pecho, se asemejaba á una aparición divina.

Justino la contempló con muda sorpresa durante algunos instantes, y con el mismo arroba-

miento con que contemplaría un infeliz cautivo al objeto de su primero y dichoso amor.

Mas de súbito se volvió rápidamente, y Regina columbró en la pobre salita la esbelta figura de Flavia.

El corazón de la joven Marquesa de Villalta empezó á dar violentos latidos, y ésta aplicó el oído para escuchar la voz de Flavia que sonaba en aquel instante.

—¿No está la señorita Eugenia? preguntó con la dulce política que la hacía estimable, á pesar de sus innumerables defectos.

—Mi hermana está enferma, contestó Justino gravemente.

—Quería encargarle un trabajo de parte de mi señora, repuso Flavia.

—Ya he dicho á V. que está enferma.

—Le dejaré, sin embargo, para que se ocupe en él cuando esté buena, y pagaré su importe, porque así me lo ha ordenado mi señora.

—¿Quién es su señora de V.? preguntó Justino, cuyas bellas facciones se enrojecieron con un noble rubor.

—No la conoce V., caballero.

—Pues dígale V., sea quien quiera, que mi hermana no cobra trabajos que quizás ya no podrá desempeñar.

Al decir estas palabras, señaló Justino la puerta á Flavia, que salió confusa, á pesar de que muy pocas cosas alteraban su natural descaro.

Justino, como para consolarse de la mortificación que acababa de sufrir, se volvió á Regina, á fin de contemplarla de nuevo con silenciosa adoración.

Sus ojos decían en su mudo y elocuente lenguaje:

—¡Consuélame tú de todos los sufrimientos de mi vida!

—¡Véte, véte! murmuró Regina en voz baja, pero imperiosa, á Flavia que entraba en aquel momento en su cuarto; ¡que no te vea! ¡Que jamás sepa él que yo fuí la que te envió á herir su noble orgullo!

La camarera se retiró, llevando en sus labios una maliciosa sonrisa.

—¿Qué saldrá de aquí? se preguntó cuando estuvo fuera del aposento de Regina: yo no lo sé; pero allá veremos: entretanto guardaré para mí el bolsillo lleno de plata y la pieza de exquisita batista que la señorita enviaba á la bordadora, y que se ha olvidado de pedirme.

XII

FLORESCENCIA.

¿Habéis visto, al soplo vivificante de la primavera, cómo las secas ramas se cubren de tiernos pimpollos, que luego se convierten en verdes hojas y aromadas flores?

¿Habéis notado el penetrante perfume que se desprende de los árboles, y cómo toda la campiña sonríe exuberante de vida?

¿Habéis contemplado el azul del cielo y los efluvios que suben hasta él, de la selva y de la floresta?

Pues nada mejor puede daros una idea aproximada de lo que pasaba en los corazones de Regina y de Justino después de aquella mirada, beso de sus almas, y que mutuamente les prometía tanto amor.

¿Cómo llegaron á decirse que se amaban?

Acaso, si se les preguntara á ellos mismos, no sabrían responder.

¿Por ventura se traduce el lenguaje del alma

Muchas tardes halló á Regina la luz del crepúsculo apoyada en la ventana de su cuarto y mirando á Justino con la sublime confianza de su edad y de una naturaleza vírgen de toda impresión de amor.

El pudor—mentido muchas veces—de otras jóvenes no hallaba cabida en aquella alma fuerte y recta, pero avasallada por una pasión demasiado profunda para que intentase resistirla.

¿Y por qué la había de resistir tampoco? Amaba sin saberlo, como ama la cierva la espesura del bosque, y el ruiseñor las noches de luna, sin que pretenda lucir su poderoso encanto.

Amaba, porque su alma enérgica y apasionada necesitaba amar, y hasta entonces no había hallado objeto en que fijarse.

Es verdad que hubiera podido amar á su primo, que era el hombre que le destinaban; pero en aquella ocasión, como en otras muchas, el corazón de Regina no se hallaba acorde con su deber y con los deseos de sus padres.

Sin saber ellos mismos cómo se atrevieron á tanto, una noche de luna cruzaron Regina y Justino algunas palabras.

La Marquesa y su numerosa servidumbre dormían: también dormía la familia de Rivera: Regina se había levantado fatigada del insomnio, y se había apoyado en la ventana de su cuarto; Justino se hallaba apoyado en la suya.

La voz de ella fué la primera que se oyó: él contemplaba melancólicamente el cielo y las estrellas.

—¡Qué hermosa noche! dijo Regina como hablando consigo misma.

—¡Muy hermosa! repitió Justino; esta noche hace olvidar todos los dolores, por amargos que sean, y hace bendecir la bondad de Dios.

Justino había hablado más de lo que quería; pero roto el dique de su rubor, hubiera estado hablando todo un día.

Regina le interrumpió.

—¿Tiene V., pues, algún dolor? le preguntó con un acento lleno de tanta ternura, que resonó en el corazón del joven como una música celestial.

—Sí, señorita, respondió; tengo enfermas á mi madre y á mi hermana.

—¿De gravedad?

—¡Sí, señorita! ¡de mucha gravedad! ¡En este momento reposan, y yo he venido aquí para mirar al cielo, ese cielo que parece brindar el consuelo con su serenidad y sus estrellas!

—¿No sería mejor que aprovechase V. estas horas de quietud para dormir?

—No, respondió Justino con voz baja y conmovida: no, señorita: soy aquí más feliz que cuando duermo; pues aunque entonces veo lo mismo que despierto, aquello es sueño y esto es realidad.

Regina no le preguntó qué era lo que veía: su

corazón se lo decía demasiado; porque ella, cuando dormía, le veía también á él.

Un largo silencio siguió á estas palabras: al cabo de algún tiempo dijo Regina:

—Buenas noches, amigo mío.

—¡Qué! ¡ya! murmuró el joven dolorosamente.

—Ya es cerca del día, respondió Regina.

Y aun permaneció algunos instantes más apoyada en su ventana, como si una fuerza invencible la detuviese allí.

La luz del alba llegó, por fin, á alumbrar con sus primeros rayos aquellas dos bellas y melancólicas figuras, y á su dulce claridad aun permanecieron contemplándose los jóvenes, en tanto que sus corazones cantaban ese eterno himno de amor qno anima á la creación entera.

Regina fué la que volvió á despedirse con un tierno y dulcísimo ¡adiós! y se apartó de la ventana para recostarse en su lecho.

Pero ¡ay! que el reposo había huído de ella para siempre: en vano procuró conciliar el sueño: el sueño huía de sus ojos, y la joven sólo abrigaba un deseo: el de que llegase pronto la noche, para volver á hablar con Justino; hubiera anhelado que el día no durase más que nn instante.

Desde la noche siguiente, los coloquios se hicieron más largos y más íntimos. Pronto la confianza borró toda desigualdad entre los dos amantes. Regina dijo á Justino quién era: se quejó de la esclavitud en que la constituía el amor de sus pa-

dres, y se quejó también de su elevada clase y de sus inmensas riquezas, que la separaban de Justino.

Justino le refirió la triste historia de las desgracias de su familia, y después de escucharla, se quejó de nuevo y con mayor vehemencia Regina, de la injusta desigualdad de sus destinos.

—Pero no importa, añadió; yo seré tuya: me casaré contigo... todo lo abandonaré por tí... y como el amor de mis padres raya en locura, me perdonarán y te llamarán su hijo.

En tanto que los dos jóvenes adelantaban tan rápidamente en la carrera de su amor, Arturo, cuya pasión por Eugenia había crecido con no menor fuerza y rapidez, formaba también sueños de felicidad, si bien mezclados de amargura.

La pobre joven seguía enferma; después del dia en que, apelando á la estratagema que ya conocemos, dejó su bolsillo en las manos de la viuda de Rivera, había vuelto á informarse de la salud de Eugenia; bien pronto la de su madre inspiró serios temores, y Justino, aislado, vió en él el solo amigo con quien en su aflicción podia contar.

Arturo era, en efecto, un amigo delicado y fiel; todas las noches iba á acompañar y á consolar á Justino durante las primeras horas de la velada; cuando éste le preguntaba la causa de su celo, le decía que habia debido á su padre un gran favor.

—¿Dónde? ¿acaso en París? preguntó un día

Justino; porque lo que es en Madrid, no recuerdo haber visto á V. jamás.

—Sí, fué en París, respondió Arturo.

Y enterándose muy pronto de que Justino y su familia ignoraban todas las circunstancias referentes á la vida de Rivera en tanto que residió allí, pudo referir una historia á su gusto y continuar socorriendo á aquella desgraciada familia.

Pronto supo Justino que había venido para casarse con Regina, según los deseos de su padre; pero los dolorosos celos que esta noticia le produjo se aquietaron bien pronto, porque Arturo añadió:

—Este matrimonio es imposible.

—¿Por qué? preguntó Justino, cuya voz temblaba.

—Porque no la amo.

—¡Cómo! siendo tan hermosa...

—Tal vez es porque la encuentro demasiado bella, respondió el Coronel, evitando con esta respuesta evasiva el dar otra que favoreciese poco al carácter de su prima.

¿Hubiera, sin embargo, logrado apagar el amor de Justino, aunque hubiera hablado de la antipatía que le inspiraba el carácter de la joven?

¡No! el amor es fuego que avivan todas las contrariedades, como el aire, ya sea leve ó ya fuerte, aviva un incendio.

Una amistad suave y dulce unía al pobre Justino con el opulento Vizconde, con el brillante

Coronel; pero aquél jamás pudo resolverse á confesar á éste su amor por Regina; la timidez era una de las cualidades negativas del carácter de Justino; le parecía que Arturo podría enojarse de su atrevimiento en amar á la hermosa y deslumbradora heredera de los Marqueses de Villalta, él, tan desgraciado, tan pobre, y cuyo nombre no había salido nunca de una plebeya oscuridad.

De este modo, su amor por Regina, si bien le proporcionaba delicias inefables, jamás abrió su alma á la vanidad, y era como la humilde violeta que se oculta en su lecho de grama para no ser descubierta.

XIII

EL ENCUENTRO

Algunos días después de las escenas que acabo de referir, y en una calurosa noche de Julio, Regina, apoyada en la ventana de su dormitorio, clavaba, con más afán que otras veces, sus negros ojos en las ventanas de la pobre casita que habitaba la familia de Rivera.

Aquel rayo amoroso de luna que había presidido otras veces las entrevistas de los amantes, bajaba del firmamento al oscuro callejón y reflejaba en los cristales de la casa de Justino.

Diríase que el astro de la noche huía de las ostentosas colgaduras del palacio de Villalta y se hallaba bien en aquella mísera vivienda.

El palacio estaba cerrado, excepto la ventana del aposento de Regina: en ella, y como una marmórea efigie engastada en un marco negro, se destacaba la deliciosa figura de la joven.

Su belleza había cambiado enteramente de carácter: el carmín de sus mejillas se había extinguido; sus labios, de púrpura en otro tiempo, eran

ahora rosados, y sus grandes y magníficos ojos habían perdido algo de su poderosa altanería para dar lugar á una expresión más dulce.

Sin embargo, su frente de mármol conservaba la misma impasibilidad altiva, y en vano era que todo el resto de su fisonomía hubiese dulcificado sus líneas, pues en aquella elevada y majestuosa frente estaba escrito con signos indelebles su carácter dominante, orgulloso y avasallador.

En la noche en que la presento de nuevo á mis lectores, se la hubiera podido tomar por la estatua de Diana esperando á Endimión. Regina esperaba también, y la ansiedad se pintaba en la apasionada mirada que clavaba en las ventanas de la casa de enfrente, como si hubieran tenido para ella una invencible atracción.

—¡Oh, cuánto tarda! murmuró con voz ahogada y cruzando sobre su pecho sus blancas manos, que temblaban de emoción y de impaciencia.

Volvió á reinar el silencio; pero el acento de Regina al pronunciar las anteriores frases encerraba un mundo de ideas y de pensamientos.

Y, en efecto, la joven había recordado, al dejarla escapar de sus labios, la metamórfosis que en el corto espacio de algunos días se había operado en todo su sér.

Ella, ante quien todo se doblegaba, estaba esperando ahora con tan incansable paciencia.

Ella, tan altiva, tan indomable, estaba allí tan exclusivamente dominada por su amor.

Estas reflexiones pasaban por la mente de Regina, sin que en ninguna de ellas se mezclase la imagen de sus padres, á los cuales desobedecía y engañaba; y sus ojos no tuvieron una lágrima, ni su corazón un pensamiento para aquellos dos séres que le habian consagrado su vida con tanta ternura y abnegación, y para quienes preparaba un porvenir lleno de dolor.

Aquella naturaleza, indómita ya de sí y viciada desde su nacimiento, estaba enteramente dominada por una pasión, fuerte como su alma, dura como su orgullo, é inamovible como sus creencias.

Abrióse por fin una de las ventanas, y la luna iluminó de lleno la pálida y hermosa cabeza de Justino.

—¡Cuánto te he hecho esperar, Regina mía! dijo con una voz melodiosa como un canto de amor; perdóname, añadió con tristeza; no tenía á quién encomendar el cuidado de mi madre y de mi hermana.

—¿Qué importa mi impaciencia pasada, si al fin logro verte? dijo Regina con profunda exaltación y sin fijarse un instante en la dolorosa tristeza con que pronunció Justino sus palabras.

—¡Mi madre se muere! murmuró éste con voz queda y medrosa, como si temiera oir el eco de sus propias frases.

—Cuando te veo, cuando te oigo, Justino, continuó Regina, que habia apercibido el acento de su

amante sin comprender lo que decía; cuando escucho tu voz, todo lo olvido! ¡sí, todo! ¡La esclavitud en que vivo, la continua violencia que tengo que hacerme para no volar á tu lado, las horas que te espero ansiosa... sólo pienso en la dicha de oir tu acento y de mirarte!

—¡Perdóname, Regina, si mis pesares me privan de corresponder como quisiera á tu amor! ¡Estoy colocado entre el lecho de muerte de mi madre y el lecho de agonía de mi hermana!

Justino pronunció estas palabras con voz desfallecida y embargada por los sollozos: conocíase que el corazón del infeliz joven se desgarraba.

Pero Regina, llevada de su impetuoso carácter, no pudo comprender lo que pasaba en aquel corazón dolorido, que necesitaba, más que amor. el bálsamo del consuelo: irguióse altanera, crispáronse sus manos y gritó con sorda y dolorosa cólera:

—¡Tu madre! ¡tu hermana!... ¡hé aquí los nombres que constantemente opones á mi pasión! ¡Justino! si tanto las amas, si ellas logran llenar tan completamente tu existencia, ¿por qué te mostraste á mis ojos para envenenar la mía? ¿por qué no sellaste tus labios, en vez de decirme que me amabas? Yo hubiera muerto antes que confiarte la pasión que me inspirabas, y tú hubieras vivido más tranquilo, pues para vivir te basta el cariño de tu familia.

—¡Regina! ¡me estás desgarrando el corazón!

exclamó Justino, de cuyas negras pupilas brotó una lágrima, arrancada por la fuerza de su dolor. ¡Regina! ¡el amor que no comprende ni consuela las amarguras de la persona amada, que no la alienta á cumplir sus deberes más sagrados, no es amor, ó si lo es, se asemeja á un torrente devastador que convierte un corazón en yermo! ¡Mi madre y mi hermana... se mueren!

—¡Yo no me acuerdo de mis padres, á quienes engaño por tí!

El silencio más profundo siguió á estas crueles palabras que Regina pronunció en medio de la mayor exaltación.

—¡Háblame, Justino, continuó la joven torciendo con fuerza sus blancas manos: háblame, aunque sea de tu familia! ¡Oiga yo tu voz, ya que me has prohibido que vaya á tu lado! ¡Ya que tu voluntad me encadena aquí, donde muero sin verte, como la planta sin ambiente y sin sol!

Un sollozo seco y profundo fué la única contestación que obtuvo su ruego.

—¡Ah, cuánto te hago sufrir! gritó con penetrante acento Regina, lanzándose á la ventana con los brazos extendidos y con un ímpetu tal, que se hubiera creído iba á precipitarse por ella. Oye, continuó tras una breve pausa, oye, Justino: voy á volar ahora mismo junto á tí; yo pondré fin á la miseria que os oprime: soy muy rica, tengo dinero, joyas y objetos de gran valor: yo quiero devolver á tu familia la dicha y el bienestar; la

amaré, puesto que te pertenece, y tendré por sola recompensa la felicidad de verte y de partir contigo tus pesares y tus alegrías.

—¡Gracias, Regina! repuso Justino con voz conmovida y triste; ¡gracias! jamás será mi amor el que te arrebate á tus padres y á tu dicha actual, para hacerte participar de mis desgracias.

—Pero yo soy muy rica, Justino: ¡la fortuna entera de mis padres me pertenece!

—¡Dios mío, no la arranquéis nunca semejante creencia! murmuró Justino, elevando al cielo una mirada de fervorosa súplica.

Pero aquellas palabras quedaron como ahogadas en sus labios: de súbito Regina vió pasar una sombra al lado del joven, que, por su elevada estatura, creyó ser la de un hombre: aquella sombra dijo algunas palabras al oído de Justino, y éste, dando un grito penetrante, se lanzó al centro de la estancia.

La sombra desapareció en pos de él.

Regina quedó apoyada en su ventana, pálida y temblando: los violentos latidos de su corazón le decían que algo extraordinario tenía lugar en la casita, y ella sabía que cualquier acontecimiento debía ser muy funesto.

De repente, otro nuevo grito, en el cual reconoció la voz de Justino, fijó toda su atención y escuchó palpitante y aterrada.

—¡Adiós, madre mía, adiós! gritó éste con tan penetrante acento, que traspasó el corazón de Regina.

Esta se dirigió presurosa á una escalerilla ex cusada que había en su alcoba y que daba á l habitaciones de las camareras.

Regina la bajó, y entró en el cuarto de Flavi

—Vé á buscarme la llave del postigo, le di Regina con voz ahogada.

—Señorita, la tiene Juan en su cuarto.

—Pues la necesito.

Flavia bajó á la portería y se apoderó de llave de la puerta pequeña del palacio, que estab pendiente de un clavo.

—Es para el señor Marqués, dijo la astuta ca marera, desapareciendo á los ojos del portero.

Regina tomó la llave que Flavia le presentab se lanzó por un pasadizo excusado; llegó á u ángulo del patio y salió por el postigo, cerrand tras de sí y llevándose la llave.

Un minuto después llamaba con mano trému la en la puerta de Justino.

Una mujer de alguna edad abrió y retrocedi asustada á la vista de aquella joven envuelta e un peinador blanco, más pálida que el alabastr y con los cabellos sueltos.

—¿A dónde va V.? preguntó al ver que se di rigía á la escalera: la señora acaba de morir, y l señorita está agonizando.

Regina no oyó estas palabras; precipitóse como una cierva herida, en la primera estanci que halló abierta, y descorriendo las pobres cor- tinas de la alcoba, penetró en ella.

Dos lechos había allí: en el uno descansaba un cadáver, caliente todavía; Justino, arrodillado á los piés, ocultaba la frente entre las ropas, sollozando amargamente.

En el otro estaba acostada una joven, blanca, inmóvil, y, al parecer, sin vida: inclinado hacia ella, y mirándola con ansiedad, estaba el Coronel Arturo, con el semblante trastornado por un intenso dolor.

No obstante, al ruido que hizo Regina levantó la cabeza, y sus grandes ojos pintaron un huraño y profundo asombro.

El orgullo de raza, el fuerte é indomable orgullo de la sangre, se levantaba en su pecho como una terrible tempestad.

—¡Mi prima aquí! murmuró sordamente.

Luego quedó indeciso y silencioso durante algunos momentos, mientras que la joven apoyaba en su hombro la cabeza de Justino.

—Vén, dijo por fin el Coronel; vuelve á tu casa, Regina: eres una niña, y sólo tu edad puede servir de disculpa á tan imprudente paso: vén, toma mi brazo: no puedo permitir que estés aquí ni un instante más

—Señor Vizconde, contestó Regina cruzando sus torneados brazos sobre su hechicero seno y mirando á su primo con su helada altivez; señor Vizconde, yo no le pregunto á V. por qué razón ha venido á esta casa, ni le exijo que salga de ella; no vuelva V., pues, á recordar hasta

que yo le hable, que nos hallamos en el
sitio.

Y dichas estas palabras, volvió la espa
Coronel, ocupándose de nuevo en sostener l
tida cabeza de Justino y en consolarle con
nas palabras cariñosas.

XIV

LOS REGALOS DE BODA

Cuando la primera luz del alba penetró por los cristales de las pequeñas ventanas de la casita, Regina tendió en derredor suyo una mirada de tristeza.

Para ella, acostumbrada desde su nacimiento á la opulencia y á toda clase de comodidades, cuanto veía era extraño y la hería como una reconvención.

Comparaba aquella reducida, sombría y húmeda habitación, con las suntuosas que ella ocupaba en su espléndido palacio; aquellos muebles humildes y deteriorados, con el magnífico mueblaje que ella usaba; aquella atmósfera miserable y helada, con la saturada de aromas en que ella había pasado su vida; y al bajar los ojos sobre el hermoso sér que lloraba á su lado, sentía alzarse en su seno, más fuerte y voraz, el volcán de su pasión, y de su centro un ferviente deseo de hacer

dueño de cuanto poseía á aquel hombre, objeto é ídolo de su primero y único amor.

Unico, sí, porque las mujeres del temple de Regina no pueden amar dos veces; consumen en su primera pasión toda la ternura que su corazón puede albergar, y éste se convierte en cenizas ó en nieve cuando muere su amor ó la persona por quien lo sentían.

Poco á poco fué apareciendo en el semblante de Regina una resolución firme é inmutable, y hubo un instante en que sonrió confiadamente ante las bellas imágenes que nacían en su alma.

Por fin se levantó del pequeño sofá donde hacía dos horas que se había sentado al lado de Justino; dirigióse á la alcoba, y fijó sus ojos en la apacible fisonomía de Eugenia, que permanecía sumergida en una especie de letargo.

La pobre niña estaba más blanca que las almohadas que sostenían su cabeza; dos magníficas y apretadas trenzas de cabellos castaños señalaban el gracioso corte de su pálida frente; sus ojos azules, cerrados por anchos y trasparentes párpados, estaban guarnecidos de dos largas y rizadas franjas de oscura seda; y á pesar de los estragos que habían hecho en ella las fatigas y la enfermedad, aun conservaban sus facciones aquella blanda redondez de líneas que patentiza al mismo tiempo la inocencia del alma, la juventud de la vida y la dulce ternura de los sentimientos.

Sentado á corta distancia del lecho de Euge-

nia, y velando el cadáver de su madre, estaba el Coronel, con la frente apoyada entre las manos y como sumergido en un mar de dolorosas reflexiones.

—¡Arturo! dijo suavemente Regina, después de haber mirado durante algunos instantes al ya helado cuerpo de la señora de Rivera y la blanca y angelical figura de su hija.

El Coronel levantó la cabeza y se puso en pié, con aquella grave cortesía que nunca olvidaba con su prima.

—Vuelvo á casa de mi padre, Arturo, continuó Regina, y excuso decirte cuánto te agradeceré que evites á Justino todos los amargos cuidados que su posición ha de ocasionarle.

El Coronel se inclinó.

—A las cuatro de la tarde de hoy, prosiguió la joven con acento sereno y reposado, te esperaré en mi cuarto: no faltes.

—No faltaré.

Regina se arrodilló á los piés del lecho donde descansaba el cadáver de la señora de Rivera, y rezó con las manos cruzadas durante algunos momentos; luego besó á Eugenia en la frente, estrechó con pasión las manos de Justino y salió de la estancia, con los ojos llenos de lágrimas de enternecimiento, quizá por la primera vez de su vida.

Diez minutos después estaba en su cuarto.

Quitóse el peinador que se había puesto la noche antes, y se hundió en su lecho de pluma para meditar lo que iba á hacer.

Dos horas pasaron sin que Regina saliese ni
instante de la inmovilidad en que la tenían sus
flexiones, y sólo la llegada de su madre la volv
al mundo de la realidad; recibióla muda y frí
mente, y permaneció como insensible á sus ama
tes caricias y á sus apasionados besos; pero u
intensa palidez bañó sus facciones cuando ésta
dijo:

—Hija mía, mañana á las diez de la noche
firmarán los contratos; te he mandado hacer pa
este acto un magnífico traje de brocado azul c
leste con palmas de plata; mira además el rega
que te traigo.

La Marquesa abrió un estuche de terciope
blanco, y presentó á los ojos de su hija una ca
cada de perlas finas, de un tamaño muy notabl

—Mira, continuó, extendiendo las piezas del ad
rezo sobre la mesa de plata y de marfil que so
tenía el tocador de Regina: ¡mira esta sarta
perlas para el cabello! ¡Mira qué soberbio colla
¡qué preciosos brazaletes! ¡qué riquísimos pen
dientes! ¡Mira qué admirable flor para el pech
¡Una rosa blanca natural no es tan perfecta com
ésta de perlas! Este aderezo me ha costado die
mil duros; pero nada hay demasiado caro para m
amada Regina.

La Marquesa abrazó apasionadamente á s
hija, que permaneció silenciosa y helada.

La tierna madre la miró llena de asombro.

Aunque siempre testigo de la frialdad de Re

gina, jamás había podido acostumbrarse á esta indiferencia que pecaba en ingratitud.

Eran siempre como el rudo viento de las noches de Diciembre azotando una delicada flor llena de aroma, de suavidad y de hermosura, que viviese oculta en el hueco de un árbol en un hermoso jardín.

—¿Qué es lo que tienes, Regina? preguntó la suave madre á la adusta hija; te veo triste, ceñuda... ¿tienes alguna pena? En ese caso, hija mía, confíasela á tu madre.

—No tengo nada, respondió la joven lacónicamente.

—Pues yo aseguraría que sí... Te veo descolorida, preocupada...; no, tú no estás como otros días.

Regina guardó silencio.

—Veo que no tienes confianza en mí, dijo su madre con tristeza; y esto, aunque ya lo sabía yo, me aflige profundamente, hija mía; las penas confiadas se quedan en la mitad, y cuando se confían á una madre, se alivian más todavía.

—Ya te he dicho, madre mía, que no tengo ninguna.

—Preciso es que te crea, y lo necesito además para mi sosiego, hija mia: no sabes tú cuánto sufro al verte triste... y eso no lo sabrás hasta el día en que tengas hijos... sólo siendo madre puede comprenderse lo que una madre vale. Pero vamos al salón, para que veas los regalos que te han enviado algunas de nuestras amigas.

—¡Regalos! dijo Regina con una especie de terror.

—¡Regalos, sí, y magníficos! ¿Pero por qué te extraña esto? Yo he tenido siempre la costumbre de enviar un recuerdo á todas las jóvenes de las familias relacionadas con nosotras que se han casado; las jóvenes son dichosas con cualquier pequeñez, y yo he sido también dichosa al saber el gozo que les causaba mi presente, y al ver la alegre gratitud impresa en sus rostros, la vez primera que iba á visitarlas.

—En verdad, mamá, repuso Regina gravemente, que debería tener celos al ver la ternura con que amas á todo el género humano y te interesas por él: ¡tu corazón es una mina de cariño que no se agota jamás!

—No se puede alcanzar cariño, si no se da también, hija mía, dijo Gabriela, lastimada del acento amargo de su hija, cuyo frío egoísmo pesaba como una escarcha sobre las flores de aquella alma; nadie que no ame será amado, y gracias que amando, que siendo benévolos y sufridos, alcancemos en premio el aprecio de los demás.

—¿Y para qué es bueno el afecto de ese mundo injusto? preguntó desdeñosamente Regina; nada me importa á mí, madre mía, de ese mundo que exige y que no da.

—Tú nada sabes de eso, pobre ángel mío, dijo Gabriela; pero vén al salón á ver los regalos, que tiempo de sobra te quedará para comprender las amargas verdades de la vida.

La Marquesa, dichas estas palabras, cruzó sobre el pecho de Regina su rica bata de seda y recogió por sí misma los negros cabellos de la joven con un peine de nácar, con el mismo solícito cuidado que si contase seis años, encaminándose después ambas al salón.

Allí, y sobre una mesa larguísima, cubierta de damasco carmesí, se ostentaban brillantes y deslumbradores los regalos de boda.

La mesa ocupaba el centro, y la dorada luz de aquella bella mañana de estío iluminaba con cambiantes los presentes, yendo á quebrar sus rayos en las blondas y en los diamantes.

Aquellos regalos los debía Regina á su madre, porque ella, fría, altiva y casi dura, tenía en la sociedad pocas simpatías.

En cambio, adoraba á la Marquesa, tan amable y tan dulce; á la Marquesa, que si lo hubiera deseado, hubiera reunido en su casa la parte más distinguida de la alta sociedad madrileña.

Regina paseó una mirada indiferente sobre aquellos objetos, que constituían una fortuna; los regalos eran dignos de una Princesa Real.

En el centro de la larga mesa descollaba, sobre inmensas bandejas, una vajilla de plata para dos personas, con los armas de Regina grabadas en oro abrillantado con esmaltes carmíneos.

En los dos extremos brillaban dos aderezos completos, de diamantes el uno, y el otro de rubíes.

Algo más lejos, una caja de sándalo mostraba

en su perfumado seno una colección de soberbios encajes.

Allí reía una familia china, con sus caras gordas y bonachonas, sobre una sombrilla blanca que parecía bordaba de oro y seda por los dedos de alguna hada.

Más allá, un abanico con varillaje de oro y clavillos de esmeraldas recogía pudorosamente su guarnición de plumas blancas y rosadas, que parecía robada de la corona real de una Princesa del Asia.

Después, innumerables cajas llenas de perfumes, frascos, cajitas para pastillas, de plata afiligranada, de nácar y de carey; tres ó cuatro relojitos esmaltados y guarnecidos de perlas, rubíes y ópalos; sartas de perlas para los cabellos; diademas de baile, de pedrería, y todo un adorno de flores de coral entre olas de encaje, para guarnecer un vestido.

Canastillas llenas de flores del más exquisito colorido y la más rara finura, conteniendo en el centro algunos pañuelos bordados, de vaporosa batista; una lámpara de plata maciza, compuesta de dos palomas; una copa de nácar y oro guarnecida de turquesas; collares, brazaletes, sortijas, cadenas de reloj, dijes, devocionarios encantadores, carteras llenas de guantes de un bordado exquisito; carteras para papeles; alfileres de brillantes para sujetar los cabellos, chucherías de tocador, y una infinidad de objetos necesarios á la coque-

tería de la mujer, y cuya posesión llena de alegría á todas las jóvenes de la edad de Regina.

Pero ésta no dió la más leve muestra de contento.

En vano su madre le fué enseñando todos aquellos objetos con su solícita ternura.

La joven la escuchó fría y distraída, y apenas prestó atención ni á las palabras de su madre, ni á los suntuosos regalos allí extendidos.

La magnificencia no había tenido jamás grandes atractivos para aquel espíritu sobrio y fuerte; y ahora, impresionada por su amor al pobre y desgraciado Justino, odiaba aquellas riquezas por la misma razón que la separaban de él.

—¿Qué te parece todo esto? le preguntó su madre. ¿No es verdad que hay aquí algunos objetos preciosos?

—No los encuentro tanto, respondió la joven ásperamente: esas señoras creían sin duda que yo no tenía pendientes ni brazaletes que ponerme, ni sombrillas con que quitarme el sol. Mamá, los regalos me parecen muchas veces una especie de insulto á la persona á quien van dirigidos, porque dan á entender que se la cree privada de lo que se lo da.

—Los regalos, hija mía, repuso la Marquesa, son á mis ojos el dulce recuerdo de la amistad y uno de sus mejores sostenes.

Regina iba á responder, pero la distrajo la entrada de su padre, que llegaba también para admirar los regalos.

XV

EXPLICACIONES

Á las cuatro de la tarde de aquel mismo día entró el Vizconde en el cuarto de su prima, que le aguardaba sola.

Regina estaba vestida de negro.

Su traje, de raso, descubría las bellas proporciones de su talle, completamente desarrollado ya, á pesar de su corta edad: su vestido, cerrado hasta su hermosa garganta, era liso y severo, y únicamente animaba su sombrío y uniforme color un pequeño y rico cuello de encaje blanco que llevaba sobre él, y unas mangas de igual clase, que, por su hechura holgada y elegante, permitían descubrir una parte de sus torneados brazos.

Llevaba guantes puestos, como si se tratase de un acto oficial, y la piel gris-perla que cubría sus manos era tan fina, que en nada aumentaba lo diminuto de su tamaño.

Arturo estaba también vestido de negro.

Había visto tan pocas veces á su prima, aunque vivía bajo el mismo techo que ella, y por

otra parte el carácter de Regina le inspiraba tan poca confianza por su grave frialdad, que, para él, no existía persona en el mundo á quien pudiese tratar con menos lisura y franqueza.

El Vizconde entró sin anunciarse, pues Regina había alejado á todos sus criados.

—Te esperaba, dijo fríamente á Arturo cuando éste apareció en el umbral.

—Perdóname, pues, repuso el joven, inclinándose con grave cortesía.

—¡Oh! no es esto decir que hayas tardado, no! repuso Regina, con la sonrisa fría y tranquila que le era habitual.

Y señalando al Vizconde un asiento enfrente de ella, añadió:

—Breve será nuestra conferencia, pues en ella sólo tengo que hablarte de sentimientos que conoces muy bien.

—Ignoro lo que quieres decir, Regina, murmuró el Vizconde, un tanto confuso.

—Tranquilízate, repuso aquélla sin perder su fría sonrisa: yo te explicaré con toda claridad lo que deseo que comprendas. Ya sabes, Vizconde, continuó, eludiendo con este tratamiento toda franqueza, ya sabes que tu venida aquí tuvo por objeto el traer una carta de tu padre al mío, en la cual aquél pedía mi mano para tí.

—Lo sé lo mismo que tú.

—Tampoco ignoras que la tal petición agradó mucho á mi padre, pues en aquella carta se le

prometía que tú dejarías la carrera militar para vivir conmigo á su lado; asimismo sabes que yo, que entonces tenía libre, ó por mejor decir, vacío mi corazón, accedí sin oponer objeción ninguna.

—Lo sé también, contestó el Vizconde, picado algún tanto de la palabra *vacío* que Regina había usado, tratándose de la época en que ya le había conocido.

—Está bien, repuso Regina; pero lo que no sabes, y voy á revelarte, es que he mudado de parecer y que no quiero ya casarme contigo.

Al oir aquella osada declaración, el Vizconde retrocedió asustado, y clavó sus grandes ojos oscuros en el bello rostro de su prima, que no se alteró ni pintó la emoción más leve.

—Creo, Vizconde, prosiguió la joven, que tú eres de mi mismo parecer; que no me amas, y que serás dichoso evitando nuestro enlace.

—No se trata de averiguar si yo seré feliz casándome contigo, ó no, Regina, dijo Arturo, que poco á poco había ido recobrando su serenidad: se trata del honor de tu familia, que es la mía, y es forzoso que, aunque nos haga infelices á entrambos este casamiento, aunque sea para nosotros una pesada cadena, es forzoso que se lleve á cabo.

—No tal, Vizconde, repuso Regina sin alzar la voz, sin inmutarse, sin alterarse en lo más leve.

—Por Dios, Regina, exclamó Arturo, levantándose con el semblante pálido y los ojos animados; por Dios, reflexiona que todo Madrid tiene ya no-

ticia de nuestro proyectado enlace; piensa en que mañana van á firmarse los contratos, y en que está invitada para asistir á este acto la más escogida nobleza de la corte.

—A pesar de todo, no quiero casarme contigo.

—Pero díme al menos, por qué.

—Te lo diré, á pesar de que lo debes suponer: porque no te amo.

—¿Y piensas acaso que yo te amo á tí? exclamó el Vizconde con amarga exaltación y olvidando ya todo miramiento.

—¿Y qué me importa que me ames ó no? prorrumpió Regina, soltando una carcajada tan fresca, serena y jovial, que Arturo quedó atónito otra vez.

—Basta, señorita, dijo éste tras un rato de silencio y pasando ambas manos por su abrasada frente; ¡basta! Se casará V. conmigo, pues prefiero sacrificarme y sacrificarla, á dejar á V. en libertad para que cometa alguna imprudencia que mate á sus padres.

—Si yo fuera como las demás mujeres, caballero, me desharía ahora en lágrimas y haría á usted sentimentales amenazas; le diría: *¡Ya he avisado á V. que no le amo! ¡Será V. infeliz! ¡Me mataré!* Pero, señor Vizconde, en mí no cabe esa blandura, que por lo regular siempre queda reducida á palabras. Yo digo lisa y llanamente «no quiero casarme con V. porque no me agrada para marido, y no me casaré.»

—Pero ¿y sus padres de V...? ¿Sus padres, que con tanto amor la han criado, que con tal extremo la aman?

—Si es así, no se opondrán á mi dicha: ahora es cuando trato de probar su decantado amor. ¿Tengo, por ventura, que agradecerles el que me hayan educado en el fausto y la opulencia? ¿el que me hayan hecho orgullosa y altiva? ¿O pretende V. que les esté reconocida porque le han presentado á mí diciéndome: «Cásate con ese hombre, porque así podrás permanecer á nuestro lado divirtiendo nuestra vejez?»

—¡Oh, qué ingratitud! exclamó Arturo, dolorosamente afectado.

—Soy ingrata, sí... ¿Qué quiere V.? Desde que he nacido, todo se ha doblegado á mis deseos, á mis caprichos. Si tiene V. hijos, Vizconde, no desoiga mi consejo: quebrante su voluntad, para que le sean sumisos y, sabiendo vencerse, sean felices: ahora le repito por la última vez que no quiero casarme con V.

—Pues vea V. cómo ha de ser, porque yo no renuncio á su mano de V.

—¿Prefiere V. que le haga el desaire de renunciar yo á la suya?

—Ese desaire dejará, al menos, ileso mi honor, exclamó Arturo.

—Pues sea: no se apure V. por tan poco, y déjelo todo á mi cargo.

—¡Reflexiona todavía! ¡Piedad para tus padres,

piedad para tí misma, Regina! Yo también amo á otra mujer y sacrifico mi amor: ¡imítame, por tu bien! exclamó Arturo, volviendo á tratar á su prima de tú para suplicarle.

—Yo tengo por costumbre no imitar nada, Vizconde, dijo Regina con helada y desdeñosa altivez; pero si alguna vez caigo en la tentación de imitar algo, no será, en verdad, un sacrificio que, por lo bajo y vergonzoso, no merece el nombre de tal.

El Vizconde, mudo de sorpresa, de indignación, y combatido por mil diversos pensamientos, salió de la estancia: al llegar al corredor oyó la fresca voz de Regina que cantaba el aria de salida de Rosina en *El Barbero de Sevilla*, con tanta agilidad como perfección.

XVI

PRESENTIMIENTOS Y ESPERANZAS

La aurora del siguiente dia encontró despiertos á los Marqueses de Villalta y á Regina. Aquellos padres, idólatras de su hija hasta un extremo culpable, vieron aparecer con íntima tristeza el dia en que los contratos matrimoniales ligaban á aquella hija tan amada á otro sér que no era ellos.

—¡Hoy perdemos á nuestra hija! dijo la Marquesa, no bien entró en el cuarto de su esposo, dejándose caer bañada en llanto en un sillón.

¿Sería que el instinto materno hacia adivinar á aquella mujer tan buena, tan generosa, tan amante, la catástrofe que se preparaba?

El corazón de una madre adivina todo lo que interesa á sus hijos.

—¡Perder á Regina! repitió el Marqués, cuyos severos ojos chispearon y cuyas mejillas palidecieron intensamente: si tal supiera, continuó, ¡no la casaría jamás!

—¡Perdemos la mejor parte de su corazón! dijo la pobre madre, meciendo tristemente la cabeza.

¡Ella amará á su esposo mucho más de lo que nos ama á nosotros!

—¡Oh, no, no! ¡Eso no puede ser... no será! exclamó impetuosamente el Marqués, levantándose y cruzando la estancia á grandes pasos. ¿Hará por ella su marido lo que nosotros hemos hecho, y no es ella el espejo donde siempre nos hemos mirado? ¿No hemos buscado para ella nobleza cuando sólo éramos unos simples particulares? ¿No he conquistado en mil empresas arrriesgadas, y con mil inauditos trabajos, un caudal inmenso, para que ella fuese rica y opulenta? ¿No he prevenido con tu ayuda todos sus gustos, todos sus deseos, todos sus caprichos?

—¡El amor ahogará el recuerdo de todos nuestros sacrificios! murmuró la Marquesa, sin dejar de llorar.

—¡Calla, por Dios, Gabriela, ó vas á volverme loco! gritó el Marqués con todo el ímpetu de su violento carácter; ¡calla, por compasión!... ¿No sabes que tengo celos del que baila con ella en los saraos, del que la mira, y hasta del aire que azota sus cabellos, y de la luz que ilumina su frente? ¿No sabes que no admito más intermediarios entre ella y yo que tú? ¿No sabes que os confundo á entrambas en un mismo y tierno amor, como ella confunde en el mismo beso á la rosa y al capullo que corta de la maceta para adornar su pecho?... ¡Oh Gabriela!... ¡Si tú me faltas, ella sola será el lazo que me ate á la tierra, porque es tu hija!...

¡Si ella vuela al seno de Dios, sólo mientras tú vivas permaneceré en este mundo de dolores, y mi alma, unida con la tuya, irá en busca de Regina á otro mundo mejor!...

Un largo silencio, interrumpido á cada instante por los sollozos de la Marquesa, sucedió á las ardientes frases de aquel hombre, tan amante esposo como cariñoso padre.

—Basta de llorar, Gabriela, dijo el Marqués cuando hubo logrado serenarse; reflexiona que el que va á ser esposo de tu hija no la separará de nosotros; piensa que él conservará en el corazón de su esposa el cariño que nos debe, y que en él tendrémos otro hijo que nos amará tanto como Regina.

—¡Quiéralo Dios! murmuró la Marquesa enjugando sus ojos.

—Sólo á Arturo hubiera yo concedido la mano de Regina, continuó el Marqués; sólo á él, que reune nobleza antigua, gran fortuna y generosos sentimientos, hubiera yo entregado mi tesoro; sólo á él, que venía garantido con la promesa de vivir á nuestro lado: así, pues, Gabriela, consuélate; tus temores son tan injustos como infundados: ¿hay acaso algo de común entre el amor conyugal y el filial? ¿Dejaste tú de amar á tus padres cuando empezaste á amarme á mí?

—No, respondió la Marquesa, llevando el pañuelo á sus ojos, que no dejaban de verter lágrimas amargas; no dejé de amarlos; pero ¡de cuán

diferente manera los amaba! Pedro, es muy triste la misión de los padres, y nosotros no podemos huir lo que Dios mismo ha dispuesto. Todos los amores de la tierra tienen en su fondo algo de amargura y de ingratitud, y acaso encierra, más que ningun otro corazón, el corazón de un hijo: nosotros hemos criado á Regina dándole la parte mejor de nuestra vida, todos nuestros pensamientos, toda nuestra ternura, y ella nos olvidará, ó poco menos, por su esposo, por un hombre que nada ha hecho aún por ella, y para el que nosotros la hemos guardado.

—¿Culpas acaso á nuestra hija, Gabriela? preguntó el Marqués, admirado de hallar injusta y dura á su esposa por la primera vez de su vida.

—No, no la culpo, repuso ella con amargura; eso es la ley humana, y no pretendo derogarla ó que se modifique por mí; pero recuerdo lo que pasó en mi corazón cuando empecé á amarte, y éste llora sangre al pensar en lo que pasará en el de mi hija.

—¿Y crees tú que Regina ama á Arturo como tú me amabas á mí? No, Gabriela; ¡no es el mismo temple el de vuestras dos almas! Regina sólo amará con pasión á sus hijos, y de esos no será por cierto de quien tengamos celos; ¡celos de unas criaturas dos veces hijas nuestras! ¿Hay acaso en la creación un sér más dichoso que el abuelo? Vamos, voy á hacerte la pintura de la vida que pasarémos aquí los cuatro; pero antes de empezar-

la, dime, ¿no es extraño que yo, con toda la d
reza, con toda la violencia de mi carácter, ten
que consolarte á tí, que eres la misma dulzu
la misma mansedumbre?

Y el Marqués, al decir estas palabras, to
con ternura las manos de su esposa y las estrec
con cariño entre las suyas.

En la frente de aquella esposa, aun joven, b
lla, y más buena qne bella y joven, apareció
serenidad, y las lágrimas se estancaron en sus oj

Y sin embargo, su esposo, encanecido ya,
era ni galán, ni capaz de alimentar con su ext
rior la pasión que un tiempo había inspirado
Gabriela.

Pero ¿acaso no vale más que la pasión más e
clusiva y más fuerte, no es más durable, más sa
to, más puro, el afecto del matrimonio? ¿No es
que une los corazones con indisolubles lazos,
que hace que dividan gozosos los pesares, las al
grías, y que se cruce esta vida con la sonrisa e
los labios y la mirada en el cielo?

Tal era el afecto que unía á aquellos dos sere
el amor de Gabriela, primero y único de su vid
era tan ciego, que no había alcanzado á ver cóm
envejecía el Marqués, que contaba catorce año
más; ella, débil caña, se había apegado al árbo
robusto, y si éste era azotado por el huracán, ape
nas llegaba un soplo á su dulce compañera. Ga-
briela no había visto el estrago que la violent
pasión de la ira había hecho en las facciones d

su esposo; para ella era siempre joven, hermoso, gallardo, ó mejor dicho, para ella era el único hombre que existía en los ámbitos del mundo.

Dócil á su voz como siempre, todas las nubes que invadían su alma se corrieron con aquella casta caricia, como las nubes del cielo cuando las barre y las ahuyenta un rayo de sol.

El Marqués, sin soltar las pequeñas y blancas manos de su esposa, continuó así:

—¡Verás qué dulce y hermosa es nuestra vida! Por la mañana nos reunirémos en el comedor. Se me olvidaba decir que los novios ocuparán toda la parte principal de la casa; á nosotros nos bastarán las habitaciones más modestas del interior. Después del almuerzo, vosotras dos saldréis un rato, y yo saldré también con Arturo; por la tarde recibiréis algunas gentes, ó Regina tocará el piano, en tanto que tú trabajas en tu tapicería que te divierte tanto; si lo preferís, darémos los cuatro un paseo, y esto será todos los días en el buen tiempo: después de la comida irémos á algún teatro; tomarémos abonos en todos; darémos cada invierno tres bailes lo menos, es justo; ahora nos hemos de echar al mundo para hacer alarde de nuestros hijos, que lo merecen: ¡no faltaba más sino que siguiéramos llevando esta vida de cartujos, fastidiosa y triste! Recibirémos además, de confianza, un día á la semana; se cantará, las muchachas bailarán, se tomará té, ó el té será un pretexto, porque se les dará además á nuestros

amigos chocolate, dulces y helados. ¿Para qué qu
remos, si no, nuestra fortuna? ¿A quién hemos
darla? Vale más que la gastemos, que la luzcamo
que brillemos... ¿No te parece lo mismo, Gabriel

—Sí, respondió la Marquesa, que poco á po
se había ido dejando arrastrar por las risueñ
ideas de su esposo; sí, Pedro, ¡la pobre niña ap
nas ha disfrutado nada en el mundo; que lo v
después de casada!

—¡Y qué gozo será cuando tengamos un niet
cillo fresco, rubio y rosado, Gabriela!

—¿Rubio? no, no podrá ser rubio, porque s
padres tienen ambos el cabello negro.

—Los niños, sin embargo, son rubios casi todo
pero si el nuestro no lo fuera, ¡tanto mejor! se
más hermoso, y su belleza de un genero más nu
vo; ¡un niño blanco y rosado con el cabello y l
ojos negros, sería una cosa adorable! ¡Cómo
haría yo cabalgar sobre mis rodillas! ¡Cómo jug
ría con él! Se llamaría Pedro, como yo; y si fuer
niña, Gabriela... hay nombres jóvenes y fresco
que siempre parecen de niña, y el tuyo es d
esos...

—Si es niña, dijo la Marquesa, yo me las entenderé con ella, es justo; eso me pertenece á mí

—Bien; pero te pido por Dios que no te desconsueles; no sabes lo que me hace sufrir el ver te triste: ahora, querida Gabriela, anda á ve si Regina se ha levantado ya; pero no le demues tres tristeza ó pesadumbre, pues ella que, com

ya sabes, no es muy alegre, se entristecerá también; ¿por qué hemos de recibir lo que es una dicha para todos con semblante ceñudo?

—Tienes razón, Pedro, dijo Gabriela; te prometo que Regina no me verá triste.

La Marquesa se dirigió al cuarto de su hija, que, en efecto, estaba ya levantada; acababa de alejarse de la ventana, desde donde había visto sacar el cadáver de la señora de Rivera, junto al cual iban el Vizconde y Justino, que había querido dar así á su adorada madre la última prueba de su amor.

Regina se separó de su ventana no bien el fúnebre convoy dobló la esquina de la oscura callejuela, y se dejó caer en un sillón, con el semblante cubierto de una nube de tristeza al pensar en el dolor de Justino.

Así la encontró la Marquesa, que pudo estrecharla contra su corazón sin que ella se apercibiese de su entrada.

La amorosa madre atribuyó la triste expresión difundida por el rostro de su hija al acto que se preparaba para aquella misma noche; haciendo violencia á su propio dolor, la colmó de caricias y consuelos, y se retiró para informarse del estado de los preparativos del salón.

No bien hubo salido la Marquesa, la fisonomía de su hija adquirió de nuevo esa tranquilidad perfecta, fruto de una resolución irrevocable; toda duda, toda vacilación había desaparecido de su alma.

Se levantó, arregló ante un espejo sus cabellos, cambió su gorro de cama por otro ricamente guarnecido de encajes; se echó sobre los hombros una manteleta, y fué á reunirse con sus padres y su primo.

Al verla éste tan serena y reposada, al contemplar su admirable tranquilidad, un pensamiento brotó en su mente.

—¿Habrá cambiado de propósito? se preguntó. ¿Consentirá en que se lleve á cabo nuestro casamiento? ¡Oh, pluguiese al cielo! Yo sacrificaría todo el reposo de mi vida: yo inmolaría el naciente amor que ocupa mi corazón, y apartaría de él la dulce imagen de Eugenia, por la felicidad de ese noble anciano y de esa santa mujer que tanto me han amado siempre.

¡Ay! ¡el Vizconde no conocía el carácter y el corazón de Regina!

Esos caracteres de hierro, esos corazones helados, no se ablandan ni se entibian por nada.

El amor los calcina y los abrasa; pero hasta el amor qae abrigan es fatal, pues semejante al cráter de un volcán, arrastra y consume cuantos sentimientos tiernos engendra la naturaleza, del mismo modo que la encendida lava devora las suaves y perfumadas flores.

XVII

LA MALDICIÓN

Era llegada la hora de firmar los contratos.

Las personas más distinguidas de la corte llenaban el salón de los Marqueses de Villalta, espléndidamente iluminado.

La Marquesa, joven aún, pues no pasaba de los treinta y ocho años, hacía los honores con una gracia delicada que le era habitual y que tenía un atractivo indecible, á pesar de estar velada por una extremada tristeza.

La Marquesa de Villalta era una de esas mujeres suaves, dulces como el aroma de la violeta, cuya única ocupación es embellecer y recrear cuanto las rodea. Tierna hasta la debilidad, su boca parecía formada sólo para los besos ó la sonrisa; pura en pensamientos y en acciones, su plácida frente era tan tersa y hermosa como en los primeros días de su adolescencia.

Nunca habían bramado las pasiones en su seno; su único amor se lo había inspirado el hombre á quien dió su mano, que, aunque de bastante más

edad que ella, supo conquistarse su corazón por su talento, su elevada rectitud y la apasionada adoración que le profesaba.

El nacimiento de Regina aumentó el amor que el Marqués de Villalta tenia á su esposa; confundíalas aquél con una ternura tan ardiente y entusiasta, que era difícil adivinar si el cariño que sentía por su esposa era gratitud por haberle dado á su hija, ó si la adoración que profesaba á Regina era un reflejo de la que tenía á su madre.

Ambos colmaban á la niña de los más solícitos y exquisitos cuidados, y la Marquesa vivió entre sus dos santos amores como la azucena que tiene por abrigo un tibio y protector invernadero, y un cielo lleno de luz y brisas cuando los ardores del estío matan á tantas pobres plantas.

La primera pena de Gabriela nació el día en que se decidió el casamiento de Regina con su primo: su amante corazón de madre presintió la tempestad cuando todos gozaban aún en la calma, bien así como la gaviota gime sobre la roca mucho antes de que retumbe el trueno y cuando aun se ve la mar tranquila y azulada.

En la noche de los contratos ocupaba el centro del salón, atendiendo, no obstante su pena, á esos mil cuidados que la sociedad impone y que no dispensa nunca.

Gabriela era muy bella todavía: aun sonreían sus límpidos y azules ojos, á la par de su boca, pequeña y encendida como una flor de coral; sus

cabellos rubios y sedosos eran abundantes y rizados; la frescura que tal encanto prestaba á su semblante en su primera juventud, habia desaparecido, dejando en su lugar una blanca y dulce palidez.

Aquella madre, cuyo solo defecto consistía en ser demasiado tierna, habia abondonado muchas de las pretensiones que antes ostentaba en su tocador, desde que Regina cumplió cartorce años; vestía casi siempre de negro, reservando todo su buen gusto, toda su elegancia, para el adorno de su hija.

En la noche de que voy hablando llevaba un traje de raso negro, de manga corta y escote bajo; sobre él se había puesto una de esas encantadoras túnicas de encaje, negro también, que se cerraba en su garganta, y cuyas amplias mangas, perdidas ó venecianas, velaban la desnudez del brazo, aunque no tanto que impidiese que se traspa-rentasen su morbidez y hermosura.

La belleza de su cuello, un poco largo, blanco y lleno de gracia como el de un cisne, y el torneado y esbelto nacimiento de sus hombros, se adivinaban del mismo modo á través del fino y delicado tejido del encaje.

Sus rubios cabellos, recogidos en ricas y apretadas trenzas, estaban graciosamente prendidos detrás de su cabeza con largos alfileres de perlas, y dejaban completamente descubierta su blanca y serena frente.

Su collar, brazaletes y pendientes eran de perlas también; pero su aderezo estaba muy lejos de valer lo que valía el que había regalado á Regina.

La Marquesa de Villalta se asemejaba á una negra nube en medio de las mujeres que la rodeaban, cargadas de sederías, diamantes y flores; pero su casta y apacible belleza radiaba á través de su nebuloso traje como una estrella en un cielo tempestuoso.

—¡Cuánto tarda Regina! se dijo á sí misma mirando por la cuarta vez el soberbio reloj del salón que señalaba las diez.

Y levantándose, se dirigió á su esposo y á Arturo, que hablaban cerca de la puerta con algunos caballeros.

—Pedro, dijo Gabriela al Marqués, mostrándole al notario de la familia, quien, sentado ante una mesa cubierta de terciopelo carmesí bordado de oro, hojeaba el contrato; Pedro, el notario hace una hora que espera, y Regina no viene.

Los labios del Vizconde temblaron convulsivamente.

—Su tocador es hoy muy complicado, Gabriela, dijo el Marqués con una sonrisa que tenía mucho de dolorosa.

—Si me hubiera dejado ayudarla, ya estaría aquí, observó la Marquesa; pero se empeñó en vestirse sola...

—¡Qué bella debe estar! ¿no es verdad, hijo mío! dijo el Marqués estrechando la mano de su

futuro yerno: su vestido celeste con flores de plata y su soberbio aderezo de perlas van á producir un asombro general.

—¡La señorita doña Regina Villalta y Mendoza! anunció el portero de estrados á la puerta del salón.

Todos los concurrentes se volvieron vivamente.

El Marqués y su esposa cambiaron una mirada de profunda sorpresa.

Regina no había querido ponerse su espléndido traje, preparado con tanto esmero por su madre: llevaba un sencillo vestido de muselina blanca, de hechura lisa, y todo su adorno consistía en una rosa blanca, medio perdida entre sus negros cabellos, rizados en lucientes ondas.

Entró ligeramente en el salón, saludando con la cabeza á derecha é izquierda, y fué á ocupar el ángulo que daba frente á la puerta.

Sus padres y Arturo se aproximaron á ella llenos de confusión.

—Pero, hija mía, ¿por qué no te has vestido? le preguntó el Marqués con acento profundo y concentrado.

—Se me hizo tarde peinándome, respondió fríamente Regina, y no quise que me esperasen más tiempo.

También así está muy bella, Pedro, observó la Marquesa con su santa y apacible dulzura; casi es más bella con esa sencillez que con su rico traje: ¿no te parece lo mismo, Arturo?

Éste, incapaz de hablar, hizo con la cabeza un signo afirmativo, mientras que por los labios de Regina pasó una sonrisa glacial.

La Marquesa volvió á ocupar su sitio, y el Marqués se aproximó al notario.

—¿Qué vas á hacer, Regina? murmuró el Vizconde al oído de la joven.

—A decir que no quiero casarme contigo.

—¡Semejante escándalo! ¡Aquí!... ¡Por Dios, Regina, medita lo que vas á hacer!... ¡Habla mañana á tus padres!...

—¿Para qué?

—¡Este golpe puede matarles!...

—¿No dicen que yo soy su vida? repuso Regina con una sonrisa helada como el filo de un puñal; pues yo te aseguro que no pienso morirme por ahora.

—Puede V. empezar la lectura, caballero, dijo el Marqués al notario.

Reinó el más completo silencio, y el depositario de la fe pública empezó á leer con voz altisonante.

El escrito lo merecía: los Marqueses de Villalta cedían á su hija su título y su fortuna, consistente en diez millones de reales, constituyéndose en alimentistas suyos desde el día de su casamiento.

—¡Qué disparate!... ¡Despojarse así por su hija! murmuraron dos Condesas viejas detrás de sus abanicos.

—¡Qué absurdo! exclamaron á su vez tres di-

putados. ¿No conocen que si su hija es mala, se quedarán en la calle?

El Marqués paseó una mirada brillante y envanecida por el concurso, y cesaron como por encanto todos los murmullos.

Todos se humillaban ante la deslumbrante aureola que ceñía á la adusta frente de aquel hombre su santo y heroico amor de padre.

Siguió el notario enumerando la fortuna del esposo: las rentas de su título eran en extremo pingües, y aportaba además cerca de ocho millones de reales.

Las madres miraban á Regina con envidioso asombro: era evidente que la nueva Marquesa de Villalta iba á ser una de las damas más ricas de la corte de España.

Acercóse el Marqués á su hija, y le presentó el brazo para conducirla á la mesa á fin de que firmase. Regina se apoyó en él y se adelantó resueltamente; pero al llegar junto á la mesa, colocada en el centro del salón, dejó el brazo de su padre, rechazó la pluma que el notario le ofrecía, y dijo con sonora y reposada voz:

—¡Señores, declaro que no quiero casarme con mi primo el Vizconde del Olmo!

Alzóse un murmullo de sorpresa; la Marquesa abrió sus grandes ojos y los clavó con angustia en el rostro de su hija; el Marqués palideció como un cadáver, y Arturo se desplomó en un sillón, cubriendose el rostro con las manos.

El escándalo era inaudito é imposible de reparar.

En aquel instante se oyó en las antecámaras una confusa gritería que fué acercándose rápidamente al salón, y un instante después apareció en el umbral un hombre con el cabello largo y descompuesto, la barba crecida, el rostro encendido por una violenta fiebre, los ojos relumbrantes con la expresión del delirio, y vestido de un deteriorado traje negro.

Cruzó desatentado el magnífico salón, clavando en todos los concurrentes sus hurañas miradas, hasta que por fin fijó sus brillantes ojos en la blanca y serena figura de Regina.

Acercóse delirante á ella, la asió con ímpetu por un brazo, y gritó con ronca voz:

—¡Conque no me han engañado!... ¡te casas!... ¡traidora!... ¿Dónde están tus promesas de amor?

—¿Quién es este hombre? exclamó el Marqués, que sentía hervir en su seno el volcán de la ira.

—¡Justino, cálmate! murmuró el Vizconde tomándole una mano.

—¡Ah!... ¡ya te encontré!... rugió el infeliz joven, agarrando por el cuello á Arturo y sacudiéndole furioso: ¡voy á matarte... sí!... ¿Pensabas que yo toleraría que engañases á mi hermana y que me robases á Regina?

—¡Atrás, miserable! exclamó el Marqués, dando tan fuerte empujón á Justino, que le desvió algunos pasos; y luego, clavando en Regina una encendida mirada, tornó á preguntar:

—¿Me dirás quién es ese hombre?

—¡Ese hombre, padre mío, es el hombre á quien amo! contestó sumisamente la joven. Por él, continuó, renuncio á casarme con mi primo... ¡Padre... madre mía!... añadió con los ojos llenos de lágrimas y cruzando las manos; ¡padres míos, si me amáis tanto como decís, consentid en que este contrato sirva para unirme á él!...

Los ojos del Marqués llamearon como dos teas; dirigióse á la puerta, ebrio, vacilante, y gritó con ronca voz:

—¡Pedro!... ¡Miguel!... ¡Jacobo!... ¡Nicolás!

Cuatro criados aparecieron en el umbral, vestidos de toda gala.

—¡Echad á la calle á ese mendigo! gritó de nuevo el Marqués, señalando á Justino, que lo miraba todo, sumido en una especie de inmóvil atonía.

—¡Padre, perdónale, y yo seré tu esclava toda mi vida!... sollozó Regina, arrodillándose convulsa á los piés del Marqués.

—¡Echadle á golpes!... ¿Lo oís? ¡A golpes! ¡Y pronto! rugió el Marqués, desprendiendo violentamente de sus rodillas los brazos de su hija que las abrazaba.

—¡Madre!... ¡por Dios!... gimió de nuevo la infeliz niña, clavando en Gabriela una mirada de angustia desgarradora.

Ante aquella mirada, la Marquesa se sintió vacilar como si se hubiese roto todo su sér. Acer-

cóse á su hija, y oprimió contra su seno la negra cabeza de Regina.

—¡Afuera de aquí! gritó de nuevo el iracundo padre, dando tan fuerte empujón á Justino, que éste cayó como una masa inerte.

Dos de los criados que habían acudido al llamamiento del Marqués se apoderaron del inanimado cuerpo del desdichado joven y le sacaron del salón.

Entonces se levantó Regina, secáronse sus lágrimas instantáneamente, y la blanca palidez de su rostro se encendió con una ardiente púrpura.

—Señor, dijo con voz fuerte y serena, dirigiéndose á su padre; ya que arroja V. de su casa al hombre á quien amo, yo la dejo también para casarme con él.

Regina dió dos pasos hacia la puerta, por la cual ya habían desaparecido los criados que llevaban á Justino.

—¡Hija desnaturalizada!... gritó el Marqués cárdeno y tembloroso: ¡hija ingrata y cruel!... ¡Yo... te maldigo!...

La Marquesa dió un grito de agonía y cayó desplomada á los piés de su esposo. Aquella maldición habia destrozado todos los órganos de su frágil existencia.

Regina se detuvo, volvió atrás, se arrodilló junto á su madre, besó su frente y sus manos, y desapareció con paso firme y majestuoso.

El Marqués quedó en medio del salón con los brazos extendidos hacia la puerta, como si hubiera querido enviar en seguimiento de su hija el eco pavoroso de su terrible y desesperada maldición.

XVIII

UNA MADRE

Algunos días habían pasado, y era una mañana dulce y nublada de estío.

Acababan de dar las diez, cuando una de las ventanas del palacio de Villalta, de las que habian pertenecido á las habitaciones de Regina, se abrió con mucho cuidado y se asomó por la abertura un semblante plácido y encantador, si bien profundamente triste.

Aquella dulce cara era blanca como el nácar, suave aún y fresca como una de esas flores de otoño que tienen tan larga vida y tan exquisitos y delicados perfumes.

Sólo se veía una cabeza poblada de rubios rizos y sostenida por un cuello algo largo y lleno de elegancia. Después, unos hombros graciosamente arqueados, y un talle flexible y elegante, medio velado por los pliegues de un peinador de tafetán blanco.

Era la Marquesa de Villalta.

Fijó sus bellos ojos, de un subido azul turquí,

en la pobre ventanita de la casa de enfrente, en aquella ventana donde tuvo principio el amor de Regina con Justino, aquel desgraciado amor que tantas víctimas había hecho ya, y tantas debía aún hacer.

La ventana estaba cerrada.

Gabriela, sin cerrar la suya, volvió al fondo de la habitación que había sido dormitorio de su hija, se dejó caer en un sillón y prorrumpió en sollozos.

Todo hablaba allí de Regina.

Sobre el tocador se veían algunos frascos destapados; al lado de un sillón, unas lindas chinelas de terciopelo rosado, y bordadas de plata, parecían olvidadas allí por alguna niña; tal era lo diminuto de su tamaño. Más allá, y sobre el respaldo de un sillón, se veía un peinador blanco.

La pobre madre, sin dejar de llorar, tendió en torno del aposento una triste mirada. ¡Ay! ¡era un cuadro desolador, en el que no había vida, y en el que la ausencia era imagen de la muerte!

—¡Hija mía! ¡hija mía! ¡conque ya te he perdido para siempre! murmuró la Marquesa con acento embargado por las lágrimas. ¡Conque has huído sin pensar en tu madre, de quien eras la vida y la luz! ¡Oh locas esperanzas de tu padre, tan pronto corvertidas en humo! ¡Oh tristes y fieles presentimientos míos! ¡El amor maternal no se engaña nunca!

Una voz dulce y sonora cortó el doloroso mo-

nólogo de la Marquesa: al oirla, se estremeció enjugó el llanto que bañaba sus mejillas, y corri con ansia á la ventana.

Apoyada en el antepecho de la de enfrente s hallaba Regina: ella era la que había hablado poc antes para despedir á Justino, que ya bajaba á l último del callejón.

Cuando la joven le hubo perdido de vista, alz los ojos por un movimiento maquinal hacia el pa lacio de sus padres, y allí vió la pálida y afligid cara de Gabriela.

—¿Estás sola? le preguntó ésta rápidamente.

—Sí, madre mía, respondió la joven.

La Marquesa voló á su cuarto, se despojó po sí misma de su bata de levantarse, y se puso u vestido negro, cubiertos sus hombros con un pañoló y su cabeza con un velo, y se lanzó á la escalera

Un instante después abrazaba á Regina, y e raudal de sus lágrimas, contenido por pocos instan tes, volvía á correr de nuevo.

—Vén, madre mía, dijo Regina conduciéndol hacia el pequeño y mísero sofá donde ella mis ma se había sentado la noche que murió la madr de Justino; siéntate aquí, descansa y sosiégate.

La hija, mucho más fuerte que la madre, n derramaba una lágrima siquiera.

La madre enjugó las suyas, apoyó ambas ma nos en los hombros de Regina, y clavando en ell una mirada ansiosa, le preguntó con afán:

—¡Regina!... ¿estás casada?

—¡Madre! repuso la joven con tono de reconvención.

—¡Basta, hija mía! te conozco y te creo.

—Me casé, madre mía, á la mañana siguiente de haber salido de tu casa.

—¡Bendito sea Dios! exclamó la Marquesa, alzando al cielo sus ojos bañados en llanto, esta vez de gratitud: más te quiero esposa desgraciada, que mujer libre y manchada por un amor ilegítimo.

—¡Esta es mi madre! exclamó Regina abrazando con pasión á la suya. ¡Esta es la santa y desinteresada virtud que convence! Yo sé que el Marqués de Villalta me preferiría amante deshonrada, para volverme á su lado y para lograr al fin casarme con quien halagase su vanidad!

—¡Calla, que ofendes á tu padre! exclamó aterrada la Marquesa. ¿Es posible que el ciego amor que te ha tenido siempre haya de haber sembrado en tu alma esa semilla de odio?

—¡Amor! repitió la joven con una risa amarga; ¡mi padre me ha amado como á su mueble de más lujo, como á la *cosa* que le agradaba más en su casa! ¿Le ha impedido su decantado amor el hacerme infeliz?

—¡Hija mía, perdónale! exclamó con voz suplicante la Marquesa: ¡es su amor, no lo dudes, el que le ha hecho obrar así!... Es su deseo de verte rica, feliz y respetada... Yo lo sé; yo le conozco bien, porque vivo á su lado hace diez y siete años... Por eso he venido á aconsejarte que vayas

á verle tú sola, que te arrodilles á sus piés, qu
beses su mano y le pidas perdón... él lo desea;
anhela dártelo... él padece más que tú! Créeme.
vén ahora mismo conmigo... y después que se hay
enternecido con tus ruegos, después que te hay
perdonado, llamará á tu marido, y los dos viviré
á nuestro lado y seréis nuestros hijos!...

Hablando así, la Marquesa estrechaba contra
corazón á Regina y besaba su frente y sus cabe
llos; y era tanto el calor de su palabra, y brotal
de ella tanto amor hacia su hija, que ésta sint
los latidos de su corazón que la ahogaban.

Pero aquella impresión duró muy poco.

—¡No! dijo; ¡si mi padre me ama, si mi pad
desea que vuelva á su lado, que me llame!

—¡Desventurada! ¿has perdido el juicio? excl
mó la Marquesa. ¡Llamarte él! ¡Antes se deja
morir de desesperación!

—Lo mismo haré yo, antes de ir á implorarl
de nuevo, madre mía. ¡Lo hice una vez, y me pes

—¡Pero él es el ofendido!

—Por eso le toca perdonar.

—¡Un padre no debe rogar á su hija!

—Una hija maldecida no debe volver á la pre
sencia de un padre que, sin motivo, renunció
los derechos de tal.

Gabriela retorció sus manos con amargura,
gritó con voz sorda y angustiada:

—¡Mira, pobre hija mía, que te puede deshe
redar! Todos nuestros bienes son libres... ¡Tod

es suyo!... Nada hereditario hay sujeto á vínculo.

—Ahora que sé eso, debo humillarme menos, respondió Regina con firmeza y frialdad.

—Pero, ¡Dios mío! ¿cuál va á ser tu situación, la de tu marido, la de tus hijos? ¡La miseria, la horrible miseria!

—¡Esa miseria me vengará del feroz orgullo de mi padre; al verla, él sufrirá más que yo!

—¡Ah impío orgullo! gritó la Marquesa, cuyo corazón se destrozaba al rudo contacto de aquella voluntad de hierro. Luego, levantándose y acercándose á Regina, que se levantó también, se arrojó á sus piés y le dijo con voz ahogada por los sollozos:

—¡Hija mia, hazlo por mí! ¡Piensa en tu madre, que morirá de pena al verte desgraciada! ¡Pide perdón á tu padre!

La firmeza de la joven pareció vacilar: sus ojos se llenaron de lágrimas al inclinarse sobre su madre arrodillada á sus piés; ésta repitió:

—¡Pídele que te perdone! Un padre es la imagen de Dios sobre la tierra, y no hay orgullo que no se deponga delante de Dios.

Regina tardó un instante á responder; su amor á aquella madre tan buena. tan dulce, tan amante, le decía que debía ceder; pero su orgullo ganó la victoria, y volviendo la cara, respondió con voz firme:

—¡No puedo, madre mía!

La Marquesa se levantó y se dirigió á la puer-

ta: sus pasos eran vacilantes, y hubo de apoyarse en la pared para llegar á ella.

Regina corrió hacia su madre.

—¡Ah! exclamó; ¡si mi padre hubiera sido como tú!

La Marquesa la abrazó de nuevo y por largo rato sin hablar una sola palabra, y después bajó lentamente la escalera de la casa de su hija.

Cruzó la callejuela, volvió la esquina y entró en su casa, yerta, silenciosa y muda; iba herida de muerte.

Regina quedó también inmóvil y como si toda su vida se hubiera paralizado bajo la impresión dolorosa que acababa de recibir.

Pasado un instante, corrió á la ventana, y aun vió la triste y enlutada figura de su madre antes de que volviese la esquina de la calle.

Gabriela, en su paso lento y trabajoso, se asemejaba á la Virgen de los Dolores después de despedirse en el sepulcro de su Santísimo Hijo.

Cuando hubo desaparecido, Regina llevó ambas manos á su corazón y murmuró:

—¡Dios mío! ¿Eres tú el que me dice que no la veré más?

Aquel corazón rebelde se acordaba de Dios, prensado por una agonía suprema, ¡por la agonía atroz de haber perdido á su madre por su culpa!

¡*Dios* es el nombre sacrosanto, la gran idea unida á todo dolor grande!

XIX

DESPEDIDA.

Algunos días después del casamiento de Regina y de Justino, Arturo se unió á Eugenia, apenas restablecida de su penosa enfermedad.

El Vizconde, que había cobrado un tierno afecto á la dulce y virtuosa esposa de su tío, había intentado consolarlos en la noche de los contratos y después de la violenta salida de Regina de la casa paterna; pero nada pudo conseguir en aquellos dos corazones, ulcerado horriblemente el uno, y el otro profundamente ofendido.

—Déjame, le dijo el Marqués, después que todos sus convidados fueron abandonando el salón triste y silenciosamente: no procures excusar á tu prima; ¡jamás, jamás la perdonaré el golpe cruel con que ha destruído todas mis esperanzas; el escándalo de mi ridículo! ¡Ya no soy su padre! ¡ya no es mi hija! ¡su mano ha roto los lazos sagrados que nos unían!

La Marquesa nada decía: sin articular una palabra, sin poder derramar una lágrima, porque lo

profundo de su pena las había estancado, estaba yerta, muda y como destrozada por el terrible golpe que acababa de recibir: parecía no oir, ó mejor dicho, no escuchar las palabras del Vizconde, que en vano se esforzaba por consolarla.

Desesperado ya de conseguirlo, los dejó solos, porque no hay dolor que no halle su lenitivo en la íntima confianza del amor conyugal, y creyó que aquellos dos esposos desventurados sólo mutuamente podrían consolarse algún tanto.

No se engañaba: así que él salió, Pedro de Villalta se acercó á su mujer con los brazos abiertos y la estrechó dolorosamente contra su pecho, murmurando esta palabra:

—¡Solos!

Y de sus ojos, abrasados por la ira, brotaron algunas lágrimas bienhechoras.

Arturo creyó, y con razón, que su presencia podría ser enojosa en una casa donde había entrado como hijo y en la que ya no representaba ningún papel; únicamente le era dado despertar tristes recuerdos en los lacerados corazones de sus tíos, y al día siguiente se despidió de ellos, hospedándose en el mismo barrio, para vivir cerca de Eugenia.

Aquel mismo día pidió á Justino la mano de su hermana, que le fué concedida con gratitud.

El matrimonio se celebró sin pompa y como si el rico y noble Vizconde del Olmo hubiera sido el hijo de una familia humilde; pero el corazón

de Arturo y el de Eugenia reflejaban el cielo.

—¿Qué te enamoró en mí? preguntó cándidamente la joven á su marido pocas horas después de su casamiento.

—¿Lo sé yo acaso? respondió el feliz Arturo. ¿Sabe el amor darse cuenta de sí mismo! En tí me enamoró todo: tu suave y casta belleza, tu virtud, tu vida solitaria triste y tu mismo dolor; pero además de todo esto, hallaba en tí una fuerza irresistible que disponia de mi voluntad y que no permitía me alejase: era que había encontrado en tu alma esa celestial belleza que atrae, y que es la que despierta y conserva el amor grande y profundo: es que eras tú la compañera que Dios me había elegido y que yo había buscado en vano por largo tiempo!

Al día siguiente de la entrevista de la Marquesa con su hija, y en la puerta de la casita que habitaba la señora de Rivera, había un elegante coche de camino: y en el humilde aposento donde bordaba Eugenia cuando su pobre madre vivía, se encontraban aquella amable joven, el Vizconde del Olmo, Regina y Justino.

Eugenia y Arturo estaban elegantemente vestidos de viaje; Regina tenía puesta una bata blanca, y Justino llevaba un traje de casa sencillo y de muy buen gusto.

Aun estaba descolorido, lo mismo que su hermana; pero la suave palidez de entrambos hacía resaltar la belleza de sus semblantes.

—¡Hágaos el cielo tan dichosos como merecéis, hermanos míos! dijo Justino, tomando en sus manos las de Arturo y Eugenia. ¡Ojalá que vuestro enlace sea para vosotros un manantial inagotable de ventura!

—¿Por qué no venís con nosotros? preguntó la Vizcondesa dirigiéndose á Regina; el clima de Italia os probaría bien á entrambos, hermana mia.

—No quiero salir de Madrid, contestó lacónicamente Regina.

—Al menos, mudáos de casa, Justino, dijo Arturo: ésta es muy insalubre.

—Regina se opone á ello, observó tristemente Justino.

—Pero ¿por qué?

—Porque quiero, contestó Regina, que mi padre tenga siempre ante sus ojos al esposo de su hija, á quien arrojó de su casa, y á la hija que abandonó.

—Regina, dijo Arturo con gravedad, eso es ofender á Dios y vengar en ti propia la desventura que te ha enviado. ¿Piensas que el corazón de tu padre ha de conmoverse presenciando tu escasez y tus penas? ¿Piensas que el dolor, la indignación que tienen su corazón petrificado, han de dar lugar al amor que te profesó, á la compasión siquiera? ¡No, Regina, no lo esperes jamás! Quizá si te humillases á él, si le pidieses, en tu nombre y en el de tu esposo, que perdonase tu desobediencia, quizá se ablandaría y os llamaría á su lado.

—¡Humillarme de nuevo!... ¡yo!... exclamó Regina con fiereza: sólo una vez lo he hecho en toda mi vida; pero aquélla me satisfizo para siempre! ¿No recuerdas, Arturo, que me arrodillé á los piés de mi padre, gimiendo, con las manos cruzadas, sin que me arredrasen tantas miradas burlonas y tantas risas sardónicas? ¿No recuerdas que mi padre, ese padre que decía que tanto me amaba, me rechazó bruscamente y desprendió con fuerza mis brazos que estrechaban sus rodillas? ¡Oh! ¡Ese padre que me había educado para el orgullo; ese padre que, previendo todos mis deseos, había desarrollado en mí el más grande y helado egoísmo, debió comprender que mi vida, que mi dicha entera dependían de que me concediese lo que le pedía postrada á sus piés! ¿Dónde estaba entonces, dónde, su decantado amor, que así desoyó mis ruegos?

—Piensa en tu madre al menos, hermana, dijo Eugenia dulcemente: ¡en tu madre, que morirá lejos de tí!

—¡Pobre madre mía! murmuró Regina, quedándose con la mirada absorta y fija, pero sin que la humedeciese una lágrima. ¡Pobre madre mía! ayer estuvo aquí, y me estremecí al verla, no obstante que se me figuraba ser incapaz de estremecerme!

—¡Qué dices! ¡estuvo aquí! exclamó Justino.

—Sí; espió el instante en que tú salías, y vino, recatándose de mi padre, que la creía en su cuarto, á rogarme que me humillase á él y le pidiese

perdón, pues de lo contrario me exponía á que nos dejase en la miseria. Yo no sabía que mi padre podía desheredarme.

—¿Rehusarás todavía implorar su generosidad, Regina? preguntó Arturo.

—¡Generosidad! repitió la joven soltando una amarga carcajada. ¡Generosidad conmigo el Marqués de Villalta! Para eso era necesario que yo me humillase mucho, y no me han educado para la humildad. El carácter de mi padre y el mío son igualmente duros, impetuosos é indomables; han chocado, y de este choque sólo puede resultar la muerte para uno de los dos, ó quizás para entrambos!

—El coche espera á los señores, dijo una muchacha bien vestida que apareció en el umbral de la puerta.

—¡Adiós, Regina! dijo la Vizcondesa abrazando á la joven: si sufrís, si tu esposo no encuentra un dia donde ganar el pan preciso, acude á mí, ya que ahora no quieres aceptar nuestras ofertas.

—Gracias, hermana, contestó Regina, devolviéndole el abrazo con aquella frialdad que formaba la base de su carácter de hierro, gracias; aunque no tengo intención de aceptarle, no por eso agradezco menos tu desprendimiento.

Arturo abrazó estrechamente á Justino, repitiendo las mismas palabras de su esposa, y bajó con ella para tomar el coche.

Justino los acompañó hasta él; pero Regina,

cuya impasibilidad orgullosa se había aumentado con la desgracia, se contentó con acercarse á una de las ventanas, sin que su hermoso rostro demostrase la menor alteración.

Cuando Justino volvió á entrar en la estancia en que se hallaba Regina, aun brillaban en sus ojos algunas lágrimas.

—¿Por qué no te has ido con tu hermana, ya que tanto te aflige su ausencia? le dijo aquélla amargamente.

—¿Me culpas porque siento su primera separación?

—Yo creí, contestó la joven, que tenía derecho á exigirte que sólo por mí te entristecieras ó alegraras.

—¡Regina! exclamó Justino exasperado; ¡tu amor es un torrente devastador que arrebata tras sí todo sentimiento dulce!

—¿No lo he abandonado yo todo por tí? preguntó Regina, clavando en su esposo una mirada penetrante.

—¡Es verdad! murmuró aquel hombre de corazón tierno y sensible como el de un niño. ¡Es verdad, Regina mía! ¡Tú tienes razón para decirme que sólo por tí debiera sufrir ó alegrarme! Escucha: desde hoy ya no tendrás celos de nadie, porque estoy solo contigo en el mundo... ¡A nadie más que á tí amaré sobre la tierra! ¡Unicamente viviré para tí!

XX

¡POBRE REGINA!

Corrieron ocho meses con la velocidad que hallan en las alas del tiempo aquellos que son felices.

Regina y su esposo le acusaban de correr demasido aprisa, no obstante que sus recursos se acababan más velozmente que los días que pasaban entregados á su amor.

Su felicidad, sin embargo, no estaba exenta de algunas nubes; el carácter helado y orgulloso de Regina dominaba, es verdad, al dulce y apacible de su esposo; pero esta superioridad pesaba sobre el alma de Justino, quien, como hombre al fin, tenía aquel orgullo que algunas mujeres califican de egoista y cruel, y al que yo doy el hermoso nombre de *dignidad*.

¡Ay de los esposos que cambian sus condiciones! Nunca esperen encontrar felicidad verdadera.

La mujer puede dominar al hombre, pero sólo con el prestigio de sus gracias, de su dulzura y aun de su llanto: aquellas que consiguen domi-

narle por su carácter irascible y altanero, tienen un imperio muy poco envidiable.

El hombre que se rebaja hasta obedecerlas ciegamente, las teme y no las ama; y quizás esa hipócrita servidumbre busca y encuentra lejos de ellas su solaz en culpables y degradantes extravíos.

La mujer, por su parte, no estima al esposo que, perdiendo la dignidad, se convierte en esclavo suyo.

Hércules mismo fué despreciado hilando á los piés de Omphale.

Regina vendió las sortijas y los pendientes que llevaba puestos al salir de la casa de sus padres, para atender á sus necesidades, que durante algún tiempo fueron provistas con holgura; mas, sedienta de la presencia de Justino y ocupada únicamente de su amor, le exigió que abandonase sus traducciones al menos por algunos días.

—Pero, Regina mía, mi editor buscará otros traductores, le advirtió Justino con dulzura.

Su esposa le tapó la boca con su hechicera mano, diciéndole que no quería escuchar objeciones.

Sometióse, pues, Justino á un reposo que complacía á Regina y que era además muy necesario á su quebrantada salud, y desde aquel día se dedicó sólo á estar al lado de su mujer y á contemplar su espléndida belleza.

Pasaba largas horas sentado á sus piés en un almohadón y adorando el hermoso corte de su

frente, sus grandes y rasgados ojos negros y sus arqueadas y sedosas cejas de ébano; divertíase en deshacer las largas trenzas de sus cabellos, en admirar sus manos, modeladas como las de una estatua antigua, y su garganta, que parecía de mármol.

Otro motivo acrecentaba aún su amor. Regina iba á ser madre, y pensando en su hijo pasaban ambos muchas horas, conversando acerca de sus proyectos para el porvenir.

La necesidad apareció por fin en los umbrales de la casa de los jóvenes esposos, llenando de amargura el corazón de Regina; ésta pasaba crueles horas apoyada en su mísera ventana, contemplando el suntuoso palacio de sus padres, y herida á su pesar por el contraste que la opulencia de aquéllos formaba con su tristísima situación.

Sin embargo, el palacio de Villalta permanecía silencioso y helado desde el día en que ella le abandonó; las últimas luces que brillaran en él se habían encendido para firmar sus contratos matrimoniales con Arturo.

Justino suplicó de nuevo á Regina que le permitiese volver á ocuparse de sus traducciones, y ella consintió, amedrentada por el aspecto aterrador de la pobreza que les amenazaba.

Esto era lo único que la infeliz Regina podía hacer por su parte para conjurar la indigencia; la educación que había recibido la había enseñado únicamente á dibujar, cantar, tocar el piano y

bailar en los saraos á donde diariamente concurría; pero todo esto lo hacía tan medianamente, que de nada podía servirle tratándose de emplearlo como recurso.

El excesivo y ciego amor de sus padres había hecho completamente desgraciada á Regina.

Justino, no bien arrancó á su esposa el consentimiento para dedicarse al trabajo, corrió en busca del editor que antes le había empleado.

Mas ¡ay! sus temores se vieron realizados. Había buscado á otra persona que le servía por menos precio y casi con la misma perfección.

Fué á ver á otros; mas todos le dijeron que, teniendo ocupadas sus plazas, no le necesitaban.

Justino volvió al lado de Regina con el corazón traspasado de pena; pero ésta se encerró en un dolor silencioso y concentrado como su carácter; ni un solo consuelo supo dar al desgraciado joven; y sin procurar siquiera reanimar el espíritu abatido de su esposo, se contentó sólo con mirar amargamente el palacio de sus padres.

Regina no sabía que la mujer ha nacido para ser *El Angel del Hogar* (1), y que está en su mano hacer brotar la alegría del centro del dolor.

Regina sólo había aprendido á mandar y no á violentarse; siempre había visto siervos en derredor suyo, y no conocía lo que era deber, ternura y abnegación.

---

(1) Título de una obra de la autora.

¡Pobre Regina!

Al día siguiente vendió la desgraciada los pendientes de oro que llevaba, y todos sus vestidos, reservándose únicamente el de menos valor.

Justino nada tenía que vender.

Su delicadeza no le permitió hacerse, al casarse con Regina, más que un pobre y modesto traje.

XXI

LA AGONÍA DE UNA MADRE

Era una noche de Octubre.

El viento, frío ya, azotaba las vidrieras del palacio de Villalta.

En el salón particular de la Marquesa, y cerca de la chimenea, se hallaban aquélla y su esposo, mudos y consternados.

Gabriela parecía la sombra tristísima de la hermosa dama que año y medio antes hacía las delicias de su esposo y de toda su familia.

Pálida, demacrada y envuelta en una bata de raso oscuro, su rostro tenía una lividez extraña, semejante al marfil.

Era una luz que se consumía por instantes.

El Marqués había envejecido diez años en tan poco espacio de tiempo.

Sus cabellos estaban blancos como la nieve.

Su cuerpo encorvado, y sus descarnadas manos arrugadas, como su semblante.

La Marquesa tenía la mirada vaga y perdida.

Advertíase en su fisonomía ese sello de paz

y de dulzura que en algunos rostros sobrevive á la muerte.

El Marqués, envuelto en una bata gris muy algodonada, miraba maquinalmente hacia la chimenea, que ya estaba encendida, á pesar de lo poco avanzado de la estación.

Hubo un instante en que levantó sus ojos hacia su esposa y en que se estremeció profundamente.

—Hoy estás mal, muy mal, Gabriela, dijo con honda emoción, que hizo asomar una ardorosa lágrima á sus ojos; ¿qué es lo que sientes?

—¡Me siento morir, Pedro! contestó Gabriela con la misma suave dulzura con que hubiera dicho: «¡Soy feliz!»

—¿Conque no quieres vivir para mí? exclamó el Marqués con amargura.

—¡Oh, sí! yo quisiera vivir para consolarte, para hacerte compañía, Pedro... ¡pero... no puedo!

—¡Cuánto la amabas! dijo el Marqués, tomando la abrasada mano de su esposa.

—Tanto, repuso ésta, tanto la amaba, Pedro, que al verla salir de esta casa sentí romperse dentro de mí misma todos los hilos de mi vida. Tanto la amo aún, que si revocaras la maldición que lanzaste sobre su frente, si le abrieras de nuevo tus brazos y tu casa...

—¡Qué!... exclamó ansioso el Marqués.

—¡Moriría feliz! concluyó Gabriela, clavando en el cielo una mirada empapada en lágrimas.

—¡Oh! pues si he de perderte lo mismo, no quiero llamar á esa ingrata, á esa sierpe, que ha desgarrado con una herida mortal el seno que la abrigó. Sólo la esperanza de conservarte la vida sería lo que me haría olvidar su fiereza y perdonarla... Mas ya que he de perderte, mi odio hacia ella crecerá, puesto que se ha convertido en tu verdugo... ¡Maldita, maldita sea mil veces!

—¡Pedro!... gritó la Marquesa, cuyo semblante desfigurado expresó todo el terror que le inspiraba aquella terrible y repetida maldición. ¡Pedro!... ¡Por Dios, si me amas, si me has amado, déjame que vaya tranquila al cielo!...

—¡Pobre mártir! murmuró el Marqués, tomando entre sus descarnadas manos la bella y pálida cabeza de su esposa: ¡tú no puedes endulzar con toda tu mansedumbre el raudal de hiel que inunda mi alma! ¿No sabes que tú has sido en la tierra mi único amor hasta que diste la existencia á esa fiera á quien llamabas hija? ¡Pues bien, muerto el cariño que á ella le tuve, sólo á tí amo ya en el mundo! Si le dejas, te seguiré bien pronto.

—¡Pedro! murmuró la Marquesa, apoyando su frente en las manos de su marido; ¡Regina es madre y no tiene pan que dar á su hijo!

Un estremecimiento convulsivo agitó el demacrado cuerpo del anciano.

—¿Lo sabes tú? preguntó á su esposa tras algunos instantes de silencio.

—¡Si lo sé, Pedro; mi cuidado, mi amor, la han

seguido incesantemente!... ¡Cuando mé apercibí de que la miseria estaba próxima á aquejarla, le envié socorros que su orgullo rehusó!... ¡Pedro!... ¿Sabes lo que me contestó? «¡No quiero tu limosna, madre mía; quiero sólo que mi padre me llame á su casa con mi esposo!»

—¿Y por qué no me ha rogado que los recibiese en ella, toda vez que la abandonó? preguntó el anciano, cuyas facciones se habían ido dulcificando.

—¿Olvidas, Pedro, que ha aprendido de tí su indomable altivez? ¿Olvidas que la has fomentado tú mismo? ¡Ah, por piedad... por compasión á tí propio, llámala á tus brazos!

—¡Nunca, nunca! exclamó el Marqués. ¡No me exijas eso, Gabriela!... ¡Después de perderte, la vista de tu verdugo me sería odiosa!

Un profundo y pavoroso silencio siguió á estas frases. Pasado un instante, el Marqués alzó la cabeza para dirigir de nuevo la palabra á su esposa.

—¡Gabriela... Gabriela! gritó desesperadamente al verla pálida y desencajada. ¡Gabriela mía, yo haré todo lo que tú quieras!... ¡Te devolveré tu hija... pero vive!... ¡Gabriela, vuelve en tí!...

La Marquesa abrió sus moribundos ojos y estrechó débilmente la mano de su esposo; éste llamó, y dos camareras que se presentaron condujeron á Gabriela á su lecho.

La noche se pasó en una agonía dulce y lenta: ¡era la agonía de una santa!

Al rayar el alba, Gabriela de Mendoza, Marquesa de Villalta, joven aún y bella como el último sueño de amor, puso sus labios en la mejilla de su esposo que la abrazaba sollozando, y murmuró:

—¡Pedro... perdona á nuestra hija... y vén á buscarme al cielo!

Luego entornó sus grandes y hermosos ojos, lanzó un suspiro, y su alma voló al seno de Dios.

Los ángeles entonaron un himno de alegría, y los mártires recibieron el alma pura y hermosa de la Marquesa de Villalta.

XXII

LA MENDIGA

Una escena distinta, pero más triste aún, tenía lugar en la casita que ocupaban Justino y su esposa.

Ambos se hallaban en la primera de las salitas, completamente desmantelada ya, porque habían vendido todos los muebles que antes llenaban la pequeña habitación.

Sentada Regina en una de las dos únicas sillas que se veían, mecía sobre sus rodillas á un niño de pocos meses, hermoso, pero flaco y descolorido como su madre.

Esta se asemejaba á un cadáver: sus grandes ojos parecían haber crecido; su tez, blanca como el alabastro, había perdido del todo sus matices de rosa, y en cada una de sus mejillas descubríase un hoyo profundo, señal infalible de sus privaciones y miserias.

Apoyado en la otra silla, y mirando á la madre y al hijo con desgarradora expresión, estaba Justino, flaco, pálido, con la barba larga y el ca-

bello descuidado; sus ojos, hundidos, fulguraban con una luz sombría; de vez en cuando un temblor convulsivo agitaba sus labios, recorriendo después todo su cuerpo, que se estremecía como un arbusto azotado por el viento.

Jamás ha ofrecido la miseria un cuadro más elocuentemente triste.

Largo rato hacía que reinaba un profundo silencio. Regina, sin acentos, sin gemidos, sin lágrimas, porque en aquella naturaleza de hierro no tenía entrada ninguna emoción ostensible, estrechaba á su pequeño hijo contra su seno helado, por un último y supremo esfuerzo de maternal amor.

Habia llegado á la miseria paso á paso, sin susto, casi sin dolor; ni la muerte misma la arredraba.

La maldición de su padre no pesaba sobre su frente, porque la juzgaba injusta. Sus creencias religiosas se habían desarrollado tan poco con su funesta educación, que sólo le permitía distinguir lo bueno de lo malo según su conciencia, recta y altiva, sí, pero orgullosa y egoísta como su corazón, como todo su sér.

El loco amor de su padre había prohibido que se le hablase del infierno y de la justicia de Dios, temiendo amedrentarla.

Sólo le había dicho que el Sumo Hacedor es infinitamente bueno; que la Santísima Virgen es toda piedad y amor; y así en religión como en

todas las demás cosas, sólo conocía la parte que le era benéfica y dulce.

Mas no era extraño que el Marqués de Villalta desarrollase en su hija todos los instintos del egoísmo y del orgullo. ¿Cuándo ha sabido un hombre educar á sus hijas? ¡Ah! padres de familia, no toméis jamás, jamás, sobre vosotros el arduo cuidado de formar el corazón y de alumbrar el entendimiento de vuestras hijas. Confiadlas á sus madres, y para que éstas tengan la suficiencia necesaria para tan difícil tarea, elegid bien antes de uniros con los eternos lazos del matrimonio.

¡Sí! Por más que el hombre se erija en rey de la creación, por más que niegue á la mujer la inteligencia y la instrucción, no puede negarle el sentimiento, el buen instinto y el amor.

No puede negarle que es más apta que él para educar á sus hijas, porque sólo la mujer puede y debe formar á la mujer.

Ved todas las niñas cuya educación ha sido dirigida por sus padres; todas han sido formadas con arreglo al espíritu de dominación y de fiereza que distingue al hombre.

Ved las niñas educadas por sus madres, aunque éstas no posean más ciencia que la natural en su sexo, esto es, rezar y amar, y notaréis al instante en ellas la flexibilidad de carácter, la dulzura y la sinceridad de creencias, propias de la mujer.

Yo sé que algunas madres hacen á sus hijas supersticiosas; pero sé también que muchos padres

las hacen en extremo despreocupadas, y considero el primer mal mucho más tolerable y aun mucho más conveniente que el segundo.

¡Líbreme Dios siempre de la mujer irreligiosa! ¡Ésta es, á mis ojos, como la fuente seca que sólo deja caer en su seno arenas abrasadas!

Dadme mujeres piadosas hasta la preocupación; su humildad podrá elevarse y podrán ilustrarse sus creencias.

La desgraciada Regina no fué educada por su sencilla pero buena y santa madre: si Gabriela hubiera dirigido su corazón, la mansedumbre de aquélla, su dulzura, su gracia, esa gracia penetrante, llena de encanto y peculiar de la virtud, hubieran subyugado el espíritu de Regina y le hubieran suavizado para todas las pruebas de la vida.

Educada por su padre, su nativo orgullo se aumentó y creció hasta ser su propio verdugo.

Cuando se sintió afligida, pidió consuelo á Dios y á su Madre, segura de que se darían por contentos en aliviar sn suerte, puesto que nunca les había molestado con súplica alguna.

En su fatal y helado egoísmo creía que las potestades celestes, del mismo modo que las humanas, debían doblegarse á sus deseos, y, razonando de este modo, les rogó que mejorasen su fortuna con la misma irritada altivez con que recordaba á sus criados algún cuidado ó algún servicio que se hubiesen olvidado de prestarle.

¿Qué sabía ella de pruebas enviadas por el Señor para conquistarnos la gloria?

¿Qué sabia ella de paciencia, de resignación?

Su férreo carácter necesitaba de una mano de acero que le torciera y le guiase, y sólo había sido maleado con dañosas é imprudentes caricias.

Pero por más que esperó durante algún tiempo la complacencia de Dios y de su Santísima Madre, ésta no llegó, y Regina olvidó que había rogado, pareciéndole que hacía bastante con no indignarse.

Entretanto crecía su miseria: la maldicion de su padre, tan cruelmente burlado en sus más gratas esperanzas y abandonado después; la agonía de su madre, causada por el dolor con que ella la había herido, habían colmado la medida de la misericordia celeste.

En la noche en que volvemos á ver á los jóvenes esposos, padres ya de una inocente criatura, hacía treinta y dos horas que no habian probado alimento alguno.

En vano Justino sentía estallar su cabeza á fuerza de discurrir de dónde sacaría un pedazo de pan para su esposa.

En vano ésta acercaba á su seno la boca de su hijo.

¡Su seno estaba agotado por el hambre!

—¡Justino! dijo la joven tras un largo rato de silencio; ¡Justino, mi hijo se muere!

—¡Oh, Dios mio, piedad! gritó el infeliz retor-

ciéndose las manos. ¡Inspírame un pensamiento salvador!

Regina no oyó estas palabras.

Se levantó, apretó el niño contra su pecho, y se cubrió la cabeza con su pañolón viejo y desteñido.

—¿A dónde vas? exclamó Justino corriendo hacia ella.

—¡A pedir limosna para mi hijo á la puerta del palacio de mi padre! respondió Regina sordamente.

—¡Regina, Regina! ¡Tú me enseñas lo que debo hacer! exclamó Justino. ¡Yo pediré pan para vosotros dos!

Y rechazando suavemente á su esposa, se dirigió á la puerta.

Pero Regina le detuvo.

—¡No, no! dijo ésta. Si mi padre te viera implorando la caridad pública, gozaría en vez de sufrir. ¡La pena que ha de experimentar al verme á mí, me vengará de su crueldad!

Dichas estas palabras, salió Regina de su habitación y bajó la escalera con paso vacilante.

Justino quedó un momento mudo, inmóvil y con el cabello erizado; luego se dió una palmada en la frente, como si hubiera surgido en su cabeza una idea luminosa y repentina.

Salió también de su casa, dejando entornada la puerta, y echó á correr por el oscuro y solitario callejón.

Entretanto Regina se había situado á la puerta del palacio de sus padres.

Vió entrar, uno después de otro, á dos personajes gruesos y lujosamente vestidos, y quiso pedirles limosna: pero el orgullo de la sangre se sublevó, y no acertó á proferir una palabra, ni su mano pudo extenderse para demandar la caridad.

Aquellos dos hombres eran los médicos, enviados á llamar á toda prisa por el Marqués para que salvasen á costa de su fortuna entera la vida de su esposa, asesinada de dolor por su culpable hija.

Los dos pasaron sin mirarla y sin reparar en ella siquiera.

Una hora después salieron juntos y hablando á media voz; pero sus palabras llegaron claras y aterradoras al corazón de Regina.

—La Marquesa se muere, dijo el uno.

—Sí: no pasará del amanecer, contestó su compañero.

—La ha matado lentamente el abandono de su hija.

—¡Es verdad! Pero me han contado que el Marqués ha obrado más acertadamente: desfogó su cólera en la noche de los contratos con una maldición terrible que lanzó sobre la culpable, y sigue viviendo para presenciar su castigo.

—Sin embargo, amigo mio, al Marqués le restan también muy pocos días de vida: va á quedar solo en el mundo, y esa rápida consunción que

hace tiempo le viene devorando, acaba por horas su existencia.

—¡Pobre padre! ¡Pobre y amorosa madre! ¡Dios castigue á su ingrata hija!

Los dos doctores se alejaron después de haber lanzado su anatema sobre la frente de Regina.

Ésta estaba yerta de asombro, y quizá por la primera vez de su vida, yerta también de dolor.

¡Sus padres morían por ella! Mientras que los dos médicos hablaban, parecíale que una serpiente de fuego atravesaba su cabeza, mordiendo sus heladas sienes; luego sintió discurrir por todo su cuerpo un frío mortal, y en medio del horroroso temblor que la agitaba, no advirtió que una débil convulsión hacía chocar el cuerpo de su hijo, helado ya, contra su desnudo seno.

Muchas horas, muchas pasaron así; miró á los dos médicos, que volvieron en un mismo carruaje á eso de las dos de la mañana. Pero Regina, pegada á la pared, silenciosa, inmóvil y con los ojos hoscos y mates, nada veía, ni aun sentía el frío penetrante de la noche.

Mientras ella permanecía muda y helada como la estatua de la desesperación, volvió Justino á su casa, y miró el pobre y duro lecho, compuesto de un jergón y de una vieja manta.

¡Nadie le ocupaba!

—¡Aún estará pidiendo sin conseguir nada! murmuró el desgraciado; y una lágrima se deslizó por sus hundidas mejillas.

—¡Más vale así! volvió á murmurar. ¡No tendría valor para darles mi última despedida!

Sentóse ante una miserable mesilla, y á la luz de un cabo de vela que agonizaba ya, escribió rápidamente una carta.

Luego se levantó, sacó del bolsillo un puñado de oro, besó la carta, tendió por el aposento una larga y triste mirada, y salió, dejando entornada la puerta.

—¡Adiós! exclamó. ¡Adiós, santa morada, llena aún con los recuerdos de mi madre, de mi hermana, de mi esposa, de mi hijo!... ¡Adiós... para siempre!...

Justino pasó su mano enflaquecida y calenturienta por sus ojos cubiertos de lágrimas, y salió precipitadamente á la calle, como temiendo que le faltase el valor.

Llovía entonces: Regina seguía inmóvil á la puerta del palacio de sus padres.

Asomó al fin el alba, perezosa y encapotada con un espeso manto de niebla, y un rumor general que se oyó en el interior del palacio sacó á Regina de su enajenamiento.

—¡Ha muerto! repetían muchas voces entre sollozos. ¡Señora mía de mi alma! ¡tan buena, tan piadosa! ¡Ha muerto!...

—Hoy ha perdido el mundo una mártir y ha ganado una santa el cielo, dijo uno de los doctores á su compañero, saliendo ambos á la calle.

—¡Ha muerto, ha muerto! volvieron á decir en

el patio algunos criados, que rodearon sollozando al portero.

—¡Ha muerto! repitió lúgubremente Regina, ha muerto mi madre... ¡Oh, desgraciada de mí!

Un sollozo seco desgarró su pecho; su corazón lloraba sangre, aunque de sus ojos no brotaba una lágrima.

Entonces dió el niño un débil gemido, como si acompañase la pena de su madre. Regina inclinó hacia él su frente abrumada de dolor, y un suave suspiro pasó sobre ella como una brisa.

La cabeza del niño cayó hacia atrás lívida y pesada.

El hijo de Regina había dejado de existir.

El hambre y el frío de aquella horrible noche le habían asesinado.

—¡Muerto! gritó de súbito la desdichada madre, comprendiendo con una lucidez espantosa toda su desventura. ¡Muerto!... ¡muerto también!...

Y cayó aniquilada al suelo y rota su fiereza, como la rama seca que troncha el viento.

La justicia divina pesaba sobre su cabeza.

Dios nunca deja sin castigo al hijo que ha provocado la maldición de su padre.

La muerte, en el mismo instante de arrebatar á Regina á su madre, le robaba también el hijo nacido de su seno, igualando así la culpa con el castigo.

De repente se levantó, oprimió convulsivamente el cadáver del niño contra su pecho, y doblan-

do la esquina entró en su casa, subió la escalera y penetró en su mísera habitación.

—¡Justino! dijo Regina, dejándose caer sin fuerzas en la misma silla que su esposo había ocupado para escribir; pero nadie contestó á su voz.

Entonces reparó en el oro y la carta.

Separó las monedas, y, sin soltar á su hijo, abrió el billete, que estaba concebido en estos términos:

«Regina: me he vendido como soldado en la bandera de América: cuando leas esta carta estaré ya en camino para Cádiz, donde voy á embarcarme: sólo así podía daros pan á tí y á mi hijo.

»Adiós, Regina mia; nuestro amor nos ha hecho muy desgraciados... nunca se conquista la felicidad faltando á los deberes que la religión y la naturaleza nos imponen...

»Pide perdón á tus padres, Regina: sólo con el fin de que te lo concedan me alejo de tí, y hasta que puedas convencer á tu orgullo de que debe hacerlo, te dejo, para que vivas, el precio de mi libertad.

»¡Adiós otra vez, esposa mía! ¡Adiós, hijo querido de mi corazón! ¡Si no muero, volveré á abrazaros algún día con toda la efusión de mi alma

JUSTINO.»

XXIII

EL PERDÓN.

Regina quedó un instante inmóvil y con los ojos extraviados.

—¡Conque estoy sola en el mundo! exclamó tras una larga pausa. ¡Sin madre!... ¡Sin esposo!... ¡Sin hijo!... ¡Oh! ¡corramos hacia lo último que me queda!...

Salió al decir esto, sin cuidarse de cerrar la puerta: cruzó la callejuela y entró en el palacio de sus padres, llevando en los brazos el cadáver de su hijo.

Nadie se opuso á su paso, y Regina penetró hasta la habitación de su madre.

La Marquesa yacía en su lecho de muerte.

A sus piés, y lanzando sollozos secos é inarticulados, estaba de rodillas el anciano Pedro.

—¡Padre! gritó Regina deteniéndose en el centro de la estancia.

El Marqués alzó la cabeza y reconoció á la hija cuya imagen tenía grabada en el corazón con sangre y fuego.

—¿A qué has venido, verdugo de tu madre? exclamó roncamente y levantándose terrible y amenazador. Véte, continuó; apártate de mi vista.

—¡Padre! ¡es que estoy sola en el mundo! murmuró la infeliz con acento desgarrador.

—¡Yo también! murmuró el Marqués; ¡yo también estoy solo por tí!

—¡Padre! mi esposo me ha abandonado, y mi hijo... ¡ha muerto de hambre!... volvió á decir Regina con acento debilitado. ¡Padre, perdóname!...

—¡Nunca! exclamó el anciano con temblorosa voz.

—¡Padre mío! ¡por el cadáver de mi madre aquí presente! ¡por el de mi hijo que deposito á tus piés!... ¡perdóname para que pueda morir en paz!...

Y Regina echó á las plantas de su padre el cuerpo ya frío de su hijo.

El anciano fijó en el niño sus secos y escandecidos ojos: poco á poco su mirada se cubrió de lágrimas; recorrió su cuerpo un temblor violento, y por fin abrió los brazos á su hija, que se arrojó en ellos.

—¡Te perdono! exclamó, estrechándola fuertemente contra su pecho. ¡Vive á mi lado, desgraciada!

—¡Sólo... en el cielo estaré... junto á tí... padre! tartamudeó la joven, exánime ya y moribunda.

Su padre la miró espantado.

El hambre, la fatiga, se pintaban en el dema-

crado semblante de Regina con una energía desgarradora.

—¡Hija!... ¡hija mía! ¡socorrro para mi hija! gritó el anciano desesperadamente.

Muchos criados se precipitaron en el aposento con marcadas pruebas de interés.

—¡Padre mío... que me entierren con mi madre... y con mi hijo... murmuró Regina con voz tan débil, que parecía el arrullo de la brisa; y... si vuelve... Justino... que le enseñen mi sepulcro!...

—No morirás, no, hija mía!... ¡yo no quiero que mueras!... ¡Pan, traed pronto pan para mi hija, imbéciles!... ¡Que se muere de hambre... de hambre... y á mí me ahoga el oro!

Los criados, en vez de ir en busca de alimentos, se echaron de rodillas y se pusieron á orar, conociendo lo desgarrador de aquella escena.

—¡Regina!... ¡Regina! yo no quiero que mueras hasta que Dios me llame á sí!... ¡Vive, vive para endulzar mi agonía!

—Padre, tu bendición... y... adiós! suspiró Regina.

—¡Bendita, bendita seas, hija de mi alma! ¡Pero vive, para que tú puedas perdonarme también!

Regina pegó sus labios á la rugosa mejilla del anciano, y dejó en aquel beso su postrer suspiro.

—¡Hija, hija de mi corazón! sollozó el desven-

turado padre: ¡hija mía!... óyeme... ¡no me dejes, por Dios!...

Los criados le quitaron el cadáver de los brazos, y como si la sola presencia del cuerpo de su hija le sostuviese, cayó sin sentido al suelo.

XXIV

LOS SEPULCROS

Al día siguiente fueron enterrados en el soberbio panteón de los Marqueses de Villalta los cadáveres de la Marquesa, de su hija Regina y del hijo de esta desgraciada joven.

Pasaron otros dos, y un anciano encorvado, con el cabello blanco y el semblante espantosamente demacrado, subió en un coche de luto y se dirigió al cementerio donde descansaban los restos de las personas antes nombradas.

Era el Marqués de Villalta.

Cuando llegó, se apeó trabajosamente, con la ayuda de un criado vestido de negro como él.

Dió algunas monedas al fúnebre guardián del recinto de los muertos, y se adelantó apoyado en el brazo del doméstico, que era también un anciano encanecido.

Dejóse caer de rodillas el Marqués, y dijo suavemente á su ayuda de cámara:

—Déjame solo, Joaquín.

El anciano criado obedeció, y el Marqués dobló

su calva frente sobre la fría piedra del mausoleo.

—¡Esposa mía! ¡hija de mi alma! ¡pobre é inocente hijo á quien no he conocido..., perdón! murmuró entre sollozos. ¡Oh Gabriela adorada! ¡Mi fatal orgullo, y la funesta educación que dí á nuestra hija, han labrado la perdición de todos vosotros! ¡Hija querida, perdóname y ruega á Dios que perdone también mis errores! ¡Pídele que separe de mí, en mi cercana agonía, tu sombra y la de tu hijo, hambrientas é irritadas!...

Detúvose el Marqués, falto de fuerzas, y volvió á sollozar; poco á poco se calmaron sus gemidos, y se levantó, yendo á buscar al fiel Joaquín, que le condujo á su carruaje.

Durante seis días siguió visitando el panteón.

En el último, viendo el ayuda de cámara que su amo tardaba mucho en levantarse, se acercó á él.

Joaquín dejó escapar un grito de aflicción y se abrazó á su amo.

El Marqués había pasado á mejor vida en medio de su plegaria.

Su rosto sonriente y apacible decía que su agonía había sido serena, y su muerte feliz.

Quizás el alma bendita de Gabriela bajó en busca de la suya y la condujo al cielo.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Diez años después, bajaba un capitán del ejér-

cito de una diligencia de Cádiz que acababa de llegar á Madrid.

Parecía contar unos treinta y tres años, y su figura era encantadora, aunque su semblante estaba velado por una tristeza profunda.

Sin detenerse un instante se dirigió á la calle en que estaba situado el palacio de los Marqueses de Villalta; dió la vuelta á él, y entró en la casita que ya conocen mis lectores.

La ocupaba á la sazón una mujer anciana.

Justino, pues Justino era el capitán, preguntó con acento tembloroso por la persona que anteriormente la había ocupado.

—Murió, y su hijo también, contestó la anciana,

Justino tuvo que apoyarse contra la pared.

—Están enterrados con los Marqueses de Villalta, continuó la nueva habitadora. ¡Historia más rara que la de aquella pobre joven!

Justino salió de la casita con el corazón desgarrado: dirigióse al cementerio, y besó la losa fúnebre que guardaba los restos mortales de su esposa y de su hijo.

—Adiós, murmuró, derramando dos lágrimas amargas. ¡Adiós, desventurada, que fuiste mi primero y único amor! ¡Duerme en paz con nuestro hijo, ya que tan infelices os hice en vida!

El desgraciado Justino se dirigió á Cádiz aquella misma noche y se embarcó otra vez para América.

¡Nunca volvió á saberse de él!

XXV

LA FELICIDAD

La caída de una tarde de otoño era cuando dos personas se paseaban por una frondosa alameda, encerrada en una de las más bellas quintas que rodean la encantadora Sevilla.

Eran un hombre y una mujer.

Ella, de estatura mediana, parecía tocar en los veintidós años, aunque en realidad tenia seis más; pero su plácida belleza disminuía su edad, al mismo tiempo que reflejaba la bondad y dulzura de su carácter.

Su compañero contaba algunos estíos más; sin embargo, su cabellera, negra como el ala del cuervo, no estaba aún matizada con la más leve hebra de plata.

También era hermoso, pero con esa belleza que indica un corazón ardiente y un alma fuerte y recta.

Después de haber dado algunas vueltas por las calles de tilos y limoneros donde los hemos encon-

trado, fueron á sentarse en un banco cubierto de césped y respaldado por jazmines.

—Hoy estás triste, Eugenia, dijo el caballero, tomando cariñosamente una de las lindas manos de su compañera. ¿No me dirás lo que tienes?

—¡Pienso en mi pobre hermano! repuso ésta, mientras una gruesa lágrima temblaba suspendida de sus largas pestañas de oscura seda.

El Vizconde del Olmo no aventuró, para acallar el dolor de su esposa, uno de esos estériles consuelos que consisten en algunas palabras vacías de sentido: contentóse con acercar á Eugenia á su seno é imprimir un beso en su blanca frente.

—¡Pobre Justino! continuó ella, dando rienda suelta á su llanto: ¡hoy es su cumpleaños, y no sabemos lo que es de él! ¡Ay! ¡tal vez ha muerto en el suelo abrasador de América, sin una mano amiga que cierre sus ojos!

—Debemos consolarnos con que hemos hecho cuanto ha estado á nuestro alcance practicar para encontrarle; tú sabes, Eugenia mía, que á no ser por nuestros hijos, nosotros mismos hubiéramos atravesado los mares para buscarle y traerle á nuestro lado.

—¡Fatal pasión la que ha perdido á tantos seres! murmuró Eugenia, quedándose absorta en sus amargas reflexiones.

—¡Fatal amor el de unos padres que no supieron educar á su hija, enseñándole la sumisión, que es el primer deber de los hijos, ni doblegarse

al orgullo que ellos mismos habían fomentado en el sér á quien tanto amaban! Pero dejemos á mis infortunados tíos reposar en sus tumbas, y sirvanos su ejemplo para saber educar á nuestros hijos. Tú eres buena, Eugenia mía, porque tu madre te formó á su imagen, y nuestra Malvina se te parecerá á su vez. La condición humana necesita diques: ¡desgraciado del sér que no los tiene!

Calló aquel hombre tan justo, tan fuerte y tan sensible á la par, y Eugenia apoyó sollozando su hermosa cabeza en el pecho de su esposo.

De súbito se oyeron gritos alegres é infantiles, y dos hermosos niños aparecieron corriendo en la calle de tilos.

Eran de diferente sexo, pero ambos de una belleza risueña y encantadora.

El niño parecía tener ocho años.

La niña no pasaba de los seis.

—¡Mamá, mamá, venimos de la sala de labor! gritaron á la vez.

Eugenia enjugó sus lágrimas, los confundió en un mismo abrazo, y una sonrisa de felicidad apareció en sus labios, así como en la primavera se confunde un alegre rayo de sol con las últimas gotas de lluvia.

—Papá, Carlos no ha querido escribir hoy, porque no tenía gana, y su ayo le ha regañado mucho, dijo la niña tristemente y como doliéndose de la corrección de su hermano.

—Mamá, Malvina ha concluído hoy el pañuelo

que estaba cosiendo para tí! gritó alegremente el niño, y dice su aya que está muy bien.

—De ese modo, Malvina va á salir con su aya á paseo y á comprar juguetes, dijo Eugenia con dulzura y besando amorosamente á su hija.

—¡Y Carlos se quedará en casa en castigo de no haber escrito! añadió severamente Arturo.

El niño retrocedió algunos pasos lloroso y confundido, y un instante después una señora de edad madura entró en el jardin y se llevó á la niña, que volvía la cara contemplando con dolor á su hermanito.

Eugenia fijó en su esposo una mirada de tristeza.

—Comprendo que te será sensible que Carlos se quede castigado, Eugenia, le dijo el Vizconde; pero considera que únicamente haciendo *buenos* á nuestros hijos les haremos *felices*.

El buen padre tomó de la mano al niño, dió el brazo á su esposa, y los tres continuaron su paseo por la calle de tilos.

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE

Páginas.

LA VIDA ÍNTIMA

PARTE PRIMERA..... 5
PARTE SEGUNDA..... 141

EN LA CULPA VA EL CASTIGO

NOVELA ORIGINAL

I. Sangre ilustre y alma noble..... 269
II. Gabriela..... 279
III. Un gran señor..... 288
IV. Regina..... 293
V. La casita..... 303
VI. Amor filial..... 310
VII. Los dos primos..... 316
VIII. Proyectos de matrimonio..... 325
IX. Regina medita; Arturo siente..... 333
X. La familia de Rivera..... 341
XI. Justino..... 348
XII. Florescencia..... 353
XIII. El encuentro..... 360
XIV. Los regalos de boda..... 369
XV. Explicaciones..... 378

Páginas.

XVI. Presentimientos y esperanzas..... 384
XVII. La maldición..... 393
XVIII. Una madre..... 404
XIX. Despedida..... 411
XX. ¡Pobre Regina!..... 418
XXI. La agonía de una madre..... 423
XXII. La mendiga..... ... 428
XXIII. El perdón..... 439
XXIV. Los sepulcros..... 443
XXV. La felicidad..... 446

PQ
6567
S[illegible]

Stanford University Libraries
Stanford, California

Return this book on or before date due.